

Edition 1.0

World Economic Forum
91-93 route de la Capite
CH-1223 Cologny/Geneva
Switzerland

Tel.: +41 (0)22 869 1212
Fax +41 (0)22 786 2744
mail: contact@weforum.org
www.weforum.org

ISBN 978-2-940631-11-7



Acerca de *Covid-19: The Great Reset*

Desde que hizo su entrada en el escenario mundial, la COVID-19 ha roto dramáticamente el guión existente de cómo gobernar países, vivir con otros y participar en la economía global. Escrito por el fundador del Foro Económico Mundial Klaus Schwab y el autor del Monthly Barometer Thierry Malleret, **COVID-19: The Great Reset** considera sus implicaciones dramáticas y de gran alcance en el mundo del mañana.

El objetivo principal del libro es ayudar a comprender lo que viene en una multitud de dominios. Publicado en julio de 2020, en medio de la crisis y cuando aún pueden surgir nuevas olas de infección, es un híbrido entre un ensayo contemporáneo y una instantánea académica de un momento crucial de la historia. Incluye teoría y ejemplos prácticos, pero es principalmente explicativo y contiene muchas conjeturas e ideas sobre cómo podría ser, y quizás debería, ser el mundo pospandémico.

El libro tiene tres capítulos principales, que ofrecen una visión panorámica del paisaje futuro. El primero evalúa cuál será el impacto de la pandemia en cinco categorías macro clave: los factores económicos, sociales, geopolíticos, ambientales y tecnológicos. El segundo considera los efectos en términos micro, en industrias y empresas específicas. El tercero hipotetiza sobre la naturaleza de las posibles consecuencias a nivel individual.

A principios de julio de 2020, estamos en una encrucijada, argumentan los autores de **COVID-19: The Great Reset**. Un camino nos llevará a un mundo mejor: más inclusivo, más equitativo y más respetuoso con la madre naturaleza. El otro nos llevará a un mundo que se parece al que acabamos de dejar atrás, pero peor y constantemente acosado por sorpresas desagradables. Por tanto, debemos hacerlo bien. Los desafíos que se avecinan podrían tener más consecuencias de lo que hemos decidido imaginar hasta ahora, pero nuestra capacidad para reiniciar también podría ser mayor de lo que nos habíamos atrevido a esperar anteriormente.

INTRODUCCIÓN



La crisis mundial desencadenada por la pandemia de coronavirus no tiene paralelo en la historia moderna. No se nos puede acusar de hipérbole cuando decimos que está hundiendo nuestro mundo en su totalidad y a cada uno de nosotros individualmente en los tiempos más desafiantes que hemos enfrentado en generaciones. Es nuestro momento decisivo: estaremos lidiando con sus consecuencias durante años y muchas cosas cambiarán para siempre. Está provocando trastornos económicos de proporciones monumentales, creando un período peligroso y volátil en múltiples frentes, político, social

y geopolítico, lo que genera profundas preocupaciones sobre el medio ambiente y también extiende el alcance (pernicioso o no) de la tecnología en nuestras vidas. Ninguna industria o negocio se librará del impacto de estos cambios. Millones de empresas corren el riesgo de desaparecer y muchas industrias enfrentan un futuro incierto; algunos prosperarán. A nivel individual, para muchos, la vida como siempre la han conocido se está desmoronando a una velocidad alarmante. Pero las crisis existenciales profundas también favorecen la introspección y pueden albergar el potencial de transformación. Las líneas divisorias del mundo, sobre todo las divisiones sociales, la falta de equidad, la ausencia de cooperación, el fracaso de la gobernanza y el liderazgo globales, ahora están expuestas como nunca antes, y la gente siente que ha llegado el momento de la reinvención. Surgirá un nuevo mundo, cuyos contornos son para que podamos imaginar y dibujar.

En el momento de redactar este informe (junio de 2020), la pandemia continúa empeorando a nivel mundial. Muchos de nosotros estamos pensando en cuándo las cosas volverán a la normalidad. La respuesta corta es: nunca. Nada volverá jamás a la sensación de normalidad "rota" que prevalecía antes de la crisis porque la pandemia de coronavirus marca un punto de inflexión fundamental en nuestra trayectoria global. Algunos analistas lo llaman una gran bifurcación, otros se refieren a una profunda crisis de proporciones "bíblicas", pero la esencia sigue siendo la misma: el mundo tal como lo conocíamos en los primeros meses de 2020 ya no está, disuelto en el contexto de la pandemia. Se están produciendo cambios radicales de tal consecuencia que algunos expertos se han referido a una era "antes del coronavirus" (BC) y "después del coronavirus" (AC). Seguiremos sorprendiéndonos tanto por la rapidez como por la naturaleza inesperada de estos cambios; a medida que se combinen, provocarán consecuencias de segundo, tercer, cuarto y más orden, efectos en cascada y resultados imprevistos. Al hacerlo, darán forma a una "nueva normalidad" radicalmente diferente de la que dejaremos atrás progresivamente. Muchas de nuestras creencias y suposiciones sobre cómo podría o debería ser el mundo se romperán en el proceso.

Sin embargo, los pronunciamientos amplios y radicales (como "todo cambiará") y un análisis en blanco y negro de todo o nada deben implementarse con mucho cuidado. Por supuesto, la realidad tendrá muchos más matices. Por sí misma, es posible que la pandemia no transforme completamente el mundo, pero es probable que acelere muchos de los cambios que ya estaban ocurriendo antes de que estallara, lo que a su vez pondrá en marcha otros cambios. La única certeza: los cambios no serán lineales y prevalecerán las discontinuidades marcadas. **COVID-19: The Great Reset** es un intento de identificar y

arrojar luz sobre los cambios que se avecinan, y de hacer una contribución modesta en términos de delinear a qué se parece su forma más deseable y sostenible.

Comencemos por poner las cosas en perspectiva: los seres humanos han existido durante unos 200.000 años, las bacterias más antiguas durante miles de millones de años y los virus durante al menos 300 millones de años. Esto significa que, muy probablemente, las pandemias siempre han existido y han sido una parte integral de la historia humana desde que la gente comenzó a viajar; durante los últimos 2000 años han sido la regla, no la excepción. Debido a su naturaleza intrínsecamente disruptiva, las epidemias a lo largo de la historia han demostrado ser una fuerza para un cambio duradero y a menudo radical: provocando disturbios, provocando enfrentamientos demográficos y derrotas militares, pero también desencadenando innovaciones, rediseñando las fronteras nacionales y, a menudo, allanando el camino para revoluciones. Los brotes obligaron a los imperios a cambiar de rumbo, como el Imperio Bizantino cuando fue golpeado por la plaga de Justiniano en 541-542, y algunos incluso a desaparecer por completo, cuando los emperadores aztecas e incas murieron con la mayoría de sus súbditos de gérmenes europeos. Además, las medidas autorizadas para intentar contenerlos siempre han formado parte del arsenal de políticas. Por lo tanto, no hay nada nuevo sobre el confinamiento y los cierres impuestos a gran parte del mundo para manejar la COVID-19. Han sido una práctica común durante siglos. Las primeras formas de confinamiento llegaron con las cuarentenas instituidas en un esfuerzo por contener la Peste Negra que entre 1347 y 1351 mató a aproximadamente un tercio de todos los europeos. Procedente de la palabra quaranta (que significa "cuarenta" en italiano), la idea de confinar a las personas durante 40 días se originó sin que las autoridades entendieran realmente lo que querían contener, pero las medidas fueron una de las primeras formas de "salud pública institucionalizada" que ayudó a legitimar la "acumulación de poder" por parte del estado moderno. [1] El período de 40 días no tiene fundamento médico; fue elegido por razones simbólicas y religiosas: tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento a menudo se refieren al número 40 en el contexto de la purificación, en particular los 40 días de Cuaresma y los 40 días del diluvio en Génesis.

La propagación de enfermedades infecciosas tiene una capacidad única para alimentar el miedo, la ansiedad y la histeria colectiva. Al hacerlo, como hemos visto, también desafía nuestra cohesión social y nuestra capacidad colectiva para gestionar una crisis. Las epidemias son por naturaleza divisivas y traumáticas. Contra lo que luchamos es invisible; nuestra familia, amigos y vecinos pueden convertirse en fuentes de infección; esos rituales cotidianos que apreciamos, como encontrarnos con un amigo en un lugar público,

pueden convertirse en un vehículo de transmisión; y las autoridades que intentan mantenernos a salvo mediante la aplicación de medidas de confinamiento a menudo se perciben como agentes de opresión. A lo largo de la historia, el patrón importante y recurrente ha sido buscar chivos expiatorios y echar la culpa firmemente al forastero. En la Europa medieval, los judíos estuvieron casi siempre entre las víctimas de los pogromos más notorios provocados por la peste. Un ejemplo trágico ilustra este punto: en 1349, dos años después de que la Peste Negra comenzara a recorrer el continente, en Estrasburgo el día de San Valentín, los judíos, que habían sido acusados de propagar la plaga contaminando los pozos de la ciudad, fueron pidió convertir. Cerca de 1.000 se negaron y fueron quemados vivos. Durante ese mismo año, las comunidades judías en otras ciudades europeas fueron aniquiladas, lo que las obligó a migrar masivamente a la parte oriental de Europa (en Polonia y Rusia), alterando permanentemente la demografía del continente en el proceso. Lo que es cierto para el antisemitismo europeo también se aplica al surgimiento del estado absolutista, el retroceso gradual de la iglesia y muchos otros eventos históricos que pueden atribuirse en gran medida a las pandemias. Los cambios fueron tan diversos y generalizados que llevaron al “fin de una era de sumisión”, poniendo fin al feudalismo y la servidumbre y marcando el comienzo de la era de la Ilustración. En pocas palabras: "La Peste Negra puede haber sido el comienzo no reconocido del hombre moderno". [2] Si la plaga del mundo medieval pudiera provocar cambios sociales, políticos y económicos tan profundos, ¿podría la pandemia de COVID-19 marcar el inicio de un punto de inflexión similar con consecuencias duraderas y dramáticas para nuestro mundo de hoy? A diferencia de ciertas epidemias pasadas, COVID-19 no representa una nueva amenaza existencial. No resultará en hambrunas masivas imprevistas o grandes derrotas militares y cambios de régimen. Poblaciones enteras no serán exterminadas ni desplazadas como resultado de la pandemia. Sin embargo, esto no equivale a un análisis tranquilizador. En realidad, la pandemia está exacerbando dramáticamente los peligros preexistentes que no hemos podido enfrentar de manera adecuada durante demasiado tiempo. También acelerará las inquietantes tendencias que se han ido acumulando durante un período de tiempo prolongado.

Para comenzar a elaborar una respuesta significativa, necesitamos un marco conceptual (o un mapa mental simple) que nos ayude a reflexionar sobre lo que se avecina y que nos oriente para que tenga sentido. Los conocimientos que ofrece la historia pueden resultar especialmente útiles. Es por eso que a menudo buscamos un “ancla mental” tranquilizadora que pueda servir como punto de referencia cuando nos vemos obligados a hacernos preguntas difíciles sobre qué cambiará y hasta qué punto. Al hacerlo, buscamos

precedentes, con preguntas como: ¿Es la pandemia como la gripe española de 1918 (se estima que mató a más de 50 millones de personas en todo el mundo en tres oleadas sucesivas)? ¿Podría parecerse a la Gran Depresión que comenzó en 1929? ¿Existe alguna semejanza con el impacto psicológico infligido por el 11 de septiembre? ¿Hay similitudes con lo que sucedió con el SARS en 2003 y el H1N1 en 2009 (aunque en una escala diferente)? ¿Podría ser como la gran crisis financiera de 2008, pero mucho mayor? La respuesta correcta, aunque no bienvenida, a todas estas preguntas es: ¡no! Ninguno se ajusta al alcance y patrón del sufrimiento humano y la destrucción económica causados por la pandemia actual. Las consecuencias económicas en particular no se parecen a ninguna crisis de la historia moderna. Como señalan muchos jefes de estado y de gobierno en medio de la pandemia, estamos en guerra, pero con un enemigo que es invisible, y por supuesto metafóricamente: "Si lo que estamos atravesando en verdad se puede llamar guerra, ciertamente no es uno típico. Después de todo, el enemigo de hoy es compartido por toda la humanidad". [3]

Dicho esto, la Segunda Guerra Mundial podría ser uno de los anclajes mentales más relevantes en el esfuerzo por evaluar lo que vendrá después. La Segunda Guerra Mundial fue la guerra de transformación por excelencia, que desencadenó no sólo cambios fundamentales en el orden global y la economía global, sino que también implicó cambios radicales en las actitudes y creencias sociales que finalmente allanaron el camino para políticas radicalmente nuevas y disposiciones de contratos sociales (como la incorporación de mujeres la fuerza laboral antes de convertirse en votantes). Obviamente, existen diferencias fundamentales entre una pandemia y una guerra (que consideraremos con cierto detalle en las páginas siguientes), pero la magnitud de su poder transformador es comparable. Ambos tienen el potencial de ser una crisis transformadora de proporciones antes inimaginables. Sin embargo, debemos tener cuidado con las analogías superficiales. Incluso en el peor de los casos, el horrendo escenario, la COVID-19 matará a muchas menos personas que las Grandes Plagas, incluida la Muerte Negra, o la Segunda Guerra Mundial. Además, la economía actual no se parece en nada a la de los siglos pasados que dependían del trabajo manual y las tierras agrícolas o la industria pesada. Sin embargo, en el mundo de hoy altamente interconectado e interdependiente, el impacto de la pandemia irá mucho más allá de las (ya asombrosas) estadísticas que relacionan "simplemente" con la muerte, el desempleo y las quiebras.

COVID-19: The Great Reset está escrito y publicado en medio de una crisis cuyas consecuencias se desarrollarán durante muchos años. No es de extrañar que todos nos sintamos algo desconcertados, un sentimiento tan comprensible cuando ocurre una

conmoción extrema, que trae consigo la inquietante certeza de que sus resultados serán inesperados e inusuales. Esta extrañeza está bien captada por Albert Camus en su novela de 1947 La plaga: “Sin embargo, todos estos cambios fueron, en cierto sentido, tan fantásticos y se habían hecho tan precipitadamente que no era fácil considerar que tuvieran alguna posibilidad de permanencia. " [4] Ahora que lo impensable está sobre nosotros, ¿qué pasará a continuación, inmediatamente después de la pandemia y luego en el futuro previsible?

Por supuesto, es demasiado pronto para decir con una precisión razonable lo que implicará COVID-19 en términos de cambios "trascendentales", pero el objetivo de este libro es ofrecer algunas pautas coherentes y conceptualmente sólidas sobre lo que podría suceder en el futuro, de la manera más completa posible. Nuestro objetivo es ayudar a nuestros lectores a comprender la dimensión multifacética de los cambios que se avecinan. Como mínimo, como argumentaremos, la pandemia acelerará los cambios sistémicos que ya eran evidentes antes de la crisis: la retirada parcial de la globalización, el creciente desacoplamiento entre EE. UU. y China, la aceleración de la automatización, la preocupación por una mayor vigilancia, el creciente atractivo de las políticas de bienestar, el creciente nacionalismo y el subsiguiente miedo a la inmigración, el creciente poder de la tecnología, la necesidad de que las empresas tengan una presencia en línea aún más fuerte, entre muchos otros. Pero podría ir más allá de una mera aceleración alterando cosas que antes parecían inmutables. Por lo tanto, podría provocar cambios que habrían parecido inconcebibles antes de la pandemia, como nuevas formas de política monetaria como el dinero virtual (ya un hecho), la reconsideración / recalibración de algunas de nuestras prioridades sociales y una búsqueda aumentada del bien común como un objetivo de política, la noción de equidad adquiriendo potencia política, medidas radicales de bienestar y tributación, y drásticos realineamientos geopolíticos.

El punto más amplio es éste: las posibilidades de cambio y el nuevo orden resultante son ahora ilimitadas y sólo están limitadas por nuestra imaginación, para bien o para mal. Las sociedades podrían estar preparadas para volverse más igualitarias o más autoritarias, o orientadas hacia una mayor solidaridad o más individualismo, favoreciendo los intereses de unos pocos o de muchos; las economías, cuando se recuperen, podrían tomar el camino de una mayor inclusión y estar más en sintonía con las necesidades de nuestros bienes comunes globales, o podrían volver a funcionar como antes. Entiendase el punto: debemos aprovechar esta oportunidad sin precedentes para reimaginar nuestro mundo, en un intento por hacerlo mejor y más resistente a medida que emerge del otro lado de esta crisis.

Somos conscientes de que intentar cubrir el alcance y la amplitud de todos los temas tratados en este libro es una tarea enorme que puede que ni siquiera sea posible. El tema y todas las incertidumbres asociadas a él son gigantescos y podrían haber llenado las páginas de una publicación cinco veces más grande que ésta. Pero nuestro objetivo era escribir un libro relativamente conciso y simple para ayudar al lector a comprender lo que viene en una multitud de dominios. Para interrumpir lo menos posible el flujo del texto, la información de referencia aparece al final del libro y se han minimizado las atribuciones directas. Publicado en medio de la crisis y cuando se esperan nuevas olas de infección, evolucionará continuamente para considerar la naturaleza cambiante del tema. Las ediciones futuras se actualizarán en vista de los nuevos hallazgos, las últimas investigaciones, las medidas de política revisadas y los comentarios continuos de los lectores.

Este volumen es un híbrido entre un libro académico ligero y un ensayo. Incluye teoría y ejemplos prácticos, pero es principalmente explicativo y contiene muchas conjeturas e ideas sobre cómo podría ser, y quizás debería ser el mundo pospandémico. No ofrece generalizaciones simples ni recomendaciones para un mundo que se mueve hacia una nueva normalidad, pero confiamos en que será útil.

Este libro está estructurado en tres capítulos principales, que ofrecen una visión panorámica del panorama futuro. El primero evalúa cuál será el impacto de la pandemia en cinco categorías macro clave: los factores económicos, sociales, geopolíticos, ambientales y tecnológicos. El segundo considera los efectos en términos micro, en industrias y empresas específicas. La tercera hipótesis sobre la naturaleza de las posibles consecuencias a nivel individual.

1. REINICIO MACRO

La primera etapa de nuestro viaje avanza a través de cinco categorías macro que ofrecen un marco analítico integral para comprender lo que está sucediendo en el mundo actual y cómo esto podría evolucionar. Para facilitar la lectura, recorremos temáticamente cada uno por separado. En realidad son interdependientes: nuestro cerebro nos hace pensar en términos lineales, pero el mundo que nos rodea es no lineal, es decir: complejo, adaptativo, vertiginoso y ambiguo.

1.1. Marco conceptual: tres características definitorias del mundo actual

El macro reinicio ocurrirá en el contexto de las tres fuerzas seculares predominantes que dan forma a nuestro mundo actual: interdependencia, velocidad y complejidad. Este trío ejerce su fuerza, en mayor o menor grado, sobre todos nosotros, sea quien sea o donde sea que estemos.

1.1.1. Interdependencia

Si sólo una palabra tuviera que destilar la esencia del siglo XXI, tendría que ser “interdependencia”. Un subproducto de la globalización y el progreso tecnológico, se puede definir esencialmente como la dinámica de dependencia recíproca entre los elementos que componen un sistema. El hecho de que la globalización y el progreso tecnológico hayan avanzado tanto en las últimas décadas ha llevado a algunos expertos a declarar que el mundo está ahora “hiperconectado”, ¡una variante de la interdependencia de los esteroides! ¿Qué significa esta interdependencia en la práctica? Simplemente que el mundo está “concatenado”: enlazado. A principios de la década de 2010, Kishore Mahbubani, un académico y ex diplomático de Singapur, capturó esta realidad con una metáfora del barco: “Los 7 mil millones de personas que habitan el planeta Tierra ya no viven en más de cien barcos [países] separados. En cambio, todos viven en 193 camarotes separados en el mismo barco". En sus propias palabras, ésta es una de las mayores transformaciones de la historia. En 2020, prosiguió con esta metáfora en el contexto de la pandemia al escribir: “Si nosotros 7.500 millones de personas estamos ahora atrapados en un crucero infectado con virus, ¿tiene sentido limpiar y fregar sólo nuestras cabinas personales sin tener en cuenta la pasillos y pozos de aire en el exterior, a través de los cuales viaja el virus? La respuesta es clara: no. Sin embargo, esto es lo que hemos estado haciendo... Como ahora estamos en el mismo barco, la humanidad tiene que cuidar el barco global en su conjunto ”. [5

Un mundo interdependiente es un mundo de profunda conectividad sistémica, en el que todos los riesgos se afectan entre sí a través de una red de interacciones complejas. En tales condiciones, la afirmación de que un riesgo económico se limitará al ámbito económico o que un riesgo ambiental no repercutirá en riesgos de diferente naturaleza (económicos, geopolíticos, etc.) ya no es sostenible. Todos podemos pensar en los riesgos económicos que se convierten en políticos (como un fuerte aumento del desempleo que conduce a focos de malestar social), o en los riesgos tecnológicos que se transforman en riesgos sociales (como el problema de rastrear la pandemia en los teléfonos móviles que provoca una reacción social). Cuando se consideran de forma aislada, los riesgos individuales, ya sean de carácter económico, geopolítico, social o medioambiental, dan la falsa impresión de que pueden ser contenidos o mitigados; en la vida real, la conectividad sistémica muestra que se trata de una construcción artificial. En un mundo interdependiente, los riesgos se amplifican entre sí y, al hacerlo, tienen efectos en cascada. Es por eso que el aislamiento o la contención no pueden rimar con la interdependencia y la interconexión.

El gráfico siguiente, extraído del Informe de riesgos globales 2020 del Foro Económico Mundial, [6] lo aclara. Ilustra la naturaleza interconectada de los riesgos que enfrentamos colectivamente; cada riesgo individual siempre se confunde con los de su propia macrocategoría, pero también con los riesgos individuales de las otras macrocategorías (los riesgos económicos aparecen en azul, los geopolíticos en naranja, los sociales en rojo, los ambientales en verde y los tecnológicos en violeta). De esta manera, cada riesgo individual alberga el potencial de crear efectos de rebote al provocar otros riesgos. Como deja claro el gráfico, un riesgo de "enfermedades infecciosas" tiene un efecto directo sobre el "fracaso de la gobernanza mundial", la "inestabilidad social", el "desempleo", las "crisis fiscales" y la "migración involuntaria" (por nombrar sólo algunos). Cada uno de estos, a su vez, influirá en otros riesgos individuales, lo que significa que el riesgo individual del que comenzó la cadena de efectos (en este caso particular, las "enfermedades infecciosas") termina amplificando muchos otros riesgos no sólo en su propia macrocategoría (riesgos sociales), sino también en las otras cuatro macrocategorías. Esto muestra el fenómeno de contagio por conectividad sistémica. En los siguientes subcapítulos, exploramos lo que el riesgo de pandemia podría implicar desde una perspectiva económica, social, geopolítica, ambiental y tecnológica.

La interdependencia tiene un efecto conceptual importante: invalida el “pensamiento silo”. Dado que la combinación y la conectividad sistémica son lo que en última instancia

importa, abordar un problema o evaluar un problema o un riesgo de forma aislada de los demás no tiene sentido y es inútil. En el pasado, este "pensamiento silo" explica en parte por qué tantos economistas no pudieron predecir la crisis crediticia (en 2008) y por qué tan pocos científicos políticos vieron venir la Primavera Árabe (en 2011). Hoy, el problema es el mismo con la pandemia. Epidemiólogos, especialistas en salud pública, economistas, científicos sociales y todos los demás científicos y especialistas que se dedican a ayudar a los responsables de la toma de decisiones a comprender lo que les espera, encuentran difícil (y a veces imposible) cruzar los límites de su propia disciplina.



Figure 1

Es por eso que abordar complejas compensaciones, como contener la progresión de la pandemia versus reabrir la economía, es tan diabólicamente difícil. Es comprensible que la mayoría de los expertos acaben siendo segregados en campos cada vez más estrechos. Por lo tanto, carecen de la vista ampliada necesaria para conectar los muchos puntos diferentes que brindan la imagen más completa que los tomadores de decisiones necesitan desesperadamente.

1.1.2. Velocidad

Lo anterior señala firmemente el progreso tecnológico y la globalización como los principales "culpables" responsables de una mayor interdependencia. Además, han creado tal cultura de inmediatez que no es exagerado afirmar que, en el mundo actual, todo se mueve mucho más rápido que antes. Si sólo se destacara una cosa para explicar este asombroso aumento de velocidad, sin duda sería Internet. Más de la mitad (52%) de la población mundial está ahora en línea, en comparación con menos del 8% hace 20 años; En 2019, se vendieron en todo el mundo más de 1.500 millones de smartphones, símbolo y vector de velocidad que nos permite llegar a cualquier lugar y en cualquier momento. El Internet de las cosas (IoT) ahora conecta 22 mil millones de dispositivos en tiempo real, que van desde automóviles hasta camas de hospital, redes eléctricas y bombas de estaciones de agua, hasta hornos de cocina y sistemas de riego agrícola. Se espera que este número alcance los 50 000 millones o más en 2030. Otras explicaciones del aumento de la velocidad apuntan al elemento de "escasez": a medida que las sociedades se enriquecen, el tiempo se vuelve más valioso y, por lo tanto, se percibe como cada vez más escaso. Esto puede explicar los estudios que muestran que las personas en las ciudades ricas siempre caminan más rápido que en las ciudades pobres: ¡no tienen tiempo que perder! No importa cuál sea la explicación causal, el final de todo esto es claro: como consumidores y productores, cónyuges y padres, líderes y seguidores, todos estamos sujetos a un cambio rápido constante, aunque discontinuo.

Podemos ver la velocidad en todas partes; ya sea una crisis, el descontento social, los avances tecnológicos y la adopción, la agitación geopolítica, los mercados financieros y, por supuesto, la manifestación de enfermedades infecciosas, ahora todo avanza rápidamente. Como resultado, operamos en una sociedad en tiempo real, con la persistente sensación de que el ritmo de vida aumenta constantemente. Esta nueva cultura de la inmediatez, obsesionada con la velocidad, es evidente en todos los aspectos de nuestras vidas, desde las cadenas de suministro “justo a tiempo” hasta el comercio de “alta frecuencia”, desde las citas rápidas hasta la comida rápida. Es tan omnipresente que

algunos expertos llaman a este nuevo fenómeno la "dictadura de la urgencia". De hecho, puede adoptar formas extremas. La investigación realizada por científicos de Microsoft muestra, por ejemplo, que ser más lento en no más de 250 milisegundos (un cuarto de segundo) es suficiente para que un sitio web pierda visitas a sus competidores "más rápidos". El resultado general es que la vida útil de una política, un producto o una idea, y el ciclo de vida de un responsable de la toma de decisiones o de un proyecto, se contraen drásticamente y, a menudo, de manera impredecible.

Nada ilustró esto más vívidamente que la vertiginosa velocidad con la que avanzó el COVID-19 en marzo de 2020. En menos de un mes, desde la vorágine provocada por la asombrosa velocidad a la que la pandemia envolvió a la mayor parte del mundo, pareció emerger una era completamente nueva. . Se pensaba que el comienzo del brote había tenido lugar en China algún tiempo antes, pero la progresión global exponencial de la pandemia tomó por sorpresa a muchos tomadores de decisiones y a la mayoría del público porque, por lo general, nos resulta cognitivamente difícil comprender la importancia del crecimiento exponencial. Considere lo siguiente en términos de "días para duplicar": si una pandemia crece al 30% por día (como lo hizo COVID-19 a mediados de marzo para algunos de los países más afectados), los casos registrados (o muertes) se duplicarán en un poco más de dos días. Si crece al 20%, tardará entre cuatro y cinco días; y si crece al 10%, tardará poco más de una semana. Expresado de otra manera: a nivel mundial, COVID-19 tardó tres meses en llegar a 100.000 casos, 12 días en duplicarse a 200.000 casos, cuatro días en llegar a 300.000 casos y luego se alcanzaron 400.000 y 500.000 casos en dos días cada uno. Estos números nos hacen girar la cabeza: ¡velocidad extrema en acción! El crecimiento exponencial es tan desconcertante para nuestras funciones cognitivas que a menudo lo enfrentamos desarrollando una “miopía” exponencial, [7] pensando en ello como nada más que “muy rápido”. En un famoso experimento realizado en 1975, dos psicólogos encontraron que cuando tenemos que predecir un proceso exponencial, a menudo lo subestimamos por un factor de 10. [8] Comprender esta dinámica de crecimiento y el poder de los exponenciales aclara por qué la velocidad es un problema y por qué la velocidad de intervención para frenar la tasa de crecimiento es tan crucial. Ernest Hemingway entendió esto. En su novela The Sun Also Rises, dos personajes tienen la siguiente conversación: "¿Cómo te quebraste?", Preguntó Bill. "De dos maneras", dijo Mike. "Gradualmente, luego de repente". Lo mismo tiende a suceder con los grandes cambios sistémicos y la disrupción en general: las cosas tienden a cambiar gradualmente al principio y luego todas a la vez. Espere lo mismo para el reinicio macro.

La velocidad no sólo toma formas extremas, sino que también puede generar efectos perversos. La "impaciencia", por ejemplo, es uno, cuyos efectos se pueden ver de manera similar en el comportamiento de los participantes en los mercados financieros (con una nueva investigación que sugiere que el comercio de impulso, basado en la velocidad, lleva a los precios de las acciones a desviarse persistentemente de su valor fundamental o precio "correcto") y en el de los votantes en una elección. Este último tendrá una relevancia crítica en la era pospandémica. Los gobiernos, por necesidad, se toman un tiempo para tomar decisiones e implementarlas: están obligados a considerar muchos grupos de electores diferentes e intereses en competencia, equilibrar las preocupaciones internas con las consideraciones externas y asegurar la aprobación legislativa, antes de poner en marcha la maquinaria burocrática para actuar en todos estos aspectos. decisiones. Por el contrario, los votantes esperan resultados y mejoras políticas casi inmediatas, que, cuando no llegan lo suficientemente rápido, conducen a una decepción casi instantánea. Este problema de asincronicidad entre dos grupos diferentes (los políticos y el público) cuyo horizonte temporal difiere tan marcadamente será agudo y muy difícil de manejar en el contexto de la pandemia. La velocidad de la conmoción y (la profundidad) del dolor que ha infligido no se igualará ni podrá igualar la velocidad por parte de las políticas.

La velocidad también llevó a muchos observadores a establecer una falsa equivalencia al comparar la gripe estacional con COVID-19. Esta comparación, realizada una y otra vez en los primeros meses de la pandemia, fue engañosa y conceptualmente errónea. Tomemos el ejemplo de Estados Unidos para aclarar el punto y comprender mejor el papel que juega la velocidad en todo esto. Según los Centros para el Control de Enfermedades (CDC), entre 39 y 56 millones de estadounidenses contrajeron la gripe durante la temporada de invierno 2019-2020, con entre 24,000 y 62,000 muertes. [9] Por el contrario, y según la Universidad Johns Hopkins, el 24 de junio de 2020, más de 2,3 millones fueron diagnosticados con COVID-19 y casi 121.000 personas habían muerto. [10] Pero la comparación se detiene ahí; no tiene sentido por dos razones: 1) las cifras de influenza corresponden a la carga total estimada de influenza mientras que las cifras de COVID-19 son casos confirmados; y 2) las cascadas de gripe estacional en olas "suaves" durante un período de (hasta seis) meses en un patrón uniforme, mientras que el virus COVID-19 se propaga como un tsunami en un patrón de hotspot (en un puñado de ciudades y regiones donde concentrados) y, al hacerlo, puede abrumar y atascar las capacidades de atención médica, monopolizando los hospitales en detrimento de los pacientes sin COVID-19. La segunda razón, la velocidad con la que surge la pandemia de

COVID-19 y la rapidez con la que surgen los grupos, marca la diferencia y hace que la comparación con la gripe sea irrelevante.

La velocidad está en la raíz de la primera y la segunda razones: en una gran mayoría de países, la velocidad con la que avanzó la epidemia hizo imposible tener suficientes capacidades de prueba, y luego abrumó a muchos sistemas nacionales de salud equipados para hacer frente a una situación predecible, gripe estacional recurrente y bastante lenta, pero no con una pandemia "superrápida".

Otra consecuencia importante y de gran alcance de la velocidad es que los responsables de la toma de decisiones tienen más información y más análisis que nunca, pero menos tiempo para decidir. Para los políticos y líderes empresariales, la necesidad de ganar una perspectiva estratégica choca cada vez más con las presiones cotidianas de las decisiones inmediatas, particularmente obvias en el contexto de la pandemia, y reforzadas por la complejidad, como veremos en la próxima. sección.

1.1.3. Complejidad

En su forma más simple posible, la complejidad se puede definir como lo que no entendemos o nos resulta difícil de entender. En cuanto a un sistema complejo, el psicólogo Herbert Simon lo definió como "aquel compuesto por un gran número de partes que interactúan de forma no simple". [11] Los sistemas complejos a menudo se caracterizan por la ausencia de vínculos causales visibles entre sus elementos, lo que los hace virtualmente imposibles de predecir. En el fondo de nosotros mismos, sentimos que cuanto más complejo es un sistema, mayor es la probabilidad de que algo salga mal y que un accidente o una aberración pueda ocurrir y propagarse.

La complejidad se puede medir aproximadamente por tres factores: "1) la cantidad de contenido de información o el número de componentes de un sistema; 2) la interconexión, definida como la dinámica de respuesta recíproca, entre estas piezas de información o componentes; y 3) el efecto de la no linealidad (los elementos no lineales a menudo se denominan "puntos de inflexión"). La no linealidad es una característica clave de la complejidad porque significa que un cambio en un solo componente de un sistema puede llevar a un efecto sorprendente y desproporcionado en otros lugares ". [12] Es por esta razón que los modelos pandémicos a menudo producen una amplia gama de resultados: una diferencia de suposición con respecto a un solo componente del modelo puede afectar dramáticamente el resultado final. Cuando uno escucha hablar de "cisnes negros", "incógnitas conocidas" o "efectos de mariposa", la no linealidad está en juego; Por tanto, no es de extrañar que a menudo asociemos la complejidad del mundo con "sorpresas",

"turbulencias" e "incertidumbres". Por ejemplo, en 2008, ¿cuántos “expertos” anticiparon que los valores respaldados por hipotecas originados en los Estados Unidos paralizarían a los bancos de todo el mundo y, en última instancia, llevarían al sistema financiero mundial al borde del colapso? Y en las primeras semanas de 2020, ¿cuántos tomadores de decisiones previeron hasta qué punto una posible pandemia causaría estragos en algunos de los sistemas de salud más sofisticados del mundo e infligiría un daño tan importante a la economía mundial?

Una pandemia es un sistema adaptativo complejo que comprende muchos componentes o piezas de información diferentes (tan diversas como la biología o la psicología), cuyo comportamiento está influenciado por variables como el papel de las empresas, las políticas económicas, la intervención del gobierno, las políticas de salud o la gobernanza nacional. Por esta razón, puede y debe verse como una “red viva” que se adapta a las condiciones cambiantes, no algo escrito en piedra, sino un sistema de interacciones que es a la vez complejo y adaptativo. Es complejo porque representa una "cuna del gato" de interdependencia e interconexiones de las que proviene, y adaptativo en el sentido de que su "comportamiento" es impulsado por interacciones entre nodos (las organizaciones, las personas - ¡nosotros!) que pueden confundirse y “rebelde” en tiempos de estrés (¿Nos adaptaremos a las normas del confinamiento? ¿La mayoría de nosotros acatará, o no, las reglas? etc.). La gestión (la contención, en este caso particular) de un sistema adaptativo complejo requiere una colaboración continua en tiempo real pero siempre cambiante entre una amplia gama de disciplinas y entre diferentes campos dentro de estas disciplinas. Sólo para proporcionar un ejemplo amplio y simplificado, la contención de la pandemia de coronavirus requerirá una red de vigilancia global capaz de identificar nuevos brotes tan pronto como surjan, laboratorios en múltiples ubicaciones alrededor del mundo que puedan analizar rápidamente nuevas cepas virales y desarrollar tratamientos efectivos, grandes infraestructuras de TI para que las comunidades puedan prepararse y reaccionar de manera eficaz, mecanismos de políticas adecuados y coordinados para implementar de manera eficiente las decisiones una vez que se toman, etc. El punto importante es éste: cada actividad separada por sí misma es necesaria para abordar la pandemia, pero es insuficiente si no se considera junto con las demás. De ello se deduce que este complejo sistema adaptativo es mayor que la suma de sus partes. Su eficacia depende de qué tan bien funcione como un todo, y es tan fuerte como su eslabón más débil.

Muchos expertos han caracterizado erróneamente la pandemia de la COVID-19 como un evento de cisne negro simplemente porque exhibe todas las características de un sistema adaptativo complejo. Pero en realidad es un evento de cisne blanco, algo que Nassim

Taleb presenta explícitamente como tal en The Black Swan publicado en 2007: algo que eventualmente se llevaría a cabo con mucha certeza. [13] ¡De hecho! Durante años, organizaciones internacionales como la Organización Mundial de la Salud (OMS), instituciones como el Foro Económico Mundial y la Coalición para las Innovaciones en la Preparación ante Epidemias (CEPI, lanzada en la Reunión Anual de 2017 en Davos) e  individuos como Bill Gates nos han estado advirtiendo sobre el próximo riesgo de pandemia, incluso especificando que: 1) surgiría en un lugar densamente poblado donde el desarrollo económico obliga a las personas y la vida silvestre a unirse; 2) se difundiría rápida y silenciosamente mediante la explotación de las redes de viajes y comercio humanos; y 3) llegaría a varios países frustrando la contención. Como veremos en los siguientes capítulos, caracterizar adecuadamente la pandemia y comprender sus características es vital porque fueron los que sustentaron las diferencias en términos de preparación. Muchos países asiáticos reaccionaron rápidamente porque estaban preparados desde el punto de vista logístico y organizativo (debido al SARS) y, por lo tanto, pudieron disminuir el impacto de la pandemia. Por el contrario, muchos países occidentales no estaban preparados y fueron devastados por la pandemia; no es coincidencia que sean ellos en los que más circuló la falsa noción de un evento de cisne negro. Sin embargo, podemos afirmar con seguridad que la pandemia (un evento de cisne blanco de alta probabilidad y altas consecuencias) provocará muchos eventos de cisne negro a través de efectos de segundo, tercer, cuarto y más orden. Es difícil, si no imposible, prever lo que podría suceder al final de la cadena cuando los efectos de orden múltiple y sus consiguientes cascadas de consecuencias hayan ocurrido después de los picos de desempleo, las empresas quebran y algunos países se tambalean al borde del colapso. Ninguno de estos es impredecible en sí mismo, pero es su propensión a crear tormentas perfectas cuando se combinan con otros riesgos lo que nos tomará por sorpresa. En resumen, la pandemia no es un evento de cisne negro, pero algunas de sus consecuencias lo serán.

El punto fundamental aquí es éste: la complejidad crea límites a nuestro conocimiento y comprensión de las cosas; Por lo tanto, podría ser que la creciente complejidad de hoy literalmente abrume las capacidades de los políticos en particular, y de los tomadores de decisiones en general, para tomar decisiones bien informadas. Un físico teórico convertido en jefe de Estado (el presidente Armen Sarkissian de Armenia) planteó este punto cuando acuñó la expresión "política cuántica", esbozando cómo el mundo clásico de la física post-Newtoniana -lineal, predecible y hasta cierto punto incluso determinista- había dado camino hacia el mundo cuántico: altamente interconectado e incierto, increíblemente

complejo y también cambiante según la posición del observador. Esta expresión recuerda la física cuántica, que explica cómo funciona todo y es “la mejor descripción que tenemos de la naturaleza de las partículas que componen la materia y las fuerzas con las que interactúan”. [14] La pandemia de la COVID-19 ha dejado al descubierto este mundo cuántico.

1.2. Reinicio económico

1.2.1. La economía de la COVID-19

Nuestra economía contemporánea se diferencia radicalmente de la de siglos anteriores. En comparación con el pasado, está infinitamente más interconectada, intrincada y compleja. Se caracteriza por una población mundial que ha crecido exponencialmente, por aviones que conectan cualquier punto de cualquier lugar con otro en otro lugar en sólo unas pocas horas, lo que resulta en que más de mil millones de nosotros crucemos una frontera cada año, por humanos invadiendo la naturaleza y los hábitats de vida silvestre, por megaciudades ubicuas y en expansión que albergan a millones de personas que viven codo con codo (a menudo sin saneamiento ni atención médica adecuados). Comparada con el panorama de hace unas pocas décadas, y mucho más con siglos atrás, la economía actual es simplemente irreconocible. No obstante, algunas de las lecciones económicas que se pueden extraer de las pandemias históricas siguen siendo válidas hoy para ayudar a comprender lo que se avecina. La catástrofe económica mundial que enfrentamos ahora es la más profunda registrada desde 1945; en términos de su gran velocidad, no tiene paralelo en la historia. Aunque no rivaliza con las calamidades y la desesperación económica absoluta que soportaron las sociedades en el pasado, hay algunas características reveladoras que son inquietantemente similares. Cuando en 1665, en el espacio de 18 meses, la última peste bubónica había erradicado una cuarta parte de la población de Londres, Daniel Defoe escribió en A Journal of the Plague Year [15] (publicado en 1722): “Se pararon todos los oficios, cesó el empleo: el trabajo y el pan de los pobres fueron cortados; y al principio, de hecho, los gritos de los pobres eran muy lamentables de escuchar... miles de ellos se habían quedado en Londres con nada más que su desesperación, la muerte los sorprendió..." El libro de Defoe está lleno de anécdotas que resuenan con la situación actual, que nos cuenta cómo los ricos escapaban al país, “llevándose la muerte”, y observando cómo los pobres estaban mucho más expuestos al brote, o describiendo cómo “charlatanes vendían curas falsas"[16].

Lo que muestra una y otra vez la historia de epidemias anteriores es cómo las pandemias explotan las rutas comerciales y el choque que existe entre los intereses de la salud

pública y los de la economía (algo que constituye una “aberración” económica como veremos en unas pocas páginas) . Como describe el historiador Simon Schama:

> En medio de la calamidad, la economía siempre estuvo en desacuerdo con los intereses de la salud pública. A pesar de que, hasta que hubo una comprensión de las enfermedades transmitidas por gérmenes, la plaga se atribuyó principalmente al 'aire viciado' y a los vapores nocivos que se dice que surgen de los pantanos estancados o contaminados, no obstante, existía la sensación de que las arterias comerciales que habían generado prosperidad ahora se transformaron en vectores de veneno. Pero cuando se propusieron o impusieron cuarentenas (...), quienes más salían a perder, los comerciantes y en algunos lugares los artesanos y trabajadores, ante la paralización de los mercados, ferias y comercios, opusieron una dura resistencia. ¿Debe morir la economía para que pueda resucitar con buena salud? Sí, dijeron los guardianes de la salud pública, que pasaron a formar parte de la vida urbana en Europa a partir del siglo XV. [17]

La historia muestra que las epidemias han sido el gran restablecimiento de la economía y el tejido social de los países. ¿Por qué debería ser diferente con la COVID-19? Un artículo fundamental sobre las consecuencias económicas a largo plazo de las grandes pandemias a lo largo de la historia muestra que las secuelas macroeconómicas significativas pueden persistir hasta por 40 años, deprimiendo sustancialmente las tasas reales de rendimiento. [18] Esto contrasta con las guerras que tienen el efecto contrario: destruyen capital mientras que las pandemias no lo hacen; las guerras desencadenan tasas de interés reales más altas, lo que implica una mayor actividad económica, mientras que las pandemias desencadenan tasas reales más bajas, lo que implica una actividad económica lenta. Además, los consumidores tienden a reaccionar ante el impacto aumentando sus ahorros, ya sea por nuevas preocupaciones de precaución o simplemente para reemplazar la riqueza perdida durante la epidemia. En el lado laboral, habrá ganancias a expensas del capital, ya que los salarios reales tienden a aumentar después de las pandemias. Ya en la Peste Negra que asoló Europa entre 1347 y 1351 (y que suprimió al 40% de la población europea en solo unos pocos años), los trabajadores descubrieron por primera vez en su vida que el poder de cambiar las cosas estaba en sus manos. Apenas un año después de la desaparición de la epidemia, los trabajadores textiles de Saint-Omer (una pequeña ciudad del norte de Francia) exigieron y recibieron sucesivos aumentos salariales. Dos años después, muchos gremios de trabajadores negociaron jornadas más cortas y salarios más altos, a veces hasta un tercio más que su nivel anterior a la plaga. Ejemplos similares pero menos extremos de otras pandemias

apuntan a la misma conclusión: el trabajo gana poder en detrimento del capital. Hoy en día, este fenómeno puede verse agravado por el envejecimiento de gran parte de la población en todo el mundo (África e India son excepciones notables), pero tal escenario hoy corre el riesgo de ser alterado radicalmente por el auge de la automatización, un tema al que volveremos en sección 1.6. A diferencia de las pandemias anteriores, no es seguro que la crisis de la COVID-19 inclinará la balanza a favor del trabajo y en contra del capital. Por razones políticas y sociales, podría, pero la tecnología cambia la combinación.

1.2.1.1. Incertidumbre

El alto grado de incertidumbre constante que rodea la COVID-19 hace que sea increíblemente difícil evaluar con precisión el riesgo que representa. Como ocurre con todos los riesgos nuevos que son agentes del miedo, esto genera mucha ansiedad social que impacta el comportamiento económico. Ha surgido un consenso abrumador dentro de la comunidad científica mundial de que Jin Qi (uno de los principales científicos de China) tenía razón cuando dijo en abril de 2020: “Es muy probable que sea una epidemia que coexista con los humanos durante mucho tiempo, se vuelve estacional y se sostiene dentro de los cuerpos humanos ". [19]

Desde que comenzó la pandemia, hemos sido bombardeados diariamente con un flujo incesante de datos pero, en junio de 2020, aproximadamente medio año después del comienzo del brote, nuestro conocimiento todavía es muy irregular y, como resultado, todavía no sabemos cuán peligroso es el COVID-19. A pesar de la avalancha de artículos científicos publicados sobre el coronavirus, su tasa de letalidad por infección (es decir, el número de casos de COVID-19, medidos o no, que provocan la muerte) sigue siendo un tema de debate (alrededor de 0,4% -0,5% y posiblemente hasta 1%). La proporción de casos no detectados y confirmados, la tasa de transmisión de individuos asintomáticos, el efecto de la estacionalidad, la duración del período de incubación, las tasas nacionales de infección: se está avanzando en términos de comprensión de cada uno de estos elementos, pero estos y muchos otros elementos siguen siendo "incógnitas desconocidas" en gran medida. Para los responsables de la formulación de políticas y los funcionarios públicos, este nivel de incertidumbre prevaleciente hace que sea muy difícil diseñar la estrategia de salud pública adecuada y la estrategia económica concomitante.

Esto no deberia venir como sorpresa. Anne Rimoin, profesora de epidemiología en UCLA, confiesa: "Éste es un virus nuevo, nuevo para la humanidad, y nadie sabe qué pasará". [20] Tales circunstancias requieren una buena dosis de humildad porque, en palabras de Peter Piot (uno de los principales virólogos del mundo): "Cuanto más aprendemos sobre

el coronavirus, más preguntas surgen". [21] La COVID-19 es una maestra del disfraz que se manifiesta con síntomas proteicos que confunden a la comunidad médica. Es ante todo una enfermedad respiratoria pero, para un número pequeño pero considerable de pacientes, los síntomas van desde inflamación cardíaca y problemas digestivos hasta infección renal, coágulos de sangre y meningitis. Además, muchas personas que se recuperan quedan con problemas crónicos de riñón y corazón, así como con efectos neurológicos duraderos.



Ante la incertidumbre, tiene sentido recurrir a escenarios para tener una mejor idea de lo que se avecina. Con la pandemia, se comprende bien que es posible una amplia gama de resultados potenciales, sujetos a eventos imprevistos y sucesos aleatorios, pero se destacan tres escenarios plausibles. Cada uno puede ayudar a delinear los contornos de cómo podrían ser los próximos dos años.

Estos tres escenarios plausibles [22] se basan todos en el supuesto básico de que la pandemia podría seguir afectándonos hasta 2022; por tanto, pueden ayudarnos a reflexionar sobre lo que nos espera. En el primer escenario, la ola inicial que comenzó en marzo de 2020 es seguida por una serie de olas más pequeñas que ocurren hasta mediados de 2020 y luego durante un período de uno a dos años, disminuyendo gradualmente en 2021, como "picos y valles". La ocurrencia y amplitud de estos picos y valles varían geográficamente y dependen de las medidas de mitigación específicas que se implementen. En el segundo escenario, la primera ola es seguida por una ola más grande que tiene lugar en el tercer o cuarto trimestre de 2020, y una o varias olas posteriores más pequeñas en 2021 (como durante la pandemia de gripe española de 1918-1919). Este escenario requiere la reimplementación de medidas de mitigación alrededor del cuarto trimestre de 2020 para contener la propagación de la infección y evitar que los sistemas de salud se vean desbordados. En el tercer escenario, no visto con pandemias de influenza pasadas pero posible para COVID-19, una "quema lenta" de transmisión continua y ocurrencia de casos sigue a la primera ola de 2020, pero sin un patrón de ola claro, sólo con altibajos más pequeños. Al igual que para los otros escenarios, este patrón varía geográficamente y, en cierta medida, está determinado por la naturaleza de las medidas de mitigación implementadas anteriormente en cada país o región en particular. Continúan ocurriendo casos de infección y muertes, pero no requieren el restablecimiento de medidas de mitigación.

Un gran número de científicos parece estar de acuerdo con el marco que ofrecen estos tres escenarios. Cualquiera de los tres que siga la pandemia, todos ellos quieren decir, como los autores expresan explícitamente, que los responsables de la formulación de

políticas deben estar preparados para lidiar con “al menos otros 18 a 24 meses de actividad significativa de COVID-19, con puntos críticos que aparecen periódicamente en diversos áreas geográficas ”. Como argumentaremos a continuación, una recuperación económica completa no puede tener lugar hasta que el virus sea derrotado o detrás de nosotros.

1.2.1.2. La falacia económica de sacrificar algunas vidas para salvar el crecimiento.

A lo largo de la pandemia, ha habido un debate perenne sobre “salvar vidas versus salvar la economía” -vidas versus medios de subsistencia. Ésta es una compensación falsa. Desde un punto de vista económico, el mito de tener que elegir entre la salud pública y un impacto en el crecimiento del PIB puede fácilmente desmentirse. Dejando de lado la cuestión ética (que no es insignificante) de si sacrificar algunas vidas para salvar la economía es una propuesta social darwinista (o no), decidir no salvar vidas no mejorará el bienestar económico. Las razones son dos:

1. Por el lado de la oferta, si la flexibilización prematura de las diversas restricciones y las reglas de distanciamiento social da como resultado una aceleración de la infección (que casi todos los científicos creen que sucedería), más empleados y trabajadores se infectarían y más empresas dejarían de funcionar. Tras el inicio de la pandemia en 2020, la validez de este argumento quedó probada en varias ocasiones. Estos iban desde fábricas que tuvieron que dejar de operar porque demasiados trabajadores se habían enfermado (principalmente en el caso de entornos de trabajo que obligaban a la proximidad física entre los trabajadores, como en las instalaciones de procesamiento de carne) hasta barcos de guerra varados porque demasiados miembros de la tripulación habían sido infectados impidiendo así que la embarcación funcione normalmente. Un factor adicional que afecta negativamente la oferta de mano de obra es que, en todo el mundo, hubo repetidos casos de trabajadores que se negaron a regresar al trabajo por temor a infectarse. En muchas empresas grandes, los empleados que se sentían vulnerables a la enfermedad generaron una ola de activismo, incluidos los paros laborales.
2. Por el lado de la demanda, el argumento se reduce al determinante más básico, pero fundamental, de la actividad económica: los sentimientos. Debido a que los sentimientos de los consumidores son los que realmente impulsan las economías, un retorno a cualquier tipo de "normalidad" solo ocurrirá cuando y no antes de que vuelva la confianza. Las percepciones de las personas sobre la seguridad impulsan las decisiones de los consumidores y las empresas, lo que significa que la mejora

económica sostenida depende de dos cosas: la confianza en que la pandemia ha quedado atrás, sin la cual la gente no consumirá ni invertirá, y la prueba de que el virus ha sido derrotado a nivel mundial. - sin el cual las personas no podrán sentirse seguras primero localmente y luego más lejos.

La conclusión lógica de estos dos puntos es la siguiente: los gobiernos deben hacer lo que sea necesario y gastar lo que sea necesario en interés de nuestra salud y nuestra riqueza colectiva para que la economía se recupere de manera sostenible. Como lo expresaron tanto un economista como un especialista en salud pública: “Sólo salvar vidas salvará los medios de subsistencia”, [23] dejando en claro que sólo las medidas políticas que coloquen la salud de las personas en el centro permitirán una recuperación económica, y agregó: “Si los gobiernos fracasan para salvar vidas, las personas que temen el virus no volverán a hacer compras, viajar ni salir a cenar. Esto obstaculizará la recuperación económica, el bloqueo o no bloqueo ".

Solo los datos futuros y los análisis posteriores proporcionarán una prueba incontrovertible de que no existe el equilibrio entre la salud y la economía. Dicho esto, algunos datos de EE. UU. recopilados en las primeras fases de la reapertura en algunos estados mostraron una caída en el gasto y el funcionamiento incluso antes del cierre. [24] Una vez que la gente comenzó a preocuparse por la pandemia, efectivamente comenzaron a “cerrar” la economía, incluso antes de que el gobierno les hubiera pedido oficialmente que lo hicieran. Un fenómeno similar tuvo lugar después de que algunos estados estadounidenses decidieron reabrir (parcialmente): el consumo se mantuvo moderado. Esto prueba el punto de que la vida económica no puede ser activada por decreto, pero también ilustra el predicamento que la mayoría de los tomadores de decisiones experimentaron al tener que decidir si reabrir o no. El daño económico y social de un encierro es evidente para todos, mientras que el éxito en términos de contener el brote y prevenir muertes, un requisito previo para una apertura exitosa, es más o menos invisible. No hay celebración pública cuando no ocurre un caso de coronavirus o la muerte, lo que lleva a la paradoja de la política de salud pública de que "cuando se hace bien, no pasa nada". Ésta es la razón por la que retrasar el cierre o abrir demasiado pronto fue siempre una tentación política tan fuerte. Sin embargo, varios estudios han demostrado desde entonces cómo tal tentación conllevaba un riesgo considerable. Dos, en particular, que llegaron a conclusiones similares con diferentes metodologías, modelaron lo que podría haber sucedido sin el bloqueo. Según uno realizado por el Imperial College de Londres, los rigurosos cierres a gran escala impuestos en marzo de 2020 evitaron 3,1 millones de muertes en 11 países europeos (incluidos el Reino Unido,



España, Italia, Francia y Alemania). [25] El otro, dirigido por la Universidad de California, Berkeley, concluyó que 530 millones de infecciones totales, correspondientes a 62 millones de casos confirmados, se evitaron en seis países (China, Corea del Sur, Italia, Irán, Francia y Estados Unidos) por las medidas de confinamiento que cada uno había puesto en marcha. [26] La conclusión simple: en los países afectados por casos registrados de COVID-19 que, en el pico, se duplicaban aproximadamente cada dos días, los gobiernos no tenían otra alternativa razonable que imponer cierres rigurosos. Fingir lo contrario es ignorar el poder del crecimiento exponencial y el daño considerable que puede infligir a través de una pandemia. Debido a la extrema velocidad de la progresión de COVID-19, el momento y la contundencia de la intervención fueron fundamentales.

1.2.2. Crecimiento y empleo

Antes de marzo de 2020, la economía mundial nunca se había detenido de forma tan abrupta y brutal; nunca antes nadie había experimentado un colapso económico tan dramático y drástico tanto en su naturaleza como en su ritmo.

El impacto que la pandemia ha infligido a la economía mundial ha sido más severo y ha ocurrido mucho más rápido que cualquier otra cosa en la historia económica registrada. Incluso en la Gran Depresión de principios de la década de 1930 y la Crisis Financiera Global en 2008, el PIB tardó varios años en contraerse en un 10% o más y para que el desempleo se disparara por encima del 10%. Con la pandemia, en marzo de 2020 se produjeron resultados macroeconómicos similares a los de un desastre, en particular la explosión de los niveles de desempleo y la caída del crecimiento del PIB, en el transcurso de solo tres semanas. La COVID-19 provocó una crisis tanto de oferta como de demanda que llevó a la inmersión más profunda registrada para la economía global en más de 100 años. Como advirtió el economista Kenneth Rogoff: "Todo depende de cuánto dure, pero si esto continúa por mucho tiempo, seguramente será la madre de todas las crisis financieras". [27]



La duración y la gravedad de la recesión, y su posterior impacto en el crecimiento y el empleo, dependen de tres cosas: 1) la duración y gravedad del brote; 2) el éxito de cada país en contener la pandemia y mitigar sus efectos; y 3) la cohesión de cada sociedad en el abordaje de las medidas de post-encierro y las distintas estrategias de apertura. En el momento de redactar este informe (finales de junio de 2020), los tres aspectos siguen sin conocerse. Se están produciendo nuevas oleadas de brotes (grandes y pequeños), el éxito de los países en contener el brote puede durar o ser revertido repentinamente por

nuevas oleadas, y la cohesión de las sociedades puede verse desafiada por un renovado dolor económico y social.

1.2.2.1. Crecimiento económico

En diferentes momentos entre febrero y mayo de 2020, en un intento por contener la pandemia, los gobiernos de todo el mundo tomaron la decisión deliberada de cerrar gran parte de sus respectivas economías. Este curso de los acontecimientos sin precedentes ha traído consigo un cambio fundamental en la forma en que opera la economía mundial, marcado por un regreso abrupto y no solicitado a una forma de autarquía relativa, con cada nación tratando de avanzar hacia ciertas formas de autosuficiencia, y una reducción de la producción nacional y mundial. El impacto de estas decisiones parecía tanto más dramático porque afectaban principalmente a las industrias de servicios, un sector tradicionalmente más inmune que otras industrias (como la construcción o la manufactura) a las oscilaciones cíclicas del crecimiento económico. En consecuencia, el sector de servicios que representa con mucho el mayor componente de la actividad económica en cualquier economía desarrollada (alrededor del 70% del PIB y más del 80% del empleo en los EE. UU.) Fue el más afectado por la pandemia. También adolecía de otras características distintivas: a diferencia de la manufactura o la agricultura, la pérdida de ingresos por servicios se ha ido para siempre. No pueden aplazarse porque las empresas de servicios no tienen inventarios ni almacenan materias primas.

Varios meses después de la pandemia, para la mayoría de las empresas de servicios parece inconcebible incluso la apariencia de un regreso a la normalidad para la mayoría de las empresas de servicios mientras COVID-19 siga siendo una amenaza para nuestra salud. Esto, a su vez, sugiere que no se puede prever un retorno total a la "normalidad" antes de que haya una vacuna disponible. ¿Cuándo será eso? Según la mayoría de los expertos, es poco probable que sea antes del primer trimestre de 2021 como muy pronto. A mediados de junio de 2020, ya estaban en marcha más de 135 ensayos, avanzando a un ritmo notable teniendo en cuenta que en el pasado podía llevar hasta 10 años desarrollar una vacuna (cinco en el caso del Ébola), por lo que la razón no es ciencia, sino producción. Fabricar miles de millones de dosis constituye el verdadero desafío que requerirá una expansión masiva y una desviación de la capacidad existente. El próximo obstáculo es el desafío político de vacunar a suficientes personas en todo el mundo (somos colectivamente tan fuertes como el eslabón más débil) con una tasa de cumplimiento lo suficientemente alta a pesar del aumento de los anti-vacunas. Durante los 
meses intermedios, la economía no funcionará a plena capacidad: un fenómeno

dependiente del país denominado economía del 80%. Las empresas de sectores tan variados como viajes, hostelería, comercio minorista o deportes y eventos se enfrentarán al siguiente triple golpe: 1) menos clientes (que responderán a la incertidumbre volviéndose más reacios al riesgo); 2) los que consumen gastarán menos en promedio (debido al ahorro preventivo); y 3) los costos de transacción serán más altos (atender a un cliente costará más debido al distanciamiento físico y las medidas de saneamiento).

Teniendo en cuenta la importancia crítica de los servicios para el crecimiento del PIB (cuanto más rico es el país, mayor es la importancia de los servicios para el crecimiento), esta nueva realidad de una economía del 80% plantea la cuestión de si los posibles cierres sucesivos de la actividad empresarial en el sector servicios tienen efectos duraderos en la economía en general a través de quiebras y pérdidas de empleo, lo que a su vez plantea la pregunta de si estos posibles efectos duraderos podrían ir seguidos de un colapso de la demanda a medida que las personas pierden sus ingresos y su confianza en el futuro. Tal escenario conducirá casi inevitablemente a un colapso en la inversión entre las empresas y a un aumento en el ahorro preventivo entre los consumidores, con consecuencias en toda la economía mundial a través de la fuga de capitales, el movimiento rápido e incierto de grandes cantidades de dinero fuera de un país, que tiende a exacerbar las crisis económicas.

Según la OCDE, el impacto anual inmediato de la "desconexión" de la economía podría ser una reducción del PIB en los países del G7 de entre el 20% y el 30%. [28] Pero de nuevo, esta estimación depende de la duración y la gravedad del brote en cada país: cuanto más duran los bloqueos, mayor es el daño estructural que infligen al dejar cicatrices permanentes en la economía a través de la pérdida de puestos de trabajo, las quiebras y las cancelaciones de gastos de capital. Como regla general, cada mes que gran parte de una economía permanezca cerrada, el crecimiento anual podría caer otros 2 puntos porcentuales. Pero, como era de esperar, la relación entre la duración de las medidas restrictivas y el impacto correspondiente en el PIB no es lineal. La oficina central de planificación holandesa descubrió que cada mes adicional de contención resulta en un deterioro mayor y no proporcional de la actividad económica. Según el modelo, un mes completo de “hibernación” económica resultaría en una pérdida del 1,2% en el crecimiento holandés en 2020, mientras que tres meses causarían una pérdida del 5%. [29]

Para las regiones y países que ya han salido de los bloqueos, es demasiado pronto para saber cómo evolucionará el crecimiento del PIB. A fines de junio de 2020, algunos datos en forma de V (como los índices de compras manufactureras de la eurozona - PMI) y un

poco de evidencia anecdótica generaron una narrativa de rebote más fuerte de lo esperado, pero no debemos dejarnos llevar por dos razones:

1. La marcada mejora del PMI en la eurozona y EE.UU. no significa que estas economías hayan dado la vuelta a la esquina. Simplemente indica que la actividad comercial ha mejorado en comparación con los meses anteriores, lo cual es natural, ya que un repunte significativo de la actividad debería seguir al período de inactividad causado por cierres rigurosos.
2. En términos de crecimiento futuro, uno de los indicadores más significativos a tener en cuenta es la tasa de ahorro. En abril (ciertamente durante el bloqueo), la tasa de ahorro personal de EE. UU. subió al 33%, mientras que, en la eurozona, la tasa de ahorro de los hogares (calculada de manera diferente a la tasa de ahorro personal de EE. UU.) se elevó al 19%. Ambos caerán significativamente a medida que las economías se reabren, pero probablemente no lo suficiente como para evitar que estas tasas se mantengan en niveles históricamente elevados.

En su “Actualización de las Perspectivas de la Economía Mundial” publicado en junio de 2020, el Fondo Monetario Internacional (FMI) advirtió sobre “una crisis como ninguna otra” y una “recuperación incierta”. [30] En comparación con abril, revisó a la baja sus proyecciones de crecimiento mundial, anticipando un PIB mundial del -4,9% en 2020, casi dos puntos porcentuales por debajo de su estimación anterior.

1.2.2.2. Empleo

La pandemia enfrenta a la economía con una crisis del mercado laboral de proporciones gigantescas. La devastación es tal y tan repentina que deja casi sin palabras incluso a los legisladores más experimentados (y peor aún, casi sin políticas). En un testimonio ante el Comité Bancario del Senado de EE. UU. el 19 de mayo, el presidente del Sistema de la Reserva Federal, Jerome "Jay" Powell, confesó: "Esta caída abrupta de la actividad económica ha causado un nivel de dolor que es difícil de plasmar con palabras". [31] En sólo los dos meses, entre marzo y abril de 2020, más de 36 millones de estadounidenses perdieron sus trabajos, revirtiendo 10 años de ganancias laborales. En EE. UU., como en otros lugares, los despidos temporales causados por los bloqueos iniciales pueden volverse permanentes, infligiendo un intenso dolor social (que sólo unas sólidas redes de seguridad social pueden aliviar) y un profundo daño estructural en las economías de los países.

El nivel de desempleo global dependerá en última instancia de la profundidad del colapso de la actividad económica, pero es un hecho que ronda o supera los niveles de dos dígitos en todo el mundo. En EE. UU., presagio de las dificultades que vendrán en otros lugares, se estima que la tasa oficial de desempleo podría alcanzar un pico del 25% en 2020, un nivel equivalente al de la Gran Depresión, que sería aún mayor si el desempleo oculto fuera a tener en cuenta (como los trabajadores que no se contabilizan en las estadísticas oficiales porque están tan desanimados que abandonaron la fuerza laboral y dejaron de buscar trabajo, o los trabajadores a tiempo parcial que buscan un trabajo a tiempo completo). La situación de los empleados en la industria de servicios será particularmente grave. La de los trabajadores sin empleo oficial será aún peor.

En cuanto al crecimiento del PIB, la magnitud y la gravedad de la situación del desempleo dependen del país. Cada nación se verá afectada de manera diferente, dependiendo de su estructura económica y la naturaleza de su contrato social, pero Estados Unidos y Europa ofrecen dos modelos radicalmente diferentes de cómo están abordando el problema los responsables políticos y de lo que se avecina.

En junio de 2020, el aumento de la tasa de desempleo de EE. UU. (se encontraba en un mero 3,5% antes de la pandemia) fue mucho más alto que en cualquier otro lugar. En abril de 2020, la tasa de desempleo de EE. UU. había aumentado 11,2 puntos porcentuales en comparación con febrero, mientras que durante el mismo período en Alemania había aumentado menos de un punto porcentual. Dos razones explican esta notable diferencia: 1) el mercado laboral estadounidense tiene una cultura de "contratar y despedir" que no existe y que a menudo está prohibida por la ley en Europa; y 2) desde el inicio de la crisis, Europa implementó medidas fiscales destinadas a apoyar el empleo.

En los EE. UU., el apoyo del gobierno hasta ahora (junio de 2020) ha sido mayor que en Europa, pero de una naturaleza fundamentalmente diferente. Brinda apoyo a los ingresos para quienes perdieron su trabajo, con el resultado ocasional de que los desplazados están mejor que en sus trabajos de tiempo completo antes de la crisis. En Europa, por el contrario, los gobiernos decidieron apoyar directamente a aquellas empresas que mantenían a los trabajadores “empleados” formalmente en sus puestos de trabajo originales, incluso cuando ya no trabajaban a tiempo completo o no trabajaban en absoluto. En Alemania, el esquema de trabajo de jornada reducida (llamado Kurzarbeit, un modelo emulado en otros lugares) reemplazó hasta el 60% de los ingresos de 10 millones de empleados que de otro modo habrían perdido sus trabajos, mientras que en Francia un esquema similar también compensó a un número similar de trabajadores proporcionándoles hasta el 80% de su salario anterior. Muchos otros países europeos

propusieron soluciones similares, sin las cuales los despidos y los despidos habrían sido mucho más importantes. Estas medidas de apoyo al mercado laboral van acompañadas de otras medidas de emergencia gubernamentales, como las que dan a las empresas insolventes la posibilidad de ganar tiempo. En muchos países europeos, si las empresas pueden demostrar que sus problemas de liquidez fueron causados por la pandemia, no tendrán que declararse en quiebra hasta más tarde (posiblemente hasta marzo de 2021 en algunos países). Esto tiene mucho sentido si la recuperación se afianza, pero podría ser que esta política solo posponga el problema. A nivel mundial, una recuperación total del mercado laboral podría llevar décadas y, en Europa, como en cualquier otro lugar, el miedo a las quiebras masivas seguidas de un desempleo masivo es muy importante.

En los próximos meses, la situación del desempleo se deteriorará aún más por la sencilla razón de que no puede mejorar significativamente hasta que comience una recuperación económica sostenible. Esto no sucederá antes de que se encuentre una vacuna o un tratamiento, lo que significa que muchas personas estarán doblemente preocupadas: perder su trabajo y no encontrar otro si lo pierden (lo que conducirá a un fuerte aumento en las tasas de ahorro). En un tiempo un poco más lejano (de unos meses a unos años), dos categorías de personas se enfrentarán a una situación laboral particularmente sombría: los jóvenes que ingresan por primera vez a un mercado laboral devastado por la pandemia y los trabajadores susceptibles de ser reemplazados por robots. Estos son temas fundamentales en la intersección de la economía, la sociedad y la tecnología con implicaciones definitorias para el futuro del trabajo. La automatización, en particular, será motivo de gran preocupación. Es bien conocido el caso económico de que la tecnología siempre ejerce un efecto económico positivo a largo plazo. La esencia del argumento es la siguiente: la automatización es disruptiva, pero mejora la productividad y aumenta la riqueza, lo que a su vez conduce a mayores demandas de bienes y servicios y, por lo tanto, a nuevos tipos de trabajos para satisfacer esas demandas. Esto es correcto, pero ¿qué sucede entre ahora y el largo plazo?

Con toda probabilidad, la recesión inducida por la pandemia desencadenará un fuerte aumento de la sustitución laboral, lo que significa que el trabajo físico será reemplazado por robots y máquinas "inteligentes", lo que a su vez provocará cambios duraderos y estructurales en el mercado laboral. En el capítulo de tecnología, analizamos con más detalle el impacto que la pandemia está teniendo en la automatización, pero ya existe amplia evidencia de que está acelerando el ritmo de transformación. El sector de los centros de llamadas personifica esta situación.



En la era prepandémica, se estaban introduciendo gradualmente nuevas tecnologías basadas en inteligencia artificial (IA) para automatizar algunas de las tareas realizadas por los empleados humanos. La crisis de la COVID-19, y las medidas de distanciamiento social que la acompañan, ha acelerado repentinamente este proceso de innovación y cambio tecnológico. Los chatbots, que a menudo utilizan la misma tecnología de reconocimiento de voz detrás de Alexa de Amazon, y otros software que pueden reemplazar las tareas que normalmente realizan los empleados humanos, se están introduciendo rápidamente. Estas innovaciones provocadas por la necesidad (es decir, medidas sanitarias) pronto resultarán en cientos de miles, y potencialmente millones, de pérdidas de puestos de trabajo.

Como los consumidores pueden preferir los servicios automatizados a las interacciones cara a cara durante algún tiempo, lo que está sucediendo actualmente con los centros de llamadas también ocurrirá inevitablemente en otros sectores. Por lo tanto, la “ansiedad por la automatización” está preparada para una reactivación [32] que la recesión económica agravará. El proceso de automatización nunca es lineal; suele ocurrir en oleadas y, a menudo, en tiempos económicos difíciles, cuando la disminución de los ingresos de las empresas encarece relativamente los costes laborales. Entonces es cuando los empleadores reemplazan a los trabajadores menos calificados con automatización para aumentar la productividad laboral. [33] Los trabajadores de bajos ingresos en trabajos de rutina (en manufactura y servicios como alimentos y transporte) son los que tienen más probabilidades de verse afectados. El mercado laboral se polarizará cada vez más entre el trabajo bien remunerado y muchos trabajos que han desaparecido o no están bien remunerados y no son muy interesantes. En los países emergentes y en desarrollo (particularmente aquellos con un "aumento de jóvenes"), la tecnología corre el riesgo de transformar el "dividendo demográfico" en una "pesadilla demográfica" porque la automatización hará que sea mucho más difícil subir a la escalera del crecimiento económico.

Es fácil ceder al pesimismo excesivo porque a los seres humanos nos resulta mucho más fácil visualizar lo que está desapareciendo que lo que viene después. Sabemos y entendemos que los niveles de desempleo seguramente aumentarán a nivel mundial en el futuro previsible, pero en los próximos años y décadas puede que nos sorprendamos. Podríamos presenciar una ola de innovación y creatividad sin precedentes impulsada por nuevos métodos y herramientas de producción. También podría producirse una explosión mundial de cientos de miles de nuevas microindustrias que, con suerte, darán empleo a

cientos de millones de personas. Por supuesto, no podemos saber qué nos deparará el futuro, excepto que mucho dependerá de la trayectoria del crecimiento económico futuro.

1.2.2.3. Cómo podría ser el crecimiento futuro

En la era posterior a la pandemia, según las proyecciones actuales, la nueva "normalidad" económica puede caracterizarse por un crecimiento mucho menor que en las últimas décadas. A medida que comienza la recuperación, el crecimiento del PIB de un trimestre a otro puede parecer impresionante (porque comenzará desde una base muy baja), pero pueden pasar años antes de que el tamaño general de la economía de la mayoría de las naciones vuelva a su nivel anterior a la pandemia. Esto también se debe al hecho de que la gravedad del choque económico inflingido por el coronavirus se combinará con una tendencia a largo plazo: la disminución de la población en muchos países y el envejecimiento (la demografía es el "destino" y un motor crucial del crecimiento del PIB). En tales condiciones, cuando un menor crecimiento económico parece casi seguro, muchas personas pueden preguntarse si "obsesionarse" con el crecimiento es incluso útil, concluyendo que no tiene sentido perseguir un objetivo de crecimiento del PIB cada vez mayor.

La profunda disrupción causada por la COVID-19 a nivel mundial ha ofrecido a las sociedades una pausa forzada para reflexionar sobre lo que es verdaderamente valioso. Con las respuestas de emergencia económica a la pandemia ya implementadas, se puede aprovechar la oportunidad para realizar el tipo de cambios institucionales y decisiones políticas que pondrán a las economías en un nuevo camino hacia un futuro más justo y verde. La historia del replanteamiento radical en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, que incluyó el establecimiento de las instituciones de Bretton Woods, las Naciones Unidas, la UE y la expansión de los estados de bienestar, muestra la magnitud de los posibles cambios.

Esto plantea dos preguntas: 1) ¿Cuál debería ser la nueva brújula para seguir el progreso? y 2) ¿Cuáles serán los nuevos impulsores de una economía inclusiva y sostenible? En relación con la primera pregunta, cambiar de rumbo requerirá un cambio en la mentalidad de los líderes mundiales para que pongan un mayor enfoque y prioridad en el bienestar de todos los ciudadanos y del planeta. Históricamente, las estadísticas nacionales se acumularon principalmente para proporcionar a los gobiernos una mejor comprensión de los recursos disponibles para la tributación y la guerra. A medida que las democracias se fortalecieron, en la década de 1930 se amplió el ámbito de las estadísticas nacionales para captar el bienestar económico de la población, [34] pero

destilado en forma de PIB. El bienestar económico se convirtió en equivalente a la producción y el consumo actuales sin tener en cuenta la disponibilidad futura de recursos. La excesiva dependencia de los responsables políticos del PIB como indicador de prosperidad económica ha llevado al estado actual de agotamiento de los recursos naturales y sociales.

¿Qué otros elementos debería incluir un tablero mejorado para el progreso? En primer lugar, el propio PIB debe actualizarse para reflejar el valor creado en la economía digital, el valor creado a través del trabajo no remunerado, así como el valor potencialmente destruido a través de ciertos tipos de actividad económica. La omisión del valor creado a través del trabajo realizado en el hogar ha sido un problema de larga data y los esfuerzos de investigación para crear un marco de medición necesitarán un nuevo impulso. Además, a medida que la economía digital se expande, la brecha entre la actividad medida y la actividad económica real se ha ensanchado. Además, ciertos tipos de productos financieros, que a través de su inclusión en el PIB se capturan como creación de valor, simplemente están trasladando valor de un lugar a otro o, en ocasiones, incluso tienen el efecto de destruirlo.

En segundo lugar, no sólo importa el tamaño general de la economía, sino también la distribución de las ganancias y la evolución progresiva del acceso a las oportunidades. Con la desigualdad de ingresos más marcada que nunca en muchos países y los avances tecnológicos que impulsan una mayor polarización, el PIB total o promedios como el PIB per cápita son cada vez menos útiles como verdaderos indicadores de la calidad de vida de las personas. La desigualdad de la riqueza es una dimensión importante de la dinámica de desigualdad actual y debería seguirse de forma más sistemática.

En tercer lugar, será necesario medir y monitorear mejor la resiliencia para medir la verdadera salud de una economía, incluidos los determinantes de la productividad, como las instituciones, la infraestructura, el capital humano y los ecosistemas de innovación, que son fundamentales para la solidez general de un sistema. Además, las reservas de capital de las que un país puede recurrir en tiempos de crisis, incluido el capital financiero, físico, natural y social, deberán rastrearse sistemáticamente. Aunque el capital natural y social en particular son difíciles de medir, son fundamentales para la cohesión social y la sostenibilidad ambiental de un país y no deben subestimarse. Los recientes esfuerzos académicos están comenzando a abordar el desafío de la medición reuniendo las fuentes de datos del sector público y privado.

Están apareciendo ejemplos reales de un cambio en el énfasis de los responsables políticos. No es una coincidencia que en 2019, un país ubicado en el top 10 del ranking

del Informe Mundial sobre la Felicidad haya presentado un “presupuesto de bienestar”. La decisión del Primer Ministro de Nueva Zelanda de destinar dinero a cuestiones sociales, como la salud mental, la pobreza infantil y la violencia familiar, convirtió el bienestar en un objetivo explícito de la política pública. Al hacerlo, el primer ministro Ardern convirtió en política lo que todo el mundo ha sabido durante años, que un aumento del PIB no garantiza una mejora en los niveles de vida y el bienestar social.

Además, varias instituciones y organizaciones, desde ciudades hasta la Comisión Europea, están reflexionando sobre opciones que sostendrían la actividad económica futura a un nivel que iguale la satisfacción de nuestras necesidades materiales con el respeto de nuestros límites planetarios. El municipio de Ámsterdam es el primero del mundo que se ha comprometido formalmente con este marco como punto de partida para las decisiones de política pública en el mundo pospandémico. El marco se asemeja a una "dona" en la que el anillo interior representa lo mínimo que necesitamos para llevar una buena vida (como lo enuncian los Objetivos de Desarrollo Sostenible de la ONU) y el anillo exterior el techo ecológico definido por los científicos del sistema terrestre (que resalta los límites de no ser atravesado por la actividad humana para evitar un impacto ambientalmente negativo en el clima, el suelo, los océanos, la capa de ozono, el agua dulce y la biodiversidad). Entre los dos anillos está el punto dulce (o "masa") donde se satisfacen nuestras necesidades humanas y las del planeta. [35]

Aún no sabemos si la “tiranía del crecimiento del PIB” llegará a su fin, pero diferentes señales sugieren que la pandemia puede acelerar cambios en muchas de nuestras normas sociales bien arraigadas. Si reconocemos colectivamente que, más allá de un cierto nivel de riqueza definido por el PIB per cápita, la felicidad depende más de factores intangibles como la asistencia sanitaria accesible y un tejido social robusto que del consumo material, entonces valores tan diferentes como el respeto al medio ambiente, responsable la alimentación, la empatía o la generosidad pueden ganar terreno y llegar a caracterizar progresivamente las nuevas normas sociales.

Más allá de la crisis actual inmediata, en los últimos años el papel del crecimiento económico en la mejora del nivel de vida ha variado según el contexto. En las economías de altos ingresos, el crecimiento de la productividad ha ido disminuyendo de manera constante desde la década de 1970 y se ha argumentado que actualmente no existen vías políticas claras para reactivar el crecimiento a largo plazo. [36] Además, el crecimiento que se materializó de manera desproporcionada se acumuló en los individuos en el extremo superior de la distribución de ingresos. Un enfoque más eficaz puede ser que los responsables de la formulación de políticas se orienten más directamente a las

intervenciones que mejoran el bienestar. [37] En los países de ingresos bajos y medianos, los beneficios del crecimiento económico han sacado a millones de personas de la pobreza en los grandes mercados emergentes. Las opciones de política para impulsar el desempeño del crecimiento son más conocidas (por ejemplo, abordar las distorsiones básicas), sin embargo, será necesario encontrar nuevos enfoques ya que el modelo de desarrollo liderado por la manufactura está perdiendo rápidamente su poder con el advenimiento de la Cuarta Revolución Industrial. [38]

Esto lleva a la segunda pregunta clave sobre el crecimiento futuro. Si la dirección y la calidad del crecimiento económico importan tanto como –o quizás incluso más que– su velocidad, ¿cuáles serán probablemente los nuevos impulsores de esta calidad en la economía pospandémica? Varias áreas tienen el potencial de ofrecer un entorno capaz de impulsar un dinamismo más inclusivo y sostenible.

La economía verde abarca una gama de posibilidades, desde energías más verdes hasta ecoturismo y economía circular. Por ejemplo, cambiar del enfoque de "tomar, fabricar y eliminar" para la producción y el consumo a un modelo que sea "restaurador y regenerativo por diseño" [39] puede preservar los recursos y minimizar el desperdicio al usar un producto nuevamente cuando llega al final de su vida útil, creando así un valor adicional que a su vez puede generar beneficios económicos al contribuir a la innovación, la creación de empleo y, en última instancia, al crecimiento. Las empresas y estrategias que favorecen los productos reparables con una vida útil más prolongada (desde teléfonos y automóviles hasta moda) que incluso ofrecen reparaciones gratuitas (como ropa para exteriores de Patagonia) y plataformas para comercializar productos usados se están expandiendo rápidamente. [40]

La economía social abarca otras áreas de alto crecimiento y creación de empleo en los campos de cuidados y servicios personales, educación y salud. La inversión en el cuidado de los niños, el cuidado de los ancianos y otros elementos de la economía del cuidado crearía 13 millones de empleos solo en los EE. UU. Y 21 millones en siete economías, y conduciría a un aumento del 2% en el crecimiento del PIB en los países estudiados. [41]

La educación es también un área de creación masiva de empleo, particularmente cuando se considera la educación primaria y secundaria, la educación y formación técnica y profesional, la universidad y la formación de adultos en conjunto. La salud, como ha demostrado la pandemia, requiere una inversión mucho mayor tanto en términos de infraestructura e innovación como de capital humano. Estas tres áreas crean un efecto multiplicador tanto a través de su propio potencial de empleo como de los beneficios a

largo plazo que generan en las sociedades en términos de igualdad, movilidad social y crecimiento inclusivo.

La innovación en los modelos de producción, distribución y negocios puede generar ganancias de eficiencia y productos nuevos o mejoras que creen un mayor valor agregado, lo que generaría nuevos empleos y prosperidad económica. Por lo tanto, los gobiernos tienen herramientas a su disposición para hacer el cambio hacia una prosperidad más inclusiva y sostenible, combinando la orientación y los incentivos del sector público con la capacidad de innovación comercial a través de un replanteamiento fundamental de los mercados y su papel en nuestra economía y sociedad. Esto requiere invertir de manera diferente y deliberada en los mercados fronterizos descritos anteriormente, áreas donde las fuerzas del mercado podrían tener un efecto transformador en las economías y sociedades, pero donde aún faltan algunas de las condiciones previas necesarias para funcionar (por ejemplo, capacidades técnicas para producir de manera sostenible un producto o los activos a escala aún son insuficientes, los estándares no están bien definidos o los marcos legales aún no están bien desarrollados). Dar forma a las reglas y mecanismos de estos nuevos mercados puede tener un impacto transformador en la economía. Si los gobiernos quieren el cambio hacia un nuevo y mejor tipo de crecimiento, tienen una ventana de oportunidad para actuar ahora y crear incentivos para la innovación y la creatividad en las áreas descritas anteriormente.

Algunos han pedido "decrecimiento", un movimiento que adopta un crecimiento del PIB cero o incluso negativo que está ganando algo de tracción (al menos en los países más ricos). A medida que la crítica del crecimiento económico pase al centro del escenario, se revisará el dominio financiero y cultural del consumismo en la vida pública y privada. [42] Esto se hace evidente en el activismo por el decrecimiento impulsado por los consumidores en algunos segmentos de nicho, como la promoción de menos carne o menos vuelos. Al desencadenar un período de decrecimiento forzado, la pandemia ha despertado un renovado interés en este movimiento que quiere revertir el ritmo del crecimiento económico, lo que ha llevado a más de 1.100 expertos de todo el mundo a publicar un manifiesto en mayo de 2020 que presenta una estrategia de decrecimiento para abordar la crisis económica y humana provocada por COVID-19. [43] Su carta abierta pide la adopción de una "reducción a escala de la economía planificada, pero adaptativa, sostenible y equitativa, que lleve a un futuro en el que podamos vivir mejor con menos".

Sin embargo, ¡tenga cuidado con la búsqueda del decrecimiento que resulta tan absurda como la búsqueda del crecimiento! En cambio, los países con más visión de futuro y sus gobiernos darán prioridad a un enfoque más inclusivo y sostenible para gestionar y medir sus economías, uno que también impulse el crecimiento del empleo, mejoras en los niveles de vida y proteja el planeta. La tecnología para hacer más con menos ya existe. [44] No existe una compensación fundamental entre los factores económicos, sociales y ambientales si adoptamos este enfoque más holístico y a más largo plazo para definir el progreso e incentivar la inversión en mercados de frontera verde y social.

1.2.3. Políticas fiscales y monetarias

La respuesta de la política fiscal y monetaria a la pandemia ha sido decisiva, masiva y rápida.

En países de importancia sistémica, los bancos centrales decidieron casi inmediatamente después del comienzo del brote reducir las tasas de interés mientras lanzaban grandes programas de flexibilización cuantitativa, comprometiéndose a imprimir el dinero necesario para mantener bajos los costos de los préstamos gubernamentales. La FED de EE. UU. se comprometió a comprar bonos del Tesoro y valores respaldados por hipotecas de agencias, mientras que el Banco Central Europeo prometió comprar cualquier instrumento que emitieran los gobiernos (una medida que logró reducir el diferencial en los costos de endeudamiento entre los miembros más débiles y más fuertes de la eurozona).

Al mismo tiempo, la mayoría de los gobiernos lanzaron respuestas de política fiscal ambiciosas y sin precedentes. Se tomaron medidas urgentes y expansivas desde muy temprano durante la crisis, con tres objetivos específicos: 1) combatir la pandemia con todo el gasto necesario para controlarla lo más rápidamente posible (a través de la producción de pruebas, capacidades hospitalarias, investigación en medicamentos y vacunas, etc.); 2) proporcionar fondos de emergencia a hogares y empresas al borde de la bancarrota y el desastre; y 3) apoyar la demanda agregada para que la economía pudiera operar en la medida de lo posible cerca de su potencial. [45]

Estas medidas conducirán a déficits fiscales muy importantes, con un probable aumento de la relación deuda / PIB del 30% en las economías ricas. A nivel mundial, el estímulo agregado del gasto público probablemente superará el 20% del PIB mundial en 2020 con una variación significativa entre países, desde el 33% en Alemania hasta más del 12% en los EE. UU.

Esta expansión de las capacidades fiscales tiene implicaciones dramáticamente diferentes dependiendo de si el país en cuestión es avanzado o emergente. Los países de ingresos

altos tienen más espacio fiscal porque un nivel más alto de deuda debería resultar sostenible e implicar un nivel viable de costo de bienestar para las generaciones futuras, por dos razones: 1) el compromiso de los bancos centrales de comprar cualquier cantidad de bonos que sea necesario para mantener bajas tasas de interés; y 2) la confianza en que es probable que las tasas de interés se mantengan bajas en el futuro previsible porque la incertidumbre continuará obstaculizando la inversión privada y justificará altos niveles de ahorro precautorio. Por el contrario, la situación no podría ser más dura en las economías emergentes y en desarrollo. La mayoría de ellos no tiene el espacio fiscal necesario para reaccionar ante el impacto de la pandemia; ya están sufriendo importantes salidas de capital y una caída en los precios de las materias primas, lo que significa que su tipo de cambio se verá afectado si deciden lanzar políticas fiscales expansivas. En  estas circunstancias, la ayuda en forma de subvenciones y alivio de la deuda, y posiblemente una moratoria total [46], no sólo será necesaria sino que será fundamental.
Se trata de programas sin precedentes para una situación sin precedentes, algo tan novedoso que la economista Carmen Reinhart lo ha llamado un “momento de lo que sea necesario para políticas fiscales y monetarias fuera de lo común y de gran escala”. [47] Medidas que habrían parecido inconcebibles antes de la pandemia bien pueden convertirse en estándar en todo el mundo a medida que los gobiernos intentan evitar que la recesión económica se convierta en una depresión catastrófica. Cada vez más, se pedirán al gobierno que actúe como un "pagador de último recurso" [48] para prevenir o detener la oleada de despidos masivos y destrucción de empresas provocada por la pandemia.

Todos estos cambios están alterando las reglas del “juego” de la política económica y monetaria. La barrera artificial que hace que las autoridades monetarias y fiscales sean independientes entre sí ha sido ahora desmantelada, y los banqueros centrales se vuelven (en un grado relativo) subordinados a los políticos electos. Ahora es concebible que, en el futuro, el gobierno intente ejercer su influencia sobre los bancos centrales para financiar proyectos públicos importantes, como una infraestructura o un fondo de inversión verde. De manera similar, el precepto de que el gobierno puede intervenir para preservar los empleos o los ingresos de los trabajadores y proteger a las empresas de la quiebra puede perdurar después de que estas políticas lleguen a su fin. Es probable que persista la presión pública y política para mantener tales esquemas, incluso cuando la situación mejore. Una de las mayores preocupaciones es que esta cooperación implícita entre las políticas fiscales y monetarias conduce a una inflación incontrolable. Se origina en la idea de que los responsables de la formulación de políticas desplegarán un estímulo fiscal

masivo que se monetizará por completo, es decir, no se financiará mediante deuda pública estándar. Aquí es donde entran la Teoría Monetaria Moderna (TMM) y el dinero en helicóptero: con las tasas de interés en torno a cero, los bancos centrales no pueden estimular la economía con herramientas monetarias clásicas; es decir, una reducción en las tasas de interés, a menos que decidan optar por tasas de interés profundamente negativas, un movimiento problemático resistido por la mayoría de los bancos centrales. [49] Por tanto, el estímulo debe provenir de un aumento de los déficits fiscales (lo que significa que el gasto público aumentará en un momento en que disminuyan los ingresos fiscales). Expresado en los términos más simples posibles (y, en este caso, simplistas), el MMT funciona así: los gobiernos emitirán una parte de la deuda que comprará el banco central. Si nunca vuelve a venderlo, equivale a financiación monetaria: el déficit se monetiza (el banco central compra los bonos que emite el gobierno) y el gobierno puede utilizar el dinero como mejor le parezca. Puede, por ejemplo, dejarlo caer metafóricamente desde helicópteros a las personas necesitadas. La idea es atractiva y realizable, pero contiene una cuestión importante de expectativas sociales y control político: una vez que los ciudadanos se den cuenta de que se puede encontrar dinero en un "árbol mágico del dinero", los políticos electos estarán bajo una presión pública feroz e implacable para crear más y más, que es cuando entra en juego el problema de la inflación.

1.2.3.1. ¿Deflación o inflación?

Dos elementos técnicos implícitos en el tema del financiamiento monetario están asociados con el riesgo de inflación. En primer lugar, la decisión de participar en una flexibilización cuantitativa perpetua (es decir, en el financiamiento monetario) no tiene que tomarse cuando el banco central compra la deuda emitida por el gobierno; se puede dejar al futuro contingente ocultar o eludir la idea de que el dinero “crece en los árboles”. En segundo lugar, el impacto inflacionario del dinero de helicópteros no está relacionado con si el déficit está financiado o no, sino que es directamente proporcional a la cantidad de dinero involucrada. No existen límites nominales a la cantidad de dinero que puede crear un banco central, pero existen límites razonables a la cantidad que desearían crear para lograr la reflación sin arriesgar demasiada inflación. El aumento resultante en el PIB nominal se dividirá entre un efecto de producción real y un aumento en el efecto de nivel de precios; este equilibrio y su naturaleza inflacionaria dependerán de cuán estrictas sean las restricciones de oferta y, en última instancia, de la cantidad de dinero creado. Los banqueros centrales pueden decidir que no hay nada de qué preocuparse con una inflación del 2% o 3%, y que del 4% al 5% también está bien, pero tendrán que definir un

límite superior en el que la inflación se vuelva disruptiva y una preocupación real. El desafío será determinar a qué nivel la inflación se vuelve corrosiva y fuente de preocupación obsesiva para los consumidores.

Por el momento, algunos temen la deflación mientras que otros se preocupan por la inflación. ¿Qué hay detrás de estas ansiedades divergentes por el futuro? Los que se preocupan por la deflación apuntan a un mercado laboral en colapso y a la caída de los precios de las materias primas, y se preguntan cómo es posible que la inflación repunte pronto en estas condiciones. Los preocupados por la inflación observan los aumentos sustanciales en los balances de los bancos centrales y los déficits fiscales y se preguntan cómo no conducirán, algún día, a la inflación, y posiblemente a una inflación alta, e incluso a la hiperinflación. Señalan el ejemplo de Alemania después de la Primera Guerra Mundial, que infló su deuda de guerra interna en la hiperinflación de 1923, o del Reino Unido, que erosionó con un poco de inflación la enorme cantidad de deuda (250%) que heredó de la Guerra Mundial. II. Estos preocupados reconocen que, en el corto plazo, la deflación puede ser el mayor riesgo, pero argumentan que la inflación es en última instancia inevitable dadas las cantidades masivas e inevitables de estímulo.

En esta coyuntura actual, es difícil imaginar cómo la inflación podría repuntar pronto. La reubicación de actividades productivas podría generar focos de inflación ocasionales, pero es probable que sigan siendo limitados. La combinación de potentes tendencias estructurales a largo plazo como el envejecimiento y la tecnología (ambas son de naturaleza deflacionaria) y una tasa de desempleo excepcionalmente alta que limitará los aumentos salariales durante años ejerce una fuerte presión a la baja sobre la inflación. En la era posterior a la pandemia, es poco probable que exista una fuerte demanda de los consumidores. Es probable que el dolor causado por el desempleo generalizado, la reducción de los ingresos de grandes segmentos de la población y la incertidumbre sobre el futuro conduzcan a un aumento de los ahorros preventivos. Cuando el distanciamiento social finalmente disminuya, la demanda reprimida podría provocar un poco de inflación, pero es probable que sea temporal y, por lo tanto, no afectará las expectativas de



inflación. Olivier Blanchard, ex economista jefe del FMI, cree que solo la combinación de los siguientes tres elementos podría generar inflación: 1) un aumento muy grande en la relación deuda / PIB, mayor que el pronóstico actual de 20-30%; 2) un aumento muy grande de la tasa neutral (es decir, la tasa real segura requerida para mantener la economía en su potencial); y 3) dominio fiscal de la política monetaria. [50] La probabilidad de que cada uno individualmente ya sea baja, por lo que la probabilidad de que los tres ocurran en conjunto es extremadamente baja (pero no nula). Los inversores

en bonos piensan igual. Esto podría cambiar, por supuesto, pero en este momento el bajo diferencial de tipos entre los bonos nominales y los indexados a la inflación pinta un panorama de una inflación muy baja en el mejor de los casos.
En los próximos años, los países de altos ingresos pueden enfrentar una situación similar a la de Japón en las últimas décadas: demanda estructuralmente débil, inflación muy baja y tipos de interés ultrabajos. La posible "japonificación" del mundo (rico) a menudo se describe como una combinación desesperada de no crecimiento, no inflación y niveles de deuda insufribles. Esto es engañoso. Cuando los datos se ajustan por demografía, Japón lo hace mejor que la mayoría. Su PIB per cápita es alto y está creciendo y, desde 2007, su PIB real por miembro de la población en edad de trabajar ha aumentado más rápido que en cualquier otro país del G7. Naturalmente, hay muchas razones idiosincrásicas para esto (un nivel muy alto de capital social y confianza, pero también un crecimiento de la productividad laboral que supera el promedio y una absorción exitosa de los trabajadores mayores en la fuerza laboral), pero muestra que una población en declive no tiene por qué conducir al olvido económico. Los altos niveles de vida y los indicadores de bienestar de Japón ofrecen una lección saludable de que hay esperanza frente a las dificultades económicas.

1.2.3.2. El destino del dólar estadounidense

Durante décadas, Estados Unidos ha disfrutado del "privilegio exorbitante" de retener la reserva monetaria mundial, un estado que durante mucho tiempo ha sido "una ventaja del poder imperial y un elixir económico". [51] En gran medida, el poder y la prosperidad estadounidenses se han construido y reforzado por la confianza global en el dólar y la voluntad de los clientes en el extranjero para mantenerlo, la mayoría de las veces en forma de bonos del gobierno estadounidense. El hecho de que tantos países e instituciones extranjeras quieran tener dólares como depósito de valor y como instrumento de cambio (para el comercio) ha anclado su condición de moneda de reserva global. Esto ha permitido a Estados Unidos solicitar préstamos a bajo precio en el extranjero y beneficiarse de las bajas tasas de interés en el país, lo que a su vez ha permitido a los estadounidenses consumir más allá de sus posibilidades. También ha hecho posibles grandes déficits gubernamentales recientes de los Estados Unidos, ha permitido que Estados Unidos tenga déficits comerciales sustanciales, ha reducido el riesgo de tipo de cambio y ha hecho que los mercados financieros estadounidenses sean más líquidos. En el centro del estatus del dólar estadounidense como moneda de reserva se encuentra una cuestión crítica de confianza: los no estadounidenses que tienen dólares confían en que

Estados Unidos protegerá tanto sus propios intereses (gestionando con sensatez su economía) como al resto del mundo. en lo que respecta al dólar estadounidense (administrando con sensatez su moneda, como proporcionar liquidez en dólares al sistema financiero mundial de manera eficiente y rápida).

Desde hace bastante tiempo, algunos analistas y responsables políticos han estado considerando un posible y progresivo fin al dominio del dólar. Ahora piensan que la pandemia podría ser el catalizador que les dé la razón. Su argumento es doble y se relaciona con ambos lados del tema de la confianza.

Por un lado (gestionar la economía con sensatez), los que dudan del dominio del dólar estadounidense apuntan al inevitable y agudo deterioro de la posición fiscal estadounidense. En su opinión, los niveles insostenibles de deuda eventualmente erosionarán la confianza en el dólar estadounidense. Justo antes de la pandemia, el gasto en defensa de EE. UU., más los intereses de la deuda federal, más los pagos de derechos anuales (Medicare, Medicaid y seguridad social) representaron el 112% de los ingresos fiscales federales (frente al 95% en 2017). Este camino insostenible empeorará en la era posterior a la pandemia y al rescate. Este argumento sugiere que, por lo tanto, algo importante tendrá que cambiar, ya sea a través de un papel geopolítico mucho más reducido o impuestos más altos, o ambos, de lo contrario, el creciente déficit alcanzará un umbral más allá del cual los inversores no estadounidenses no están dispuestos a financiarlo. Después de todo, el estado de la moneda de reserva no puede durar más que la confianza extranjera en la capacidad del tenedor para cumplir con sus pagos.

Por otro lado (administrando el dólar estadounidense con sensatez para el resto del mundo), los que dudan del dominio del dólar apuntan a la incompatibilidad de su estatus como moneda de reserva global con el creciente nacionalismo económico en casa. A pesar de que la FED y el Tesoro de los Estados Unidos administran el dólar y su red influyente en todo el mundo con eficacia, los escépticos enfatizan que la voluntad de la administración de los Estados Unidos de convertir el dólar estadounidense en un arma con fines geopolíticos (como castigar a los países y empresas que comercian con Irán o Corea del Norte) inevitablemente incentivará a los tenedores de dólares a buscar alternativas.

¿Existen alternativas viables? Estados Unidos sigue siendo una formidable hegemonía financiera mundial (el papel del dólar en las transacciones financieras internacionales es mucho mayor, aunque menos visible, que en el comercio internacional), pero también es cierto que a muchos países les gustaría desafiar el dominio mundial del dólar. A corto plazo, no hay alternativas. El renminbi chino (RMB) podría ser una opción, pero no hasta

que se eliminen los estrictos controles de capital y el RMB se convierta en una moneda determinada por el mercado, lo que es poco probable que suceda en el futuro previsible. Lo mismo ocurre con el euro; podría ser una opción, pero no hasta que las dudas sobre una posible implosión de la eurozona se disipen definitivamente, lo que nuevamente es una perspectiva poco probable en los próximos años. En cuanto a una moneda virtual global, todavía no hay ninguna a la vista, pero hay intentos de lanzar monedas digitales nacionales que eventualmente pueden destronar la supremacía del dólar estadounidense. El más significativo tuvo lugar en China a fines de abril de 2020 con una prueba de una moneda digital nacional en cuatro grandes ciudades. [52] El país está años por delante del resto del mundo en el desarrollo de una moneda digital combinada con potentes plataformas de pago electrónico; Este experimento muestra claramente que hay sistemas monetarios que están tratando de independizarse de los intermediarios estadounidenses mientras avanzan hacia una mayor digitalización.

En última instancia, el posible fin de la primacía del dólar estadounidense dependerá de lo que suceda en Estados Unidos. Como dice Henry Paulson, exsecretario del Tesoro de Estados Unidos: “La prominencia del dólar estadounidense comienza en casa (...). Estados Unidos debe mantener una economía que inspire credibilidad y confianza globales. De no hacerlo, con el tiempo pondrá en peligro la posición del dólar estadounidense ”. [53] En gran medida, la credibilidad global de Estados Unidos también depende de la geopolítica y del atractivo de su modelo social. El "privilegio exorbitante" está intrincadamente entrelazado con el poder global, la percepción de Estados Unidos como un socio confiable y su papel en el funcionamiento de las instituciones multilaterales. “Si ese papel fuera visto como menos seguro y esa garantía de seguridad como menos férrea, porque Estados Unidos se estaba desvinculando de la geopolítica global en favor de políticas más independientes y orientadas hacia adentro, la prima de seguridad que disfruta el dólar estadounidense podría disminuir, ”Advierte Barry Eichengreen y representantes del Banco Central Europeo. [54]

Las preguntas y dudas sobre la situación futura del dólar como reserva monetaria mundial son un recordatorio adecuado de que la economía no existe de forma aislada. Esta realidad es particularmente dura en los países emergentes y pobres sobreendeudados que ahora no pueden pagar su deuda, a menudo denominada en dólares. Para ellos, esta crisis adquirirá enormes proporciones y años para resolverse, con un daño económico considerable que se traducirá rápidamente en dolor social y humanitario. En todos estos países, la crisis de la COVID bien puede poner fin al proceso gradual de convergencia que se suponía que llevaría a los países altamente desarrollados y emergentes o en

desarrollo a una alineación más cercana. Esto conducirá a un aumento de los riesgos sociales y geopolíticos, un claro recordatorio de la medida en que los riesgos económicos se cruzan con los problemas sociales y la geopolítica.

1.3. Reinicio social

Históricamente, las pandemias han puesto a prueba a las sociedades en su esencia; la crisis de la COVID-19 de 2020 no será una excepción. Comparable con la economía, como acabamos de ver, y la geopolítica, como veremos en el próximo capítulo, la agitación social desatada por COVID-19 durará años y posiblemente generaciones. El impacto más inmediato y visible es que muchos gobiernos serán reprendidos, con mucha ira dirigida a aquellos legisladores y figuras políticas que parecieron inadecuados o mal preparados en términos de su respuesta para lidiar con COVID-19. Como observó Henry Kissinger: "Las naciones se cohesionan y prosperan con la creencia de que sus instituciones pueden prever la calamidad, detener su impacto y restaurar la estabilidad. Cuando termine la pandemia de COVID-19, se percibirá que las instituciones de muchos países han fracasado". [55] Esto será particularmente cierto para algunos países ricos dotados de sofisticados sistemas de salud y fuertes activos en investigación, ciencia e innovación, donde los ciudadanos se preguntarán por qué sus autoridades lo hicieron tan mal en comparación con otros. En estos, la esencia misma de su tejido social y sistema socioeconómico puede emerger y ser denunciado como el culpable "real", culpable de no garantizar el bienestar económico y social de la mayoría de los ciudadanos. En los países más pobres, la pandemia cobrará un precio dramático en términos de costos sociales. Agravará los problemas sociales que ya los acosan, en particular la pobreza, la desigualdad y la corrupción. Esto podría, en algunos casos, conducir a resultados extremos tan severos como la desintegración social y societal ("social" se refiere a interacciones entre individuos o grupos de individuos mientras que "societal" es el adjetivo que se relaciona con la sociedad en su conjunto).




¿Hay alguna lección sistémica que se pueda aprender en relación con lo que ha funcionado y lo que no en términos de lidiar con la pandemia? ¿Hasta qué punto la respuesta de diferentes naciones revela algunas fortalezas y debilidades internas sobre sociedades o sistemas de gobernanza particulares? A algunos, como Singapur, Corea del Sur y Dinamarca (entre otros), pareció que les fue bastante bien y ciertamente mejor que a la mayoría. Otros, como Italia, España, EE. UU. O el Reino Unido, parecieron tener un desempeño inferior en diferentes aspectos, ya sea en términos de preparación, gestión de crisis, comunicación pública, número de casos confirmados y muertes, y varias otras

métricas. Los países vecinos que comparten muchas similitudes estructurales, como Francia y Alemania, tenían un número equivalente aproximado de casos confirmados, pero un número sorprendentemente diferente de muertes por COVID-19. Aparte de las diferencias en la infraestructura sanitaria, ¿qué explica estas aparentes anomalías? Actualmente (junio de 2020), todavía nos enfrentamos a múltiples “incógnitas” con respecto a las razones por las que la COVID-19 golpeó y se propagó con particular virulencia en algunos países y regiones, y no en otros. Sin embargo, y en conjunto, los países que obtienen mejores resultados comparten los siguientes atributos generales y comunes:

- Estaban “preparados” para lo que se avecinaba (logística y organizativamente).
- Tomaron decisiones rápidas y decisivas.
- Tienen un sistema de asistencia sanitaria inclusivo y rentable.
- Son sociedades de alta confianza en las que los ciudadanos tienen confianza tanto en el liderazgo como en la información que brindan.
- Parecen estar bajo coacción para mostrar un verdadero sentido de solidaridad, favoreciendo el bien común sobre las aspiraciones y necesidades individuales.

Con la excepción parcial del primer y segundo atributos que son más técnicos (aunque el tecnicismo tiene elementos culturales incrustados en él), todos los demás pueden clasificarse como características sociales "favorables", lo que demuestra que los valores fundamentales de inclusión, solidaridad y confianza son sólidos elementos determinantes y contribuyentes importantes para el éxito en la contención de una epidemia.

Por supuesto, es demasiado pronto para describir con algún grado de precisión la forma que tomará el reinicio social en diferentes países, pero algunos de sus amplios contornos globales ya pueden delinearse. En primer lugar, la era pospandémica marcará el comienzo de un período de redistribución masiva de la riqueza, de los ricos a los pobres y del capital al trabajo. En segundo lugar, es probable que la COVID-19 dé el golpe de gracia del neoliberalismo, un corpus de ideas y políticas que puede definirse libremente como favorecer la competencia sobre la solidaridad, la destrucción creativa sobre la intervención del gobierno y el crecimiento económico sobre el bienestar social. Durante varios años, la doctrina neoliberal ha ido decayendo, con muchos comentaristas, líderes empresariales y políticos denunciando cada vez más su “fetichismo del mercado”, pero la COVID-19 le propinó el golpe de gracia. No es casualidad que los dos países que en los últimos años abrazaron con más fervor las políticas del neoliberalismo, Estados Unidos y Reino Unido, estén entre los que sufrieron más víctimas durante la pandemia. Estas dos fuerzas concomitantes, la redistribución masiva por un lado y el abandono de las políticas

neoliberales por el otro, ejercerán un impacto decisivo en la organización de nuestras sociedades, que van desde cómo las desigualdades podrían estimular el malestar social hasta el papel cada vez mayor de los gobiernos y la redefinición de los contratos sociales.

1.3.1. Desigualdades

Un cliché seriamente engañoso sobre el coronavirus reside en la metáfora de la COVID-19 como una “gran niveladora”. [56] La realidad es todo lo contrario. La COVID-19 ha exacerbado las condiciones preexistentes de desigualdad dónde y cuándo golpea. Como tal, no es un "nivelador", ni desde el punto de vista médico, ni económico, ni social o psicológico. La pandemia es en realidad un "gran desequilibrante" [57] que ha agravado las disparidades en los ingresos, la riqueza y las oportunidades. Ha dejado al descubierto para que todos vean no sólo el gran número de personas en el mundo que son económica y socialmente vulnerables, sino también la profundidad y el grado de su fragilidad, un fenómeno aún más frecuente en países con escasa o nula seguridad social. redes o vínculos familiares y sociales débiles. Esta situación, por supuesto, es anterior a la pandemia pero, como observamos para otros problemas globales, el virus actuó como un amplificador, lo que nos obligó a conocer y reconocer la gravedad de los problemas relacionados con la desigualdad, anteriormente ignorados por demasiados durante demasiado tiempo.

El primer efecto de la pandemia ha sido magnificar el desafío macroeconómico de las desigualdades sociales al poner de relieve las estremecedoras disparidades en el grado de riesgo al que están expuestas las diferentes clases sociales. En gran parte del mundo, surgió una narrativa aproximada, aunque reveladora, durante los encierros. Describía una dicotomía: las clases altas y medias podían teletrabajar y autoformar a sus hijos desde sus hogares (primaria o, cuando era posible, secundaria, residencias más remotas consideradas más seguras), mientras que los miembros de la clase trabajadora (para aquellos con trabajo) no estaban en casa y no supervisaban la educación de sus hijos, sino que trabajaban en primera línea para ayudar a salvar vidas (directamente o no) y la economía: limpiando hospitales, atendiendo las cajas, transportando lo esencial y garantizando nuestra seguridad. En el caso de una economía de servicios altamente desarrollada como EE. UU., aproximadamente un tercio del trabajo total se puede realizar desde casa o de forma remota, con considerables discrepancias que están altamente correlacionadas con los ingresos por sectores. Más del 75% de los trabajadores estadounidenses de finanzas y seguros pueden hacer su trabajo de forma remota, mientras que sólo el 3% de los trabajadores mucho menos remunerados de la industria

alimentaria pueden hacerlo. [58] En medio de la pandemia (a mediados de abril), la mayoría de los casos nuevos de infección y el recuento de muertes dejaron más claro que nunca que la COVID-19 estaba lejos de ser el "gran nivelador" o "igualador" al que tantas personas se referían en el comienzo de la pandemia. En cambio, lo que surgió rápidamente fue que no había nada justo o imparcial en la forma en que el virus realizaba su trabajo mortal.

En los EE. UU., la COVID-19 ha cobrado un precio desproporcionado en los afroamericanos, las personas de bajos ingresos y las poblaciones vulnerables, como las personas sin hogar. En el estado de Michigan, donde menos del 15% de la población es negra, los residentes negros representaron alrededor del 40% de las muertes por complicaciones de la COVID-19. El hecho de que la COVID-19 afectara a las comunidades negras de manera tan desproporcionada es un mero reflejo de las desigualdades existentes. En Estados Unidos, como en muchos otros países, los afroamericanos son más pobres, tienen más probabilidades de estar desempleados o subempleados y son víctimas de viviendas y condiciones de vida deficientes. Como resultado, sufren más condiciones de salud preexistentes como obesidad, enfermedades cardíacas o diabetes que hacen que la COVID-19 sea particularmente mortal.

El segundo efecto de la pandemia y el estado de bloqueo que siguió fue exponer la profunda desconexión entre la naturaleza esencial y el valor innato de un trabajo hecho y la recompensa económica que conlleva. Dicho de otra manera: valoramos menos económicamente a los individuos que más necesita la sociedad. La verdad aleccionadora es que los héroes de la crisis inmediata del COVID-19, aquellos que (en riesgo personal) cuidaron a los enfermos y mantuvieron funcionando la economía, se encuentran entre los profesionales peor pagados: las enfermeras, los limpiadores, los conductores de reparto, los trabajadores en fábricas de alimentos, residencias y almacenes, entre otros. A menudo, su contribución al bienestar económico y social es la menos reconocida. El fenómeno es global, pero particularmente severo en los países anglosajones donde la pobreza se une a la precariedad. Los ciudadanos de este grupo no sólo son los peor pagados, sino también los que corren mayor riesgo de perder sus trabajos. En el Reino Unido, por ejemplo, una gran mayoría (casi el 60%) de los proveedores de atención que trabajan en la comunidad operan con "contratos de cero horas", lo que significa que no tienen horarios regulares garantizados y, como resultado, no tienen certeza de un horario regular. ingresos. Del mismo modo, los trabajadores de las fábricas de alimentos suelen tener contratos de trabajo temporales con menos derechos de lo normal y sin seguridad. En cuanto a los repartidores, la mayoría de las veces clasificados como autónomos, se les

paga por "entrega" y no reciben pago por enfermedad o vacaciones, una realidad que se describe conmovedoramente en el trabajo más reciente de Ken Loach, "Sorry We Missed You", una película que ilustra la dramática medida en que estos trabajadores están siempre a un percance de la ruina física, emocional o económica, con efectos en cascada agravados por el estrés y la ansiedad.

En la era pospandémica, ¿aumentarán o disminuirán las desigualdades sociales? Mucha evidencia anecdótica sugiere, al menos a corto plazo, que es probable que aumenten las desigualdades. Como se describió anteriormente, las personas con ingresos bajos o nulos están sufriendo de manera desproporcionada por la pandemia: son más susceptibles a enfermedades crónicas e inmunodeficiencia y, por lo tanto, tienen más probabilidades de contraer la COVID-19 y sufrir infecciones graves. Esto continuará en los meses posteriores al brote. Al igual que con episodios pandémicos anteriores como la peste, no todos se beneficiarán por igual de los tratamientos médicos y las vacunas. Particularmente en los Estados Unidos, como observó Angus Deaton, el premio Nobel que fue coautor de Deaths of Despair y el futuro del capitalismo con Anne Case: “los fabricantes de medicamentos y los hospitales serán más poderosos y ricos que nunca”, [59] para la desventaja de los segmentos más pobres de la población. Además, las políticas monetarias ultra-acomodaticias aplicadas en todo el mundo aumentarán las desigualdades de riqueza al impulsar los precios de los activos, sobre todo en los mercados financieros y la propiedad.

Sin embargo, yendo más allá del futuro inmediato, la tendencia podría revertirse y provocar lo contrario: menos desigualdad. ¿Cómo podría pasar? Podría ser que suficientes personas estén lo suficientemente indignadas por la flagrante injusticia del trato preferencial del que disfrutan exclusivamente los ricos como para provocar una amplia reacción social. En los EE. UU., una mayoría o una minoría muy vocal puede exigir el control nacional o comunitario sobre la atención médica, mientras que, en Europa, la financiación insuficiente del sistema de salud ya no será políticamente aceptable. También puede ser que la pandemia eventualmente nos obligue a repensar las ocupaciones que realmente valoramos y nos obligará a rediseñar la forma en que las remuneramos colectivamente. En el futuro, ¿aceptará la sociedad que un administrador de fondos de cobertura estrella que se especializa en ventas al descubierto (cuya contribución al bienestar económico y social es dudosa, en el mejor de los casos) pueda recibir un ingreso de millones por año mientras que una enfermera (cuya contribución a la el bienestar es incontrovertible) gana una fracción infinitesimal de esa cantidad? En un escenario tan optimista, a medida que reconocemos cada vez más que muchos

trabajadores en trabajos mal remunerados e inseguros juegan un papel esencial en nuestro bienestar colectivo, las políticas se ajustarían para mejorar tanto sus condiciones laborales como su remuneración. Seguirían mejores salarios, incluso si van acompañados de beneficios reducidos para las empresas o precios más altos; habrá una fuerte presión social y política para reemplazar los contratos inseguros y las lagunas de explotación por puestos permanentes y una mejor formación. Por lo tanto, las desigualdades podrían disminuir pero, si la historia sirve de guía, es poco probable que este escenario optimista prevalezca sin una agitación social masiva primero.

1.3.2. Malestar social

Uno de los peligros más profundos que enfrenta la era posterior a la pandemia es el malestar social. En algunos casos extremos, podría conducir a la desintegración social y al colapso político. Innumerables estudios, artículos y advertencias han resaltado este riesgo particular, basados en la observación obvia de que cuando las personas no tienen trabajo, ingresos ni perspectivas de una vida mejor, a menudo recurren a la violencia. La siguiente cita captura la esencia del problema. Se aplica a los EE. UU., pero sus conclusiones son válidas para la mayoría de los países del mundo:

> Aquellos que se quedan sin esperanza, sin trabajo y sin activos podrían fácilmente volverse contra los que están en mejor situación. Alrededor del 30% de los estadounidenses ya tienen una riqueza nula o negativa. Si más personas salen de la crisis actual sin dinero, ni trabajo, ni acceso a atención médica, y si estas personas se desesperan y se enojan, escenas como la reciente fuga de prisioneros en Italia o el saqueo que siguió al huracán Katrina en Nueva Orleans en 2005 podría convertirse en algo común. Si los gobiernos tienen que recurrir al uso de fuerzas paramilitares o militares para sofocar, por ejemplo, disturbios o ataques a la propiedad, las sociedades podrían comenzar a desintegrarse. [60]

Mucho antes de que la pandemia envolviera al mundo, el malestar social había aumentado a nivel mundial, por lo que el riesgo no es nuevo, pero ha sido amplificado por la COVID-19. Hay diferentes formas de definir lo que constituye el malestar social pero, en los últimos dos años, se han producido más de 100 protestas antigubernamentales significativas en todo el mundo, [61] en países ricos y pobres por igual, desde los disturbios de los chalecos amarillos en Francia a manifestaciones contra hombres fuertes en países como Bolivia, Irán y Sudán. La mayoría (de estos últimos) fueron reprimidos por brutales represiones, y muchos entraron en hibernación (como la economía global) cuando los gobiernos forzaron a sus poblaciones a bloquear para contener la pandemia.

Pero después de que se levante la prohibición de reunirse en grupos y tomar las calles, es difícil imaginar que los viejos agravios y la inquietud social temporalmente suprimida no vuelvan a estallar, posiblemente con renovada fuerza. En la era de la pospandémica, el número de desempleados, preocupados, miserables, resentidos, enfermos y hambrientos habrá aumentado dramáticamente. Las tragedias personales se acumularán, fomentando la ira, el resentimiento y la exasperación en diferentes grupos sociales, incluidos los parados, los pobres, los migrantes, los presos, los sin techo, todos los marginados... ¿Cómo no acabar en erupción toda esta presión? Los fenómenos sociales a menudo exhiben las mismas características que las pandemias y, como se observó en páginas anteriores, los puntos de inflexión se aplican igualmente a ambos. Cuando la pobreza, la sensación de privación de derechos y de impotencia alcanzan un cierto punto de inflexión, la acción social disruptiva a menudo se convierte en la opción de último recurso.

En los primeros días de la crisis, personas destacadas se hicieron eco de esas preocupaciones y alertaron al mundo sobre el creciente riesgo de malestar social. Jacob Wallenberg, el industrial sueco, es uno de ellos. En marzo de 2020, escribió: "Si la crisis se prolonga por mucho tiempo, el desempleo podría llegar al 20-30 por ciento, mientras que las economías podrían contraerse entre un 20 y un 30 por ciento... No habrá recuperación. Habrá malestar social. Habrá violencia. Habrá consecuencias socioeconómicas: desempleo dramático. Los ciudadanos sufrirán dramáticamente: algunos morirán, otros se sentirán muy mal". [62] Ahora estamos más allá del umbral de lo que Wallenberg consideraba "preocupante", con un desempleo que supera el 20% al 30% en muchos países del mundo y la mayoría de las economías se han contraído en el segundo trimestre de 2020 más allá de un nivel previamente considerado. de preocupación. ¿Cómo se desarrollará esto y dónde es más probable que ocurra el malestar social y en qué grado?



Al momento de escribir este libro, la COVID-19 ya ha desatado una ola global de malestar social. Comenzó en los Estados Unidos con las protestas Black Lives Matter, tras el asesinato de George Floyd a fines de mayo de 2020, pero se extendió rápidamente por todo el mundo. La COVID-19 fue un elemento determinante: la muerte de George Floyd fue la chispa que encendió el fuego del malestar social, pero las condiciones subyacentes creadas por la pandemia, en particular las desigualdades raciales que puso al descubierto y el creciente nivel de desempleo, fueron el combustible que amplificó las protestas y las mantuvo. ¿Cómo? En los últimos seis años, casi 100 afroamericanos han muerto bajo custodia policial, pero fue necesario el asesinato de George Floyd para desencadenar un levantamiento nacional. Por lo tanto, no es una casualidad que este arrebato de ira haya

ocurrido durante la pandemia que ha afectado de manera desproporcionada a la comunidad afroamericana de Estados Unidos (como se señaló anteriormente). A fines de junio de 2020, la tasa de mortalidad infligida por COVID-19 a los estadounidenses negros era 2,4 veces mayor que a los estadounidenses blancos. Al mismo tiempo, el empleo entre los estadounidenses negros estaba siendo diezmado por la crisis de la corona. Esto no debería ser una sorpresa: la división económica y social entre los afroamericanos y los estadounidenses blancos es tan profunda que, según casi todas las métricas, los trabajadores negros están en desventaja en comparación con los trabajadores blancos. [63] En mayo de 2020, el desempleo entre los afroamericanos se situaba en el 16,8% (frente a un nivel nacional del 13,3%), un nivel muy alto que alimenta un fenómeno descrito por los sociólogos como "disponibilidad biográfica": [64] la ausencia del empleo a tiempo tiende a incrementar el nivel de participación en los movimientos sociales. No sabemos cómo evolucionará el movimiento Black Lives Matter y, si persiste, qué forma tomará. Sin embargo, los indicios muestran que se está convirtiendo en algo más amplio que los problemas específicos de la raza. Las protestas contra el racismo sistémico han dado lugar a llamamientos más generales sobre justicia económica e inclusión. Se trata de una transición lógica a los problemas de desigualdad tratados en el subcapítulo anterior, que también ilustra cómo los riesgos interactúan entre sí y se amplifican entre sí. Es importante enfatizar que ninguna situación está escrita en piedra y que no hay desencadenantes “mecánicos” para el malestar social; sigue siendo una expresión de una dinámica y un estado de ánimo colectivos humanos que dependen de una multitud de factores. Fieles a las nociones de interconexión y complejidad, los estallidos de malestar social son eventos no lineales por excelencia que pueden desencadenarse por una amplia variedad de factores políticos, económicos, sociales, tecnológicos y ambientales. Van desde cosas tan diferentes como conmociones económicas, dificultades causadas por eventos climáticos extremos, tensiones raciales, escasez de alimentos e incluso sentimientos de injusticia. Todos estos, y más, casi siempre interactúan entre sí y crean efectos en cascada. Por lo tanto, no se pueden pronosticar situaciones específicas de confusión, pero sí se pueden anticipar. ¿Qué países son más susceptibles? A primera vista, los países más pobres sin redes de seguridad y los países ricos con redes de seguridad social débiles son los que corren mayor riesgo porque no tienen medidas de política o tienen menos medidas, como las prestaciones por desempleo, para amortiguar el impacto de la pérdida de ingresos. Por esta razón, sociedades fuertemente individualistas como Estados Unidos podrían correr más riesgo que los países europeos o asiáticos que tienen un mayor sentido de solidaridad (como en el sur de Europa) o un

mejor sistema social para ayudar a los desfavorecidos (como en el norte de Europa). A veces, los dos se unen. Países como Italia, por ejemplo, poseen una sólida red de seguridad social y un fuerte sentido de solidaridad (particularmente en términos intergeneracionales). En una línea similar, el confucianismo prevaleciente en tantos países asiáticos antepone el sentido del deber y la solidaridad generacional a los derechos individuales; también otorga un gran valor a las medidas y normas que benefician a la comunidad en su conjunto. Todo esto no significa, por supuesto, que los países europeos o asiáticos sean inmunes al malestar social. ¡Lejos de ahi!, como demostró el movimiento de los chalecos amarillos en el caso de Francia, las formas violentas y sostenidas de malestar social pueden estallar incluso en países dotados de una sólida red de seguridad social, pero donde las expectativas sociales son deficientes.

El malestar social afecta negativamente tanto al bienestar económico como social, pero es fundamental enfatizar que no somos impotentes ante un potencial malestar social, por la sencilla razón de que los gobiernos y en menor medida las empresas y otras organizaciones pueden prepararse para mitigar el riesgo. promulgando las políticas adecuadas. La principal causa subyacente del malestar social es la desigualdad. Las herramientas políticas para luchar contra niveles inaceptables de desigualdad existen y, a menudo, están en manos de los gobiernos.

1.3.3. El regreso del gobierno "grande"

En palabras de John Micklethwait y Adrian Wooldridge: “La pandemia de COVID-19 ha hecho que el gobierno vuelva a ser importante. No sólo poderosa otra vez (mire esas empresas que alguna vez fueron poderosas pidiendo ayuda), sino también vital nuevamente: es enormemente importante si su país tiene un buen servicio de salud, burócratas competentes y finanzas sólidas. El buen gobierno es la diferencia entre vivir y morir ”. [65]

Una de las grandes lecciones de los últimos cinco siglos en Europa y América es la siguiente: las crisis agudas contribuyen a impulsar el poder del Estado. Siempre ha sido así y no hay ninguna razón por la que deba ser diferente con la pandemia de COVID-19. Los historiadores señalan el hecho de que los crecientes recursos fiscales de los países capitalistas a partir del siglo XVIII siempre estuvieron estrechamente asociados con la necesidad de librar guerras, particularmente aquellas que tuvieron lugar en países lejanos y que requirieron capacidades marítimas. Tal fue el caso de la Guerra de los Siete Años de 1756-1763, descrita como la primera guerra verdaderamente global que involucró a todas las grandes potencias de Europa en ese momento. Desde entonces, las respuestas

a las grandes crisis siempre han consolidado aún más el poder del Estado, comenzando por los impuestos: “un atributo inherente y esencial de la soberanía que pertenece como un derecho a todo gobierno independiente”. [66] Algunos ejemplos que ilustran este punto sugieren claramente que esta vez, como en el pasado, los impuestos aumentarán. Como en el pasado, la lógica social y la justificación política subyacente a los aumentos se basará en la narrativa de “países en guerra” (sólo que esta vez contra un enemigo invisible).

La tasa máxima del impuesto sobre la renta de Francia era cero en 1914; un año después del final de la Primera Guerra Mundial, era del 50%. Canadá introdujo el impuesto sobre la renta en 1917 como una medida "temporal" para financiar la guerra, y luego lo amplió drásticamente durante la Segunda Guerra Mundial con un impuesto adicional fijo del 20% sobre todos los impuestos sobre la renta pagaderos por personas que no sean corporaciones y la introducción de un impuesto marginal elevado tasas (69%). Las tasas bajaron después de la guerra pero se mantuvieron sustancialmente más altas que antes. De manera similar, durante la Segunda Guerra Mundial, el impuesto sobre la renta en Estados Unidos pasó de ser un "impuesto de clase" a un "impuesto masivo", y el número de contribuyentes aumentó de 7 millones en 1940 a 42 millones en 1945. Los años fiscales más progresivos en la historia de Estados Unidos fueron 1944 y 1945, con una tasa del 94% aplicada a cualquier ingreso superior a 200.000 dólares (el equivalente en 2009 de 2,4 millones de dólares). Estos tipos máximos, a menudo denunciados como confiscatorios por quienes tenían que pagarlos, no bajarían del 80% durante otros 20 años. Al final de la Segunda Guerra Mundial, muchos otros países adoptaron medidas fiscales similares y a menudo extremas. En el Reino Unido durante la guerra, la tasa impositiva máxima sobre la renta se elevó a un extraordinariamente impresionante 99,25%. [67]

A veces, el poder soberano del estado para imponer impuestos se tradujo en ganancias sociales tangibles en diferentes dominios, como la creación de un sistema de bienestar. Sin embargo, estas transiciones masivas hacia algo completamente “nuevo” siempre se definieron en términos de una respuesta a un choque externo violento o la amenaza de uno por venir. La Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, llevó a la introducción de sistemas de bienestar estatal desde la cuna hasta la tumba en la mayor parte de Europa. También lo hizo la Guerra Fría: los gobiernos de los países capitalistas estaban tan preocupados por una rebelión comunista interna que pusieron en marcha un modelo liderado por el estado para prevenirla. Este sistema, en el que los burócratas estatales

administraban grandes porciones de la economía, desde el transporte hasta la energía, se mantuvo vigente hasta bien entrada la década de 1970.

Hoy la situación es fundamentalmente diferente; en las décadas intermedias (en el mundo occidental) el papel del estado se ha reducido considerablemente. Ésta es una situación que está destinada a cambiar porque es difícil imaginar cómo un choque exógeno de tal magnitud como el infligido por COVID-19 podría abordarse con soluciones puramente basadas en el mercado. Ya y casi de la noche a la mañana, el coronavirus logró alterar las percepciones sobre el complejo y delicado equilibrio entre los ámbitos privado y público a favor de este último. Ha revelado que el seguro social es eficiente y que transferir una cantidad cada vez mayor de responsabilidades (como la salud y la educación) a las personas y los mercados puede no ser lo mejor para la sociedad. En un cambio repentino y sorprendente, la idea, que hubiera sido un anatema hace apenas unos años, de que los gobiernos pueden promover el bien público mientras que las economías en fuga sin supervisión pueden causar estragos en el bienestar social, ahora puede convertirse en la norma. En el cuadrante que mide el continuo entre el gobierno y los mercados, la aguja se ha movido decisivamente hacia la izquierda.

Por primera vez desde que Margaret Thatcher capturó el zeitgeist de una época al declarar que “no existe tal cosa como la sociedad”, los gobiernos tienen la ventaja. Todo lo que se presente en la era pospandémica nos llevará a repensar el papel de los gobiernos. En lugar de simplemente arreglar las fallas del mercado cuando surjan, deberían, como sugiere la economista Mariana Mazzucato: “avanzar hacia la conformación y creación activa de mercados que generen un crecimiento sostenible e inclusivo. También deben garantizar que las asociaciones con empresas que involucren fondos gubernamentales estén impulsadas por el interés público, no por el lucro ”. [68]

¿Cómo se manifestará este papel ampliado de los gobiernos? Un elemento significativo del nuevo gobierno "más grande" ya está en su lugar con el control gubernamental enormemente aumentado y casi inmediato de la economía. Como se detalla en el Capítulo 1, la intervención económica pública se ha producido muy rápidamente y en una escala sin precedentes. En abril de 2020, justo cuando la pandemia comenzaba a afectar al mundo, los gobiernos de todo el mundo habían anunciado programas de estímulo por valor de varios billones de dólares, como si se hubieran puesto en marcha ocho o nueve Planes Marshall casi simultáneamente para apoyar las necesidades básicas de las personas más pobres, preservar puestos de trabajo siempre que sea posible y ayudar a las empresas a sobrevivir. Los bancos centrales decidieron recortar las tasas y se comprometieron a brindar toda la liquidez necesaria, mientras que los gobiernos

comenzaron a ampliar los beneficios sociales, realizar transferencias directas de efectivo, cubrir salarios y suspender los pagos de préstamos e hipotecas, entre otras respuestas. Sólo los gobiernos tenían el poder, la capacidad y el alcance para tomar tales decisiones, sin las cuales habría prevalecido la calamidad económica y un colapso social completo.

Mirando hacia el futuro, lo más probable es que los gobiernos, pero con diferentes grados de intensidad, decidan que lo mejor para la sociedad es reescribir algunas de las reglas del juego y aumentar permanentemente su papel. Como sucedió en la década de 1930 en los Estados Unidos, cuando el desempleo masivo y la inseguridad económica fueron abordados progresivamente por un papel más importante del gobierno, hoy es probable que un curso de acción similar caracterice el futuro previsible. En otros subcapítulos revisamos la forma que tomará (como en el siguiente sobre el nuevo contrato social), pero identifiquemos brevemente algunos de los puntos más destacados.

Los seguros de salud y desempleo deberán crearse desde cero o reforzarse donde ya existen.

También será necesario fortalecer las redes de seguridad social: en las sociedades anglosajonas que están más "orientadas al mercado" tendrán que implementarse beneficios de desempleo extendidos, licencias por enfermedad y muchas otras medidas sociales para amortiguar el efecto del shock y, a partir de entonces, se convertirán en la norma. En muchos países, un compromiso sindical renovado facilitará este proceso. El valor para los accionistas se convertirá en una consideración secundaria, poniendo de relieve la primacía del capitalismo de las partes interesadas. La financiarización del mundo, que ganó tanta tracción en los últimos años, probablemente se revertirá. Los gobiernos, particularmente en los países más afectados por ella, Estados Unidos y el Reino Unido, se verán obligados a reconsiderar muchas características de esta obsesión por las finanzas. Podrían decidir sobre una amplia gama de medidas, desde ilegalizar la recompra de acciones hasta evitar que los bancos incentiven la deuda de los consumidores. El escrutinio público de las empresas privadas aumentará, en particular (pero no sólo) para todas las empresas que se beneficiaron del dinero público. Algunos países se nacionalizarán, mientras que otros preferirán tomar participaciones de capital o otorgar préstamos. En general, habrá más regulaciones que cubran muchos temas diferentes, como la seguridad de los trabajadores o el abastecimiento doméstico de ciertos productos. Las empresas también deberán rendir cuentas por las fracturas sociales y medioambientales por las que se espera que formen parte de la solución. Como complemento, los gobiernos fomentarán enérgicamente las asociaciones público-privadas para que las empresas privadas se involucren más en la mitigación de los

riesgos globales. Independientemente de los detalles, el papel del estado aumentará y, al hacerlo, afectará materialmente la forma en que se llevan a cabo los negocios. En diversos grados, los ejecutivos de empresas de todas las industrias y de todos los países deberán adaptarse a una mayor intervención gubernamental. Se proseguirá activamente la investigación y el desarrollo de bienes públicos mundiales como la salud y las soluciones para el cambio climático. Los impuestos aumentarán, especialmente para los más privilegiados, porque los gobiernos necesitarán fortalecer sus capacidades de resiliencia y desearán invertir más en ellos. Como lo propugna Joseph Stiglitz:

> La primera prioridad es (...) proporcionar más fondos para el sector público, especialmente para aquellas partes del mismo que están diseñadas para proteger contra la multitud de riesgos que enfrenta una sociedad compleja, y para financiar los avances en la ciencia y educación superior de calidad, de la que depende nuestra prosperidad futura. Éstas son áreas en las que se pueden crear rápidamente puestos de trabajo productivos (investigadores, profesores y quienes ayudan a dirigir las instituciones que los apoyan). Incluso cuando salimos de esta crisis, debemos ser conscientes de que seguramente alguna otra crisis acecha a la vuelta de la esquina. No podemos predecir cómo se verá la próxima, aparte de que se verá diferente a la anterior. [69]

En ningún lugar se manifestará con mayor vigor esta intromisión de gobiernos, cuya forma puede ser benigna o maligna según el país y la cultura en la que se desarrolla, que en la redefinición del contrato social.

1.3.4. El contrato social

Es casi inevitable que la pandemia lleve a muchas sociedades de todo el mundo a reconsiderar y redefinir los términos de su contrato social. Ya hemos aludido al hecho de que COVID-19 ha actuado como un amplificador de condiciones preexistentes, poniendo en primer plano problemas de larga data que resultaron de profundas debilidades estructurales que nunca se habían abordado adecuadamente. Esta disonancia y un cuestionamiento emergente del status quo están encontrando expresión en un llamamiento fuerte para revisar los contratos sociales por los que todos estamos más o menos ligados.

En términos generales, el "contrato social" se refiere al conjunto (a menudo implícito) de acuerdos y expectativas que gobiernan las relaciones entre individuos e instituciones. En pocas palabras, es el "pegamento" que une a las sociedades; sin él, el tejido social se deshace. Durante décadas, ha evolucionado lenta y casi imperceptiblemente en una

dirección que obligó a los individuos a asumir una mayor responsabilidad por sus vidas individuales y resultados económicos, lo que llevó a grandes partes de la población (más evidentemente en los tramos de bajos ingresos) a concluir que el contrato social En el mejor de los casos, se estaba erosionando, si no en algunos casos, se rompía por completo. La aparente ilusión de una inflación baja o nula es un ejemplo práctico e ilustrativo de cómo se desarrolla esta erosión en términos de la vida real. Durante muchos años en todo el mundo, la tasa de inflación ha caído para muchos bienes y servicios, con la excepción de las tres cosas que más nos importan a la gran mayoría de nosotros: vivienda, salud y educación. Para los tres, los precios han aumentado considerablemente, absorbiendo una proporción cada vez mayor de los ingresos disponibles y, en algunos países, incluso obligando a las familias a endeudarse para recibir tratamiento médico. De manera similar, en la era prepandémica, las oportunidades laborales se habían ampliado en muchos países, pero el aumento de las tasas de empleo a menudo coincidía con el estancamiento de los ingresos y la polarización del trabajo. Esta situación terminó erosionando el bienestar económico y social de una gran mayoría de personas cuyos ingresos ya no eran suficientes para garantizar un estilo de vida modestamente decente (incluso entre la clase media del mundo rico). Hoy en día, las razones fundamentales que sustentan la pérdida de fe en nuestros contratos sociales se fusionan en torno a cuestiones de desigualdad, la ineficacia de la mayoría de las políticas de redistribución, un sentimiento de exclusión y marginación y un sentimiento general de injusticia. Es por ello que muchos ciudadanos han comenzado a denunciar una ruptura del contrato social, expresando cada vez con más contundencia una pérdida generalizada de confianza en las instituciones y los líderes. [70] En algunos países, esta exasperación generalizada ha tomado la forma de manifestaciones pacíficas o violentas; en otros, ha conducido a victorias electorales para partidos populistas y extremistas. Cualquiera que sea la forma que adopte, en casi todos los casos, la respuesta del establishment ha quedado con muchas ganas de prepararse para la rebelión y sin ideas y palancas políticas para abordar el problema. Aunque son complejas, las soluciones políticas existen y, en general, consisten en adaptar el estado de bienestar al mundo de hoy empoderando a las personas y respondiendo a las demandas de un contrato social más justo. En los últimos años, varias organizaciones internacionales y think tanks se han adaptado a esta nueva realidad y esbozado propuestas sobre cómo hacerla realidad. [71] La pandemia marcará un punto de inflexión al acelerar esta transición. Ha cristalizado el problema y ha hecho imposible volver al status quo anterior a la pandemia.

¿Qué forma podría tomar el nuevo contrato social? No hay modelos listos para usar, ya que cada solución potencial depende de la historia y la cultura del país al que se aplica. Inevitable y comprensiblemente, un "buen" contrato social para China será diferente de uno para Estados Unidos, que a su vez no se parecerá al de Suecia o Nigeria. Sin embargo, todos podrían compartir algunas características y principios comunes, cuya absoluta necesidad se ha hecho cada vez más evidente por las consecuencias sociales y económicas de la crisis pandémica. Destacan dos en particular:

1. Una prestación más amplia, si no universal, de asistencia social, seguridad social, asistencia sanitaria y servicios básicos de calidad.
2. Un movimiento hacia una mayor protección para los trabajadores y para los más vulnerables en la actualidad (como los empleados y el impulso de la economía del trabajo en directo en la que los empleados a tiempo completo son reemplazados por contratistas independientes y autónomos).

A menudo se dice que la respuesta de una nación a un desastre dice mucho sobre sus fortalezas y disfunciones y, ante todo, sobre la "calidad" y solidez de su contrato social. A medida que nos alejamos progresivamente de los momentos más agudos de la crisis y comenzamos un examen exhaustivo de lo que salió bien y lo que no, debemos esperar un gran examen de conciencia que finalmente conducirá a una redefinición de los términos de nuestra sociedad. contrato. En países que se percibió como una respuesta deficiente a la pandemia, muchos ciudadanos comenzarán a hacer preguntas críticas como: ¿Por qué en medio de la pandemia, mi país a menudo carecía de mascarillas, respiradores y ventiladores? ¿Por qué no se preparó adecuadamente? ¿Tiene que ver con la obsesión por el cortoplacismo? ¿Por qué somos tan ricos en términos de PIB y tan ineficaces para brindar una buena atención médica a todos aquellos que la necesitan? ¿Cómo puede ser que una persona que ha pasado más de 10 años formándose para convertirse en médico y cuyos "resultados" de fin de año se miden en vidas reciba una compensación que es exigua en comparación con la de un comerciante o un gerente?

La crisis del COVID-19 ha puesto al descubierto el estado inadecuado de la mayoría de los sistemas nacionales de salud, tanto en términos de costos de vida de los pacientes como de enfermeras y médicos. En los países ricos, donde los servicios de salud financiados con impuestos han sufrido durante mucho tiempo por la falta de recursos (el Servicio Nacional de Salud del Reino Unido es el ejemplo más extremo) debido a preocupaciones políticas sobre el aumento de los impuestos, se pide más gasto (y por lo tanto impuestos más altos), con una creciente comprensión de que la "gestión eficiente" no puede compensar la inversión insuficiente.

La COVID-19 también ha revelado brechas enormes en la mayoría de los sistemas de bienestar. A primera vista, las naciones que reaccionaron de la manera más inclusiva son aquellas con un elaborado sistema de bienestar, sobre todo los países escandinavos. Por poner un ejemplo, ya en marzo de 2020, Noruega garantizó el 80% de los ingresos medios de los trabajadores autónomos (según las declaraciones de impuestos de los tres años anteriores), mientras que Dinamarca garantizó el 75%. En el otro extremo del espectro, las economías más orientadas al mercado se pusieron al día y mostraron indecisión sobre cómo proteger a los segmentos más vulnerables del mercado laboral, en particular los trabajadores de gira, los contratistas independientes y los trabajadores temporales y de guardia cuyos El empleo consiste en actividades generadoras de ingresos que están fuera de la relación tradicional entre empleador y empleado.

Un tema importante que puede tener un impacto decisivo en el nuevo contrato social es la baja por enfermedad. Los economistas tienden a estar de acuerdo en que la ausencia de licencia por enfermedad remunerada hace que sea más difícil contener la propagación de una epidemia, la simple razón es que si a los empleados se les niega el acceso a ella, pueden verse tentados u obligados a ir a trabajar mientras están infectados y así propagar la enfermedad. Esto es particularmente cierto para los trabajadores de servicios y de bajos ingresos (los dos a menudo van de la mano). Cuando se produjo la pandemia de gripe porcina (H1N1) en 2009-2010, la Asociación Estadounidense de Salud Pública estimó que alrededor de 7 millones de personas se infectaron y 1,500 más murieron porque los empleados contagiosos no podían permitirse no ir a trabajar. Entre las economías ricas, solo EE. UU. Tiene un sistema que deja a discreción de los empleadores la decisión de otorgar licencia por enfermedad pagada. En 2019, casi una cuarta parte de todos los trabajadores estadounidenses (alrededor de 40 millones, concentrados principalmente en puestos de bajos salarios) no se beneficiaron de ella. En marzo de 2020, cuando la pandemia comenzó a arder en los EE. UU., El presidente Trump promulgó una nueva legislación que requería temporalmente que los empleadores proporcionaran dos semanas de licencia por enfermedad más licencia familiar con pago parcial, pero sólo para los trabajadores con problemas de cuidado de niños. Queda por ver cómo se verá esto en la redefinición del contrato social en Estados Unidos. Por el contrario, casi todos los países europeos exigen a los empleadores que otorguen licencias por enfermedad pagadas por períodos variables durante los cuales los trabajadores también están protegidos contra el despido. Las nuevas leyes que se promulgaron al comienzo de la pandemia también significaron que el estado compensaría parte o la totalidad del salario de las personas confinadas en el hogar, incluidos los que trabajan en

la economía de conciertos y los autónomos. En Japón, todos los trabajadores tienen derecho a hasta 20 días de licencia pagada cada año, mientras que, en China, tienen derecho a una paga por enfermedad que oscila entre el 60% y el 100% del salario diario durante cualquier período de enfermedad con la duración de la licencia por enfermedad. acordado o definido contractualmente entre trabajadores y empleadores. A medida que avanzamos, debemos esperar que estos problemas se inmiscuyan cada vez más en la redefinición de nuestro contrato social.

Otro aspecto que es crítico para los contratos sociales en las democracias occidentales se refiere a las libertades. Actualmente existe una creciente preocupación de que la lucha contra esta pandemia y las futuras conduzcan a la creación de sociedades de vigilancia permanente. Este tema se explora con más detalle en el capítulo sobre el reinicio tecnológico, pero basta decir que una emergencia estatal sólo puede justificarse cuando una amenaza es pública, universal y existencial. Además, los teóricos políticos a menudo enfatizan que los poderes extraordinarios requieren la autorización del pueblo y deben ser limitados en tiempo y proporción. Se puede estar de acuerdo con la primera parte de la afirmación (amenaza pública, universal y existencial), pero ¿qué pasa con la segunda? Se espera que sea un componente destacado de las discusiones futuras sobre cómo debería ser nuestro contrato social.

Redefinir colectivamente los términos de nuestros contratos sociales es una tarea trascendental que une los desafíos sustanciales del momento presente con las esperanzas del futuro. Como nos recordó Henry Kissinger: “El desafío histórico para los líderes es manejar la crisis mientras se construye el futuro. El fracaso podría incendiar el mundo ”. [72] Mientras reflexionamos sobre los contornos que creemos que podría seguir un futuro contrato social, ignoramos a nuestro riesgo la opinión de la generación más joven a la que se le pedirá que conviva con él. Su adhesión es decisiva y así para comprender mejor lo que quieren, no debemos olvidarnos de escuchar. Esto se hace aún más significativo por el hecho de que es probable que la generación más joven sea más radical que la anterior en la remodelación de nuestro contrato social. La pandemia ha cambiado sus vidas, y toda una generación en todo el mundo se verá definida por la inseguridad económica y, a menudo, social, con millones de personas que ingresarán a la fuerza laboral en medio de una profunda recesión. Llevarán estas cicatrices para siempre. Además, comenzar con un déficit –muchos estudiantes tienen deudas educativas– probablemente tenga efectos a largo plazo. Los millennials (al menos en el mundo occidental) ya están en peor situación que sus padres en términos de ingresos, activos y riqueza. Es menos probable que sean propietarios de una casa o tengan hijos que sus



padres. Ahora, otra generación (Gen Z) está entrando en un sistema que considera fallando y que se verá acosado por problemas de larga data revelados y exacerbados por la pandemia. Como decía un estudiante universitario, citado en The New York Times: "Los jóvenes tienen un profundo deseo de un cambio radical porque vemos el camino roto por delante". [73]

¿Cómo responderá esta generación? Proponiendo soluciones radicales (y a menudo acciones radicales) en un intento de evitar que ocurra el próximo desastre, ya sea el cambio climático o las desigualdades sociales. Lo más probable es que exija una alternativa radical al curso actual porque sus miembros están frustrados y perseguidos por la persistente creencia de que el sistema actual está fracturado sin remedio.

El activismo juvenil está aumentando en todo el mundo, [74] siendo revolucionado por las redes sociales que aumentan la movilización hasta un punto que antes hubiera sido imposible. [75] Adopta muchas formas diferentes, que van desde la participación política no institucionalizada hasta manifestaciones y protestas, y aborda temas tan diversos como el cambio climático, las reformas económicas, la igualdad de género y los derechos LGBTQ. La generación joven está firmemente a la vanguardia del cambio social. No hay duda de que será el catalizador del cambio y una fuente de impulso crítico para el Gran Reinicio.

1.4. Reinicio geopolítico

La conectividad entre geopolítica y pandemias fluye en ambos sentidos. Por un lado, el fin caótico del multilateralismo, el vacío de la gobernanza global y el surgimiento de diversas formas de nacionalismo [76] hacen que sea más difícil lidiar con el brote. El coronavirus se está propagando a nivel mundial y no perdona a nadie, mientras que simultáneamente las fallas geopolíticas que dividen a las sociedades incitan a muchos líderes a centrarse en las respuestas nacionales, una situación que limita la eficacia colectiva y reduce la capacidad de erradicar la pandemia. Por otro lado, la pandemia está exacerbando y acelerando claramente las tendencias geopolíticas que ya eran evidentes antes de que estallara la crisis. ¿Cuáles fueron y cuál es el estado actual de los asuntos geopolíticos?

El fallecido economista Jean-Pierre Lehmann (quien enseñó en el IMD en Lausana) resumió la situación actual con gran perspicacia cuando dijo: "No hay un nuevo orden global, sólo una transición caótica a la incertidumbre". Más recientemente, Kevin Rudd, presidente del Asia Society Policy Institute y ex primer ministro australiano, expresó sentimientos similares, preocupándose específicamente por la "próxima anarquía posterior al COVID-19": "Varias formas de nacionalismo desenfrenado están tomando el

lugar del orden y cooperación. La naturaleza caótica de las respuestas nacionales y mundiales a la pandemia es, por tanto, una advertencia de lo que podría suceder en una escala aún mayor ". [77] Esto ha sido años de gestación con múltiples causas que se cruzan entre sí, pero el elemento determinante de la inestabilidad geopolítica es el reequilibrio progresivo de Occidente a Oriente - una transición que crea tensiones y que, en el proceso, también genera desorden global. Esto queda capturado en la llamada trampa de Tucídides: el estrés estructural que inevitablemente ocurre cuando una potencia en ascenso como China rivaliza con una potencia gobernante como Estados Unidos. Esta confrontación será una fuente de confusión, desorden e incertidumbre globales en los próximos años. Independientemente de si a uno le “gusta” Estados Unidos o no, su progresiva desconexión (el equivalente a una “reducción geopolítica”, como dice el historiador Niall Ferguson) de la escena internacional está destinada a incrementar la volatilidad internacional. Cada vez más, los países que tendían a depender de los bienes públicos globales proporcionados por la "hegemonía" estadounidense (para la seguridad de las rutas marítimas, la lucha contra el terrorismo internacional, etc.) ahora tendrán que cuidar sus propios patios traseros. Lo más probable es que el siglo XXI sea una era sin una hegemonía absoluta durante la cual ningún poder obtenga el dominio absoluto; como resultado, el poder y la influencia se redistribuirán de forma caótica y, en algunos casos, a regañadientes.

En este nuevo mundo desordenado definido por un cambio hacia la multipolaridad y la intensa competencia por la influencia, los conflictos o tensiones ya no serán impulsados por la ideología (con la excepción parcial y limitada del Islam radical), sino estimulados por el nacionalismo y la competencia por los recursos. Si ninguna potencia puede imponer el orden, nuestro mundo sufrirá un "déficit de orden global". A menos que las naciones individuales y las organizaciones internacionales logren encontrar soluciones para colaborar mejor a nivel global, corremos el riesgo de entrar en una "era de la entropía" en la que la reducción, la fragmentación, la ira y el provincianismo definirán cada vez más nuestro panorama global, haciéndolo menos inteligible y más desordenado . La crisis de la pandemia ha puesto de manifiesto y exacerbado esta triste situación. La magnitud y las consecuencias del impacto que ha infligido son tales que ya no se puede quitar de la mesa ningún escenario extremo. La implosión de algunos estados en quiebra, la posible desintegración de la UE, una ruptura entre China y los EE. UU. que conduce a la guerra: todos estos y muchos más se han convertido ahora en escenarios plausibles (aunque con suerte improbables).

En las siguientes páginas, revisamos cuatro temas principales que se volverán más frecuentes en la era pospandémica y que se fusionarán entre sí: la erosión de la globalización, la ausencia de gobernanza global, la creciente rivalidad entre los EE. UU. y China, y el destino de estados frágiles y fallidos.

1.4.1. Globalización y nacionalismo

La globalización, una palabra de uso general, es una noción amplia y vaga que se refiere al intercambio global entre naciones de bienes, servicios, personas, capital y ahora incluso datos. Ha logrado sacar de la pobreza a cientos de millones de personas pero, desde hace bastantes años, se ha puesto en tela de juicio e incluso ha comenzado a retroceder. Como se destacó anteriormente, el mundo de hoy está más interconectado que nunca pero, durante más de una década, el ímpetu económico y político que defendió y apoyó el aumento de la globalización ha disminuido. Las conversaciones comerciales globales que comenzaron a principios de la década de 2000 no lograron llegar a un acuerdo, mientras que durante ese mismo período la reacción política y social contra la globalización ganó fuerza sin tregua. A medida que aumentaron los costos sociales provocados por los efectos asimétricos de la globalización (particularmente en términos de desempleo industrial en los países de altos ingresos), los riesgos de la globalización financiera se hicieron cada vez más evidentes después de la Gran Crisis Financiera que comenzó en 2008. Así combinados, desencadenó el surgimiento de partidos populistas y de derecha en todo el mundo (sobre todo en Occidente) que, cuando llegan al poder, a menudo se retiran al nacionalismo y promueven una agenda aislacionista, dos nociones contrarias a la globalización.

La economía global está tan intrincadamente entrelazada que es imposible poner fin a la globalización. Sin embargo, es posible ralentizarlo e incluso ponerlo en reversa. Anticipamos que la pandemia hará precisamente eso. Ya ha re-erigido fronteras con una venganza, reforzando a un extremo las tendencias que ya estaban en pleno resplandor antes de que estallara con toda su fuerza en marzo de 2020 (cuando se convirtió en una pandemia verdaderamente global, sin escatimar países), como controles fronterizos más estrictos (principalmente por temor a la inmigración) y un mayor proteccionismo (principalmente por temor a la globalización). Los controles fronterizos más estrictos con el propósito de manejar la progresión de la pandemia tienen mucho sentido, pero el riesgo de que el resurgimiento del estado nacional conduzca progresivamente a un nacionalismo mucho mayor es real, una realidad que capturó el marco del “trilema de la globalización” ofrecido por Dani Rodrik. A principios de la década de 2010, cuando la globalización se

estaba convirtiendo en un tema político y social delicado, el economista de Harvard explicó por qué sería la víctima inevitable si el nacionalismo aumentaba. El trilema sugiere que las tres nociones de globalización económica, democracia política y Estado nacional son mutuamente irreconciliables, basándose en la lógica de que sólo dos pueden coexistir efectivamente en un momento dado. [78] La democracia y la soberanía nacional sólo son compatibles si se contiene la globalización. Por el contrario, si tanto el Estado nacional como la globalización prosperan, la democracia se vuelve insostenible. Y luego, si tanto la democracia como la globalización se expanden, no hay lugar para el estado nación. Por lo tanto, sólo se pueden elegir dos de los tres: ésta es la esencia del trilema. La Unión Europea se ha utilizado a menudo como ejemplo para ilustrar la pertinencia del marco conceptual que ofrece el trilema. Combinar la integración económica (un proxy de la globalización) con la democracia implica que las decisiones importantes deben tomarse a un nivel supranacional, lo que de alguna manera debilita la soberanía del estado nación. En el entorno actual, lo que sugiere el marco del "trilema político" es que la globalización debe necesariamente ser contenida si no queremos renunciar a alguna soberanía nacional o alguna democracia. Por tanto, el auge del nacionalismo hace inevitable la retirada de la globalización en la mayor parte del mundo, un impulso particularmente notable en Occidente. El voto por Brexit y la elección del presidente Trump en una plataforma proteccionista son dos marcadores trascendentales de la reacción occidental contra la globalización. Estudios posteriores no sólo validan el trilema de Rodrik, sino que también muestran que el rechazo de los votantes a la globalización es una respuesta racional cuando la economía es fuerte y la desigualdad es alta. [79]

La forma más visible de desglobalización progresiva ocurrirá en el corazón de su "reactor nuclear": la cadena de suministro global que se ha vuelto emblemática de la globalización. ¿Cómo y por qué se desarrollará esto? El acortamiento o la relocalización de las cadenas de suministro será alentado por: 1) empresas que lo vean como una medida de mitigación del riesgo frente a la interrupción de la cadena de suministro (el equilibrio entre resistencia y eficiencia); y 2) presión política tanto de derecha como de izquierda. Desde 2008, el impulso hacia una mayor localización ha estado firmemente en la agenda política en muchos países (particularmente en Occidente), pero ahora se acelerará en la era pospandémica. A la derecha, el rechazo a la globalización está impulsado por proteccionistas y halcones de la seguridad nacional que ya estaban ganando fuerza antes de que comenzara la pandemia. Ahora, crearán alianzas y, a veces, se fusionarán con otras fuerzas políticas que verán el beneficio de adoptar una agenda antiglobalización. En la izquierda, los activistas y partidos verdes que ya estaban estigmatizando los viajes

aéreos y pidiendo un retroceso contra la globalización se verán envalentonados por el efecto positivo que tuvo la pandemia en nuestro medio ambiente (muchas menos emisiones de carbono, mucho menos contaminación del aire y del agua). Incluso sin la presión de la extrema derecha y los activistas verdes, muchos gobiernos se darán cuenta de que algunas situaciones de dependencia comercial ya no son políticamente aceptables. ¿Cómo puede la administración estadounidense, por ejemplo, aceptar que el 97% de los antibióticos suministrados en el país provengan de China? [80]

Este proceso de revertir la globalización no ocurrirá de la noche a la mañana; acortar las cadenas de suministro será muy difícil y muy costoso. Por ejemplo, un desacoplamiento completo de China requeriría de las empresas que realicen tal una inversión de cientos de miles de millones de dólares en fábricas recién ubicadas, y de los gobiernos cantidades equivalentes para financiar nueva infraestructura, como aeropuertos, enlaces de transporte y viviendas, para servir a las cadenas de suministro reubicadas. A pesar de que el deseo político de disociación puede en algunos casos ser más fuerte que la capacidad real de hacerlo, la dirección de la tendencia es clara. El gobierno japonés hizo esto obvio cuando reservó 243 mil millones de su paquete de rescate de 108 billones de yenes japoneses para ayudar a las empresas japonesas a retirar sus operaciones de China. En múltiples ocasiones, la administración estadounidense ha insinuado medidas similares.

El resultado más probable a lo largo de la globalización en la que no hay un continuo, radica en una solución intermedia: la regionalización. El éxito de la Unión Europea como zona de libre comercio o la nueva Asociación Económica Integral Regional en Asia (un acuerdo de libre comercio propuesto entre los 10 países que componen la ASEAN) son casos ilustrativos importantes de cómo la regionalización puede convertirse en una nueva versión diluida. de la globalización. Incluso los tres estados que componen América del Norte comercian ahora más entre sí que con China o Europa. Como señala Parag Khanna: “El regionalismo estaba claramente superando al globalismo antes de que la pandemia expusiera las vulnerabilidades de nuestra interdependencia a larga distancia”. [81] Durante años, con la excepción parcial del comercio directo entre Estados Unidos y China, la globalización (medida por el intercambio de bienes) ya se estaba volviendo más intrarregional que interregional. A principios de la década de 1990, América del Norte absorbía el 35% de las exportaciones de Asia oriental, mientras que en la actualidad esta proporción se ha reducido al 20%, principalmente porque la participación de las exportaciones de Asia oriental aumenta cada año, una situación natural a medida que los países asiáticos ascienden en la cadena de valor, consumiendo más de lo que producen. En 2019, cuando EE. UU. y China desataron una guerra comercial, el comercio de EE.

UU. con Canadá y México aumentó y cayó con China. Al mismo tiempo, el comercio de China con la ASEAN aumentó por primera vez a más de $ 300 mil millones. En resumen, la desglobalización en forma de mayor regionalización ya estaba ocurriendo.

La COVID-19 simplemente acelerará esta divergencia global a medida que América del Norte, Europa y Asia se centren cada vez más en la autosuficiencia regional en lugar de en las distantes e intrincadas cadenas de suministro globales que antes personificaban la esencia de la globalización. ¿Qué forma podría tomar esto? Podría parecerse a la secuencia de eventos que puso fin a un período anterior de globalización, pero con un giro regional. La antiglobalización fue fuerte en el período previo a 1914 y hasta 1918, y luego menos durante la década de 1920, pero reavivó en la década de 1930 como resultado de la Gran Depresión, lo que provocó un aumento de las barreras arancelarias y no arancelarias que destruyeron muchas empresas e infligió mucho dolor a las economías más grandes de esa época. Lo mismo podría volver a suceder, con un fuerte impulso de repoblación que se extienda más allá de la atención médica y la agricultura para incluir grandes categorías de productos no estratégicos. Tanto la extrema derecha como la extrema izquierda aprovecharán la crisis para promover una agenda proteccionista con mayores barreras al libre flujo de bienes de capital y personas. Varias encuestas realizadas en los primeros meses de 2020 revelaron que las empresas internacionales temen un retorno y un agravamiento del proteccionismo en Estados Unidos, no sólo en el comercio, sino también en las fusiones y adquisiciones transfronterizas y la contratación pública. [82] Lo que suceda en EE.UU. inevitablemente rebotará en otros lugares, con otras economías avanzadas, imponiendo más barreras al comercio y la inversión, desafiando los llamamientos de expertos y organizaciones internacionales para que se abstengan del proteccionismo.

Este sombrío escenario no es inevitable pero, en los próximos años, deberíamos esperar que las tensiones entre las fuerzas del nacionalismo y la apertura se desarrollen en tres dimensiones críticas: 1) instituciones globales; 2) comercio; y 3) flujos de capital. Recientemente, las instituciones globales y las organizaciones internacionales se han debilitado, como la Organización Mundial del Comercio o la OMS, o no están a la altura de la tarea, esto último debido más a estar “insuficientemente financiadas y gobernadas en exceso” [83] que a una insuficiencia inherente.

El comercio global, como vimos en el capítulo anterior, casi con certeza se contraerá a medida que las empresas acorten su cadena de suministro y se aseguren de que ya no dependan de un solo país o negocio en el extranjero para piezas y componentes críticos. En el caso de industrias particularmente sensibles (como productos farmacéuticos o

materiales sanitarios) y sectores considerados de interés para la seguridad nacional (como telecomunicaciones o generación de energía), incluso puede haber un proceso continuo de desintegración. Esto ya se está convirtiendo en un requisito en Estados Unidos, y sería sorprendente que esta actitud no se extienda a otros países y otros sectores. La geopolítica también está infligiendo cierto dolor económico a través de la denominada militarización del comercio, lo que genera temor entre las empresas globales de que ya no puedan asumir una resolución ordenada y predecible de los conflictos comerciales a través del estado de derecho internacional.

En cuanto a los flujos internacionales de capital, parece evidente que las autoridades nacionales y el desafío público los limitarán. Como ya han demostrado tantos países y regiones tan diferentes como Australia, India o la UE, las consideraciones proteccionistas estarán cada vez más presentes en la era post-pandémica. Las medidas abarcarán desde gobiernos nacionales que compren participaciones en empresas "estratégicas" para evitar adquisiciones extranjeras o impongan diversas restricciones a dichas adquisiciones, hasta que la inversión extranjera directa (IED) esté sujeta a la aprobación del gobierno. Es revelador que, en abril de 2020, la administración de los EE. UU. decidió bloquear un fondo de pensiones administrado públicamente para que no invierta en China.

En los próximos años, parece inevitable que se produzca una desglobalización, impulsada por el auge del nacionalismo y una mayor fragmentación internacional. No tiene sentido intentar restaurar el statu quo ex ante (la "hiperglobalización" ha perdido todo su capital político y social, y defenderla ya no es políticamente sostenible), pero es importante limitar las desventajas de una posible situación de caída libre que precipitaría importantes daños económicos y sufrimiento social. Una retirada precipitada de la globalización implicaría guerras comerciales y de divisas, dañando la economía de todos los países, provocando estragos sociales y desencadenando el nacionalismo étnico o de clanes. El establecimiento de una forma de globalización mucho más inclusiva y equitativa que la haga sostenible, tanto social como ambientalmente, es la única forma viable de gestionar la retirada. Esto requiere soluciones políticas que se abordan en el capítulo final y alguna forma de gobernanza global eficaz. De hecho, el progreso es posible en aquellas áreas globales que tradicionalmente se han beneficiado de la cooperación internacional, como los acuerdos ambientales, la salud pública y los paraísos fiscales.

Esto sólo se logrará mediante una gobernanza global mejorada, el factor atenuante más “natural” y eficaz contra las tendencias proteccionistas. Sin embargo, aún no sabemos cómo evolucionará su marco en el futuro previsible. Por el momento, las señales son nefastas de que no va en la dirección correcta. No hay tiempo que perder. Si no

mejoramos el funcionamiento y la legitimidad de nuestras instituciones globales, el mundo pronto se volverá inmanejable y muy peligroso. No puede haber una recuperación duradera sin un marco estratégico global de gobernanza.

1.4.2. Gobernanza global

La gobernanza global se define comúnmente como el proceso de cooperación entre actores transnacionales con el objetivo de dar respuestas a problemas globales (aquellos que afectan a más de un estado o región). Abarca la totalidad de instituciones, políticas, normas, procedimientos e iniciativas a través de las cuales los estados nacionales tratan de aportar más previsibilidad y estabilidad a sus respuestas a los desafíos transnacionales. Esta definición deja en claro que cualquier esfuerzo global sobre cualquier problema o preocupación global está destinado a ser inútil sin la cooperación de los gobiernos nacionales y su capacidad para actuar y legislar para apoyar sus objetivos. Los estados nacionales hacen posible la gobernanza global (uno lidera al otro), por lo que la ONU dice que “la gobernanza global eficaz solo se puede lograr con una cooperación internacional eficaz”. [84] Las dos nociones de gobernanza global y cooperación internacional están tan entrelazadas que es casi imposible que la gobernanza global florezca en un mundo dividido que se está reduciendo y fragmentándose. Cuanto más nacionalismo y aislacionismo invaden la política global, mayor es la posibilidad de que la gobernanza global pierda su relevancia y se vuelva ineficaz. Lamentablemente, ahora nos encontramos en esta coyuntura crítica. Dicho sin rodeos, vivimos en un mundo en el que nadie está realmente a cargo.

La COVID-19 nos ha recordado que los mayores problemas que enfrentamos son de naturaleza global. Ya sean pandemias, cambio climático, terrorismo o comercio internacional, todos son problemas globales que solo podemos abordar, y cuyos riesgos solo pueden mitigarse, de manera colectiva. Pero el mundo se ha convertido, en palabras de Ian Bremmer, en un mundo G0, o peor, un mundo G-menos-2 (Estados Unidos y China), según el economista indio Arvind Subramanian [85] (para explicar la ausencia de liderazgo de los dos gigantes por oposición al G7, el grupo de las siete naciones más ricas - o el G20 - el G7 más otros 13 países y organizaciones importantes, que se supone que dirigen). Cada vez más a menudo, los grandes problemas que nos acosan tienen lugar fuera del control incluso de los estados nacionales más poderosos; los riesgos y los problemas que deben afrontarse son cada vez más globalizados, interdependientes e interconectados, mientras que las capacidades de gobernanza global para hacerlo están fallando peligrosamente, amenazadas por el resurgimiento del nacionalismo. Tal

desconexión significa no sólo que los problemas globales más críticos se están abordando de una manera muy fragmentada, por lo tanto inadecuada, sino también que en realidad están siendo exacerbados por esta falta de tratamiento adecuado. Así, lejos de mantenerse constantes (en cuanto al riesgo que suponen), se inflan y acaban aumentando la fragilidad sistémica. Esto se muestra en la figura 1; Existen fuertes interconexiones entre el fracaso de la gobernanza global, el fracaso de la acción climática, el fracaso del gobierno nacional (con el que tiene un efecto de autorrefuerzo), la inestabilidad social y, por supuesto, la capacidad para hacer frente con éxito a las pandemias. En pocas palabras, la gobernanza global está en el nexo de todos estos otros problemas. Por lo tanto, la preocupación es que, sin una gobernanza global adecuada, nos paralizaremos en nuestros intentos de abordar y responder a los desafíos globales, particularmente cuando existe una disonancia tan fuerte entre los imperativos domésticos a corto plazo y los desafíos globales a largo plazo. Esta es una gran preocupación, considerando que hoy no existe un "comité para salvar el mundo" (la expresión se utilizó hace más de 20 años, en el apogeo de la crisis financiera asiática). Continuando con el argumento, se podría incluso afirmar que la "decadencia institucional general" que Fukuyama describe en *Political Order and Political Decay* [86] amplifica el problema de un mundo desprovisto de gobernanza global. Pone en marcha un círculo vicioso en el que los estados nacionales enfrentan mal los principales desafíos que los acosan, lo que luego alimenta la desconfianza del público hacia el estado, lo que a su vez lleva al estado a carecer de autoridad y recursos, lo que lleva incluso a peor desempeño y la incapacidad o falta de voluntad para abordar los problemas de la gobernanza global.

La COVID-19 da cuenta de una historia similar de gobernanza global fallida. Desde el principio, un vacío en la gobernanza global, exacerbado por las tensas relaciones entre Estados Unidos y China, socavó los esfuerzos internacionales para responder a la pandemia. Al inicio de la crisis, la cooperación internacional era nula o limitada e, incluso durante el período en que más se necesitaba (en el apogeo de la crisis: durante el segundo trimestre de 2020), se mantuvo llamativa por su ausencia. En lugar de desencadenar un conjunto de medidas coordinadas a nivel mundial, la COVID-19 condujo a lo contrario: una serie de cierres de fronteras, restricciones en los viajes y el comercio internacionales introducidas casi sin ninguna coordinación, la interrupción frecuente de la distribución de suministros médicos y la consiguiente competencia por los recursos, particularmente visible en varios intentos de varios estados nacionales para obtener el equipo médico muy necesario por cualquier medio posible. Incluso en la UE, los países inicialmente optaron por hacerlo solos, pero ese curso de acción cambió posteriormente,

con asistencia práctica entre los países miembros, un presupuesto de la UE enmendado en apoyo de los sistemas de salud y fondos de investigación combinados para desarrollar tratamientos y vacunas. (Y ahora se han adoptado medidas ambiciosas, que habrían parecido inimaginables en la era prepandémica, susceptibles de impulsar a la UE hacia una mayor integración, en particular un fondo de recuperación de 750.000 millones de euros propuesto por la Comisión Europea). marco de gobernanza, las naciones deberían haberse unido para luchar en una "guerra" global y coordinada contra la pandemia. En cambio, prevaleció la respuesta de "mi país primero" y los intentos de contener la expansión de la primera ola de la pandemia se vieron seriamente afectados. También impuso restricciones a la disponibilidad de equipos de protección y tratamiento que, a su vez, socavaron la resiliencia de los sistemas nacionales de salud. Además, este enfoque fragmentado llegó a poner en peligro los intentos de coordinar las políticas de salida destinadas a "reiniciar" el motor económico mundial. En el caso de la pandemia, a diferencia de otras crisis mundiales recientes como el 11 de septiembre o la crisis financiera de 2008, el sistema de gobernanza mundial fracasó, demostrando ser inexistente o disfuncional. Estados Unidos retiró fondos de la OMS pero, independientemente de la razón fundamental de esta decisión, el hecho es que es la única organización capaz de coordinar una respuesta global a la pandemia, lo que significa que una OMS, aunque lejos de ser perfecta infinitamente preferible a uno inexistente, un argumento que Bill Gates planteó de manera convincente y sucinta en un tweet: "Su trabajo está desacelerando la propagación de COVID-19 y si ese trabajo se detiene ninguna otra organización puede reemplazarlos. El mundo necesita a la OMS ahora más que nunca".

Este fracaso no es culpa de la OMS. La agencia de la ONU es simplemente el síntoma, no la causa, del fracaso de la gobernanza global. La postura deferente de la OMS hacia los países donantes refleja su total dependencia de los estados que acuerdan cooperar con ella. La organización de la ONU no tiene poder para obligar a compartir información o hacer cumplir la preparación para una pandemia. Al igual que otras agencias similares de la ONU, por ejemplo en derechos humanos o cambio climático, la OMS tiene recursos limitados y menguantes: en 2018, tenía un presupuesto anual de $ 4.2 mil millones, minúsculo en comparación con cualquier presupuesto de salud en todo el mundo. 
Además, está a merced permanente de los Estados miembros y no tiene herramientas a su disposición para monitorear directamente los brotes, coordinar la planificación de una pandemia o garantizar la implementación efectiva de la preparación a nivel nacional, y mucho menos para asignar recursos a los países más necesitados. Esta disfuncionalidad

es sintomática de un sistema de gobernanza global roto, y el jurado está deliberando sobre si las configuraciones de gobernanza global existentes, como la ONU y la OMS, pueden reutilizarse para abordar los riesgos globales de hoy. Por el momento, la conclusión es la siguiente: ante tal vacío en la gobernanza global, solo los estados nacionales son lo suficientemente cohesivos como para ser capaces de tomar decisiones colectivas, pero este modelo no funciona en el caso de los riesgos mundiales que requieren decisiones globales concertadas.

El mundo será un lugar muy peligroso si no arreglamos las instituciones multilaterales. La coordinación mundial será aún más necesaria después de la crisis epidemiológica, ya que es inconcebible que la economía mundial pueda "reiniciarse" sin una cooperación internacional sostenida. Sin él, nos dirigiremos hacia "un mundo más pobre, más mezquino y más pequeño". [87]

1.4.3. La creciente rivalidad entre China y USA

En la era posterior a la pandemia, la COVID-19 podría recordarse como el punto de inflexión que marcó el comienzo de un "nuevo tipo de guerra fría" [88] entre China y los EE. UU. (Las dos palabras "nuevo tipo" importan considerablemente: a diferencia de USA, China no busca imponer su ideología en todo el mundo). Antes de la pandemia, las tensiones entre las dos potencias dominantes ya se estaban acumulando en muchos dominios diferentes (comercio, derechos de propiedad, bases militares en el Mar de China Meridional y tecnología e inversión en industrias estratégicas en particular), pero después de 40 años de compromiso, Estados Unidos y China parecen ahora incapaces de salvar las divisiones ideológicas y políticas que los separan. Lejos de unir a los dos gigantes geopolíticos, la pandemia hizo exactamente lo contrario al exacerbar su rivalidad e intensificar la competencia entre ellos.

La mayoría de los analistas estarían de acuerdo en que, durante la crisis de la COVID-19, creció la fractura política e ideológica entre los dos gigantes. Según Wang Jisi, un renombrado académico chino y decano de la Escuela de Estudios Internacionales de la Universidad de Pekín, las consecuencias de la pandemia han llevado las relaciones entre China y Estados Unidos a su peor nivel desde 1979, cuando se establecieron lazos formales. En su opinión, el desacoplamiento económico y tecnológico bilateral es "ya irreversible", [89] y podría llegar hasta el "sistema global que se rompe en dos partes" advierte Wang Huiyao, presidente del Centro para China y Globalización en Beijing. [90] Incluso figuras públicas han expresado públicamente su preocupación. En un artículo publicado en junio de 2020, Lee Hsien Loong, primer ministro de Singapur, advirtió contra

los peligros de la confrontación entre Estados Unidos y China, que, en sus propias palabras: “plantea profundas preguntas sobre el futuro de Asia y la forma de la emergente internacional orden". Añadió que: "los países del sudeste asiático, incluido Singapur, están especialmente preocupados, ya que viven en la intersección de los intereses de varias potencias importantes y deben evitar quedar atrapados en el medio o verse obligados a tomar decisiones odiosas". [91]
Las opiniones, por supuesto, difieren radicalmente sobre qué país tiene la "razón" o qué país va a "triunfar" al beneficiarse de las debilidades y fragilidades percibidas del otro. Pero es fundamental contextualizarlos. No hay una visión "correcta" y una visión "incorrecta", sino interpretaciones diferentes y, a menudo, divergentes que con frecuencia se correlacionan con el origen, la cultura y la historia personal de quienes las profesan. Siguiendo con la metáfora del "mundo cuántico" mencionada anteriormente, se podría inferir de la física cuántica que la realidad objetiva no existe. Creemos que la observación y la medición definen una opinión "objetiva", pero el micromundo de átomos y partículas (como el macromundo de la geopolítica) se rige por las extrañas reglas de la mecánica cuántica en las que dos observadores diferentes tienen derecho a sus propias opiniones (esto se llama una "superposición": "las partículas pueden estar en varios lugares o estados a la vez"). [92] En el mundo de los asuntos internacionales, si dos observadores diferentes tienen derecho a sus propias opiniones, eso las hace subjetivas, pero no menos reales y no menos válidas. Si un observador sólo puede dar sentido a la "realidad" a través de diferentes lentes idiosincrásicos, esto nos obliga a repensar nuestra noción de objetividad. Es evidente que la representación de la realidad depende de la posición del observador. En ese sentido, una visión "china" y una visión "estadounidense" pueden coexistir, junto con muchas otras visiones a lo largo de ese continuo, ¡todas reales! En gran medida y por razones comprensibles, la visión china del mundo y su lugar en él está influenciada por la humillación sufrida durante la primera Guerra del Opio en 1840 y la posterior invasión en 1900 cuando la Alianza de las Ocho Naciones saqueó Beijing y otras ciudades chinas. antes de exigir una indemnización. [93] Por el contrario, la forma en que Estados Unidos ve el mundo y su lugar en él se basa en gran medida en los valores y principios que han dado forma a la vida pública estadounidense desde la fundación del país. [94] Estos han determinado tanto su posición mundial preeminente como su atractivo único para muchos inmigrantes durante 250 años. La perspectiva de Estados Unidos también está arraigada en el dominio incomparable que ha disfrutado sobre el resto del mundo durante las últimas décadas y las inevitables dudas e inseguridades que acompañan a una pérdida relativa de supremacía absoluta. Por razones comprensibles,

tanto China como EE. UU. Tienen una rica historia (la de China se remonta a 5.000 años atrás) de la que están orgullosos, lo que los lleva, como observó Kishore Mahbubani, a sobreestimar sus propias fortalezas y subestimar las fortalezas del otro.

Reivindicando el punto anterior, todos los analistas y pronosticadores que se especializan en China, los EE. UU. o ambos, tienen acceso a más o menos los mismos datos e información (ahora un producto global), ven, escuchan y leen más o menos las mismas cosas, pero a veces llegan a conclusiones diametralmente opuestas. Algunos ven a Estados Unidos como el ganador final, otros argumentan que China ya ganó, y un tercer grupo afirma que no habrá ganadores. Repasemos brevemente cada uno de sus argumentos.

China como ganadora

El argumento de quienes afirman que la crisis pandémica ha beneficiado a China al mismo tiempo que expone las debilidades de Estados Unidos es triple.

1. Ha hecho que la fuerza estadounidense como la potencia militar más prominente del mundo sea irrelevante frente a un enemigo invisible y microscópico.
2. En palabras del académico estadounidense que acuñó la expresión, perjudicó al poder blando de Estados Unidos por “la incompetencia de su respuesta”. [95] (Una advertencia importante: la cuestión de si una respuesta pública al COVID-19 fue “competente” o “incompetente” ha dado lugar a una miríada de opiniones y provocado mucho desacuerdo. Sin embargo, sigue siendo difícil emitir un juicio. Estados Unidos, por ejemplo, la respuesta política fue en gran medida responsabilidad de los estados e incluso de las ciudades. Por lo tanto, en efecto, no hubo una respuesta política nacional estadounidense como tal. Lo que estamos discutiendo aquí son opiniones subjetivas que moldearon las actitudes públicas.)
3. Ha expuesto aspectos de la sociedad estadounidense que algunos pueden encontrar impactantes, como las profundas desigualdades ante el brote, la falta de cobertura médica universal y el tema del racismo sistémico planteado por el movimiento Black Lives Matter.

Todo esto llevó a Kishore Mahbubani, un influyente analista de la rivalidad que se opone a Estados Unidos y China, [96] a argumentar que la COVID-19 ha invertido los roles de ambos países en términos de lidiar con desastres y apoyar a otros. Si bien en el pasado Estados Unidos siempre fue el primero en llegar con ayuda donde se necesitaba ayuda (como el 26 de diciembre de 2004 cuando un gran tsunami azotó Indonesia), este papel

ahora pertenece a China, dice. En marzo de 2020, China envió a Italia 31 toneladas de equipos médicos (ventiladores, máscaras y trajes de protección) que la UE no pudo proporcionar. En su opinión, los 6 mil millones de personas que componen “el resto del mundo” y viven en 191 países ya han comenzado a prepararse para la contienda geopolítica entre Estados Unidos y China. Mahbubani dice que son sus elecciones las que determinarán quién gana el concurso de rivalidad y que se basarán en “el frío cálculo de la razón para elaborar análisis de costo-beneficio de lo que tanto Estados Unidos como China tienen para ofrecerles”. [97] Es posible que los sentimientos no desempeñen un papel importante porque todos estos países basarán su elección en cuál, Estados Unidos o China, mejorarán al final del día las condiciones de vida de sus ciudadanos, pero la gran mayoría de ellos no quiere verse atrapados en un juego geopolítico de suma cero y preferirían mantener abiertas todas sus opciones (es decir, no verse obligados a elegir entre Estados Unidos y China). Sin embargo, como ha demostrado el ejemplo de Huawei, incluso los aliados tradicionales de Estados Unidos como Francia, Alemania y el Reino Unido están siendo presionados por Estados Unidos para que lo hagan. Las decisiones que tomen los países cuando se enfrenten a una elección tan dura determinarán en última instancia quién resultará ganador en la creciente rivalidad entre Estados Unidos y China.

Estados Unidos como ganador

En el campo de Estados Unidos como el ganador final, los argumentos se centran en las fortalezas inherentes de Estados Unidos, así como en las debilidades estructurales percibidas de China.

Los defensores de "Estados Unidos como ganador" piensan que es prematuro pedir un final abrupto de la supremacía estadounidense en la era pospandémica y ofrecen el siguiente argumento: el país puede estar disminuyendo en términos relativos, pero sigue siendo un hegemón formidable en términos absolutos y sigue poseyendo una cantidad considerable de poder blando; su atractivo como destino global puede estar disminuyendo de alguna manera, pero, no obstante, sigue siendo fuerte como lo demuestra el éxito de las universidades estadounidenses en el extranjero y el atractivo de su industria cultural. Además, el dominio del dólar como moneda mundial utilizada en el comercio y percibido como un refugio seguro sigue sin ser cuestionado por el momento. Esto se traduce en un poder geopolítico considerable, lo que permite a las autoridades estadounidenses excluir empresas e incluso países (como Irán o Venezuela) del sistema del dólar. Como vimos en el capítulo anterior, esto puede cambiar en el futuro pero, durante los próximos años, no hay alternativa al dominio mundial del dólar estadounidense. Más fundamentalmente, los

defensores de la “irreductibilidad” de Estados Unidos argumentarán con Ruchir Sharma que: “La supremacía económica de Estados Unidos ha demostrado repetidamente que los declinistas estaban equivocados”. [98] También estarán de acuerdo con Winston Churchill, quien una vez observó que Estados Unidos tiene una capacidad innata para aprender de sus errores cuando comentó que Estados Unidos siempre hizo lo correcto cuando se agotaron todas las alternativas.

Dejando de lado el argumento político altamente cargado (democracia versus autocracia), aquellos que creen que Estados Unidos seguirá siendo un “ganador” durante muchos años más también enfatizan que China enfrenta sus propios vientos en contra en su camino hacia el estatus de superpotencia global. Los mencionados con mayor frecuencia son los siguientes: 1) sufre una desventaja demográfica, con una población que envejece rápidamente y una población en edad de trabajar que alcanzó su punto máximo en 2015; 2) su influencia en Asia está limitada por disputas territoriales existentes con Brunei, India, Indonesia, Japón, Malasia, Filipinas y Vietnam; y 3) depende en gran medida de la energía.

Sin ganador

¿Qué piensan quienes afirman que “la pandemia es un mal augurio para el poder estadounidense y chino, y para el orden global”? [99] Argumentan que, como casi todos los demás países del mundo, tanto China como Estados Unidos seguramente sufrirán un daño económico masivo que limitará su capacidad para ampliar su alcance e influencia. China, cuyo sector comercial representa más de un tercio del PIB total, tendrá dificultades para iniciar una recuperación económica sostenida cuando sus grandes socios comerciales (como Estados Unidos) se estén reduciendo drásticamente. En cuanto a Estados Unidos, su sobreendeudamiento tarde o temprano limitará el gasto posterior a la recuperación, con el riesgo siempre presente de que la crisis económica actual se convierta en una crisis financiera sistémica.

Refiriéndose en el caso de ambos países al golpe económico y las dificultades políticas internas, los escépticos afirman que es probable que ambos países salgan de esta crisis significativamente disminuidos. “Ni una nueva Pax Sinica ni una renovada Pax Americana se levantarán de las ruinas. Más bien, ambos poderes se debilitarán, en casa y en el exterior”.

Una razón subyacente para el argumento de “ningún ganador” es una idea intrigante presentada por varios académicos, sobre todo Niall Ferguson. Esencialmente, dice que la crisis de la corona ha expuesto el fracaso de superpotencias como Estados Unidos y

China al destacar el éxito de los estados pequeños. En palabras de Ferguson: “La verdadera lección aquí no es que Estados Unidos está acabado y China va a ser la potencia dominante del siglo XXI. Creo que la realidad es que todas las superpotencias, Estados Unidos, la República Popular China y la Unión Europea, han sido expuestas como altamente disfuncionales ". [100] Ser grande, como argumentan los defensores de esta idea, implica deseconomías de escala: los países o los imperios han crecido tanto como para alcanzar un umbral más allá del cual no pueden gobernarse a sí mismos de manera efectiva. Esta, a su vez, es la razón por la que las pequeñas economías como Singapur, Islandia, Corea del Sur e Israel parecen haberlo hecho mejor que Estados Unidos para contener la pandemia y lidiar con ella.

Predecir es un juego de adivinanzas para tontos. La simple verdad es que nadie puede decir con un grado razonable de confianza o certeza cómo evolucionará la rivalidad entre Estados Unidos y China, además de decir que inevitablemente crecerá. La pandemia ha exacerbado la rivalidad que se opone al poder en el poder y al emergente. Estados Unidos ha tropezado con la crisis de la pandemia y su influencia ha disminuido. Mientras tanto, China puede estar tratando de beneficiarse de la crisis ampliando su alcance en el exterior. Sabemos muy poco sobre lo que depara el futuro en términos de competencia estratégica entre China y Estados Unidos. Oscilará entre dos extremos: un deterioro contenido y manejable templado por los intereses comerciales en un extremo del espectro, hasta una hostilidad permanente y total en el otro.

1.4.4. Estados frágiles y fallidos

Los límites entre la fragilidad estatal, un estado fallando y uno fallido son fluidos y tenues. En el mundo complejo y adaptativo actual, el principio de no linealidad significa que de repente un estado frágil puede convertirse en un estado fallido y que, a la inversa, un estado fallido puede ver mejorar su situación con igual celeridad gracias a la intermediación de organizaciones internacionales o incluso una infusión de capital extranjero. En los próximos años, dado que la pandemia ocasiona dificultades en todo el mundo, es muy probable que la dinámica sólo vaya en una dirección para los países más pobres y frágiles del mundo: de mal en peor. En resumen, muchos estados que exhiben características de fragilidad corren el riesgo de fracasar.

La fragilidad del Estado sigue siendo uno de los desafíos mundiales más críticos, particularmente prevalente en África. Sus causas son múltiples y están entrelazadas; van desde la disparidad económica, los problemas sociales, la corrupción y las ineficiencias políticas hasta los conflictos externos o internos y los desastres naturales. En la

actualidad, se estima que alrededor de 1.800 a 2.000 millones de personas vivían en estados frágiles, un número que sin duda aumentará en la era pospandémica porque los países frágiles son particularmente vulnerables a un brote de COVID-19. [101] La esencia misma de su fragilidad -la débil capacidad estatal y la incapacidad asociada para garantizar las funciones fundamentales de los servicios públicos básicos y la seguridad- los hace menos capaces de hacer frente al virus. La situación es aún peor en los Estados fallando y fallidos que casi siempre son víctimas de la pobreza extrema y la violencia rebelde y, como tales, apenas pueden o ya no pueden realizar funciones públicas básicas como educación, seguridad o gobernabilidad. Dentro de su vacío de poder, las personas indefensas son víctimas de facciones en competencia y el crimen, a menudo obligando a la ONU o un estado vecino (no siempre bien intencionado) a intervenir para prevenir un desastre humanitario. Para muchos de esos estados, la pandemia será el impacto exógeno que los obligará a fallar y caer aún más.

Por todas estas razones, es casi una tautología afirmar que el daño infligido por la pandemia a los estados frágiles y fallidos será mucho más profundo y duradero que en las economías más ricas y desarrolladas. Devastará algunas de las comunidades más vulnerables del mundo. En muchos casos, el desastre económico desencadenará alguna forma de inestabilidad política y estallidos de violencia porque los países más pobres del mundo sufrirán dos predicamentos: primero, la ruptura de las cadenas comerciales y de suministro causada por la pandemia provocará una devastación inmediata como la ausencia de remesas o un aumento hambre; y, en segundo lugar, más adelante, sufrirán una pérdida prolongada y grave de empleo e ingresos. Ésta es la razón por la que el brote mundial tiene tanto potencial para causar estragos en los países más pobres del mundo. Es allí donde el declive económico tendrá un efecto aún más inmediato en las sociedades. En grandes extensiones de África subsahariana, en particular, pero también en partes de Asia y América Latina, millones dependen de unos escasos ingresos diarios para alimentar a sus familias. Cualquier bloqueo o crisis de salud causada por el coronavirus podría crear rápidamente una desesperación y un desorden generalizados, lo que podría desencadenar un malestar masivo con efectos globales en cadena. Las implicaciones serán particularmente perjudiciales para todos aquellos países atrapados en medio de un conflicto. Para ellos, la pandemia inevitablemente interrumpirá la asistencia humanitaria y los flujos de ayuda. También limitará las operaciones de paz y pospondrá los esfuerzos diplomáticos para poner fin a los conflictos.

Los choques geopolíticos tienden a tomar a los observadores por sorpresa, con efectos dominó que crean consecuencias de segundo, tercer y más orden, pero ¿dónde están actualmente los riesgos más evidentes?

Todos los países de productos básicos están en riesgo (Noruega y algunos otros no califican). En el momento de redactar este informe, se ven particularmente afectados por el colapso de los precios de la energía y las materias primas que están agravando los problemas planteados por la pandemia y todos los demás problemas con los que se combinan (desempleo, inflación, sistemas de salud inadecuados y, por supuesto, , pobreza). Para las economías ricas y relativamente desarrolladas que dependen de la energía, como la Federación de Rusia y Arabia Saudita, el colapso de los precios del petróleo "sólo" representa un golpe económico considerable, que pone a presión los presupuestos y las reservas de divisas, y plantea problemas a mediano y largo plazo. riesgos. Pero para los países de bajos ingresos como Sudán del Sur, donde el petróleo representa la casi totalidad de las exportaciones (99%), el golpe podría ser simplemente devastador. Esto es cierto para muchos otros países frágiles de productos básicos. El colapso total no es un escenario extravagante para estados como Ecuador o Venezuela, donde el virus podría abrumar muy rápidamente a los pocos hospitales en funcionamiento de los países. Mientras tanto, en Irán, las sanciones de Estados Unidos están agravando los problemas asociados con la alta tasa de infección por COVID-19.

Muchos países de Oriente Medio y el Magreb corren un riesgo particular en la actualidad, donde el dolor económico era cada vez más evidente antes de la pandemia y con poblaciones jóvenes e inquietas y un desempleo desenfrenado. El triple golpe de la COVID-19, el colapso de los precios del petróleo (para algunos) y la congelación del turismo (una fuente vital de empleo y ganancias de divisas) podrían desencadenar una ola de manifestaciones masivas contra el gobierno que recuerden a la Primavera Árabe de 2011 En una señal ominosa, a fines de abril de 2020 y en medio del bloqueo, se produjeron disturbios por preocupaciones por el desempleo y una pobreza creciente en el Líbano.

La pandemia ha devuelto con fuerza el tema de la seguridad alimentaria y, en muchos países, podría implicar una catástrofe humanitaria y de crisis alimentaria. Funcionarios de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación predicen que el número de personas que sufren inseguridad alimentaria aguda podría duplicarse en 2020 a 265 millones. La combinación de restricciones de circulación y comercio causadas por la pandemia con un aumento del desempleo y un acceso limitado o nulo a los alimentos podría desencadenar un malestar social a gran escala seguido de movimientos

masivos de migración y refugiados. En los estados frágiles y en crisis, la pandemia agrava la escasez de alimentos existente a través de barreras al comercio y la interrupción de las cadenas mundiales de suministro de alimentos. Lo hace en tal medida que el 21 de abril de 2020, David Beasley, Director Ejecutivo del Programa Mundial de Alimentos de la ONU, advirtió al Consejo de Seguridad de la ONU que se habían hecho posibles "múltiples hambrunas de proporciones bíblicas" en unas tres docenas de países, en particular Yemen, Congo, Afganistán, Venezuela, Etiopía, Sudán del Sur, Siria, Sudán, Nigeria y Haití.

En los países más pobres del mundo, los bloqueos y la recesión económica que ocurren en los países de altos ingresos provocarán importantes pérdidas de ingresos para los trabajadores pobres y todos aquellos que dependen de ellos. La disminución de las remesas al exterior que representan una proporción tan grande del PIB (más del 30%) en algunos países como Nepal, Tonga o Somalia es un buen ejemplo. Infligirá un impacto devastador a sus economías con dramáticas implicaciones sociales. Según el Banco Mundial, el impacto de los bloqueos y la consiguiente "hibernación" económica que ocurrió en tantos países del mundo provocará una disminución del 20% en las remesas a los países de ingresos bajos y medios, de $ 554 mil millones el año pasado a 445.000 millones de dólares en 2020. [102] En países más grandes como Egipto, India, Pakistán, Nigeria y Filipinas, para los que las remesas son una fuente fundamental de financiación externa, esto creará muchas dificultades y reducirá su situación económica, social y política. aún más frágil, con la posibilidad muy real de desestabilización. Luego, está el turismo, una de las industrias más afectadas por la pandemia, que es un sustento económico para muchas naciones pobres. En países como Etiopía, donde los ingresos por turismo representan casi la mitad (47%) de las exportaciones totales, la correspondiente pérdida de ingresos y empleo causará un considerable dolor económico y social. Lo mismo ocurre con Maldivas, Camboya y varios otros.

Luego, están todas las zonas de conflicto donde muchos grupos armados están pensando en cómo usar la excusa de la pandemia para hacer avanzar su agenda (como en Afganistán donde los talibanes están pidiendo que sus prisioneros sean liberados de la cárcel, o en Somalia donde los el grupo al-Shabaab presenta COVID-19 como un intento de desestabilizarlos). La petición de alto el fuego global hecha el 23 de marzo de 2020 por el secretario general de la ONU ha caído en oídos sordos. De 43 países con al menos 50 eventos de violencia organizada reportados en 2020, sólo 10 respondieron positivamente (la mayoría de las veces con simples declaraciones de apoyo pero sin compromiso de acción). Entre los otros 31 países con conflictos en curso, los actores no sólo no tomaron

medidas para cumplir con el llamado, sino que muchos de hecho aumentaron el nivel de violencia organizada. [103] Se han evaporado las esperanzas iniciales de que las preocupaciones por la pandemia y la consiguiente emergencia sanitaria podrían frenar los conflictos de larga duración y catalizar las negociaciones de paz. Este es otro ejemplo más de la pandemia que no sólo no logró detener una tendencia preocupante o peligrosa, sino que de hecho la aceleró.

Los países más ricos ignoran la tragedia que se desarrolla en países frágiles y fallidos bajo su propio riesgo. De una forma u otra, los riesgos repercutirán en una mayor inestabilidad o incluso en el caos. Uno de los efectos colaterales más evidentes para las partes más ricas del mundo de la miseria económica, el descontento y el hambre en los estados más frágiles y pobres consistirá en una nueva ola de migración masiva en su dirección, como las que ocurrieron en Europa en 2016.

1.5. Reinicio ambiental

A primera vista, la pandemia y el medio ambiente pueden parecer parientes lejanos; pero están mucho más cerca y más entrelazados de lo que pensamos. Ambos han interactuado y seguirán interactuando de formas impredecibles y distintivas, que van desde el papel que desempeña la disminución de la biodiversidad en el comportamiento de las enfermedades infecciosas hasta el efecto que podría tener la COVID-19 sobre el cambio climático, ilustrando así el equilibrio peligrosamente sutil y las complejas interacciones entre humanidad y naturaleza.

Además, en términos de riesgo global, es con el cambio climático y el colapso del ecosistema (los dos riesgos ambientales clave) que la pandemia se equipara más fácilmente. Los tres representan, por naturaleza y en diversos grados, amenazas existenciales para la humanidad, y podríamos argumentar que la COVID-19 ya nos ha dado un aviso o un anticipo, de lo que una crisis climática y el colapso del ecosistema en toda regla podrían implicar a partir de una crisis económica. Perspectiva: perturbaciones combinadas de la oferta y la demanda, y la interrupción del comercio y las cadenas de suministro con efectos en cadena y en cadena que amplifican los riesgos (y en algunos casos las oportunidades) en las otras macrocategorías: geopolítica, problemas sociales y tecnología. Si el cambio climático, el colapso de los ecosistemas y las pandemias se parecen tanto a los riesgos globales, ¿cómo se comparan realmente? Poseen muchos atributos comunes mientras muestran fuertes diferencias.

Los cinco principales atributos compartidos son: 1) se trata de riesgos sistémicos conocidos (es decir, un cisne blanco) que se propagan muy rápidamente en nuestro

mundo interconectado y, al hacerlo, amplifican otros riesgos de diferentes categorías; 2) no son lineales, lo que significa que más allá de cierto umbral, o punto de inflexión, pueden ejercer efectos catastróficos (como “superpropagación” en un lugar particular y luego abrumar las capacidades del sistema de salud en el caso de la pandemia); 3) las probabilidades y la distribución de sus impactos son muy difíciles, si no imposibles, de medir - cambian constantemente y deben ser reconsideradas bajo supuestos revisados, lo que a su vez los hace extremadamente difíciles de manejar desde una perspectiva política; 4) son de naturaleza mundial y, por lo tanto, sólo pueden abordarse adecuadamente de manera coordinada a nivel mundial; y 5) afectan de manera desproporcionada a los países y segmentos de la población que ya son más vulnerables.

¿Y cuáles son sus diferencias? Hay varios, la mayoría de los cuales son de naturaleza conceptual y metodológica (como que una pandemia es un riesgo de contagio mientras que el cambio climático y el colapso del ecosistema son riesgos de acumulación), pero los dos que más importan son: 1) la diferencia del horizonte temporal (tiene un impacto crítico en las políticas y acciones de mitigación); y 2) el problema de causalidad (dificulta la aceptación pública de las estrategias de mitigación):

1. Las pandemias son un riesgo cuasi instantáneo, cuya inminencia y peligro son visibles para todos. Un brote amenaza nuestra supervivencia, como individuos o como especie, y por lo tanto respondemos de inmediato y con determinación ante el riesgo. Por el contrario, el cambio climático y la pérdida de naturaleza son graduales y acumulativos, con efectos que son perceptibles principalmente a mediano y largo plazo (y a pesar de que cada vez hay más eventos de pérdida de la naturaleza "excepcionales" y relacionados con el clima, todavía hay un número significativo de personas que no están convencidas de la inmediatez de la crisis climática). Esta diferencia crucial entre los respectivos horizontes temporales de una pandemia y el del cambio climático y la pérdida de la naturaleza significa que un riesgo de pandemia requiere una acción inmediata que será seguida por un resultado rápido, mientras que el cambio climático y la pérdida de la naturaleza también requieren una acción inmediata, pero el resultado (o "recompensa futura", en la jerga de los economistas) solo seguirá con un cierto retraso. Mark Carney, exgobernador del Banco de Inglaterra y ahora Enviado Especial de la ONU para Acción Climática y Finanzas, ha observado que este problema de asincronicidad temporal genera una “tragedia del horizonte”: contrariamente a los riesgos inmediatos y observables, los riesgos del cambio climático pueden parecer distantes (en términos de tiempo y geografía), en cuyo caso no se les responderá con la gravedad que merecen y exigen. Por ejemplo, el riesgo material que el calentamiento global y el aumento de las aguas

representan para un activo físico (como un centro vacacional junto a la playa) o una empresa (como un grupo hotelero) no será necesariamente considerado como material por los inversores y, por lo tanto, no tendrá un precio en por los mercados.

2. El problema de la causalidad es fácil de comprender, al igual que las razones que hacen que las respectivas políticas sean mucho más difíciles de implementar. En el caso de la pandemia, la relación de causalidad entre el virus y la enfermedad es obvia: el SARS-CoV-2 causa COVID-19. Aparte de un puñado de teóricos de la conspiración, nadie lo disputará. En el caso de los riesgos ambientales, es mucho más difícil atribuir causalidad directa a un evento específico. A menudo, los científicos no pueden señalar un vínculo directo de causalidad entre el cambio climático y un evento meteorológico específico (como una sequía o la gravedad de un huracán). Del mismo modo, no siempre están de acuerdo sobre cómo una actividad humana específica afecta a especies particulares que se enfrentan a la extinción. Esto hace que sea increíblemente más difícil mitigar el cambio climático y los riesgos de pérdida de la naturaleza. Mientras que para una pandemia, la mayoría de los ciudadanos tenderá a estar de acuerdo con la necesidad de imponer medidas coercitivas, se resistirán a las políticas restrictivas en el caso de riesgos ambientales donde la evidencia puede ser discutida. También existe una razón más fundamental: luchar contra una pandemia no requiere un cambio sustancial del modelo socioeconómico subyacente y de nuestros hábitos de consumo. La lucha contra los riesgos ambientales sí.

1.5.1. Coronavirus y medio ambiente

1.5.1.1. Naturaleza y enfermedades zoonóticas

Las enfermedades zoonóticas son aquellas que se transmiten de animales a humanos. La mayoría de los expertos y conservacionistas están de acuerdo en que han aumentado drásticamente en los últimos años, particularmente debido a la deforestación (un fenómeno también relacionado con un aumento en las emisiones de dióxido de carbono), que aumenta el riesgo de una interacción y contaminación cercana entre humanos y animales. Durante muchos años, los investigadores pensaron que los entornos naturales como los bosques tropicales y su rica vida silvestre representaban una amenaza para los humanos porque aquí es donde se podían encontrar los patógenos y virus en el origen de nuevas enfermedades en humanos como el dengue, el ébola y el VIH. Hoy sabemos que esto está mal porque la causalidad va al revés. Como argumenta David Quammen, autor de Derrame: Infecciones animales y la próxima pandemia humana: “Invadimos los bosques tropicales y otros paisajes salvajes, que albergan tantas especies de animales y

plantas, y dentro de esas criaturas, tantos virus desconocidos. Cortamos los árboles; matamos a los animales o los enjaulamos y los enviamos a los mercados. Alteramos los ecosistemas y liberamos los virus de sus huéspedes naturales. Cuando eso sucede, necesitan un nuevo anfitrión. A menudo, lo somos". [104] A estas alturas, un número creciente de científicos ha demostrado que, de hecho, la destrucción de la biodiversidad causada por los humanos es la fuente de nuevos virus como el COVID-19. Estos investigadores se han unido en torno a la nueva disciplina de la "salud planetaria" que estudia las conexiones sutiles y complejas que existen entre el bienestar de los humanos, otras especies vivas y ecosistemas enteros, y sus hallazgos han dejado en claro que la destrucción de la biodiversidad Aumentar el número de pandemias.

En una carta reciente al Congreso de los Estados Unidos, 100 grupos ambientales y de vida silvestre estiman que las enfermedades zoonóticas se han cuadriplicado en los últimos 50 años. [105] Desde 1970, los cambios en el uso de la tierra han tenido el mayor impacto negativo relativo en la naturaleza (y en el proceso causaron una cuarta parte de las emisiones provocadas por el hombre). La agricultura por sí sola cubre más de un tercio de la superficie terrestre y es la actividad económica que más perturba la naturaleza. Una revisión académica reciente concluye que los impulsores de la agricultura están asociados con más del 50% de las enfermedades zoonóticas. [106] A medida que las actividades humanas como la agricultura (con muchas otras como la minería, la tala o el turismo) invaden los ecosistemas naturales, rompen las barreras entre las poblaciones humanas y los animales, creando las condiciones para que surjan enfermedades infecciosas que se propagan de los animales a los humanos. La pérdida del hábitat natural de los animales y el comercio de vida silvestre son particularmente relevantes porque cuando los animales conocidos por estar vinculados a enfermedades particulares (como murciélagos y pangolines con el coronavirus) se sacan de la naturaleza y se trasladan a las ciudades, simplemente se genera un reservorio de enfermedades de la vida silvestre, transportado a un área densamente poblada. Esto es lo que podría haber sucedido en el mercado de Wuhan, donde se cree que se originó el nuevo coronavirus (desde entonces, las autoridades chinas han prohibido permanentemente el comercio y el consumo de vida silvestre).

Hoy en día, la mayoría de los científicos estarían de acuerdo en que cuanto mayor es el crecimiento de la población, cuanto más perturbamos el medio ambiente, más intensiva se vuelve la agricultura sin una bioseguridad adecuada, mayor es el riesgo de nuevas epidemias. El antídoto clave de que disponemos actualmente para contener la progresión de las enfermedades zoonóticas es el respeto y la preservación del medio natural y la

protección activa de la biodiversidad. Para hacer esto de manera eficaz, nos corresponderá a todos repensar nuestra relación con la naturaleza y preguntarnos por qué nos hemos alejado tanto de ella. En el capítulo final, ofrecemos recomendaciones específicas sobre la forma que puede tomar una recuperación “amigable con la naturaleza”.

1.5.1.2. Contaminación del aire y riesgo de pandemia

Se sabe desde hace años que la contaminación del aire, causada en gran parte por las emisiones que también contribuyen al calentamiento global, es un asesino silencioso, vinculado a diversas condiciones de salud, que van desde la diabetes y el cáncer hasta las enfermedades cardiovasculares y respiratorias. Según la OMS, el 90% de la población mundial respira aire que no cumple con sus pautas de seguridad, lo que provoca la muerte prematura de 7 millones de personas cada año y lleva a la organización a calificar la contaminación del aire como una “emergencia de salud pública”.

Ahora sabemos que la contaminación del aire empeora el impacto de cualquier coronavirus (no solo el actual SARS-CoV-2) en nuestra salud. Ya en 2003, un estudio publicado en medio de la epidemia de SARS sugirió que la contaminación del aire podría explicar la variación en el nivel de letalidad, [107] dejando claro por primera vez que cuanto mayor es el nivel de contaminación del aire, mayor la probabilidad de muerte por la enfermedad causada por un coronavirus. Desde entonces, un creciente cuerpo de investigación ha demostrado como respirar aire más sucio de por vida puede hacer que las personas sean más susceptibles al coronavirus. En los EE. UU., un artículo médico reciente concluyó que aquellas regiones con aire más contaminado experimentarán mayores riesgos de muerte por COVID-19, lo que muestra que los condados de EE. UU. con niveles más altos de contaminación sufrirán un mayor número de hospitalizaciones y un mayor número de muertes. [108] Se ha formado un consenso en la comunidad médica y pública de que existe un efecto sinérgico entre la exposición a la contaminación del aire y la posible aparición de COVID-19, y un peor resultado cuando el virus ataca. La investigación, aún embrionaria pero en rápida expansión, aún no ha demostrado que exista un vínculo de causalidad, pero expone sin ambigüedad una fuerte correlación entre la contaminación del aire y la propagación del coronavirus y su gravedad. Parece que la contaminación del aire en general, y la concentración de partículas en particular, dañan las vías respiratorias, la primera línea de defensa de los pulmones, lo que significa que las personas (independientemente de su edad) que viven en ciudades altamente contaminadas enfrentarán un mayor riesgo de atrapar COVID-19 y morir a causa de él.



Esto puede explicar por qué las personas en Lombardía (una de las regiones más contaminadas de Europa) que habían contraído el virus tenían el doble de probabilidades de morir de COVID-19 que la gente en casi cualquier otro lugar de Italia.

1.5.1.3. Bloqueo y emisiones de carbono

Es demasiado pronto para definir la cantidad en la que las emisiones globales de dióxido de carbono caerán en 2020, pero la Agencia Internacional de Energía (AIE) estima en su Global Energy Review 2020 que caerán en un 8%. [109] A pesar de que esta cifra correspondería a la mayor reducción anual registrada, sigue siendo minúscula en comparación con el tamaño del problema y sigue siendo inferior a la reducción anual de emisiones del 7,6% durante la próxima década que la ONU cree que es necesario para mantener el aumento global de las temperaturas por debajo de 1,5 ° C. [110]

Teniendo en cuenta la gravedad de los bloqueos, la cifra del 8% parece bastante decepcionante. Parece sugerir que las pequeñas acciones individuales (consumir mucho menos, no usar nuestros autos y no volar) son de poca importancia en comparación con el tamaño de las emisiones generadas por la electricidad, la agricultura y la industria, los "emisores de alto costo" que continuaron operar durante los cierres (con la excepción parcial de algunas industrias). Lo que también revela es que los mayores "infractores" en términos de emisiones de carbono no son siempre los que a menudo se perciben como los culpables obvios. Un informe de sostenibilidad reciente muestra que las emisiones totales de carbono generadas por la producción de electricidad necesaria para alimentar nuestros dispositivos electrónicos y transmitir sus datos son aproximadamente equivalentes a las de la industria aérea mundial. [111] ¿La conclusión? Incluso los bloqueos draconianos y sin precedentes con un tercio de la población mundial confinada en sus hogares durante más de un mes no llegaron a ser una estrategia viable de descarbonización porque, aun así, la economía mundial siguió emitiendo grandes cantidades de dióxido de carbono. Entonces, ¿cómo sería esa estrategia? El tamaño y el alcance considerables del desafío solo pueden abordarse mediante una combinación de: 1) un cambio sistémico radical e importante en la forma en que producimos la energía que necesitamos para funcionar; y 2) cambios estructurales en nuestro comportamiento de consumo. Si, en la era post-pandémica, decidimos retomar nuestra vida como antes (conduciendo los mismos coches, volando a los mismos destinos, comiendo las mismas cosas, calentando nuestra casa de la misma forma, etc.) , la crisis del COVID-19 se habrá desperdiciado en lo que respecta a las políticas climáticas. Por el contrario, si algunos de los hábitos que nos vimos obligados a adoptar durante la pandemia se traducen en

cambios estructurales en el comportamiento, el resultado climático podría ser diferente. Desplazarse menos, trabajar de forma remota un poco más, andar en bicicleta y caminar en lugar de conducir para mantener el aire de nuestras ciudades tan limpio como lo fue durante los bloqueos, vacacionar más cerca de casa: todo esto, si se agrega a escala, podría conducir a una reducción sostenida en las emisiones de carbono. Esto nos lleva a la importantísima cuestión de si la pandemia eventualmente ejercerá un efecto positivo o negativo en las políticas de cambio climático.



1.5.2. Impacto de la pandemia en el cambio climático y otras políticas ambientales

La pandemia está destinada a dominar el panorama político durante años, con el grave riesgo de que pueda eclipsar las preocupaciones ambientales. En una anécdota contundente, el centro de convenciones en Glasgow donde debería haber tenido lugar la Cumbre del Clima COP-26 de la ONU en noviembre de 2020 se convirtió en abril en un hospital para pacientes con COVID-19. Las negociaciones climáticas ya se han retrasado y las iniciativas políticas se han pospuesto, lo que alimenta la narrativa de que, durante mucho tiempo, los líderes gubernamentales sólo prestarán atención a la gama multifacética de problemas inmediatos creados por la crisis pandémica. También ha surgido otra narrativa, elaborada por algunos líderes nacionales, altos ejecutivos de empresas y destacados formadores de opinión. Sostiene que la crisis del COVID-19 no puede desperdiciarse y que ahora es el momento de promulgar políticas ambientales sostenibles.

En realidad, lo que ocurre con la lucha contra el cambio climático en la era pospandémica podría ir en dos direcciones opuestas. La primera corresponde a la narrativa anterior: las consecuencias económicas de la pandemia son tan dolorosas, difíciles de abordar y complejas de implementar que la mayoría de los gobiernos de todo el mundo pueden decidir dejar de lado "temporalmente" las preocupaciones sobre el calentamiento global para centrarse en la recuperación económica. Si tal es el caso, las decisiones de política apoyarán y estimularán las industrias de emisiones de carbono y de combustibles fósiles pesados subvencionándolas. También harán retroceder las estrictas normas ambientales consideradas un obstáculo en el camino hacia una rápida recuperación económica y alentarán a las empresas y los consumidores a producir y consumir tantas "cosas" como sea posible. La segunda está impulsada por una narrativa diferente, en la que empresas y gobiernos se ven envalentonados por una nueva conciencia social entre grandes segmentos de la población en general de que la vida puede ser diferente, y es impulsada por activistas: hay que aprovechar el momento para aprovechar esto. ventana de

oportunidad única para rediseñar una economía más sostenible para el bien de nuestras sociedades.

Examinemos ambos posibles resultados divergentes con más detalle. No hace falta decir que dependen del país y la región (UE). No hay dos países que adopten las mismas políticas ni se muevan a la misma velocidad pero, en última instancia, todos deberían adoptar la dirección de la tendencia menos intensiva en carbono. Tres razones clave podrían explicar por qué esto no es un hecho y por qué el enfoque en el medio ambiente podría desvanecerse cuando la pandemia comience a retirarse:

1. Los gobiernos podrían decidir que lo mejor para el interés colectivo es perseguir el crecimiento "a cualquier precio" para amortiguar el impacto sobre el desempleo.
2. Las empresas estarán bajo tanta presión para aumentar los ingresos que la sostenibilidad en general y las consideraciones climáticas en particular pasarán a ser secundarias.
3. Los bajos precios del petróleo (si se mantienen, lo que es probable) podrían alentar tanto a los consumidores como a las empresas a depender aún más de la energía con alto contenido de carbono.

Estas tres razones son lo suficientemente convincentes como para hacerlas convincentes, pero hay otras que podrían tener éxito en impulsar la tendencia en la otra dirección. Cuatro en particular podrían lograr que el mundo sea más limpio y más sostenible:

1. Liderazgo ilustrado. Es posible que algunos líderes y tomadores de decisiones que ya estaban al frente de la lucha contra el cambio climático quieran aprovechar el impacto causado por la pandemia para implementar cambios ambientales más amplios y duraderos. De hecho, harán un “buen uso” de la pandemia al no dejar que la crisis se desperdicie. La exhortación de diferentes líderes, desde el Príncipe de Gales hasta Andrew Cuomo, a “reconstruirlo mejor” va en esa dirección. También lo hace una declaración doble hecha por la AIE con Dan Jørgensen, Ministro de Clima, Energía y Servicios Públicos de Dinamarca, que sugiere que las transiciones de energía limpia podrían ayudar a impulsar las economías: “En todo el mundo, los líderes se están preparando ahora, elaborando paquetes de estímulo. Algunos de estos planes proporcionarán impulsos a corto plazo, otros darán forma a la infraestructura en las próximas décadas. Creemos que al hacer de la energía limpia una parte integral de sus planes, los gobiernos pueden generar empleos y crecimiento económico al mismo tiempo que se aseguran de que sus sistemas de energía se modernicen, sean más resistentes y menos contaminantes ”. [112] Los gobiernos dirigidos por líderes ilustrados condicionarán sus paquetes de estímulo a compromisos ecológicos. Proporcionarán, por ejemplo,

condiciones financieras más generosas para empresas con modelos comerciales de bajas emisiones de carbono.

2. Conciencia de riesgo. La pandemia jugó el papel de un gran "despertar del riesgo", haciéndonos mucho más conscientes de los riesgos que enfrentamos colectivamente y recordándonos que nuestro mundo está estrechamente interconectado. La COVID-19 dejó en claro que ignoramos la ciencia y la experiencia bajo nuestro propio riesgo, y que las consecuencias de nuestras acciones colectivas pueden ser considerables. Con suerte, algunas de estas lecciones que nos ofrecen una mejor comprensión de lo que realmente significa y conlleva un riesgo existencial ahora se transferirán a los riesgos climáticos. Como dijo Nicholas Stern, presidente del Instituto de Investigación Grantham sobre Cambio Climático y Medio Ambiente: "Lo que hemos visto de todo esto es que podemos hacer cambios (...). Tenemos que reconocer que habrá otras pandemias y estar mejor preparados. [Pero] también debemos reconocer que el cambio climático es una amenaza mayor y más profunda que no desaparece y es igualmente urgente ". [113] Habiéndonos preocupado durante meses por la pandemia y su efecto en nuestros pulmones, nos obsesionaremos con el aire limpio; Durante los cierres, un número significativo de nosotros vimos y olimos por nosotros mismos los beneficios de la reducción de la contaminación del aire, posiblemente provocando una comprensión colectiva de que solo tenemos unos pocos años para abordar las peores consecuencias del calentamiento global y el cambio climático. Si este es el caso, se producirán cambios sociales (colectivos e individuales).

3. Cambio de comportamiento. Como consecuencia del punto anterior, las actitudes y demandas de la sociedad pueden evolucionar hacia una mayor sostenibilidad en un grado mayor de lo que comúnmente se asume. Nuestros patrones de consumo cambiaron drásticamente durante los bloqueos al obligarnos a centrarnos en lo esencial y no nos dio otra opción que adoptar una "vida más verde". Esto puede durar, lo que nos impulsa a ignorar todo lo que realmente no necesitamos y pone en marcha un círculo virtuoso para el medio ambiente. Del mismo modo, podemos decidir que trabajar desde casa (cuando sea posible) es bueno tanto para el medio ambiente como para nuestro bienestar individual (los desplazamientos son un "destructor" del bienestar; cuanto más tiempo, más perjudicial se vuelve para nuestro bienestar físico. y salud mental). Estos cambios estructurales en la forma en que trabajamos, consumimos e invertimos pueden tardar un poco antes de que se generalicen lo suficiente como para marcar una diferencia real, pero, como argumentamos antes, lo que importa es la dirección y la fuerza de la tendencia. El poeta y filósofo Lao Tse tenía razón al decir: "Un viaje de mil millas

comienza con un solo paso". Estamos apenas al comienzo de una recuperación larga y dolorosa y, para muchos de nosotros, pensar en la sostenibilidad puede parecer un lujo, pero cuando las cosas comiencen a mejorar, recordaremos colectivamente que existe una relación de causalidad entre la contaminación del aire y el COVID. 19. Entonces la sostenibilidad dejará de ser secundaria y el cambio climático (tan estrechamente correlacionado con la contaminación del aire) pasará al primer plano de nuestras preocupaciones. Lo que los científicos sociales llaman "contagio conductual" (la forma en que las actitudes, ideas y comportamientos se difunden por toda la población) ¡Entonces podría hacer su magia!

4. Activismo. Algunos analistas se aventuraron a decir que la pandemia provocaría la obsolescencia del activismo, pero es muy posible que lo cierto sea lo contrario. Según un grupo de académicos estadounidenses y europeos, el coronavirus ha envalentonado la motivación para el cambio y ha desencadenado nuevas herramientas y estrategias en términos de activismo social. En el transcurso de sólo varias semanas, este grupo de investigadores recopiló datos sobre diversas formas de activismo social e identificó casi 100 métodos distintos de acción no violenta, incluidas acciones físicas, virtuales e híbridas. Su conclusión: "Las emergencias a menudo demuestran ser la fragua en la que se desarrollan nuevas ideas y oportunidades. Si bien es imposible predecir cuáles pueden ser los efectos a largo plazo de tal habilidad y conciencia crecientes, está claro que el poder de las personas no ha disminuido. En cambio, los movimientos de todo el mundo se están adaptando a la organización remota, construyendo sus bases, afinando sus mensajes y planificando estrategias para lo que viene después ". [114] Si su valoración es correcta, el activismo social, reprimido por la necesidad durante los encierros y sus diversas medidas de distanciamiento físico y social, puede resurgir con renovado vigor una vez terminados los períodos de encierro.

Envalentonados por lo que vieron durante los cierres (sin contaminación del aire), los activistas climáticos redoblarán sus esfuerzos, imponiendo más presión sobre las empresas y los inversores. Como veremos en el Capítulo 2, el activismo de los inversores también será una fuerza a tener en cuenta. Fortalecerá la causa de los activistas sociales al agregarle una dimensión adicional y poderosa. Imaginemos la siguiente situación para ilustrar el punto: un grupo de activistas ecológicos podría manifestarse frente a una central eléctrica de carbón para exigir una mayor aplicación de las regulaciones de contaminación, mientras que un grupo de inversores hace lo mismo en la sala de juntas al privar el acceso a la planta. al capital.

A través de las cuatro razones, la evidencia fáctica dispersa nos da la esperanza de que la tendencia verde finalmente prevalecerá. Proviene de diferentes dominios pero converge hacia la conclusión de que el futuro podría ser más verde de lo que comúnmente asumimos. Para corroborar esta convicción, cuatro observaciones se cruzan con las cuatro razones proporcionadas:

1. En junio de 2020, BP, uno de los "supermajors" del petróleo y el gas del mundo, redujo drásticamente el valor de sus activos en 17.500 millones de dólares, tras haber llegado a la conclusión de que la pandemia acelerará un cambio global hacia formas de energía más limpias. Otras empresas de energía están a punto de hacer un movimiento similar. [115] Con el mismo espíritu, las principales empresas mundiales como Microsoft se han comprometido a convertirse en carbono negativo para 2030.
2. El Pacto Verde Europeo lanzado por la Comisión Europea es un esfuerzo masivo y la manifestación más tangible hasta ahora de las autoridades públicas que deciden no dejar que la crisis del COVID-19 se desperdicie. [116] El plan compromete 1 billón de euros para reducir las emisiones e invertir en la economía circular, con el objetivo de convertir la UE en el primer continente carbono neutral para 2050 (en términos de emisiones netas) y desvincular el crecimiento económico del uso de recursos.
3. Varias encuestas internacionales muestran que una gran mayoría de ciudadanos de todo el mundo quieren que la recuperación económica de la crisis del coronavirus dé prioridad al cambio climático. [117] En los países que componen el G20, una considerable mayoría del 65% de los ciudadanos apoya una recuperación verde. [118]
4. Algunas ciudades como Seúl están reforzando su compromiso con las políticas climáticas y medioambientales mediante la implementación de su propio “Green New Deal”, enmarcado como una forma de mitigar las consecuencias de la pandemia. [119]

La dirección de la tendencia es clara pero, en última instancia, el cambio sistémico vendrá de los responsables de la formulación de políticas y los líderes empresariales dispuestos a aprovechar los paquetes de estímulo de COVID para poner en marcha una economía positiva para la naturaleza. No se tratará solo de inversiones públicas. La clave para concentrar el capital privado en nuevas fuentes de valor económico positivo para la naturaleza será cambiar las palancas clave de las políticas y los incentivos de las finanzas públicas como parte de un restablecimiento económico más amplio. Existe un caso sólido para actuar con más fuerza en la planificación espacial y las regulaciones de uso de la tierra, las finanzas públicas y la reforma de los subsidios, las políticas de innovación que ayudan a impulsar la expansión y el despliegue, además de la I + D, la financiación combinada y una mejor medición del capital natural como un factor económico clave.

activo. Muchos gobiernos están comenzando a actuar, pero se necesita mucho más para inclinar el sistema hacia una nueva norma positiva para la naturaleza y hacer que la mayoría de la gente en todo el mundo se dé cuenta de que esto no sólo es una necesidad imperiosa sino también una oportunidad considerable. Un documento de política preparado por Systemiq en colaboración con el Foro Económico Mundial [120] estima que la construcción de una economía positiva para la naturaleza podría representar más de $ 10 billones por año para 2030, en términos de nuevas oportunidades económicas y costos económicos evitados. A corto plazo, la implementación de alrededor de $ 250 mil millones de fondos de estímulo podría generar hasta 37 millones de empleos positivos para la naturaleza de una manera altamente rentable. El restablecimiento del medio ambiente no debe verse como un costo, sino como una inversión que generará actividad económica y oportunidades de empleo.

Con suerte, la amenaza de COVID-19 no durará. Algún día, estará detrás de nosotros. Por el contrario, la amenaza del cambio climático y los fenómenos meteorológicos extremos asociados nos acompañarán en el futuro previsible y más allá. El riesgo climático se está desarrollando más lentamente que la pandemia, pero tendrá consecuencias aún más graves. En gran medida, su gravedad dependerá de la respuesta política a la pandemia. Cada medida destinada a reactivar la actividad económica tendrá un efecto inmediato en cómo vivimos, pero también tendrá un impacto en las emisiones de carbono que, a su vez, tendrá un impacto ambiental en todo el mundo y se medirá a lo largo de generaciones. Como hemos argumentado en este libro, estas decisiones son nuestras.

1.6. Reinicio tecnológico

Cuando se publicó en 2016, *La Cuarta Revolución Industrial* argumentó que “la tecnología y la digitalización revolucionarán todo, haciendo que el adagio (usado en exceso y a menudo mal usado) 'esta vez es diferente' sea apropiado. En pocas palabras, las principales innovaciones tecnológicas están a punto de impulsar un cambio trascendental en todo el mundo". [121] En los cuatro cortos años transcurridos desde entonces, el progreso tecnológico se ha movido impresionantemente rápido. La IA está ahora a nuestro alrededor, desde drones y reconocimiento de voz, hasta asistentes virtuales y software de traducción. Nuestros dispositivos móviles se han convertido en una parte permanente e integral de nuestra vida personal y profesional, ayudándonos en muchos frentes diferentes, anticipándonos a nuestras necesidades, escuchándonos y ubicándonos, incluso cuando no se nos pide que lo hagamos... La automatización y los

robots reconfiguran la forma en que las empresas operan con una velocidad asombrosa, con rendimientos a una escala inconcebible hace solo unos años. La innovación en genética, con la biología sintética ahora en el horizonte, también es emocionante, allanando el camino para desarrollos en el cuidado de la salud que son revolucionarios. La biotecnología aún no logra detener, y mucho menos prevenir, un brote de enfermedad, pero las innovaciones recientes han permitido la identificación y secuenciación del genoma del coronavirus mucho más rápido que en el pasado, así como la elaboración de diagnósticos más efectivos. Además, las técnicas biotecnológicas más recientes que utilizan plataformas de ARN y ADN permiten desarrollar vacunas más rápido que nunca. También podrían ayudar con el desarrollo de nuevos tratamientos de bioingeniería. En resumen, la velocidad y la amplitud de la Cuarta Revolución Industrial han sido y siguen siendo notables. Este capítulo sostiene que la pandemia acelerará aún más la innovación, catalizando los cambios tecnológicos que ya están en marcha (comparable al efecto de exacerbación que ha tenido en otros problemas globales y domésticos subyacentes) y "acelerando" cualquier negocio digital o la dimensión digital de cualquier negocio. También acentuará uno de los mayores desafíos sociales e individuales que plantea la tecnología: la privacidad. Veremos cómo el rastreo de contactos tiene una capacidad inigualable y un lugar casi esencial en el arsenal necesario para combatir COVID-19, mientras que al mismo tiempo se posiciona para convertirse en un habilitador de la vigilancia masiva.

1.6.1. Acelerando la transformación digital

Con la pandemia, la “transformación digital” a la que tantos analistas se han estado refiriendo durante años, sin estar exactamente seguros de lo que significaba, ha encontrado su catalizador. Un efecto importante del confinamiento será la expansión y progresión del mundo digital de manera decisiva y, a menudo, permanente. Esto se nota no sólo en sus aspectos más mundanos y anecdóticos (más conversaciones online, más streaming para entretener, más contenido digital en general), sino también en términos de forzar cambios más profundos en la forma de operar de las empresas, algo que se explora con más profundidad en el próximo capítulo. En abril de 2020, varios líderes tecnológicos observaron cuán rápida y radicalmente las necesidades creadas por la crisis de salud habían precipitado la adopción de una amplia gama de tecnologías. En el espacio de sólo un mes, pareció que muchas empresas en términos de adopción de tecnología se adelantaron varios años. Para los expertos en tecnología digital, esto significó cosas buenas, mientras que para los demás, una perspectiva muy pobre (a



veces catastrófica). Satya Nadella, director ejecutivo de Microsoft, observó que los

requisitos de distanciamiento social y físico crearon "un todo remoto", adelantando la adopción de una amplia gama de tecnologías en dos años, mientras que Sundar Pichai, director ejecutivo de Google, se maravilló del impresionante salto en actividad digital, pronosticando un efecto “significativo y duradero” en sectores tan diferentes como el trabajo online, la educación, las compras, la medicina y el entretenimiento. [122]

1.6.1.1. El consumidor

Durante los bloqueos, muchos consumidores que antes eran reacios a depender demasiado de las aplicaciones y servicios digitales se vieron obligados a cambiar sus hábitos casi de la noche a la mañana: ver películas en línea en lugar de ir al cine, recibir comidas en lugar de ir a restaurantes, hablar con amigos a distancia. en lugar de conocerlos en persona, hablar con colegas en una pantalla en lugar de charlar en la máquina de café, hacer ejercicio en línea en lugar de ir al gimnasio, etc. Por lo tanto, casi instantáneamente, la mayoría de las cosas se convirtieron en "cosas electrónicas": aprendizaje electrónico, comercio electrónico, juegos electrónicos, libros electrónicos, asistencia electrónica. Algunos de los viejos hábitos ciertamente regresarán (la alegría y el placer de los contactos personales no se pueden igualar, ¡después de todo somos animales sociales!), pero muchos de los comportamientos tecnológicos que nos vimos obligados a adoptar durante el confinamiento se volverán más familiares y naturales. A medida que persista el distanciamiento social y físico, depender más de las plataformas digitales para comunicarse, trabajar, pedir consejo o pedir algo, poco a poco irá ganando terreno a hábitos anteriormente arraigados. Además, los pros y los contras de lo online frente a lo offline estarán bajo un escrutinio constante a través de una variedad de lentes. Si las consideraciones de salud se vuelven primordiales, podemos decidir, por ejemplo, que una clase de ciclismo frente a una pantalla en casa no coincide con la cordialidad y la diversión de hacerlo con un grupo en una clase en vivo, pero de hecho es más segura (y más barata!). El mismo razonamiento se aplica a muchos dominios diferentes, como volar a una reunión (Zoom es más seguro, más barato, más ecológico y mucho más conveniente), conducir a una reunión familiar lejana durante el fin de semana (el grupo familiar de WhatsApp no es tan divertido pero, nuevamente, más seguro, más barato y más ecológico) o incluso asistir a un curso académico (no tan satisfactorio, pero más barato y más conveniente).



1.6.1.2. El regulador

Esta transición hacia un "de todo" más digital en nuestra vida profesional y personal también será apoyada y acelerada por los reguladores. Hasta la fecha, los gobiernos a menudo han ralentizado el ritmo de adopción de nuevas tecnologías mediante largas reflexiones sobre cómo debería ser el mejor marco regulatorio, pero, como muestra ahora el ejemplo de la telemedicina y la entrega de drones, es posible una aceleración dramática forzada por la necesidad. Durante los bloqueos, una relajación cuasi global de las regulaciones que previamente había obstaculizado el progreso en los dominios donde la tecnología había estado disponible durante años, sucedió repentinamente porque no había otra opción mejor disponible. Lo que hasta hace poco era impensable de repente se hizo posible, y podemos estar seguros de que ni los pacientes que experimentaron lo fácil y conveniente que era la telemedicina ni los reguladores que la hicieron posible querrán que se revierta. Se mantendrán las nuevas regulaciones. En la misma línea, se está desarrollando una historia similar en los EE. UU. con la Autoridad Federal de Aviación, pero también en otros países, relacionada con la regulación de seguimiento rápido relacionada con la entrega de drones. El imperativo actual de impulsar, pase lo que pase, la "economía sin contacto" y la consiguiente voluntad de los reguladores de acelerarla significa que no hay restricciones. Lo que es cierto para dominios hasta hace poco sensibles como la telemedicina y la entrega con drones también es cierto para campos regulatorios más mundanos y bien cubiertos, como los pagos móviles. Sólo para proporcionar un ejemplo banal, en medio del bloqueo (en abril de 2020), los reguladores bancarios europeos decidieron aumentar la cantidad que los compradores podían pagar usando sus dispositivos móviles y, al mismo tiempo, reducir los requisitos de autenticación que anteriormente dificultaban la realización de pagos mediante plataformas como PayPal o Venmo. Tales movimientos sólo acelerarán la "prevalencia" digital en nuestra vida diaria, aunque no sin problemas contingentes de ciberseguridad.

1.6.1.3. La firma

De una forma u otra, es probable que las medidas de distanciamiento social y físico persistan después de que la pandemia misma ceda, lo que justifica la decisión de muchas empresas de diferentes industrias de acelerar la automatización. Después de un tiempo, las preocupaciones permanentes sobre el desempleo tecnológico retrocederán a medida que las sociedades enfaticen la necesidad de reestructurar el lugar de trabajo de una manera que minimice el contacto humano cercano. De hecho, las tecnologías de automatización se adaptan particularmente bien a un mundo en el que los seres humanos

no pueden acercarse demasiado o están dispuestos a reducir sus interacciones. Nuestro temor persistente y posiblemente duradero de ser infectado con un virus (COVID-19 u otro) acelerará así la marcha implacable de la automatización, particularmente en los campos más susceptibles a la automatización. En 2016, dos académicos de la Universidad de Oxford llegaron a la conclusión de que hasta el 86% de los empleos en restaurantes, el 75% de los empleos en el comercio minorista y el 59% de los empleos en el entretenimiento podrían automatizarse para 2035. [123] Estas tres industrias se encuentran entre ellas el más golpeado por la pandemia y en el que la automatización por motivos de higiene y limpieza será una necesidad que a su vez acelerará aún más la transición hacia más tecnología y más digital. Existe un fenómeno adicional que respalda la expansión de la automatización: cuando el “distanciamiento económico” puede seguir al distanciamiento social. A medida que los países se vuelven hacia adentro y las compañías globales acortan sus cadenas de suministro súper eficientes pero altamente frágiles, la automatización y los robots que permiten una mayor producción local, mientras mantienen bajos los costos, tendrán una gran demanda.

El proceso de automatización se puso en marcha hace muchos años, pero el problema crítico una vez más se relaciona con el ritmo acelerado del cambio y la transición: la pandemia acelerará la adopción de la automatización en el lugar de trabajo y la introducción de más robots en nuestro personal. y vida profesional. Desde el inicio de los cierres, se hizo evidente que los robots y la IA eran una alternativa "natural" cuando no se disponía de mano de obra humana. Además, se utilizaron siempre que fue posible para reducir los riesgos para la salud de los empleados humanos. En un momento en que el distanciamiento físico se convirtió en una obligación, los robots se desplegaron en lugares tan diferentes como almacenes, supermercados y hospitales en una amplia gama de actividades, desde escaneo de estantes (un área en la que la IA ha hecho tremendas incursiones) hasta limpieza y, por supuesto, robótica. entrega: un componente que pronto será importante de las cadenas de suministro de atención médica que a su vez conducirá a la entrega "sin contacto" de comestibles y otros artículos esenciales. En cuanto a muchas otras tecnologías que estaban en el horizonte lejano en términos de adopción (como la telemedicina), las empresas, los consumidores y las autoridades públicas ahora se apresuran a acelerar la velocidad de adopción. En ciudades tan variadas como Hangzhou, Washington DC y Tel Aviv, se están realizando esfuerzos para pasar de programas piloto a operaciones a gran escala capaces de poner un ejército de robots repartidores en la carretera y en el aire. Los gigantes chinos del comercio electrónico como Alibaba y jd.com confían en que, en los próximos 12 a 18 meses, la entrega

autónoma podría generalizarse en China, mucho antes de lo previsto antes de la pandemia.

A menudo, la atención máxima se centra en los robots industriales, ya que son la cara más visible de la automatización, pero también se está produciendo una aceleración radical en la automatización del lugar de trabajo a través del software y el aprendizaje automático. La llamada automatización robótica de procesos (RPA) hace que las empresas sean más eficientes al instalar software informático que rivaliza y reemplaza las acciones de un trabajador humano. Esto puede tomar múltiples formas, que van desde el



grupo financiero de Microsoft que consolida y simplifica informes, herramientas y contenido dispares en un portal personalizado automatizado basado en roles, hasta una compañía petrolera que instala software que envía imágenes de un oleoducto a un motor de inteligencia artificial, para comparar imágenes con una base de datos existente y alertar a los empleados relevantes sobre posibles problemas. En todos los casos, la RPA ayuda a reducir el tiempo dedicado a la recopilación y validación de datos y, por lo tanto, reduce los costos (a expensas de un probable aumento del desempleo, como se menciona en la sección "Reajuste económico"). Durante el pico de la pandemia, RPA ganó su impulso demostrando su eficiencia en el manejo de aumentos repentinos de volumen; así ratificado, en la era posterior a la pandemia el proceso se pondrá en marcha y se acelerará. Dos ejemplos prueban este punto. Las soluciones de RPA ayudaron a algunos hospitales a difundir los resultados de las pruebas de la COVID-19, ahorrando a las enfermeras hasta tres horas de trabajo por día. De manera similar, un dispositivo digital de inteligencia artificial que normalmente se usa para responder a las solicitudes de los clientes en línea se adaptó para ayudar a las plataformas digitales médicas a evaluar a los pacientes en línea para detectar síntomas de la COVID-19. Por todas estas razones, Bain & Company (una consultora) estima que el número de empresas que implementan esta automatización de los procesos comerciales se duplicará en los próximos dos años, un cronograma que la pandemia puede acortar aún más. [124]

1.6.2. Seguimiento de contactos, seguimiento y vigilancia de contactos

Se puede aprender una lección importante de los países que fueron más efectivos para hacer frente a la pandemia (en particular las naciones asiáticas): la tecnología en general y la ayuda digital en particular. El rastreo de contactos exitoso demostró ser un componente clave de una estrategia exitosa contra la COVID-19. Si bien los bloqueos son efectivos para reducir la tasa de reproducción del coronavirus, no eliminan la amenaza que representa la pandemia. Además, tienen un costo económico y social

perjudicialmente alto. Será muy difícil combatir el COVID-19 sin un tratamiento efectivo o una vacuna y, hasta entonces, la forma más efectiva de reducir o detener la transmisión del virus es mediante pruebas generalizadas seguidas del aislamiento de casos, rastreo de contactos y la cuarentena. de contactos expuestos a las personas infectadas. Como veremos a continuación, en este proceso la tecnología puede ser un atajo formidable, permitiendo a los funcionarios de salud pública identificar a las personas infectadas muy rápidamente, conteniendo así un brote antes de que comience a propagarse. El rastreo y seguimiento de contactos son, por lo tanto, componentes esenciales de nuestra respuesta de salud pública al COVID-19. Ambos términos se utilizan a menudo indistintamente, pero tienen significados ligeramente diferentes. Una aplicación de rastreo obtiene información en tiempo real, por ejemplo, al determinar la ubicación actual de una persona a través de datos geográficos mediante coordenadas GPS o ubicación de celda de radio. Por el contrario, el rastreo consiste en obtener información en retrospectiva, como identificar contactos físicos entre personas que utilizan Bluetooth. Tampoco ofrecen una solución milagrosa que pueda detener en su totalidad la propagación de la pandemia, pero permiten hacer sonar la alarma casi de inmediato, lo que permite una intervención temprana, limitando o conteniendo el brote, especialmente cuando se produce en entornos muy extendidos (como un comunidad o reunión familiar). Por razones de conveniencia y facilidad de lectura, fusionaremos los dos y los usaremos indistintamente (como suelen hacer los artículos en la prensa). La forma más efectiva de rastreo o rastreo es obviamente la que funciona con tecnología: no sólo permite rastrear todos los contactos con los que el usuario de un teléfono móvil ha estado en contacto, sino también rastrear los movimientos del usuario en tiempo real, que a su vez ofrece la posibilidad de hacer cumplir mejor un bloqueo y advertir a otros usuarios móviles en las proximidades del operador de que han estado expuestos a alguien infectado.

No es de extrañar que el rastreo digital se haya convertido en uno de los temas más sensibles en términos de salud pública, lo que genera graves preocupaciones sobre la privacidad en todo el mundo. En las primeras fases de la pandemia, muchos países (principalmente en el este de Asia pero también otros como Israel) decidieron implementar el rastreo digital bajo diferentes formas. Pasaron del rastreo retroactivo de cadenas de contagios pasados al rastreo en tiempo real de movimientos para confinar a una persona infectada por la COVID-19 y hacer cumplir cuarentenas o cierres parciales posteriores. Desde el principio, China, la RAE de Hong Kong y Corea del Sur implementaron medidas coercitivas e intrusivas de rastreo digital. Tomaron la decisión de rastrear a las personas sin su consentimiento, a través de sus datos móviles y de tarjetas de crédito, e incluso

emplearon videovigilancia (en Corea del Sur). Además, algunas economías exigían el uso obligatorio de brazaletes electrónicos para las llegadas de viajeros y las personas en cuarentena (en la RAE de Hong Kong) para alertar a las personas susceptibles de infectarse. Otros optaron por soluciones de "término medio", en las que las personas colocadas en cuarentena están equipadas con un teléfono móvil para monitorear su ubicación y ser identificadas públicamente en caso de que infrinjan las reglas.

La solución de rastreo digital más elogiada y comentada fue la aplicación TraceTogether del Ministerio de Salud de Singapur. Parece ofrecer el equilibrio "ideal" entre eficiencia y privacidad, manteniendo los datos del usuario en el teléfono en lugar de en un servidor, y asignando el inicio de sesión de forma anónima. La detección de contactos sólo funciona con las últimas versiones de Bluetooth (una limitación obvia en muchos países menos avanzados digitalmente, donde un gran porcentaje de móviles no tiene suficiente capacidad Bluetooth para una detección eficaz). Bluetooth identifica los contactos físicos del usuario con otro usuario de la aplicación con precisión dentro de unos dos metros y, si se incurre en un riesgo de transmisión de COVID-19, la aplicación advertirá al contacto, momento en el que la transmisión de los datos almacenados al ministerio de la salud se vuelve obligatoria (pero se mantiene el anonimato del contacto). Por lo tanto, TraceTogether no es intrusivo en términos de privacidad, y su código, disponible en código abierto, lo hace utilizable en cualquier país del mundo, pero los defensores de la privacidad objetan que aún existen riesgos. Si toda la población de un país descargara la aplicación, y si hubiera un fuerte aumento en las infecciones por COVID-19, entonces la aplicación podría terminar identificando a la mayoría de los ciudadanos. Las intrusiones cibernéticas, los problemas de confianza en el operador del sistema y el momento de la retención de datos plantean problemas de privacidad adicionales. Existen otras opciones. Estos se relacionan principalmente con la disponibilidad de códigos fuente abiertos y verificables, y con las garantías relativas a la supervisión de datos y la duración de la conservación. Se podrían adoptar estándares y normas comunes, particularmente en la UE, donde muchos ciudadanos temen que la pandemia obligue a un compromiso entre privacidad y salud. Pero como observó Margrethe Vestager, la Comisaria de Competencia de la UE:

> Creo que es un dilema falso, porque puedes hacer muchas cosas con tecnología que no invaden tu privacidad. Creo que, muy a menudo, cuando las personas dicen que sólo es posible de una manera, es porque quieren los datos para sus propios fines. Hemos elaborado un conjunto de pautas, y con los estados miembros lo hemos traducido en una caja de herramientas, para que puedas hacer una aplicación

voluntaria con almacenamiento descentralizado, con tecnología Bluetooth. Puede usar la tecnología para rastrear el virus, pero aún puede dar a las personas la libertad de elección y, al hacerlo, las personas confían en que la tecnología es para rastrear virus y no para otros fines. Creo que es esencial que demostremos que lo decimos en serio cuando decimos que debe poder confiar en la tecnología cuando la usa, que este no es el comienzo de una nueva era de vigilancia. Esto es para rastrear virus y esto puede ayudarnos a abrir nuestras sociedades. [125]



Una vez más, queremos enfatizar que ésta es una situación de rápido movimiento y muy volátil. El anuncio hecho en abril por Apple y Google de que están colaborando para desarrollar una aplicación que los funcionarios de salud podrían usar para realizar ingeniería inversa de los movimientos y conexiones de una persona infectada por el virus apunta a una posible salida para las sociedades más preocupadas por la privacidad de los datos. y que temen a la vigilancia digital por encima de cualquier otra cosa. La persona que lleva el móvil tendría que descargar voluntariamente la aplicación y tendría que aceptar compartir los datos, y las dos compañías dejaron en claro que su tecnología no se proporcionaría a agencias de salud pública que no cumplan con sus pautas de privacidad. Pero las aplicaciones de rastreo voluntario de contactos tienen un problema: sólo son efectivas cuando el nivel de participación es lo suficientemente alto, un problema de acción colectiva que subraya una vez más la naturaleza profundamente interconectada de la vida moderna debajo de la fachada individualista de derechos y obligaciones contractuales. Ninguna aplicación de rastreo de contratos voluntarios funcionará si las personas no están dispuestas a proporcionar sus propios datos personales a la agencia gubernamental que monitorea el sistema; si alguna persona se niega a descargar la aplicación (y por lo tanto a retener información sobre una posible infección, movimientos y contactos), todos se verán afectados negativamente. Al final, los ciudadanos sólo usarán la aplicación si la consideran confiable, lo que a su vez depende de la confianza en el gobierno y las autoridades públicas. A fines de junio de 2020, la experiencia con las aplicaciones de rastreo fue reciente y mixta. Menos de 30 países los habían implementado. [126] En Europa, algunos países como Alemania e Italia lanzaron aplicaciones basadas en el sistema desarrollado por Apple y Google, mientras que otros países, como Francia, decidieron desarrollar su propia aplicación, lo que planteó problemas de interoperabilidad. En general, los problemas técnicos y las preocupaciones sobre la privacidad parecían afectar el uso y la tasa de adopción de la aplicación. Solo para ofrecer algunos ejemplos: el Reino Unido, luego de fallas técnicas y críticas de

activistas de privacidad, dio un giro de 180 grados y decidió reemplazar su aplicación de rastreo de contactos desarrollada a nivel nacional con el modelo ofrecido por Apple y Google. Noruega suspendió el uso de su aplicación debido a problemas de privacidad, mientras que, en Francia, sólo tres semanas después de su lanzamiento, la aplicación StopCovid simplemente no pudo despegar, con una tasa de adopción muy baja (1,9 millones de personas) seguida de decisiones frecuentes para desinstalarlo.

En la actualidad, existen alrededor de 5.200 millones de teléfonos inteligentes en el mundo, cada uno con el potencial de ayudar a identificar quién está infectado, dónde y, a menudo, quién lo hace. Esta oportunidad sin precedentes puede explicar por qué diferentes encuestas realizadas en los EE. UU. y Europa durante sus bloqueos indicaron que un número creciente de ciudadanos parecía favorecer el seguimiento de teléfonos inteligentes por parte de las autoridades públicas (dentro de límites muy específicos). Pero como siempre, el diablo está en los detalles de la política y su ejecución. Preguntas como si el seguimiento digital debe ser obligatorio o voluntario, si los datos deben recopilarse de forma anónima o personal y si la información debe recopilarse de forma privada o divulgada públicamente contienen muchos tonos diferentes de blanco y negro, lo que hace que sea extremadamente difícil llegar a un acuerdo sobre un modelo unificado de rastreo digital de forma colectiva. Todas estas preguntas, y la inquietud que pueden provocar, se vieron exacerbadas por el aumento de las corporaciones que rastreaban la salud de los empleados que surgió en las primeras fases de las reaperturas nacionales. Continuamente crecerán en relevancia a medida que la pandemia de la corona persista y los temores sobre otras posibles pandemias emerjan.

A medida que la crisis del coronavirus retroceda y las personas comiencen a regresar al lugar de trabajo, el movimiento corporativo será hacia una mayor vigilancia; para bien o para mal, las empresas observarán y, a veces, registrarán lo que hace su fuerza laboral. La tendencia podría tomar muchas formas diferentes, desde medir la temperatura corporal con cámaras térmicas hasta monitorear a través de una aplicación cómo los empleados cumplen con el distanciamiento social. Esto seguramente generará profundos problemas regulatorios y de privacidad, que muchas empresas rechazarán con el argumento de que, a menos que aumenten la vigilancia digital, no podrán reabrir y funcionar sin arriesgarse a nuevas infecciones (y, en algunos casos, ser responsables). Citarán la salud y la seguridad como justificación para una mayor vigilancia. La preocupación constante expresada por legisladores, académicos y sindicalistas es que es probable que las herramientas de vigilancia permanezcan en su lugar después de la crisis e incluso cuando finalmente se encuentre una vacuna, simplemente porque los empleadores no tienen

ningún incentivo para eliminar un sistema de vigilancia una vez instalado, sobre todo si uno de los beneficios indirectos de la vigilancia es controlar la productividad de los empleados.

Esto es lo que sucedió después de los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001. En todo el mundo, las nuevas medidas de seguridad como el empleo de cámaras generalizadas, la exigencia de tarjetas de identificación electrónicas y el registro de entrada y salida de empleados o visitantes se convirtieron en la norma. En ese momento, estas medidas se consideraron extremas, pero hoy se utilizan en todas partes y se consideran "normales". Un número cada vez mayor de analistas, políticos y especialistas en seguridad temen que ahora suceda lo mismo con las soluciones tecnológicas implementadas para contener la pandemia. Ellos prevén un mundo distópico por delante de nosotros.

1.6.3. El riesgo de distopía

Ahora que las tecnologías de la información y la comunicación impregnan casi todos los aspectos de nuestras vidas y formas de participación social, cualquier experiencia digital que tengamos puede convertirse en un "producto" destinado a monitorear y anticipar nuestro comportamiento. El riesgo de una posible distopía se deriva de esta observación. En los últimos años, ha alimentado innumerables obras de arte, que van desde novelas como *El cuento de la criada* hasta la serie de televisión "Black Mirror". En el ámbito académico, encuentra su expresión en la investigación realizada por académicos como Shoshana Zuboff. Su libro *Surveillance Capitalism* advierte sobre la reinvención de los clientes como fuentes de datos, con el "capitalismo de vigilancia" transformando nuestra economía, política, sociedad y nuestras propias vidas al producir asimetrías de conocimiento profundamente antidemocráticas y el poder que se acumula en el conocimiento.

En los próximos meses y años, la compensación entre los beneficios para la salud pública y la pérdida de privacidad se sopesará cuidadosamente, convirtiéndose en el tema de muchas conversaciones animadas y debates acalorados. La mayoría de las personas, temerosas del peligro que representa la COVID-19, se preguntarán: ¿no es una tontería no aprovechar el poder de la tecnología para acudir a nuestro rescate cuando somos víctimas de un brote y nos enfrentamos a una especie de situación de vida o muerte? Entonces estarán dispuestos a renunciar a mucha privacidad y estarán de acuerdo en que, en tales circunstancias, el poder público puede anular legítimamente los derechos individuales. Luego, cuando la crisis termine, algunos pueden darse cuenta de que su

país se ha transformado repentinamente en un lugar donde ya no desean vivir. Este proceso de pensamiento no es nada nuevo. En los últimos años, tanto los gobiernos como las empresas han estado utilizando tecnologías cada vez más sofisticadas para monitorear y, a veces, manipular a ciudadanos y empleados; si no estamos atentos, advierten los defensores de la privacidad, la pandemia marcará un hito importante en la historia de la vigilancia. [127] El argumento esgrimido por quienes, sobre todo, temen el dominio de la tecnología sobre la libertad personal es simple: en nombre de la salud pública, algunos elementos de la intimidad personal serán abandonados en beneficio de contener una epidemia, al igual que los ataques terroristas del 11 de septiembre provocaron una mayor y permanente seguridad mayor en nombre de la protección de la seguridad pública. Entonces, sin darnos cuenta, seremos víctimas de nuevos poderes de vigilancia que nunca retrocederán y que podrían reutilizarse como un medio político para fines más siniestros.

Como las últimas páginas han expuesto más allá de toda duda razonable, la pandemia podría abrir una era de vigilancia activa de la salud que fue posible gracias a los teléfonos inteligentes con detección de ubicación, cámaras de reconocimiento facial y otras tecnologías que identifican las fuentes de infección y rastrean la propagación de una enfermedad en casi en tiempo real.

A pesar de todas las precauciones que toman ciertos países para controlar el poder de la tecnología y limitar la vigilancia (otros no están tan preocupados), algunos pensadores se preocupan por cómo algunas de las decisiones rápidas que hacemos hoy influirán en nuestras sociedades en los próximos años. El historiador Yuval Noah Harari es uno de ellos. En un artículo reciente, sostiene que tendremos que hacer una elección fundamental entre la vigilancia totalitaria y el empoderamiento ciudadano. Vale la pena exponer su argumento en detalle:

> La tecnología de vigilancia se está desarrollando a una velocidad vertiginosa, y lo que parecía ciencia ficción hace 10 años es hoy una vieja noticia. Como experimento mental, considere un gobierno hipotético que exige que todos los ciudadanos usen un brazalete biométrico que monitorea la temperatura corporal y la frecuencia cardíaca las 24 horas del día. Los datos resultantes son acumulados y analizados por algoritmos gubernamentales. Los algoritmos sabrán que está enfermo incluso antes de que usted lo sepa, y también sabrán dónde ha estado y a quién ha conocido. Las cadenas de infección podrían acortarse drásticamente e incluso cortarse por completo. Podría decirse que tal sistema podría detener la epidemia en seco en unos días. Suena

> maravilloso, ¿verdad? La desventaja es, por supuesto, que esto daría legitimidad a un nuevo y aterrador sistema de vigilancia. Si sabe, por ejemplo, que hice clic en un enlace de Fox News en lugar de un enlace CNN, que puede enseñarle algo sobre mis opiniones políticas y quizás incluso mi personalidad. Pero si puedes monitorear lo que le sucede a mi temperatura corporal, presión arterial y frecuencia cardíaca mientras veo el videoclip, puedes aprender qué me hace reír, qué me hace llorar y qué me enoja de verdad. Es fundamental recordar que la ira, la alegría, el aburrimiento y el amor son fenómenos biológicos como la fiebre y la tos. La misma tecnología que identifica la tos también podría identificar las risas. Si las corporaciones y los gobiernos comienzan a recolectar nuestros datos biométricos en masa, pueden llegar a conocernos mucho mejor de lo que nos conocemos a nosotros mismos, y luego no sólo pueden predecir nuestros sentimientos, sino también manipular nuestros sentimientos y vendernos lo que quieran, ya sea un producto. o un político. El monitoreo biométrico haría que las tácticas de piratería de datos de Cambridge Analytica parezcan algo de la Edad de Piedra. Imagínese Corea del Norte en 2030, cuando todos los ciudadanos tengan que usar una pulsera biométrica las 24 horas del día. Si escuchas un discurso del Gran Líder y el brazalete detecta los signos reveladores de ira, estás acabado. [128]

Algunos comentaristas sociales como Evgeny Morozov van más allá, convencidos de que la pandemia presagia un futuro oscuro de vigilancia estatal tecno-totalitaria. Su argumento, basado en el concepto de “solucionismo tecnológico” presentado en un libro escrito en 2012, postula que las “soluciones” tecnológicas ofrecidas para contener la pandemia necesariamente llevarán el estado de vigilancia al siguiente nivel. Ve evidencia de esto en dos líneas distintas de “solucionismo” en las respuestas del gobierno a la pandemia que ha identificado. Por un lado, hay "solucionistas progresistas" que creen que la exposición adecuada a través de una aplicación a la información correcta sobre la infección podría hacer que la gente se comporte en el interés público. Por otro lado, hay “solucionistas punitivos” decididos a utilizar la vasta infraestructura de vigilancia digital para frenar nuestras actividades diarias y castigar cualquier transgresión. Lo que Morozov percibe como el mayor y último peligro para nuestros sistemas políticos y libertades es que el ejemplo "exitoso" de tecnología en el monitoreo y la contención de la pandemia "afianzará el conjunto de herramientas solucionista como la opción predeterminada para abordar todos los demás problemas existenciales, desde la desigualdad al cambio climático. Después de todo, es mucho más fácil implementar tecnología solucionista para

influir en el comportamiento individual que plantear preguntas políticas difíciles sobre las causas fundamentales de estas crisis”. [129]

****

Spinoza, el filósofo del siglo XVII que resistió la autoridad opresiva durante toda su vida, dijo la famosa frase: "El miedo no puede estar sin esperanza ni la esperanza sin miedo". Este es un buen principio rector para concluir este capítulo, junto con la idea de que nada es inevitable y de que debemos ser conscientes de forma simétrica de los buenos y malos resultados. Los escenarios distópicos no son una fatalidad. Es cierto que en la era pospandémica, la salud y el bienestar personales se convertirán en una prioridad mucho mayor para la sociedad, por lo que el genio de la vigilancia tecnológica no volverá a meterse en la botella. Pero corresponde a quienes gobiernan y a cada uno de nosotros personalmente controlar y aprovechar los beneficios de la tecnología sin sacrificar nuestros valores y libertades individuales y colectivos.

2. REINICIO MICRO (INDUSTRIA Y EMPRESA)

A nivel micro, el de industrias y empresas, el Gran Reinicio supondrá una larga y compleja serie de cambios y adaptaciones. Cuando se enfrentan a él, algunos líderes de la industria y altos ejecutivos pueden sentirse tentados a equiparar el reinicio con el recomienzo, con la esperanza de volver a la antigua normalidad y restaurar lo que funcionó en el pasado: tradiciones, procedimientos probados y formas familiares de hacer las cosas; en resumen, un regreso a los negocios como de costumbre. Esto no sucederá porque no puede suceder. En su mayor parte, "business as usual" murió a causa de (o al menos fue infectado por) la COVID-19. Algunas industrias han sido devastadas por la hibernación económica provocada por los cierres y las medidas de distanciamiento social. A otros les resultará difícil recuperar los ingresos perdidos antes de navegar por un camino cada vez más estrecho hacia la rentabilidad causado por la recesión económica que azota al mundo. Sin embargo, para la mayoría de las empresas que se adentran en el futuro posterior al coronavirus, la cuestión clave será encontrar el equilibrio adecuado entre lo que funcionaba antes y lo que se necesita ahora para prosperar en la nueva normalidad. Para estas empresas, la pandemia es una oportunidad única para repensar su organización y promulgar un cambio positivo, sostenible y duradero.

¿Qué definirá la nueva normalidad de un panorama empresarial posterior al coronavirus? ¿Cómo podrán las empresas encontrar el mejor equilibrio posible entre el éxito pasado y los fundamentos que ahora se necesitan para tener éxito en la era pospandémica? La respuesta obviamente depende y es específica de cada industria y de la gravedad con la que fue golpeada por la pandemia. En la era posterior al COVID-19, aparte de esos pocos sectores en los que las empresas se beneficiarán en promedio de los fuertes vientos de cola (sobre todo tecnología, salud y bienestar), el viaje será desafiante y, a veces, traicionero. Para algunos, como el entretenimiento, los viajes o la hostelería, el regreso a un entorno prepandémico es inimaginable en el futuro previsible (y quizás nunca en algunos casos...). Para otros, a saber, la industria manufacturera o los alimentos, se trata más de encontrar formas de adaptarse al impacto y aprovechar algunas tendencias nuevas (como las digitales) para prosperar en la era pospandémica. El tamaño también marca la diferencia. Las dificultades tienden a ser mayores para las pequeñas empresas que, en promedio, operan con menores reservas de efectivo y márgenes de beneficio más reducidos que las grandes empresas. En el futuro, la mayoría de ellas se enfrentará a relaciones de costo-ingresos que las pondrán en desventaja en comparación con rivales más grandes. Pero ser pequeño puede ofrecer algunas ventajas en el mundo actual,

donde la flexibilidad y la celeridad pueden marcar la diferencia en términos de adaptación. Ser ágil es más fácil para una estructura pequeña que para un gigante industrial.
Dicho todo esto, e independientemente de su industria y la situación específica en la que se encuentren, casi todas las empresas que toman decisiones en todo el mundo enfrentarán problemas similares y tienen que responder a algunas preguntas y desafíos comunes. Los más obvios son los siguientes:

1. ¿Debo fomentar el trabajo remoto para aquellos que pueden hacerlo (alrededor del 30% de la fuerza laboral total en los EE. UU.)?
2. ¿Reduciré los viajes aéreos en mi empresa y cuántas reuniones cara a cara puedo reemplazar de manera significativa por interacciones virtuales?
3. ¿Cómo puedo transformar el negocio y nuestro proceso de toma de decisiones para ser más ágiles y avanzar más rápido y con más decisión?
4. ¿Cómo puedo acelerar la digitalización y adopción de soluciones digitales?

El macro reinicio discutido en el Capítulo 1 se traducirá en una miríada de microconsecuencias a nivel de industria y empresa. A continuación, revisamos algunas de estas tendencias principales antes de pasar al tema de quiénes son los "ganadores y perdedores" de la pandemia y sus efectos en industrias específicas.

2.1. Micro tendencias

Todavía estamos en los primeros días de la era posterior a la pandemia, pero ya están en acción tendencias nuevas o en aceleración. Para algunas industrias esto será de gran ayuda, para otras, un gran desafío. Sin embargo, en todos los sectores será responsabilidad de cada empresa aprovechar estas nuevas tendencias adaptándose con celeridad y decisión. Los negocios que resulten más ágiles y flexibles serán los que emerjan más fuertes.

2.1.1. Aceleración de la digitalización

En la era prepandémica, el rumor de la “transformación digital” era el mantra de la mayoría de las juntas y comités ejecutivos. ¡Lo digital era "clave", tenía que ser implementado "resueltamente" y fue visto como una "condición previa para el éxito"! Desde entonces, en tan sólo unos meses, el mantra se ha convertido en una necesidad, incluso en el caso de algunas empresas, en una cuestión de vida o muerte. Esto es explicable y comprensible. Durante el encierro, dependíamos completamente de la Red para la mayoría de las cosas: desde el trabajo y la educación hasta la socialización. Son los servicios en línea los que nos permitieron mantener una apariencia de normalidad, y

es natural que “on line” sea el mayor beneficiario de la pandemia, dando un tremendo impulso a las tecnologías y procesos que nos permiten hacer las cosas de forma remota: Internet universal de banda ancha, pagos móviles y remotos, y servicios de gobierno electrónico factibles, entre otros. Como consecuencia directa, las empresas que ya operaban en línea seguramente se beneficiarán de una ventaja competitiva duradera. A medida que se nos traigan más cosas y servicios diversos a través de nuestros teléfonos móviles y computadoras, las empresas de sectores tan dispares como el comercio electrónico, las operaciones sin contacto, el contenido digital, los robots y las entregas con drones (por nombrar solo algunos) prosperarán. No es casualidad que firmas como Alibaba, Amazon, Netflix o Zoom emergieran como “ganadoras” de los bloqueos.

En general, el sector del consumidor se movió primero y más rápido. Desde la necesaria experiencia sin contacto impuesta a muchas empresas de alimentación y minoristas durante los cierres cerrados hasta las salas de exposición virtuales en la industria manufacturera que permiten a los clientes buscar y elegir los productos que más les gustan, la mayoría de las empresas de empresa a consumidor comprendieron rápidamente la necesidad de ofrecer sus productos a clientes de "principio a fin". A medida que algunos bloqueos llegaron a su fin y ciertas economías volvieron a la vida, surgieron oportunidades similares en aplicaciones de empresa, particularmente en la industria manufacturera, donde las reglas de distanciamiento físico tenían que implementarse con poca antelación, a menudo en entornos desafiantes (por ejemplo, en líneas de montaje). Como resultado directo, la telemática hizo avances impresionantes. Algunas empresas que habían tardado en adoptar telemática en el pasado reciente anterior al cierre, ahora lo están adoptando en masa con el objetivo específico de hacer tantas cosas como sea posible de forma remota. Mantenimiento de equipos, gestión de inventarios, relaciones con proveedores o estrategias de seguridad: todas estas diferentes actividades ahora se pueden realizar (en gran medida) a través de una computadora. La telemática ofrece a las empresas no solo los medios para ejecutar y mantener las reglas de distanciamiento social, sino también para reducir costos e implementar operaciones más ágiles.

Durante el pico de la pandemia, O2O, en línea a fuera de línea, ganó una gran tracción, destacando la importancia de tener una presencia en línea y fuera de línea, y abriendo la puerta (o quizás incluso las compuertas) a la eversión. Este fenómeno de difuminar la distinción entre en línea y fuera de línea, tal como lo identificó el famoso escritor de ciencia ficción William Gibson, quien afirmó "Nuestro mundo se está volviendo evertido" [130] con el ciberespacio abriéndose implacablemente, ha surgido como una de las

tendencias más potentes de la pos-era COVID-19. La crisis pandémica aceleró este fenómeno de eversión porque a la vez nos obligó y alentó hacia un mundo digital, “ingrávido” más rápido que nunca, ya que cada vez más actividad económica no tuvo más remedio que tener lugar digitalmente: educación, consultoría, publicación y muchas otras. Podríamos ir tan lejos como para decir que, durante un tiempo, la teletransportación suplantó al transporte: la mayoría de las reuniones de los comités ejecutivos, las reuniones de la junta, las reuniones del equipo, los ejercicios de lluvia de ideas y otras formas de interacción personal o social tenían que realizarse de forma remota. Esta nueva realidad se refleja en la capitalización de mercado de Zoom (la compañía de videoconferencias) que se disparó a $ 70 mil millones en junio de 2020; más alta (en ese momento) que la de cualquier aerolínea estadounidense. Al mismo tiempo, grandes empresas en línea como Amazon y Alibaba se expandieron de manera decisiva en el negocio de O2O, particularmente en el comercio minorista de alimentos y la logística.

Es poco probable que las tendencias como la telemedicina o el trabajo remoto, que se expandieron ampliamente durante el confinamiento, retrocedan; para ellos, no habrá retorno al status quo que prevalecía antes de la pandemia. La telemedicina, en particular, se beneficiará considerablemente. Por razones obvias, la atención médica es una de las industrias más reguladas del mundo, un hecho que inevitablemente frena el ritmo de la innovación. Pero la necesidad de abordar la pandemia con cualquier medio disponible (más, durante el brote, la necesidad de proteger a los trabajadores de la salud permitiéndoles trabajar de forma remota) eliminó algunos de los impedimentos regulatorios y legislativos relacionados con la adopción de la telemedicina. En el futuro, es seguro que se prestará más atención médica de forma remota. A su vez, acelerará la tendencia hacia diagnósticos más portátiles y en el hogar, como inodoros inteligentes capaces de rastrear datos de salud y realizar análisis de salud. Del mismo modo, la pandemia puede resultar una bendición para la educación en línea. En Asia, el cambio a la educación en línea ha sido particularmente notable, con un fuerte aumento en las inscripciones digitales de los estudiantes, una valoración mucho más alta para las empresas de educación en línea y más capital disponible para las nuevas empresas de tecnología educativa. La otra cara de esta moneda en particular será un aumento en la presión sobre las instituciones que ofrecen métodos de educación más tradicionales para validar su valor y justificar sus tarifas (como ampliaremos un poco más adelante).

La velocidad de expansión ha sido impresionante. “En Gran Bretaña, menos del 1 por ciento de las consultas médicas iniciales se realizaron a través de un enlace de video en 2019; bajo bloqueo, el 100 por ciento ocurre de forma remota. En otro ejemplo, un

minorista líder de EE. UU. en 2019 quería lanzar un negocio de entrega en la acera; su plan prevé una duración de 18 meses. Durante el cierre, se puso en marcha en menos de una semana, lo que le permitió atender a sus clientes mientras mantenía los medios de vida de su fuerza laboral. Las interacciones de la banca en línea han aumentado al 90 por ciento durante la crisis, desde el 10 por ciento, sin disminución de la calidad y un aumento en el cumplimiento, al tiempo que brindan una experiencia al cliente que no se trata solo de la banca en línea ". [131] Abundan los ejemplos similares.

La respuesta de mitigación social a la pandemia y las medidas de distanciamiento físico impuestas durante el confinamiento también harán que el comercio electrónico emerja como una tendencia industrial cada vez más poderosa. Los consumidores necesitan productos y si no pueden comprar, inevitablemente recurrirán a comprarlos en línea. A medida que el hábito entra en acción, las personas que nunca antes habían comprado en línea se sentirán cómodas haciéndolo, mientras que las personas que antes eran compradores en línea a tiempo parcial probablemente dependerán más de él. Esto se hizo evidente durante los encierros. En los EE. UU., Amazon y Walmart contrataron a 250,000 trabajadores combinados para mantenerse al día con el aumento de la demanda y construyeron una infraestructura masiva para entregar en línea. Este crecimiento acelerado del comercio electrónico significa que es probable que los gigantes de la industria minorista en línea salgan de la crisis aún más fuertes que en la era prepandémica. Siempre hay dos lados de una historia: a medida que el hábito de comprar en línea se vuelve más prevalente, deprimirá aún más el comercio minorista de ladrillos y mortero (calle principal y centro comercial), un fenómeno que se explora con más detalle en las siguientes secciones.



2.1.2. Cadenas de suministro resilientes

La propia naturaleza de las cadenas de suministro globales y su fragilidad innata significa que durante años se han estado gestando argumentos para acortarlas. Suelen ser intrincados y complejos de administrar. También son difíciles de monitorear en términos del cumplimiento de las normas ambientales y las leyes laborales, lo que podría exponer a las empresas a riesgos de reputación y daños a sus marcas. A la luz de este turbulento pasado, la pandemia ha colocado el último clavo en el ataúd del principio de que las empresas deben optimizar las cadenas de suministro en función de los costos de los componentes individuales y dependiendo de una única fuente de suministro de materiales críticos, resumido en favorecer la eficiencia sobre la resiliencia. En la era pospandémica, prevalecerá la “optimización del valor de extremo a extremo”, una idea que incluye tanto la

resiliencia como la eficiencia junto con el costo. Se resume en la fórmula que "por si acaso" eventualmente reemplazará "justo a tiempo".

Los choques en las cadenas de suministro globales analizados en la sección macro afectarán tanto a las empresas globales como a las empresas más pequeñas. Pero, ¿qué significa "por si acaso" en la práctica? El modelo de globalización desarrollado a fines del siglo pasado, concebido y construido por empresas manufactureras globales que buscaban mano de obra, productos y componentes baratos, ha encontrado sus límites. Fragmentó la producción internacional en partes cada vez más intrincadas y dio como resultado un sistema ejecutado justo a tiempo que ha demostrado ser extremadamente delgado y eficiente, pero también extremadamente complejo y, como tal, muy vulnerable (la complejidad trae fragilidad y a menudo resulta en inestabilidad). La simplificación es, por tanto, el antídoto, que a su vez debería generar más resiliencia. Esto significa que las "cadenas de valor mundiales", que representan aproximadamente las tres cuartas partes de todo el comercio mundial, inevitablemente disminuirán. Esta disminución se verá agravada por la nueva realidad de que las empresas que dependen de complejas cadenas de suministro justo a tiempo ya no pueden dar por sentado que los compromisos arancelarios consagrados por la Organización Mundial del Comercio las protegerán de un repentino aumento del proteccionismo en alguna parte. Como resultado, se verán obligados a prepararse en consecuencia reduciendo o localizando su cadena de suministro y elaborando planes alternativos de producción o adquisición para protegerse contra una interrupción prolongada. Toda empresa cuya rentabilidad dependa del principio de la cadena de suministro global justo a tiempo tendrá que reconsiderar su funcionamiento y probablemente sacrificar la idea de maximizar la eficiencia y las ganancias en aras de la “seguridad del suministro” y la resiliencia. Por lo tanto, la resiliencia se convertirá en la consideración principal para cualquier negocio que se tome en serio la protección contra la interrupción, ya sea una interrupción para un proveedor en particular, un posible cambio en la política comercial o para un país o región en particular. En la práctica, esto obligará a las empresas a diversificar su base de proveedores, incluso a costa de mantener inventarios y generar despidos. También obligará a estas empresas a asegurarse de que lo mismo sea cierto dentro de su propia cadena de suministro: evaluarán la resiliencia a lo largo de toda su cadena de suministro, hasta llegar a su proveedor final y, posiblemente, incluso a los proveedores de sus proveedores. Los costos de producción aumentarán inevitablemente, pero este será el precio a pagar por desarrollar la resiliencia. A primera vista, las industrias que se verán más afectadas

porque serán las primeras en cambiar los patrones de producción son la automoción, la electrónica y la maquinaria industrial.

2.1.3. Gobiernos y empresas

Por todas las razones expuestas en el primer capítulo, la COVID-19 ha reescrito muchas de las reglas del juego entre los sectores público y privado. En la era posterior a la pandemia, las empresas estarán sujetas a una interferencia gubernamental mucho mayor que en el pasado. La mayor intromisión benevolente (o no) de los gobiernos en la vida de las empresas y la conducción de sus negocios dependerá del país y de la industria, por lo que adoptará muchas formas diferentes. A continuación se describen tres formas notables de impacto que surgirán con fuerza en los primeros meses del período posterior a la pandemia: rescates condicionales, contratación pública y regulaciones del mercado laboral.

Para empezar, todos los paquetes de estímulo que se están preparando en las economías occidentales para apoyar a las industrias en crisis y las empresas individuales tendrán convenios que restrinjan en particular la capacidad de los prestatarios para despedir empleados, recomprar acciones y pagar bonificaciones a los ejecutivos. En la misma línea, los gobiernos (alentados, apoyados y en ocasiones "empujados" por activistas y sentimientos públicos) apuntarán a facturas de impuestos corporativos sospechosamente bajas y recompensas ejecutivas generosamente altas. Mostrarán poca paciencia con los altos ejecutivos e inversores que presionan a las empresas para que gasten más en recompras, minimicen sus pagos de impuestos y paguen enormes dividendos. Las aerolíneas estadounidenses, ridiculizadas por buscar ayuda gubernamental, que han utilizado reciente y sistemáticamente grandes cantidades de efectivo de la empresa para pagar dividendos a los accionistas, son un excelente ejemplo de cómo los gobiernos implementarán este cambio de actitud pública. Además, en los próximos meses y años, podría ocurrir un "cambio de régimen" cuando los responsables de la formulación de políticas asuman una parte sustancial del riesgo de incumplimiento del sector privado. Cuando esto suceda, los gobiernos querrán algo a cambio. El rescate de Lufthansa por parte de Alemania personifica este tipo de situación: el gobierno inyectó liquidez a la aerolínea nacional, pero sólo con la condición de que la empresa limite el pago de los ejecutivos (incluidas las opciones sobre acciones) y se comprometa a no pagar dividendos. Una mejor alineación entre las políticas públicas y la planificación corporativa será un foco de atención particular en términos de una mayor interferencia del gobierno. La lucha por los ventiladores durante el pico de la pandemia personifica por qué. En 2010

en los EE. UU. se ordenaron 40.000 ventiladores a través de un contrato con el gobierno, pero nunca se entregaron, lo que explica en gran parte la escasez del país que se hizo tan evidente en marzo de 2020. ¿Qué llevó a esta situación de escasez? En 2012, la empresa original que había ganado la licitación fue comprada (en circunstancias algo dudosas y oscuras) por un fabricante mucho más grande (una empresa que cotiza en bolsa que también produce ventiladores): más tarde se supo que la empresa compradora quería evitar que el postor original construir un ventilador más barato que habría socavado la rentabilidad de su propio negocio. Esta empresa se demoró antes de eventualmente cancelar el contrato y finalmente ser adquirida por un rival. Ninguno de los 40.000 ventiladores se entregó nunca al gobierno de EE. UU. [132] Es poco probable que este tipo de situación se repita en la era posterior a la pandemia, ya que las autoridades públicas se lo pensarán dos veces antes de subcontratar proyectos que tengan implicaciones críticas para la salud pública (o de hecho, implicaciones públicas críticas, de seguridad o de otro tipo) a empresas privadas. El resultado final: la maximización de las ganancias y el cortoplacismo que a menudo las acompaña rara vez o, al menos, no siempre son consistentes con el objetivo público de prepararse para una crisis futura.

En todo el mundo, aumentará la presión para mejorar la protección social y el nivel salarial de los empleados con salarios bajos. Lo más probable es que, en nuestro mundo post-pandémico, los aumentos del salario mínimo se conviertan en un tema central que se abordará mediante una mayor regulación de los estándares mínimos y una aplicación más completa de las reglas que ya existen. Lo más probable es que las empresas tengan que pagar impuestos más altos y diversas formas de financiación gubernamental (como los servicios de asistencia social). La gig economy sentirá el impacto de tal política más que cualquier otro sector. Antes de la pandemia, ya estaba en la mira del escrutinio del gobierno. En la era pospandémica, por motivos relacionados con la redefinición del contrato social, este escrutinio se intensificará. Las empresas que dependen de los trabajadores autónomos para operar también sentirán el efecto de una mayor interferencia del gobierno, posiblemente incluso en un grado capaz de socavar su viabilidad financiera. A medida que la pandemia alterará radicalmente las actitudes sociales y políticas hacia los trabajadores de conciertos, los gobiernos obligarán a las empresas que los emplean a ofrecer contratos adecuados con beneficios como seguro social y cobertura médica. El tema laboral será muy importante para ellos y, si tienen que emplear a trabajadores por encargo como empleados normales, dejarán de ser rentables. Su razón de ser incluso podría desaparecer.

2.1.4. Capitalismo de partes interesadas y ASG

Durante los últimos 10 años, los cambios fundamentales que han tenido lugar en cada una de las cinco categorías macro analizadas en el Capítulo 1 han alterado profundamente el entorno en el que operan las empresas. Han hecho que el capitalismo de las partes interesadas y las consideraciones ambientales, sociales y de gobernanza (ASG) sean cada vez más relevantes para la creación de valor sostenible (ASG puede considerarse como el criterio para el capitalismo de las partes interesadas). La pandemia golpeó en un momento en que muchos problemas diferentes, que van desde el activismo por el cambio climático y el aumento de las desigualdades hasta la diversidad de género y los escándalos #MeToo, ya habían comenzado a generar conciencia y aumentar la importancia del capitalismo de las partes interesadas y las consideraciones ASG en el mundo interdependiente de hoy. Ya sea que se defienda abiertamente o no, nadie negaría ahora que el propósito fundamental de las empresas ya no puede ser simplemente la búsqueda desenfrenada de ganancias financieras; ahora les incumbe servir a todas sus partes interesadas, no solo a quienes poseen acciones. Esto se ve corroborado por la evidencia anecdótica temprana que apunta a una perspectiva aún más positiva para los ASG en la era posterior a la pandemia. Esto se puede explicar en tres frentes:

1. La crisis habrá creado, o reforzado, un agudo sentido de responsabilidad y urgencia en la mayoría de los temas relacionados con las estrategias ASG, siendo el más importante el cambio climático. Pero otros, como el comportamiento del consumidor, el futuro del trabajo y la movilidad, y la responsabilidad de la cadena de suministro, se moverán a la vanguardia del proceso de inversión y se convertirá en un componente integral de la debida diligencia.
2. La pandemia no deja ninguna duda en las salas de juntas de que la ausencia de consideraciones ASG tiene el potencial de destruir un valor sustancial e incluso amenazar la viabilidad de una empresa. Por lo tanto, ASG se integrará e internalizará más plenamente en la estrategia central y el gobierno de una empresa. También alterará la forma en que los inversores evalúan el gobierno corporativo. Los registros fiscales, los pagos de dividendos y las remuneraciones serán cada vez más examinados por temor a incurrir en un costo de reputación cuando surja un problema o se haga público.
3. Fomentar la buena voluntad de los empleados y la comunidad será clave para mejorar la reputación de una marca. Cada vez más, las empresas tendrán que demostrar que tratan bien a sus trabajadores, acogiendo con beneplácito las prácticas laborales mejoradas y prestando atención a la salud y la seguridad, así como al

bienestar en el lugar de trabajo. Las empresas no se adherirán necesariamente a estas medidas porque sean realmente "buenas", sino porque el "precio" de no hacerlo será demasiado alto en términos de la ira de los activistas, tanto inversores activistas como activistas sociales.

Varias encuestas e informes corroboran la convicción de que las estrategias ASG se beneficiaron de la pandemia y es más probable que se beneficien aún más. Los primeros datos muestran que el sector de la sostenibilidad superó a los fondos convencionales durante el primer trimestre de 2020. Según Morningstar, que comparó los rendimientos del primer trimestre de más de 200 fondos de acciones de sostenibilidad y fondos negociados en bolsa, los fondos sostenibles se desempeñaron mejor en uno o dos puntos porcentuales, sobre una base relativa. Un informe de BlackRock ofrece más pruebas de que las empresas con calificaciones ASG sólidas superaron a sus pares durante la pandemia. [133] Varios analistas sugirieron que este rendimiento superior podría simplemente haber reflejado la exposición reducida a los combustibles fósiles de los fondos y estrategias ASG, pero BlackRock afirma que las empresas que cumplen con ASG (otra forma de decir que se adhieren al principio del capitalismo de las partes interesadas) tienden a ser más resilientes debido a su comprensión holística de la gestión de riesgos. Parece que cuanto más susceptible se vuelve el mundo a un amplio conjunto de riesgos y problemas macro, mayor es la necesidad de adoptar el capitalismo de las partes interesadas y las estrategias ASG.



El debate entre quienes creen que el capitalismo de las partes interesadas será sacrificado en el altar de la recuperación y quienes sostienen que es hora de “reconstruir mejor” está lejos de resolverse. Por cada Michael O'Leary (el CEO de Ryanair) que piensa que COVID-19 dejará las consideraciones de ASG “en un segundo plano por unos años”, hay un Brian Chesky (CEO de Airbnb) que está comprometido con transformar su negocio en una "empresa de interés". [134] Sin embargo, independientemente de la opinión de alguien sobre los méritos del capitalismo de las partes interesadas y las estrategias ASG y su papel futuro en la era pospandémica, el activismo marcará la diferencia al reforzar la tendencia. Los activistas sociales y muchos inversores activistas examinarán de cerca cómo se comportaron las empresas durante la crisis pandémica. Es probable que los mercados o los consumidores, o ambos, castiguen a las empresas que se desempeñaron mal en temas sociales. Un ensayo coescrito en abril de 2020 por Leo Strine, un juez influyente en las empresas estadounidenses, recalca este punto sobre un cambio necesario en el gobierno corporativo:

> “Nuevamente estamos pagando el precio de un sistema de gobierno corporativo que carece de enfoque en la solidez financiera, la creación de riqueza sostenible y el trato justo de los trabajadores. Durante demasiado tiempo, el poder del mercado de valores sobre nuestra economía ha crecido a expensas de otras partes interesadas, en particular los trabajadores. Aunque la riqueza general ha crecido, lo ha hecho de una manera sesgada que es injusta para la mayoría de los trabajadores estadounidenses que son los principales responsables de ese aumento. El cambio hacia la satisfacción de las insaciables demandas del mercado de valores también ha llevado a niveles crecientes de deuda corporativa y riesgo económico ”. [135]

Para los activistas, la decencia exhibida (o no) por las empresas durante la crisis será primordial. Las empresas serán juzgadas en los próximos años por sus acciones, de manera crítica, no sólo en un sentido comercial limitado, sino también vistas a través de una lente social más amplia. Pocos olvidarán, por ejemplo, que durante los últimos 10 años, las aerolíneas estadounidenses gastaron el 96% de su flujo de efectivo en recompras de acciones y que, en marzo de 2020, EasyJet pagó un dividendo de £ 174 millones a sus accionistas (incluido £ 60 millones para su fundador). [136] El activismo al que ahora pueden verse sometidas las empresas va más allá de los límites tradicionales del activismo social (por parte de forasteros) y el activismo de los inversores; con el activismo de los empleados, se está expandiendo internamente. En mayo de 2020, justo cuando el epicentro de la pandemia se trasladaba de EE. UU. a América Latina, los empleados de Google, envalentonados por un informe publicado por Greenpeace, lograron convencer a la empresa de que ya no construyera algoritmos personalizados de inteligencia artificial y aprendizaje automático para la extracción ascendente en la industria del petróleo y el gas. [137]. Varios ejemplos de este tipo en el pasado reciente ilustran el creciente activismo de los empleados, que van desde cuestiones ambientales hasta preocupaciones sociales y de inclusión. Proporcionan un ejemplo revelador de cómo diferentes tipos de activistas están aprendiendo a trabajar juntos para promover los objetivos de lograr un futuro más sostenible. Al mismo tiempo, se ha producido un fuerte aumento de la forma más antigua de activismo: la acción industrial. En los EE. UU. en particular, mientras muchos trabajadores administrativos salían de la pandemia mientras trabajaban desde casa, muchos trabajadores esenciales con bajos salarios "en las trincheras" que no tenían más remedio que ir a trabajar organizaron una ola de paros, huelgas y protestas. [138] A medida que los temas de seguridad, salario y beneficios de los trabajadores se vuelvan más centrales, la agenda del capitalismo de las partes interesadas cobrará relevancia y fuerza.

2.2. Reinicio de la industria

Como resultado de los bloqueos, la pandemia tuvo un efecto inmediato en todas las industrias posibles en todo el mundo. Este impacto es continuo y se seguirá sintiendo en los próximos años. A medida que se reconfiguran las cadenas de suministro globales, que cambian las demandas de los consumidores, que los gobiernos intervienen más, que las condiciones del mercado evolucionan y que la tecnología se interrumpe, las empresas se verán obligadas a adaptarse y reinventarse continuamente. El propósito de esta sección no es ofrecer una descripción precisa de cómo podría evolucionar cada industria en particular, sino más bien ilustrar con pinceladas impresionistas cómo algunas de las principales características y tendencias asociadas con la pandemia impactarán en industrias específicas.

2.2.1. Interacción social y desdensificación

Efectos sobre los viajes y el turismo, la hostelería, el entretenimiento, el comercio minorista, la industria aeroespacial e incluso la industria automotriz Las formas en que los consumidores interactúan entre sí, así como qué y cómo consumen se han visto significativamente afectadas por la pandemia. En consecuencia, el reajuste resultante en diferentes industrias variará fundamentalmente dependiendo de la naturaleza de la transacción económica involucrada. En aquellas industrias donde los consumidores realizan transacciones social y personalmente, los primeros meses y posiblemente los años de la era pospandémica serán mucho más difíciles que para aquellas en las que la transacción puede realizarse a una mayor distancia física o incluso virtual. En las economías modernas, una gran cantidad de lo que consumimos ocurre a través de la interacción social: viajes y vacaciones, bares y restaurantes, eventos deportivos y retail, cines y teatros, conciertos y festivales, convenciones y conferencias, museos y bibliotecas, educación: todos corresponden a formas sociales de consumo que representan una porción significativa de la actividad económica total y el empleo (los servicios representan alrededor del 80% del total de empleos en los Estados Unidos, la mayoría de los cuales son "sociales" por naturaleza). No pueden tener lugar en el mundo virtual o, cuando pueden, solo en una forma truncada y a menudo subóptima (como una actuación de orquesta en vivo en una pantalla). Las industrias que tienen la interacción social en su núcleo han sido las más afectadas por los bloqueos. Entre ellos hay muchos sectores que suman una proporción muy significativa del total de la actividad económica y el empleo: viajes y turismo, ocio, deporte, eventos y entretenimiento. Durante meses y posiblemente años, se verán obligados a operar a capacidad reducida, golpeados por el

doble golpe de los temores sobre el virus que restringe el consumo y la imposición de regulaciones destinadas a contrarrestar estos temores creando más espacio físico entre los consumidores. La presión pública por el distanciamiento físico perdurará hasta que se desarrolle y comercialice una vacuna a gran escala (lo que, de nuevo, según la mayoría de los expertos, es muy poco probable que suceda antes del primer o segundo trimestre de 2021 como muy pronto). En el período intermedio, es probable que las personas viajen mucho menos tanto por vacaciones como por negocios, pueden ir con menos frecuencia a restaurantes, cines y teatros, y pueden decidir que es más seguro comprar en línea en lugar de ir físicamente al mercado. tiendas. Por estas razones fundamentales, las industrias más afectadas por la pandemia también serán las más lentas en recuperarse. Los hoteles, restaurantes, aerolíneas, tiendas y lugares culturales en particular se verán obligados a realizar modificaciones costosas en la forma en que entregan sus ofertas para adaptarse a una nueva normalidad pospandémica que exigirá la implementación de cambios drásticos que involucren la introducción de espacio adicional. limpieza regular, protecciones para el personal y tecnología que limita las interacciones de los clientes con los trabajadores.

En muchas de estas industrias, pero particularmente en la hotelería y el comercio minorista, las pequeñas empresas sufrirán de manera desproporcionada, teniendo que caminar por una línea muy fina entre sobrevivir a los cierres impuestos por los cierres cerrados (o negocios fuertemente reducidos) y la quiebra. Operar a capacidad reducida con márgenes aún más ajustados significa que muchos no sobrevivirán. Las consecuencias de su fracaso tendrán ramificaciones duras tanto para las economías nacionales como para las comunidades locales. Las pequeñas empresas son el principal motor del crecimiento del empleo y representan en la mayoría de las economías avanzadas la mitad de todos los empleos del sector privado. Si un número significativo de ellos va al muro, si hay menos tiendas, restaurantes y bares en un vecindario en particular, toda la comunidad se verá afectada a medida que aumenta el desempleo y se seca la demanda, lo que pone en marcha una espiral viciosa y descendente y afecta cada vez más. número de pequeñas empresas en una comunidad en particular. Las ondas eventualmente se extenderán más allá de los confines de la comunidad local, afectando, aunque con suerte en menor medida, otras áreas más distantes. La naturaleza altamente interdependiente e interconectada de la economía, las industrias y las empresas de hoy, comparable a la dinámica que vincula las categorías macro, significa que cada una tiene un rápido efecto en cadena sobre las demás en una miríada de formas diferentes. Toma restaurantes. Este sector de actividad se ha visto afectado por la pandemia de una forma

tan dramática que ni siquiera se sabe con certeza cómo volverá el negocio de la restauración. Como dijo un restaurador: “Yo, como cientos de otros chefs en la ciudad y miles en todo el país, ahora estoy mirando hacia abajo a la pregunta de cómo serían nuestros restaurantes, nuestras carreras, nuestras vidas, si pudiéramos recuperarlos..." [139] En Francia y el Reino Unido, varias voces de la industria estiman que hasta el 75% de los restaurantes independientes podrían no sobrevivir a los cierres y las subsiguientes medidas de distanciamiento social. Las grandes cadenas y los gigantes de la comida rápida lo harán. Esto, a su vez, sugiere que las grandes empresas crecerán mientras que las más pequeñas se reducirán o desaparecerán. Una gran cadena de restaurantes, por ejemplo, tiene más posibilidades de mantenerse operativa, ya que se beneficia de más recursos y, en última instancia, de una menor competencia tras las quiebras de empresas más pequeñas. Los pequeños restaurantes que sobreviven a la crisis deberán reinventarse por completo. Mientras tanto, en los casos de los que cierran sus puertas para siempre, el cierre impactará no solo al restaurante y su personal inmediato sino también a todos los negocios que operan en su órbita: los proveedores, los agricultores y los camioneros.

En el otro extremo del espectro de tamaños, algunas empresas muy grandes serán víctimas de la misma situación que las muy pequeñas. Las compañías aéreas, en particular, se enfrentarán a limitaciones similares en términos de demanda de los consumidores y reglas de distanciamiento social. El cierre de tres meses ha dejado a los operadores de todo el mundo con una situación catastrófica de ingresos prácticamente nulos y la perspectiva de decenas de miles de recortes de empleos. British Airways, por ejemplo, ha anunciado que recortará hasta un 30% de su plantilla actual de 42.000 empleados. En el momento de redactar este artículo (mediados de junio de 2020), es posible que el reinicio esté a punto de comenzar. Resultará extremadamente desafiante, y se espera que la recuperación lleve años. La mejora comenzará en los viajes de placer, seguidos de los viajes corporativos. Sin embargo, como se analiza en la siguiente sección, los hábitos de consumo pueden cambiar de forma permanente. Si muchas empresas deciden viajar menos para reducir costos y reemplazar las reuniones físicas por virtuales siempre que sea posible, el impacto en la recuperación y la rentabilidad final de las aerolíneas puede ser dramático y duradero. Antes de la pandemia, los viajes corporativos representaban el 30% de los volúmenes de las aerolíneas, pero el 50% de los ingresos (gracias a los asientos de mayor precio y las reservas de última hora). En el futuro, esto cambiará, lo que hará que el resultado de la rentabilidad de algunas

aerolíneas individuales sea muy incierto y obligue a toda la industria a reconsiderar la estructura a largo plazo del mercado de la aviación mundial.

Al evaluar el efecto final en una industria en particular, la cadena completa de consecuencias debe tener en cuenta lo que sucede en las industrias adyacentes, cuyo destino depende en gran medida de lo que suceda en la anterior o "en la parte superior". Para ilustrar esto, echamos un vistazo breve a tres industrias que dependen completamente del sector de la aviación: aeropuertos (infraestructura y comercio minorista), aviones (aeroespacial) y alquiler de automóviles (automotriz).

Los aeropuertos enfrentan los mismos desafíos que las aerolíneas: cuanto menos personas vuelan, menos transitan por los aeropuertos. Esto a su vez incide en el nivel de consumo en las distintas tiendas y restaurantes que conforman el ecosistema de todos los aeropuertos internacionales del mundo. Además, la experiencia de los aeropuertos en un mundo posterior al COVID-19, que implica tiempos de espera más largos, muy restringido o incluso ningún equipaje de mano y otras medidas de distanciamiento social potencialmente inconvenientes, podría erosionar el deseo del consumidor de viajar en avión por placer y ocio. Varias asociaciones comerciales advierten que la implementación de políticas de distanciamiento social no solo limitaría la capacidad del aeropuerto al 20-40%, sino que también haría que toda la experiencia fuera tan desagradable que se convertiría en un disuasivo. Dramáticamente afectadas por los cierres, las aerolíneas comenzaron a cancelar o aplazar pedidos de nuevos aviones y a cambiar su elección de modelo en particular, lo que tuvo un impacto grave en la industria aeroespacial. Como consecuencia directa y en el futuro previsible, las principales plantas de ensamblaje de aeronaves civiles operarán a capacidad reducida, con efectos en cascada en la totalidad de su cadena de valor y red de proveedores. A largo plazo, los cambios en la demanda de las compañías aéreas que reevalúan sus necesidades conducirán a una reevaluación completa de la producción de aviones civiles. Esto hace que el sector aeroespacial de defensa sea una excepción y un refugio relativamente seguro. Para los estados nacionales, la perspectiva geopolítica incierta hace imperativo mantener los pedidos y las adquisiciones, pero los gobiernos con restricciones de efectivo exigirán mejores condiciones de pago.

Al igual que los aeropuertos, las empresas de alquiler de coches dependen casi por completo de los volúmenes de aviación. Hertz, una empresa muy endeudada con una flota de 700.000 automóviles en gran parte inactiva durante los cierres, se declaró en quiebra en mayo. Al igual que para muchas empresas, COVID-19 demostró ser la última gota proverbial.

2.2.2. Cambios de comportamiento: permanentes frente a transitorios

Efectos en el comercio minorista, los bienes raíces y la educación Es poco probable que algunos cambios de comportamiento observados durante los cierres cerrados se reviertan por completo en la era posterior a la pandemia y algunos incluso pueden volverse permanentes. Cómo exactamente se desarrollará esto sigue siendo muy incierto. Algunos patrones de consumo pueden volver a las líneas de tendencia a largo plazo (comparables a los viajes en avión después del 11 de septiembre), aunque a un ritmo alterado. Otros, sin duda, se acelerarán, como los servicios en línea. Algunos pueden posponerse, como la compra de un automóvil, mientras que pueden surgir nuevos patrones permanentes de consumo, como las compras asociadas con una movilidad más ecológica.

Mucho de esto aún se desconoce. Durante los encierros, muchos consumidores se vieron obligados a aprender a hacer cosas por sí mismos (hornear su pan, cocinar desde cero, cortarse el pelo, etc.) y sintieron la necesidad de gastar con cautela. ¿Cuán arraigados estarán estos nuevos hábitos y formas de "hágalo usted mismo" y autoconsumo en la era pospandémica? Lo mismo podría aplicarse a los estudiantes que en algunos países pagan tasas exorbitantes por la educación superior. Después de pasar un trimestre viendo a sus profesores en sus pantallas, ¿comenzarán a cuestionar el alto costo de la educación? Para comprender la extrema complejidad e incertidumbre de esta evolución en el comportamiento del consumidor, volvamos al ejemplo de las compras en línea frente al comercio minorista en persona. Como se dijo, es muy probable que las tiendas físicas pierdan mucho a favor de las compras en línea. Los consumidores pueden estar dispuestos a pagar un poco más para que se les entreguen productos pesados y voluminosos, como botellas y artículos para el hogar. Por lo tanto, el espacio minorista de los supermercados se reducirá, llegando a parecerse a las tiendas de conveniencia donde los compradores van a comprar cantidades relativamente pequeñas de productos alimenticios específicos. Pero también podría darse el caso de que se gaste menos dinero en restaurantes, lo que sugiere que en lugares donde un alto porcentaje del presupuesto de comida de las personas tradicionalmente se destinaba a restaurantes (60% en la ciudad de Nueva York, por ejemplo), estos fondos podrían desviarse hacia y beneficiar a los supermercados urbanos ya que los habitantes de la ciudad redescubren el placer de cocinar en casa. El mismo fenómeno puede ocurrir con el negocio del entretenimiento. La pandemia puede aumentar nuestra ansiedad por sentarnos en un espacio cerrado con completos extraños, y muchas personas pueden decidir que quedarse en casa para ver la última película u ópera es la opción más inteligente. Tal decisión beneficiará a los supermercados locales en detrimento de los bares y restaurantes (aunque la opción de

servicios de entrega de comida para llevar en línea podría ser un salvavidas para estos últimos). Hubo numerosos ejemplos de que esto sucedió de manera ad hoc en ciudades de todo el mundo durante los cierres. ¿Podría convertirse quizás en un elemento importante del nuevo plan de supervivencia empresarial posterior al COVID-19 de algunos restaurantes? Hay otros efectos de primera ronda que son mucho más fáciles de anticipar. La limpieza es uno de ellos. La pandemia sin duda intensificará nuestro enfoque en la higiene. Una nueva obsesión por la limpieza supondrá especialmente la creación de nuevas formas de envasado. Se nos animará a no tocar los productos que compramos. Los placeres simples como oler un melón o exprimir una fruta estarán mal vistos e incluso pueden convertirse en una cosa del pasado.

Un solo cambio de actitud tendrá muchas ramificaciones diferentes, cada una de las cuales tendrá un efecto particular en una industria específica, pero al final tendrá un impacto en muchas industrias diferentes a través de efectos dominó. La siguiente figura ilustra este punto para un sólo cambio: pasar más tiempo en casa.

Figure 2: Potential implications of spending more time at home

TIME AT HOME
Potential increase in behavior
Potential decrease in behavior
Working from home
Home office spaces
Traditional office spaces
Refurbishment
Equipment
Commercial real estate
Paint
Carpentry
Desks
Printers
Eating at home
Takeaway
Home cooking
Delivery services
Eating out
Food delivery
E-payments
Entertainment
Streaming
Books
Games
Live
Travel
Business travel
Personal travel
Long distance
Commuting
Tourism
Air travel
Mass transit
Local tourism
Long distance
Digital coordination
Collaboration platforms
Bandwidth
Software

Source: Reeves, Martin, et al., "Sensing and Shaping the Post-COVID Era", BCG Henderson Institute, 3 April 2020, https://www.bcg.com/publications/2020/8-ways-companies-can-shape-reality-post-covid-19.aspx

El acalorado debate sobre si (o en qué medida) trabajaremos de forma remota en el futuro y, como resultado, pasaremos más tiempo en casa, ha estado ocurriendo desde que comenzó la pandemia. Algunos analistas sostienen que el atractivo fundamental de las ciudades (en particular las más grandes) como centros vibrantes de actividad económica, vida social y creatividad perdurará. Otros temen que el coronavirus haya provocado un cambio fundamental en las actitudes. Afirman que COVID-19 ha sido un punto de inflexión y predicen que, en todo el mundo, los habitantes de la ciudad de todas las edades que se enfrentan a las deficiencias de la contaminación de la ciudad y al alojamiento de tamaño insuficiente y caro decidirán mudarse a lugares con más vegetación, más espacio. , menos contaminación y precios más bajos. Es demasiado pronto para decir qué campamento se demostrará que es correcto, pero es seguro que incluso un porcentaje relativamente pequeño de personas que se alejan de los centros más grandes (como Nueva York, la RAE de Hong Kong, Londres o Singapur) ejercerían un efecto enorme en muchas industrias diversas (las ganancias siempre se obtienen al margen). En ningún lugar esta realidad es más evidente que en el sector inmobiliario y, en particular, en el sector inmobiliario comercial. La industria de bienes raíces comerciales es un motor esencial del crecimiento global. Su valor de mercado total supera el de todas las acciones y bonos combinados a nivel mundial. Antes de la crisis pandémica, ya sufría un exceso de oferta. Si la práctica de emergencia de trabajar de forma remota se convierte en un hábito establecido y generalizado, es difícil imaginar qué empresas (si las hay) absorberán este exceso de oferta apresurándose a arrendar el exceso de espacio de oficina. Quizás haya pocos fondos de inversión dispuestos a hacerlo, pero serán la excepción, lo que sugiere que los bienes raíces comerciales aún tienen mucho más por caer. La pandemia le hará a los bienes raíces comerciales lo que le ha hecho a tantos otros problemas (tanto macro como micro): acelerará y amplificará la tendencia preexistente. La combinación de un aumento en el número de empresas “zombies” (aquellas que utilizan deuda para financiar más deuda y que no han generado suficiente efectivo en los últimos años para cubrir sus costos de intereses) quebran y un aumento en el número de personas Trabajar de forma remota significa que habrá muchos menos inquilinos para alquilar edificios de oficinas vacíos. Los promotores inmobiliarios (en su mayor parte ellos mismos muy apalancados) comenzarán entonces a experimentar una ola de quiebras, y las más grandes y de importancia sistémica tendrán que ser rescatadas por sus respectivos gobiernos. En muchas ciudades importantes de todo el mundo, los precios inmobiliarios caerán durante un largo período de tiempo, perforando la burbuja inmobiliaria global que se había estado gestando durante años. Hasta cierto punto, la misma lógica se aplica a los inmuebles

residenciales en las grandes ciudades. Si la tendencia de trabajar de forma remota despega, la combinación de que los desplazamientos al trabajo ya no sean una consideración y la ausencia de crecimiento laboral significa que la generación más joven ya no optará por pagar el alquiler residencial o comprar en ciudades caras. Inevitablemente, entonces los precios caerán. Además, muchos se habrán dado cuenta de que trabajar desde casa es más respetuoso con el clima y menos estresante que tener que desplazarse a la oficina. La posibilidad de trabajar de forma remota significa que los centros más grandes que se han beneficiado de un mayor crecimiento económico que otras ciudades o regiones cercanas pueden comenzar a perder trabajadores en el siguiente nivel de ciudades en ascenso. Este fenómeno, a su vez, podría crear una ola de ciudades o regiones de estrellas emergentes que atraigan a personas que buscan una mejor calidad de vida gracias a más espacio a precios más asequibles.

A pesar de todo lo anterior, quizás la noción de que el trabajo remoto generalizado se convierta en la norma sea demasiado inverosímil para que suceda de manera significativa. ¿No hemos escuchado tan a menudo que la optimización del "trabajo del conocimiento" (en realidad, el sector más simple para ir a distancia) depende de entornos de oficina cuidadosamente diseñados? La industria de la tecnología que se ha resistido a tal movimiento durante tanto tiempo invirtiendo masivamente en campus sofisticados ahora está cambiando de opinión a la luz de la experiencia de cierre. Twitter fue la primera empresa en comprometerse con el trabajo remoto. En mayo, Jack Dorsey, su director ejecutivo, informó a los empleados que a muchos de ellos se les permitiría trabajar desde casa incluso después de que la pandemia de COVID-19 desapareciera, en otras palabras, de forma permanente. Otras empresas de tecnología como Google y Facebook también se han comprometido a permitir que su personal continúe trabajando de forma remota al menos hasta finales de 2020. La evidencia anecdótica sugiere que otras empresas globales de diversas industrias tomarán decisiones similares, permitiendo que parte de su personal trabaje de forma remota parte de el tiempo. La pandemia ha hecho posible algo que parecía inimaginable a tal escala hace apenas unos meses.

¿Podría suceder algo similar, e igualmente disruptivo, con la educación superior? ¿Sería posible imaginar un mundo en el que muchos menos estudiantes recibirán su educación en un campus? En mayo o junio de 2020, en medio de los bloqueos, los estudiantes se vieron obligados a estudiar y graduarse de forma remota, y muchos se preguntaron al final del período si regresarían físicamente a su campus en septiembre. Al mismo tiempo, las universidades empezaron a recortar sus presupuestos, ponderando lo que esta situación sin precedentes podría implicar para su modelo de negocio. ¿Deberían conectarse o no?

En la era previa a la pandemia, la mayoría de las universidades ofrecían algunos cursos en línea, pero siempre se abstuvieron de adoptar plenamente la educación en línea. Las universidades más reconocidas se negaron a ofrecer títulos virtuales, por temor a que esto diluyera su oferta exclusiva, hiciera redundante a algunos de sus profesores e incluso amenazaría la existencia misma del campus físico. En la era posterior a la pandemia, esto cambiará. La mayoría de las universidades, especialmente las más caras del mundo anglosajón, tendrán que modificar su modelo de negocio o quebrar porque COVID-19 lo ha hecho obsoleto. Si la enseñanza en línea continuara en septiembre (y posiblemente más allá), muchos estudiantes no tolerarían pagar la misma matrícula alta por la educación virtual, exigiendo una reducción en las tarifas o aplazando su inscripción. Además, muchos estudiantes potenciales cuestionarían la pertinencia de desembolsar costos prohibitivos para la educación superior en un mundo marcado por altos niveles de desempleo. Una posible solución podría residir en un modelo híbrido. Las universidades luego expandirían masivamente la educación en línea mientras mantienen una presencia en el campus para una población diferente de estudiantes. En algunos casos, esto ya se ha hecho con éxito, sobre todo en Georgia Tech para obtener una maestría en línea en Ciencias de la Computación. [140] Al seguir esta ruta híbrida, las universidades ampliarían el acceso y reducirían los costos. La pregunta, sin embargo, es si este modelo híbrido es escalable y reproducible para universidades que no tienen los recursos para invertir en tecnología y en una biblioteca exclusiva de contenido de primer nivel. Pero el carácter híbrido de la educación en línea también puede tomar una forma diferente, al combinar el estudio en persona y en línea dentro de un plan de estudios a través de chats en línea y el uso de aplicaciones para tutoría y otras formas de apoyo y ayuda. Esto tiene la ventaja de agilizar la experiencia de aprendizaje, pero la desventaja de borrar un gran aspecto de la vida social y las interacciones personales en un campus. En el verano de 2020, la dirección de la tendencia parece clara: el mundo de la educación, como el de tantas otras industrias, se volverá parcialmente virtual.

2.2.3. Resiliencia

Efectos sobre la gran tecnología, la salud y el bienestar, la banca y los seguros, la industria automotriz, la electricidad

Durante la pandemia, la calidad de la resiliencia, o la capacidad de prosperar en circunstancias difíciles, ganó un atractivo "imprescindible" y se convirtió en la palabra de moda en todas partes. Comprensiblemente. Para aquellos lo suficientemente afortunados de encontrarse en industrias “naturalmente” resistentes a la pandemia, la crisis no sólo fue

más soportable, sino incluso una fuente de oportunidades rentables en un momento de angustia para la mayoría. Tres industrias en particular florecerán (en conjunto) en la era pospandémica: la gran tecnología, la salud y el bienestar. En otras industrias que se han visto duramente afectadas por la crisis, demostrar resiliencia es lo que marcará la diferencia entre recuperarse del impacto exógeno repentino del COVID-19 o ser víctima de él. Los sectores bancario, de seguros y automotriz son tres ejemplos diferentes de industrias que deben desarrollar una mayor resiliencia para atravesar la profunda y prolongada recesión provocada por la crisis de salud.

En general, la gran tecnología fue la industria resiliente por excelencia, ya que emergió de este período de cambio radical como el mayor beneficiario. Durante la pandemia, cuando las empresas y sus clientes se vieron obligados a digitalizarse, acelerar los planes en línea, utilizar nuevas herramientas de red y comenzar a trabajar desde casa, la tecnología se convirtió en una necesidad absoluta, incluso entre los clientes tradicionalmente reacios. Por esta razón, el valor de mercado combinado de las principales empresas de tecnología alcanzó un récord tras otro durante los bloqueos, incluso volviendo a subir por encima de los niveles antes de que comenzara el brote. Por razones que se ampliaron en otras partes de este libro, es poco probable que este fenómeno disminuya pronto, todo lo contrario.

La resiliencia, como toda buena práctica, comienza en casa con nosotros, por lo que podemos asumir con justicia que, en la era pospandémica, seremos más conscientes colectivamente de la importancia de nuestra propia resiliencia física y mental. El deseo, impulsado por una mayor necesidad, de sentirse bien física y mentalmente y la necesidad de fortalecer nuestro sistema inmunológico significan que el bienestar y los sectores de la industria del bienestar posicionados para ayudar a lograrlo emergerán como fuertes ganadores. Además, el papel de la salud pública evolucionará y se ampliará. El bienestar debe abordarse de manera integral; no podemos estar bien individualmente en un mundo que no está bien. Por lo tanto, el cuidado planetario será tan importante como el cuidado personal, una equivalencia que apoya fuertemente la promoción de principios que discutimos anteriormente, como el capitalismo de las partes interesadas, la economía circular y las estrategias ESG. A nivel de empresa, donde los efectos sobre la salud de la degradación ambiental son cada vez más claros, cuestiones como la contaminación del aire, la gestión del agua y el respeto por la biodiversidad serán de suma importancia. Ser “limpio” será un imperativo de la industria así como una imperiosa necesidad impuesta por el consumidor.

Como para cualquier otra industria, lo digital jugará un papel importante en la configuración del futuro del bienestar. La combinación de IA, IoT y sensores y tecnología portátil producirá nuevos conocimientos sobre el bienestar personal. Supervisarán cómo somos y cómo nos sentimos, y difuminarán progresivamente los límites entre los sistemas de salud pública y los sistemas de creación de salud personalizados, una distinción que eventualmente se romperá. Los flujos de datos en muchos dominios separados que van desde nuestro entorno hasta nuestras condiciones personales nos darán un control mucho mayor sobre nuestra propia salud y bienestar. En el mundo post-COVID-19, la información precisa sobre nuestra huella de carbono, nuestro impacto en la biodiversidad, sobre la toxicidad de todos los ingredientes que consumimos y los entornos o contextos espaciales en los que evolucionamos generará avances significativos en cuanto a nuestra conciencia de bienestar colectivo e individual. Las industrias deberán tomar nota.

La búsqueda colectiva de la resiliencia también favorece a la industria del deporte, estrechamente relacionada con el bienestar. Como ahora se sabe que la actividad física contribuye en gran medida a la salud, el deporte será cada vez más reconocido como una herramienta de bajo costo para una sociedad más saludable. Por lo tanto, los gobiernos fomentarán su práctica, reconociendo el beneficio agregado de que el deporte constituye una de las mejores herramientas disponibles para la inclusión y la integración social. Durante un tiempo, el distanciamiento social puede limitar la práctica de ciertos deportes, lo que a su vez beneficiará a la expansión cada vez más poderosa de los deportes electrónicos. ¡La tecnología y lo digital nunca están lejos!

Cuatro industrias que han estado lidiando con una serie de desafíos particulares planteados por la crisis pandémica ilustran la naturaleza diversa de la resiliencia. En banca, se trata de estar preparado para la transformación digital. En seguros, se trata de estar preparado para los litigios que se avecinan. En automoción, se trata de estar preparados para el próximo acortamiento de las cadenas de suministro. En el sector eléctrico, se trata de estar preparados para la inevitable transición energética. Los desafíos son los mismos dentro de cada industria, y solo las empresas más resistentes y mejor preparadas dentro de cada una serán capaces de “diseñar” un resultado exitoso.

Debido a la naturaleza de su actividad cuando ocurre una crisis económica, los bancos tienden a encontrarse en el epicentro de la tormenta. Con COVID-19, el riesgo se duplicó en intensidad. En primer lugar, los bancos deben prepararse para la posibilidad de que la crisis de liquidez del consumidor se transforme en una importante crisis de solvencia empresarial, en cuyo caso su capacidad de recuperación se verá seriamente probada. En segundo lugar, tienen que adaptarse a la forma en que la pandemia está desafiando los

hábitos bancarios tradicionales, una forma diferente de resiliencia que requiere mayores capacidades de adaptación. El primer riesgo pertenece a la categoría de riesgos financieros "tradicionales" para los que los bancos han tenido años para prepararse. Se está manejando a través de colchones de capital y liquidez que deben ser lo suficientemente robustos para resistir un shock importante. En el caso de la crisis del COVID-19, la prueba de resiliencia vendrá cuando el volumen de préstamos morosos comience a aumentar. La situación es completamente diferente para la segunda categoría de riesgos. Casi de la noche a la mañana, los bancos minoristas, comerciales y de inversión se enfrentaron a una situación (a menudo) inesperada de tener que moverse en línea. La imposibilidad de reunirse con colegas, clientes o comerciantes en persona, la necesidad de utilizar el pago sin contacto y la exhortación de los reguladores a utilizar la banca en línea y el comercio en línea en condiciones de trabajo remoto significaron que toda la industria bancaria tuvo que avanzar hacia la banca digital en el trazo de una pluma. COVID-19 ha obligado a todos los bancos a acelerar una transformación digital que ahora llegó para quedarse y que ha intensificado los riesgos de ciberseguridad (que a su vez podrían plantear implicaciones para la estabilidad sistémica si no se mitigan adecuadamente). Aquellos que se hayan quedado rezagados y hayan perdido el tren digital de alta velocidad tendrán muchas dificultades para adaptarse y sobrevivir.

En la industria de seguros, se han realizado muchas reclamaciones diferentes relacionadas con COVID-19 bajo varios tipos de seguros domésticos y comerciales, que incluyen propiedad comercial e interrupción de negocios, viajes, vida, salud y responsabilidad (como compensación de trabajadores y responsabilidad por prácticas laborales). La pandemia presenta un riesgo particular para la industria de seguros porque su existencia y funcionamiento se basan en el principio de diversificación del riesgo, que fue efectivamente suprimido cuando los gobiernos decidieron imponer un bloqueo. Por esta razón, cientos de miles de empresas de todo el mundo no han podido presentar reclamaciones con éxito y se enfrentan a meses (si no años) de litigio o a la ruina. En mayo de 2020, la industria de seguros estimó que la pandemia podría costar potencialmente más de $ 200 mil millones, lo que lo convierte en uno de los eventos más costosos en la historia de la industria de seguros (el costo aumentará si los bloqueos van más allá del período considerado cuando se hizo el pronóstico). Para la industria de seguros, el desafío posterior al COVID-19 consiste en satisfacer las cambiantes necesidades de protección de sus clientes mediante la construcción de una mayor resistencia a una amplia gama de impactos catastróficos potencialmente "no asegurables" como pandemias, fenómenos meteorológicos extremos, ciberataques y terrorismo. Tiene

que hacerlo mientras navega en un entorno de tasas de interés extremadamente bajas mientras se prepara para un litigio anticipado y la posibilidad de reclamos y pérdidas sin precedentes.

En los últimos años, la industria automotriz se ha visto envuelta en una creciente tormenta de desafíos, que van desde la incertidumbre comercial y geopolítica, la disminución de las ventas y las multas por CO2, hasta la demanda de los clientes que cambia rápidamente y la naturaleza multifacética de la creciente competencia en movilidad (electricidad vehículos, coches autónomos, movilidad compartida). La pandemia ha exacerbado estos desafíos al aumentar la considerable incertidumbre que enfrenta la industria, en particular con respecto a las cadenas de suministro. En las primeras etapas del brote, la escasez de componentes chinos tuvo un impacto negativo en la producción automotriz mundial. En los próximos meses y años, la industria tendrá que repensar toda su organización y formas de operar en el contexto de cadenas de suministro reducidas y una probable caída en las ventas de vehículos.

A lo largo de las sucesivas etapas de la pandemia, y en particular durante los cierres, el sector de la electricidad jugó un papel esencial al permitir que la mayor parte del mundo continuara digitalmente, los hospitales funcionaran y todas las industrias esenciales funcionaran normalmente. A pesar de los considerables desafíos que plantean las ciberamenazas y los cambios en los patrones de demanda, la electricidad se mantuvo, demostrando su resistencia a las crisis. En el futuro, el sector de la electricidad debe aceptar el desafío de acelerar su transición energética. La combinación de inversiones en infraestructura energética progresiva (como en energías renovables, tuberías de hidrógeno y redes de carga de vehículos eléctricos) y el redesarrollo de clústeres industriales (como la electrificación de la energía necesaria para la producción química) tiene el potencial de apoyar la recuperación económica (creando empleo y actividad económica) al tiempo que aumenta la resiliencia general del sector energético en términos de producción de energía limpia.

*****

El reinicio micro obligará a todas las empresas de todos los sectores a experimentar nuevas formas de hacer negocios, trabajar y operar. Aquellos que se sientan tentados a volver a la antigua forma de hacer las cosas fracasarán. Aquellos que se adapten con agilidad e imaginación eventualmente sacarán provecho de la crisis del COVID-19.

3. REINICIO INDIVIDUAL

Al igual que ocurre con los efectos macro y micro, la pandemia tendrá consecuencias profundas y diversas para todos nosotros como individuos. Para muchos ya ha sido devastador. Hasta la fecha, la COVID-19 ha obligado a la mayoría de las personas en todo el mundo a aislarse de sus familias y amigos, ha entorpecido completamente sus planes personales y profesionales y ha minado profundamente su sentido de seguridad económica y, a veces, psicológica y física. A todos se nos ha recordado nuestra fragilidad humana innata, nuestras debilidades y nuestros defectos. Esta comprensión, combinada con el estrés engendrado por los encierros y la profunda sensación simultánea de incertidumbre sobre lo que vendrá después, podría, aunque subrepticiamente, cambiarnos y cambiar la forma en que nos relacionamos con otras personas y con nuestro mundo. Para algunos, lo que comienza como un cambio puede terminar como un reinicio individual.



3.1. Redefiniendo nuestra humanidad

3.1.1. Los mejores ángeles de nuestra naturaleza... o no

Los psicólogos señalan que la pandemia, como la mayoría de los eventos transformadores, tiene la capacidad de sacar lo mejor y lo peor de nosotros. Ángeles o demonios: ¿cuál es la evidencia hasta ahora? A primera vista, parece que la pandemia pudo haber unido a la gente. En marzo de 2020, imágenes de Italia, el país más golpeado en ese momento, transmitieron la impresión de que el "esfuerzo de guerra" colectivo fue uno de los únicos beneficios inesperados de la catástrofe de la COVID-19 que estaba envolviendo al país. A medida que toda la población quedó encerrada en sus hogares, innumerables ejemplos demostraron que, como resultado, las personas no sólo tenían más tiempo para los demás, sino que también parecían ser más amables entre sí. Las salidas para esta mayor sensibilidad colectiva iban desde famosos cantantes de ópera actuando para sus vecinos desde su balcón, hasta un ritual nocturno de la población cantando alabanzas a los trabajadores de la salud (un fenómeno que se extendió a casi toda Europa), además de diversos actos de ayuda mutua y apoyo a los necesitados. Italia, en cierto sentido, abrió el camino y desde entonces, durante todo el período de encierro y en todo el mundo, ha habido ejemplos comparables y generalizados de notable solidaridad personal y social. En todas partes, los simples actos de bondad, generosidad y altruismo parecen convertirse en la norma. En cuanto a lo que valoramos, pasaron a primer plano las nociones de cooperación, las ideas comunitarias, el sacrificio del interés propio por el bien común y el cuidado. Por el contrario, las manifestaciones de poder

individual, popularidad y prestigio fueron mal vistas, e incluso eclipsaron el atractivo de los "ricos y famosos" que se desvaneció a medida que avanzaba la pandemia. Un comentarista observó que el coronavirus tuvo el efecto de "desmantelar rápidamente el culto a la celebridad", una característica clave de nuestra modernidad, y señaló: "El sueño de la movilidad de clase se disipa cuando la sociedad se bloquea, la economía se estanca, el recuento de muertos aumenta y la el futuro está congelado dentro de su propio apartamento abarrotado o mansión palaciega. La diferencia entre los dos nunca ha sido más obvia". [141] Una variedad de tales observaciones ha llevado no sólo a los comentaristas sociales sino también al público en general a reflexionar sobre si la pandemia logró sacar lo mejor de nosotros y, al hacerlo, desencadenó una búsqueda de un significado superior. Me vinieron a la mente muchas preguntas, como: ¿Podría la pandemia dar a luz a mejores seres y un mundo mejor? ¿Será seguido por un cambio de valores? ¿Estaremos más dispuestos a nutrir nuestros lazos humanos y más intencionales en mantener nuestras conexiones sociales? En pocas palabras: ¿seremos más solidarios y compasivos?

Si la historia sirve de guía, los desastres naturales, como los huracanes y los terremotos, unen a las personas, mientras que las pandemias hacen lo contrario: las separan. La razón podría ser la siguiente: al enfrentarse a un desastre natural repentino, violento y, a menudo, breve, las poblaciones se unen y tienden a recuperarse relativamente rápido. Por el contrario, las pandemias son eventos prolongados y de mayor duración que a menudo provocan sentimientos continuos de desconfianza (frente a otros) arraigados en un miedo primordial a morir. Psicológicamente, la consecuencia más importante de la pandemia es generar una enorme cantidad de incertidumbre que a menudo se convierte en una fuente de angustia. No sabemos lo que traerá el mañana (¿habrá otra ola de COVID-19? ¿Afectará a las personas que amo? ¿Conservaré mi trabajo?) Y tal falta de seguridad nos inquieta y preocupa. Como seres humanos, anhelamos la certeza, de ahí la necesidad de un "cierre cognitivo", cualquier cosa que pueda ayudar a borrar la incertidumbre y la ambigüedad que paralizan nuestra capacidad para funcionar "normalmente". En el contexto de una pandemia, los riesgos son complejos, difíciles de comprender y en gran parte desconocidos. Frente a esto, es más probable que retrocedamos en lugar de considerar las necesidades de los demás, como suele suceder con los desastres naturales repentinos (y de hecho, contrariamente a las primeras impresiones predominantes transmitidas por los medios de comunicación). Esto, a su vez, se convierte en una profunda fuente de vergüenza, un sentimiento clave que impulsa las actitudes y reacciones de las personas durante las pandemias. La vergüenza es una

emoción moral que se equipara con sentirse mal: un sentimiento incómodo que mezcla arrepentimiento, odio a uno mismo y una vaga sensación de “deshonra” por no hacer lo “correcto”. La vergüenza ha sido descrita y analizada en innumerables novelas y textos literarios escritos sobre estallidos históricos. Puede tomar formas tan radicales y horrendas como padres que abandonan a sus hijos a su suerte. Al comienzo de The Decameron, una serie de novelas que narran la historia de un grupo de hombres y mujeres que se refugiaron en una villa cuando la peste negra devastó Florencia en 1348, Boccaccio escribe que: “se descubrió que los padres y las madres abandonaban a sus propios hijos, desatendidos, no visitados, a su suerte”. En la misma línea, numerosos relatos literarios de pandemias pasadas, desde A Journal of The Plague Year de Defoe hasta The Betrothed de Manzoni, relatan cómo, tan a menudo, el miedo a la muerte termina anulando todas las demás emociones humanas. En cada situación, las personas se ven obligadas a tomar decisiones sobre salvar sus propias vidas que resultan en una profunda vergüenza debido al egoísmo de su elección final. Afortunadamente, siempre hay excepciones, como vimos de manera más conmovedora durante COVID-19, como entre las enfermeras y los médicos cuyos múltiples actos de compasión y valentía en tantas ocasiones fueron mucho más allá de la llamada de su deber profesional. Pero parecen ser sólo eso: ¡excepciones! En The Great Influenza, [142] un libro que analiza los efectos de la gripe española en Estados Unidos al final de la Primera Guerra Mundial, el historiador John Barry relata que los trabajadores de la salud no pudieron encontrar suficientes voluntarios para ayudar. Cuanto más virulenta se volvía la gripe, menos personas estaban dispuestas a ofrecerse como voluntarias. El sentimiento colectivo de vergüenza que siguió podría ser una de las razones por las que nuestro conocimiento general sobre la pandemia de 1918-1919 es tan escaso, a pesar de que, sólo en los Estados Unidos, mató a 12 veces más personas que la guerra misma. Esto, quizás, también explica por qué hasta la fecha se han escrito tan pocos libros u obras de teatro al respecto.

Los psicólogos nos dicen que el cierre cognitivo a menudo requiere un pensamiento en blanco y negro y soluciones simplistas [143], un terreno propicio para las teorías de la conspiración y la propagación de rumores, noticias falsas, falsedades y otras ideas perniciosas. En tal contexto, buscamos liderazgo, autoridad y claridad, lo que significa que la cuestión de en quién confiamos (dentro de nuestra comunidad inmediata y entre nuestros líderes) se vuelve crítica. En consecuencia, también lo hace la cuestión compensatoria de quién desconfiamos. En condiciones de estrés, el atractivo de la cohesión y la unidad aumenta, lo que nos lleva a unirnos en torno a nuestro clan o grupo

y, en general, volvernos más sociables dentro de él, pero no detrás de él. Parece natural que nuestro sentido de vulnerabilidad y fragilidad aumente, al igual que nuestra dependencia de quienes nos rodean, como en el caso de un bebé o una persona frágil. Nuestro apego a las personas cercanas a nosotros se fortalece, con un renovado sentido de aprecio por todos los que amamos: familiares y amigos. Pero hay un lado más oscuro en esto. También provoca un aumento de los sentimientos patrióticos y nacionalistas, con preocupantes consideraciones religiosas y étnicas que también entran en escena. Al final, esta mezcla tóxica nos perjudica como grupo social. Orhan Pamuk (el autor turco que recibió el Premio Nobel de Literatura en 2006 y cuya última novela, Noches de plaga, se publicará a finales de 2020) relata cómo la gente siempre ha respondido a las epidemias difundiendo rumores e información falsa y retratando la enfermedad como extraña y traída con malas intenciones. Esta actitud nos lleva a buscar un chivo expiatorio, el punto común de todos los brotes a lo largo de la historia, y es la razón por la que "estallidos inesperados e incontrolables de violencia, rumores, pánico y rebelión son comunes en los relatos de epidemias de peste a partir del Renacimiento". [144] Pamuk añade: "La historia y la literatura de las plagas nos muestra que la intensidad del sufrimiento, del miedo a la muerte, del terror metafísico y del sentido de lo siniestro experimentado por la población afectada también determinará la profundidad de su ira y descontento político ".

La pandemia de la COVID-19 nos ha demostrado inequívocamente a todos que vivimos en un mundo que está interconectado y, sin embargo, en gran parte carece de solidaridad entre naciones y, a menudo, incluso dentro de las naciones. A lo largo de los períodos de encierro, han surgido notables ejemplos de solidaridad personal, junto con contraejemplos de comportamiento egoísta. A nivel global, la virtud de ayudarse unos a otros ha brillado por su ausencia, a pesar de la evidencia antropológica de que lo que nos distingue como humanos es la capacidad de cooperar entre nosotros y formar en el proceso algo más grande y más grande que nosotros mismos. ¿La COVID-19 hará que las personas se retraigan en sí mismas, o alimentará su sentido innato de empatía y colaboración, alentándolos hacia una mayor solidaridad? Los ejemplos de pandemias anteriores no son muy alentadores, pero esta vez hay una diferencia fundamental: todos somos colectivamente conscientes de que sin una mayor colaboración no podremos abordar los desafíos globales que enfrentamos colectivamente. Dicho en los términos más sencillos posibles: si, como seres humanos, no colaboramos para afrontar nuestros retos existenciales (el medio ambiente y la caída libre de la gobernanza global, entre otros), estamos condenados. Por lo tanto, no tenemos más remedio que convocar a los mejores ángeles de nuestra naturaleza.

3.1.2. Elecciones morales

La pandemia nos ha obligado a todos, ciudadanos y políticos por igual, voluntariamente o no, a entrar en un debate filosófico sobre cómo maximizar el bien común de la manera menos dañina posible. En primer lugar, nos impulsó a pensar más profundamente sobre lo que realmente significa el bien común. El bien común es aquello que beneficia a la sociedad en su conjunto, pero ¿cómo decidimos colectivamente qué es lo mejor para nosotros como comunidad? ¿Se trata de preservar el crecimiento del PIB y la actividad económica a toda costa para tratar de evitar el aumento del desempleo? ¿Se trata de cuidar a los miembros más frágiles de nuestra comunidad y de hacer sacrificios unos por otros? ¿Es algo intermedio y, si lo es, qué compensaciones están involucradas? Algunas escuelas de pensamiento filosófico, como el libertarismo (para el que la libertad individual es más importante) y el utilitarismo (para el que la búsqueda del mejor resultado para el mayor número tiene más sentido) pueden incluso disputar que el bien común es una causa que vale la pena perseguir, pero ¿Pueden resolverse los conflictos entre teorías morales en competencia? La pandemia los llevó a ebullición, con furiosas discusiones entre campos opuestos. Muchas decisiones enmarcadas como "frías" y racionales, impulsadas exclusivamente por consideraciones económicas, políticas y sociales, están de hecho profundamente influenciadas por la filosofía moral: el esfuerzo por encontrar una teoría que sea capaz de explicar lo que debemos hacer. En realidad, casi todas las decisiones relacionadas con la mejor manera de lidiar con la pandemia podrían reformularse como una elección ética, reflejando que, en casi todos los casos, las prácticas humanas funcionan bajo consideraciones morales. ¿Daré a los que no tienen nada y mostraré empatía a aquellos cuya opinión difiere de la mía? ¿Está bien mentir al público por un bien mayor? ¿Es aceptable no ayudar a mis vecinos que están infectados con la COVID-19? ¿Debo despedir a varios empleados con la esperanza de mantener mi negocio a flote para los demás? ¿Está bien escapar a mi casa de vacaciones por mi propia seguridad y comodidad, o debo ofrecérselo a alguien cuya necesidad excede la mía? ¿Debo ignorar la orden de confinamiento para ayudar a un amigo o familiar? Cada decisión, grande o pequeña, tiene un componente ético, y la forma en que respondemos a todas estas preguntas es lo que finalmente nos permite aspirar a una vida mejor.

Como todas las nociones de filosofía moral, la idea del bien común es esquiva y discutible. Desde que comenzó la pandemia, ha provocado furiosos debates sobre si se debe utilizar un cálculo utilitario al tratar de dominar la pandemia o ceñirse al principio sacrosanto de la santidad de la vida. Nada cristaliza más la cuestión de la elección ética que el debate que se desarrolló durante los bloqueos iniciales sobre el equilibrio entre la

salud pública y el impacto del crecimiento. Como dijimos anteriormente, casi todos los economistas han desmentido el mito de que sacrificar algunas vidas salvará la economía pero, independientemente del juicio de estos expertos, el debate y las discusiones continuaron. En los EE. UU. en particular, pero no exclusivamente, algunos responsables políticos adoptaron la línea de que estaba justificado valorar la economía sobre la vida, respaldando una elección de política que habría sido inimaginable en Asia o Europa, donde tales pronunciamientos habrían sido equivalentes a un suicidio político. (Esta comprensión probablemente explica la apresurada retirada del primer ministro británico Johnson de una política inicial que abogaba por la inmunidad colectiva, a menudo descrita por los expertos y los medios de comunicación como un ejemplo de darwinismo social). La priorización de los negocios por encima de la vida tiene una larga tradición, desde los comerciantes de Siena durante la Gran Peste hasta los de Hamburgo que intentaron ocultar el brote de cólera de 1892. Sin embargo, parece casi incongruente que siga vivo hoy, con todos los conocimientos médicos y los datos científicos que tenemos a nuestra disposición. El argumento presentado por algunos grupos como "Americans for Prosperity" es que las recesiones matan a la gente. Esto, aunque indudablemente es cierto, es un hecho que en sí mismo está arraigado en elecciones de política informadas por consideraciones éticas. En los Estados Unidos, las recesiones sí matan a mucha gente porque la ausencia o la naturaleza limitada de cualquier red de seguridad social las hace potencialmente mortales. ¿Cómo? Cuando las personas pierden sus trabajos sin

apoyo estatal y sin seguro médico, tienden a "morir de desesperación" a través de suicidios, sobredosis de drogas y alcoholismo, como lo muestran y analizan ampliamente Anne Case y Angus Deaton. [145] Las recesiones económicas también provocan muertes fuera de los EE. UU., pero las opciones de políticas en términos de seguro médico y protección de los trabajadores pueden garantizar que haya considerablemente menos. En última instancia, se trata de una elección moral sobre si priorizar las cualidades del individualismo o las que favorecen el destino de la comunidad. Es una elección tanto individual como colectiva (que puede expresarse mediante elecciones), pero el ejemplo de la pandemia muestra que las sociedades altamente individualistas no son muy buenas para expresar solidaridad. [146] En la era inmediatamente posterior a la pandemia, tras la primera ola a principios de 2020 y en un momento en el que muchas economías de todo el mundo se están deslizando hacia recesiones profundas, la perspectiva de bloqueos más severos parece políticamente inconcebible. Incluso los países más ricos no pueden "permitirse" soportar un bloqueo indefinido, ni siquiera un año más o menos. Las consecuencias, en particular en términos de desempleo, serían espantosas y tendrían

consecuencias dramáticas para los más pobres de la sociedad y el bienestar individual en general. Como dijo el economista y filósofo Amartya Sen: "La presencia de enfermedades mata a la gente, y la ausencia de medios de vida también mata a la gente". [147] Por lo tanto, ahora que las capacidades de prueba y rastreo de contactos están ampliamente disponibles, muchas decisiones individuales y colectivas necesariamente involucrarán análisis de costo-beneficio complejos e incluso a veces un cálculo utilitario "cruel". Cada decisión política se convertirá en un compromiso extremadamente delicado entre salvar tantas vidas como sea posible y permitir que la economía funcione lo más plenamente posible. Los bioeticistas y los filósofos morales a menudo discuten entre ellos acerca de contar los años de vida perdidos o salvados en lugar de solo el número de muertes que ocurrieron o que podrían haberse evitado. Peter Singer, profesor de bioética y autor de *La vida que puedes salvar*, es una voz prominente entre quienes se adhieren a la teoría de que debemos tener en cuenta el número de años de vida perdidos, no sólo el número de vidas perdidas. Da el siguiente ejemplo: en Italia, la edad media de los que mueren por COVID-19 es de casi 80 años, lo que podría llevarnos a plantearnos la siguiente pregunta: ¿cuántos años de vida se perdieron en Italia, considerando que muchas de las personas que murieron por el virus no sólo eran ancianos sino que también tenían condiciones médicas subyacentes? Algunos economistas estiman aproximadamente que los italianos perdieron quizás un promedio de tres años de vida, un resultado muy diferente en comparación con los 40 o 60 años de vida perdidos cuando numerosos jóvenes perecen como resultado de la guerra. [148]

El propósito de este ejemplo es el siguiente: hoy en día, casi todo el mundo en todo el mundo tiene una opinión sobre si el cierre en su país fue demasiado severo o no lo suficientemente grave, si debería haber sido acortado o ampliado, si se expresó adecuadamente en su lugar o no, se hizo cumplir adecuadamente o no, a menudo enmarcando la cuestión como un "hecho objetivo". En realidad, todos estos juicios y pronunciamientos que hacemos constantemente están determinados por consideraciones éticas subyacentes que son eminentemente personales. En pocas palabras, lo que exponemos como hechos u opiniones son elecciones morales que la pandemia ha dejado al descubierto. Se hacen en nombre de lo que creemos que es correcto o incorrecto y, por lo tanto, nos definen como quiénes somos. Sólo un ejemplo simple para ilustrar el punto: la OMS y la mayoría de las autoridades sanitarias nacionales recomiendan que usemos una máscara en público. Lo que se ha enmarcado como una necesidad epidemiológica y una medida fácil de mitigar el riesgo se ha convertido en un campo de batalla político. En EE. UU. y, también, pero menos, en algunos otros países, la decisión de usar o no una

máscara se ha vuelto políticamente cargada, ya que se considera una violación de la libertad personal. Pero detrás de la declaración política, negarse a usar una máscara en público es una elección moral, al igual que la decisión de usar una. ¿Esto nos dice algo sobre los principios morales que sustentan nuestras elecciones y decisiones? Probablemente sí.

La pandemia también nos obligó a (re)considerar la importancia crítica de la justicia, una noción muy subjetiva, pero esencial para la armonía social. Tener en cuenta la equidad nos recuerda que algunos de los supuestos más básicos que hacemos en economía tienen un elemento moral incrustado en ellos. Por ejemplo, ¿debería tenerse en cuenta la equidad o la justicia al examinar las leyes de la oferta y la demanda? ¿Y qué nos dice la respuesta sobre nosotros mismos? Este problema moral por excelencia salió a la luz durante la fase más aguda de la pandemia a principios de 2020, cuando comenzaron a producirse algunas necesidades básicas (como aceite y papel higiénico) y suministros críticos para tratar el COVID-19 (como máscaras y ventiladores). ¿Cuál fue la respuesta correcta? ¿Dejar que las leyes de la oferta y la demanda hagan su magia para que los precios suban lo suficiente y despejen el mercado? ¿O, más bien, regular la demanda o incluso los precios por un tiempo? En un famoso artículo escrito en 1986, Daniel Kahneman y Richard Thaler (que posteriormente fueron galardonados con el Premio Nobel de Economía) exploraron este tema y concluyeron que el aumento de precios en una emergencia es simplemente inaceptable desde el punto de vista social porque se percibirá como injusto. Algunos economistas pueden argumentar que los precios más altos provocados por la oferta y la demanda son efectivos en la medida en que desalientan las compras por pánico, pero la mayoría de la gente consideraría que este es un tema que tiene poco que ver con la economía y más con un sentimiento de equidad, por lo tanto de juicio moral. La mayoría de las empresas entienden esto: subir el precio de un bien que se necesita en una situación extrema como una pandemia, especialmente si se trata de una mascarilla o desinfectante de manos, no sólo es ofensivo sino que va en contra de lo que se considera moral y socialmente aceptable. Por esta razón, Amazon prohibió el aumento de precios en su sitio, y las grandes cadenas minoristas respondieron a la escasez no subiendo el precio de los productos sino limitando la cantidad que cada cliente podía comprar.

Es difícil saber si estas consideraciones morales constituyen un reinicio y si tendrán un efecto post-coronavirus duradero en nuestras actitudes y comportamientos. Como mínimo, podríamos asumir que ahora somos más conscientes individualmente del hecho de que nuestras decisiones están infundidas de valores e informadas por elecciones

morales. Podría seguirse que si (pero es un gran "sí") en el futuro abandonamos la postura del interés propio que contamina muchas de nuestras interacciones sociales, es posible que podamos prestar más atención a cuestiones como la inclusión y la equidad. Oscar Wilde ya había resaltado este problema en 1892 al describir a un cínico como “un hombre que sabe el precio de todo y el valor de nada”.

3.2. Salud mental y bienestar

Desde hace años, una epidemia de salud mental se ha apoderado de gran parte del mundo. La pandemia ya lo ha empeorado y seguirá haciéndolo. La mayoría de los psicólogos (y ciertamente todos aquellos con los que hablamos) parecen estar de acuerdo con el juicio expresado en mayo de 2020 por uno de sus pares: "La pandemia ha tenido un efecto devastador en la salud mental". [149]

A diferencia de las enfermedades físicas, las personas con problemas de salud mental a menudo tienen heridas que son invisibles a los ojos de un no profesional. Sin embargo, en la última década, los especialistas en salud mental informan de una explosión de problemas de salud mental que van desde la depresión y el suicidio hasta la psicosis y los trastornos adictivos. En 2017, se estima que 350 millones de personas en todo el mundo padecían depresión. En ese momento, la OMS predijo que la depresión se convertiría en la segunda causa principal de carga de enfermedad a nivel mundial para 2020 y que superaría a la cardiopatía isquémica como la principal causa de carga de enfermedad para 2030. En los EE. UU., los CDC estimaron en 2017 que la depresión afectó a más del 26% de los adultos. Aproximadamente 1 de cada 20 informa síntomas de moderados a graves. En ese momento, también predijo que el 25% de los adultos estadounidenses sufriría una enfermedad mental durante el año y casi el 50% desarrollaría al menos una enfermedad mental durante su vida. [150] En la mayoría de los países del mundo existen cifras y tendencias similares (pero tal vez no tan graves). En el ámbito laboral, el tema de la salud mental se ha convertido en uno de los grandes elefantes de la sala corporativa. La epidemia de estrés, depresión y ansiedad relacionados con el trabajo parece empeorar continuamente. Como ejemplo revelador, en 2017-2018 en el Reino Unido, el estrés, la depresión y la ansiedad representaron más de la mitad (57%) del total de días laborales perdidos debido a problemas de salud. [151]

Para muchas personas, atravesar la pandemia de COVID-19 se definirá como vivir un trauma personal. Las cicatrices infligidas pueden durar años. Para empezar, en los primeros meses del brote, fue demasiado fácil ser víctima de los sesgos de disponibilidad y prominencia. Estos dos atajos mentales hicieron que nos obsesionáramos y rumiamos

sobre la pandemia y sus peligros (la disponibilidad nos hace confiar en ejemplos inmediatos que nos vienen a la mente al evaluar algo y la prominencia nos predispone a enfocarnos en cosas que son más prominentes o emocionalmente impactantes). Durante meses, la COVID-19 se convirtió casi en la única noticia, una noticia que inevitablemente era casi exclusivamente mala. Los informes implacables de muertes, casos infecciosos y todas las otras cosas que podrían salir mal, junto con imágenes cargadas de emoción, permitieron que nuestra imaginación colectiva se desbocara en términos de preocupación por nosotros mismos y nuestros seres queridos más cercanos. Una atmósfera tan alarmante tuvo efectos desastrosos en nuestro bienestar mental. Además, la ansiedad amplificada por los medios puede ser muy contagiosa. Todo esto alimentó una realidad que para muchos equivalía a una tragedia personal, ya sea definida por el impacto económico de la pérdida de ingresos y la pérdida de empleos y / o el impacto emocional de la violencia doméstica, el aislamiento y la soledad agudos o la incapacidad de llorar adecuadamente por los seres queridos fallecidos unos.



Los seres humanos son seres intrínsecamente sociales. El compañerismo y las interacciones sociales son un componente vital de nuestra humanidad. Si se les priva de ellos, encontramos nuestras vidas al revés. Las relaciones sociales son, en gran medida, destruidas por las medidas de confinamiento y el distanciamiento físico o social y, en el caso de los encierros de la COVID-19, esto ocurrió en un momento de mayor ansiedad cuando más los necesitábamos. Se suprimieron los rituales inherentes a nuestra condición humana: apretones de manos, abrazos, besos y muchos otros. El resultado fue la soledad y el aislamiento. Por ahora, no sabemos si podemos volver por completo a nuestro antiguo estilo de vida ni cuándo. En cualquier etapa de la pandemia, pero particularmente hacia el final de los encierros, el malestar mental sigue siendo un riesgo, incluso después de que haya pasado el período de estrés agudo, algo que los psicólogos han llamado el "fenómeno del tercer trimestre" [152] en referencia a las personas que viven aislados durante un período prolongado de tiempo (como exploradores polares o astronautas): tienden a experimentar problemas y tensiones hacia el final de su misión. Como estas personas, pero a escala planetaria, nuestro sentido colectivo de bienestar mental ha recibido un golpe muy severo. Habiendo lidiado con la primera ola, ahora estamos anticipando otra que puede llegar o no, y esta mezcla emocional tóxica corre el riesgo de producir un estado colectivo de angustia. La incapacidad para hacer planes o participar en actividades específicas que solían ser partes intrínsecas de nuestra vida normal y fuentes vitales de placer (como visitar a familiares y amigos en el extranjero, planificar con anticipación para el próximo trimestre en la universidad, solicitar un nuevo



trabajo) tiene la potencial para dejarnos confundidos y desmoralizados. Para muchas personas, las tensiones y tensiones de los dilemas inmediatos que siguieron al final de los encierros durarán meses. ¿Es seguro viajar en transporte público? ¿Es demasiado arriesgado ir a un restaurante favorito? ¿Es apropiado visitar a este familiar o amigo anciano? Durante mucho tiempo, estas decisiones tan banales estarán teñidas de una sensación de pavor, especialmente para aquellos que son vulnerables debido a su edad o estado de salud. En el momento de redactar este artículo (junio de 2020), el impacto de la pandemia en términos de salud mental no se puede cuantificar ni evaluar de forma generalizada, pero se conocen los contornos generales. En pocas palabras: 1) las personas con condiciones de salud mental preexistentes como la depresión sufrirán cada vez más trastornos de ansiedad; 2) las medidas de distanciamiento social, incluso después de que se hayan revertido, habrán empeorado los problemas de salud mental; 3) en muchas familias, la pérdida de ingresos consecutiva al desempleo sumergirá a las personas en el fenómeno de la "muerte por desesperación"; 4) la violencia y el abuso domésticos, en particular contra mujeres y niños, aumentarán mientras dure la pandemia; y 5) las personas y los niños "vulnerables", los que reciben cuidados, los desfavorecidos socioeconómicamente y los discapacitados que necesitan un nivel de apoyo superior al promedio, estarán particularmente en riesgo de sufrir un aumento de la angustia mental. Repasemos a continuación algunos de estos con mayor detalle.

Para muchos, una explosión de problemas mentales ocurrió durante los primeros meses de la pandemia y continuará progresando en la era pospandémica. En marzo de 2020 (al inicio de la pandemia), un grupo de investigadores publicó un estudio en The Lancet que encontró que las medidas de confinamiento producían una variedad de resultados de salud mental graves, como trauma, confusión e ira. [153] Aunque se evitan los problemas de salud mental más graves, es probable que una gran parte de la población mundial haya sufrido estrés en diversos grados. En primer lugar, es entre aquellos que ya son propensos a problemas de salud mental donde se agravarán los desafíos inherentes a la respuesta al coronavirus (encierros, aislamiento, angustia). Algunos resistirán la tormenta, pero para ciertas personas, un diagnóstico de depresión o ansiedad podría convertirse en un episodio clínico agudo. También hay un número significativo de personas que por primera vez presentaron síntomas de trastornos graves del estado de ánimo como manía, signos de depresión y diversas experiencias psicóticas. Todos estos fueron desencadenados por eventos asociados directa o indirectamente con la pandemia y los encierros, como el aislamiento y la soledad, el miedo a contraer la enfermedad, la pérdida de un trabajo, el duelo y las preocupaciones sobre familiares y amigos. En mayo de 2020,

el director clínico de salud mental del Servicio Nacional de Salud de Inglaterra dijo a un comité parlamentario que "la demanda de atención de salud mental aumentaría 'significativamente' una vez que terminara el bloqueo y vería a las personas necesitando tratamiento por traumas en los próximos años". [154] No hay razón para creer que la situación será muy diferente en otros lugares.

La violencia doméstica ha aumentado durante la pandemia. Sigue siendo difícil medir con precisión el aumento debido al elevado número de casos que siguen sin notificarse, pero no obstante, está claro que el aumento de las incidencias fue impulsado por una combinación de ansiedad e incertidumbre económica. Con los encierros, todos los ingredientes necesarios para un aumento de la violencia doméstica se fusionaron: aislamiento de amigos, familiares y empleo, la ocasión de vigilancia constante y proximidad física a una pareja abusiva (a menudo ellos mismos bajo más estrés) y opciones limitadas o nulas. para escapar. Las condiciones del encierro magnificaron los comportamientos abusivos existentes, dejando poco o ningún respiro para las víctimas y sus hijos fuera del hogar. Las proyecciones del Fondo de Población de las Naciones Unidas indican que si la violencia doméstica aumenta en un 20% durante los períodos de encierro, habría 15 millones de casos adicionales de violencia de pareja en 2020 para una duración promedio de encierro de tres meses, 31 millones de casos para un promedio de bloqueo de seis meses, 45 millones para un bloqueo promedio de nueve meses y 61 millones si el período de bloqueo promedio durara un año. Estas son proyecciones globales, que incluyen a los 193 Estados miembros de la ONU, y representan los altos niveles de subregistro característico de la violencia de género. En total, suman un total de 15 millones de casos adicionales de violencia de género por cada tres meses que continúa el encierro. [155] Es difícil predecir cómo evolucionará la violencia doméstica en la era pospandémica. Las condiciones de dificultad lo harán más probable, pero mucho dependerá de cómo cada país controle las dos vías a través de las cuales se produce la violencia doméstica: 1) la reducción de los esfuerzos de prevención y protección, los servicios sociales y la atención; y 2) el aumento concomitante de la incidencia de violencia.

Este subcapítulo concluye con un punto que puede parecer anecdótico pero que ha ganado cierta relevancia en una era de implacables reuniones en línea que podrían expandirse en un futuro previsible: ¿son las conversaciones de video y el bienestar mental malos compañeros de cama? Durante los bloqueos, las conversaciones de video fueron para muchos un salvavidas personal y profesional, lo que nos permitió mantener conexiones humanas, relaciones a larga distancia y conexiones con nuestros colegas.

Pero también han generado un fenómeno de agotamiento mental, popularizado como “fatiga del zoom”: una condición que se aplica al uso de cualquier interfaz de video. Durante los bloqueos, las pantallas y los videos fueron tan solicitados con fines de comunicación que esto equivale a un nuevo experimento social realizado a gran escala. La conclusión: a nuestros cerebros les resulta difícil y, a veces, inquietante realizar interacciones virtuales, especialmente si tales interacciones dan cuenta de la casi totalidad de nuestros intercambios profesionales y personales. Somos animales sociales para quienes las muchas señales menores y a menudo no verbales que ocurren normalmente durante las interacciones sociales físicas son vitales en términos de comunicación y comprensión mutua. Cuando hablamos con alguien en persona, no sólo nos concentramos en las palabras que está diciendo, sino que también nos enfocamos en una multitud de señales infra-lingüísticas que nos ayudan a dar sentido al intercambio que estamos teniendo: es la parte inferior del cuerpo del persona frente a nosotros o se alejó? ¿Qué están haciendo sus manos? ¿Cuál es el tono de su lenguaje corporal general? ¿Cómo respira la persona? Una videoconferencia imposibilita la interpretación de estas señales no verbales cargadas de significado sutil, y nos obliga a concentrarnos exclusivamente en palabras y expresiones faciales a veces alteradas por la calidad del video. En una conversación virtual, no tenemos más que un contacto visual intenso y prolongado, que fácilmente puede volverse intimidante o incluso amenazador, especialmente cuando existe una relación jerárquica. Este problema se magnifica con la vista de “galería”, cuando la visión central de nuestro cerebro corre el riesgo de ser desafiada por la gran cantidad de personas a la vista. Existe un umbral más allá del cual no podemos decodificar a tanta gente a la vez. Los psicólogos tienen una palabra para esto: "atención parcial continua". Es como si nuestro cerebro estuviera tratando de realizar múltiples tareas, en vano por supuesto. Al final de la llamada, la búsqueda constante de señales no verbales que no se pueden encontrar simplemente abruma nuestro cerebro. Tenemos la sensación de estar sin energía y dejados con una sensación de profunda insatisfacción. Esto, a su vez, afecta negativamente nuestra sensación de bienestar mental.



El impacto de la COVID-19 ha dado lugar a una gama más amplia y profunda de problemas de salud mental que afectan a un mayor número de la población, muchos de los cuales podrían haberse salvado en el futuro inmediato si no hubiera sido por la pandemia. Visto en estos términos, el coronavirus ha reforzado no restablecido los problemas de salud mental. Sin embargo, lo que ha logrado la pandemia con respecto a la salud mental, como en tantos otros dominios, es la aceleración de una tendencia



preexistente; con esto ha venido una mayor conciencia pública sobre la gravedad del problema. La salud mental, el factor individual más importante que afecta el nivel de satisfacción de las personas con su vida, [156] ya estaba en la pantalla de radar de los responsables políticos. En la era posterior a la pandemia, a estos problemas se les puede dar la prioridad que merecen. De hecho, esto constituiría un reinicio vital.

3.3. Cambio de prioridades

Ya se ha escrito mucho sobre la forma en que la pandemia podría cambiar cómo pensamos y cómo hacemos las cosas. Sin embargo, todavía estamos en los primeros días (ni siquiera sabemos si la pandemia ha quedado atrás) y, en ausencia de datos e investigación, todas las conjeturas sobre nuestro yo futuro son muy especulativas. No obstante, podemos prever algunos cambios posibles que encajan con los problemas macro y micro que se revisan en este libro. La COVID-19 puede obligarnos a abordar nuestros problemas internos de formas que no hubiéramos considerado anteriormente. Podemos comenzar a hacernos algunas preguntas fundamentales que nunca hubieran surgido sin la crisis y los bloqueos, y al hacerlo restablecer nuestro mapa mental.

Las crisis existenciales como la pandemia nos confrontan con nuestros propios miedos y ansiedades y brindan grandes oportunidades para la introspección. Nos obligan a hacer las preguntas que realmente importan y también pueden hacernos más creativos en nuestra respuesta. La historia muestra que a menudo surgen nuevas formas de organización individual y colectiva después de las depresiones económicas y sociales. Ya hemos proporcionado ejemplos de pandemias pasadas que cambiaron radicalmente el curso de la historia. En tiempos de adversidad, la innovación a menudo prospera; desde hace mucho tiempo se reconoce que la necesidad es la madre de la invención. Esto puede resultar particularmente cierto para la pandemia de COVID-19 que obligó a muchos de nosotros a reducir la velocidad y nos dio más tiempo para reflexionar, lejos del ritmo y el frenesí de nuestro mundo "normal" (con la excepción muy significativa, por supuesto), de las decenas de millones de trabajadores heroicos en la salud, tiendas de abarrotes y supermercados, y padres con niños pequeños o personas que cuidan a familiares ancianos o discapacitados que necesitan atención constante). Ofreciendo los dones de más tiempo, mayor quietud, más soledad (incluso si un exceso de esta última a veces resultaba en soledad), la pandemia brindó una oportunidad para pensar más profundamente sobre quiénes somos, lo que realmente importa y lo que queremos, tanto como individuos como como sociedad. Este período de reflexión colectiva forzada podría dar lugar a un cambio de comportamiento que a su vez desencadenará una

reconsideración más profunda de nuestras creencias y convicciones. Esto podría resultar en un cambio en nuestras prioridades que a su vez afectaría nuestro enfoque de muchos aspectos de nuestra vida cotidiana: cómo socializamos, cuidamos a nuestros familiares y amigos, hacemos ejercicio, administramos nuestra salud, compramos, educamos a nuestros hijos y incluso cómo vemos nuestra posición en el mundo. Cada vez más, pueden surgir preguntas obvias, como: ¿Sabemos qué es lo importante? ¿Somos demasiado egoístas y nos centramos demasiado en nosotros mismos? ¿Le damos demasiada prioridad y tiempo excesivo a nuestra carrera? ¿Somos esclavos del consumismo? En la era post-pandémica, gracias a la pausa para pensar que ofreció a algunos de nosotros, nuestras respuestas bien pueden haber evolucionado en comparación con lo que podrían haber respondido nuestros yo pre-pandémicos. Consideremos, de manera arbitraria y no excluyente, algunos de estos cambios potenciales cuya probabilidad de ocurrencia, nos parece, aunque no muy alta, es sin embargo mayor de lo que comúnmente se supone.

3.3.1. Creatividad

Puede ser un cliché decir que “lo que no nos mata nos hace más fuertes”, pero Friedrich Nietzsche tenía razón. No todos los que sobreviven a una pandemia salen más fuertes, ni mucho menos. Sin embargo, algunas personas lo hacen, con acciones y logros que pueden parecer marginales en ese momento, pero en retrospectiva se considera que han tenido un impacto tremendo. Tener una mentalidad creativa ayuda. También lo es estar en el lugar correcto (como la industria adecuada) en el momento adecuado. Hay pocas dudas, por ejemplo, de que en los próximos años asistiremos a una explosión de creatividad entre las start-ups y los nuevos emprendimientos en los espacios digital y biotecnológico. La pandemia ha soplado viento en popa de ambos, lo que sugiere que veremos muchos avances y mucha innovación por parte de las personas más creativas y originales de estos sectores. ¡Los emprendedores más talentosos tendrán un día de campo!

Lo mismo puede ocurrir en el ámbito de las ciencias y las artes. Los episodios ilustres del pasado corroboran que los personajes creativos prosperan en el encierro. Isaac Newton, por ejemplo, floreció durante la Plaga. Cuando la Universidad de Cambridge tuvo que cerrar en el verano de 1665 después de un brote, Newton regresó a la casa de su familia en Lincolnshire, donde permaneció durante más de un año. Durante este período de aislamiento forzado descrito como annus mirabilis (un "año notable"), tuvo una efusión de energía creativa que formó la base de sus teorías de la gravedad y la óptica y, en

particular, el desarrollo de la ley del cuadrado inverso de gravitación (había un manzano al lado de la casa y se le ocurrió la idea al comparar la caída de una manzana con el movimiento de la luna orbital). [157]

Un principio similar de creatividad bajo presión se aplica a la literatura y está en el origen de algunas de las obras literarias más famosas del mundo occidental. Los estudiosos sostienen que el cierre de los teatros en Londres forzado por la plaga de 1593 ayudó a Shakespeare a dedicarse a la poesía. Es entonces cuando publica “Venus y Adonis”, un popular poema narrativo en el que la diosa implora un beso de un niño “para sacar la infección del peligroso año”. Unos años más tarde, a principios del siglo XVII, los teatros de Londres estaban más cerrados que abiertos debido a la peste bubónica. Una norma oficial estipulaba que las representaciones teatrales tendrían que ser canceladas cuando las muertes provocadas por la plaga superaran las 30 personas por semana. En 1606, Shakespeare fue muy prolífico precisamente porque los teatros estaban cerrados por la epidemia y su compañía no podía tocar. En tan sólo un año escribió “El rey Lear”, “Macbeth” y “Antonio y Cleopatra”. [158] El autor ruso Alexander Pushkin tuvo una experiencia similar. En 1830, después de una epidemia de cólera que había alcanzado Nizhny Novgorod, se encontró encerrado en una finca provincial. De repente, después de años de confusión personal, se sintió aliviado, libre y feliz. Los tres meses que pasó en cuarentena fueron los más creativos y productivos de su vida. Terminó *Eugene Onegin*, su obra maestra, y escribió una serie de bocetos, uno de los cuales se tituló "Una fiesta durante la plaga". Citamos estos ejemplos históricos del florecimiento de la creatividad personal en algunos de nuestros mejores artistas durante una plaga o pandemia, no para minimizar o distraer el impacto financiero catastrófico que la crisis del COVID-19 está teniendo en el mundo de la cultura y el entretenimiento, sino para proporcionar un rayo de esperanza y una fuente de inspiración. La creatividad es más abundante en los sectores culturales y artísticos de nuestras sociedades y la historia ha demostrado que esta misma creatividad puede resultar una fuente importante de resiliencia. Existe una multitud de tales ejemplos. Esta es una forma inusual de reinicio, pero no debería sorprendernos. Cuando suceden cosas devastadoras, la creatividad y el ingenio a menudo prosperan.



3.3.2. Percepción del tiempo

En la novela de Joshua Ferris (2007) *Entonces llegamos al final*, un personaje observa: “Algunos días se sienten más largos que otros. Algunos días parecían dos días completos". Esto sucedió a escala mundial como resultado de la pandemia: alteró nuestro sentido del tiempo. En medio de sus respectivos encierros, mucha gente hizo referencia al

hecho de que los días de encierro parecían durar una eternidad y, sin embargo, las semanas pasaban sorprendentemente rápido. Con, nuevamente, la excepción fundamental de los que estaban en las “trincheras” (todos los trabajadores esenciales que ya hemos mencionado), muchas personas encerradas sintieron la igualdad de los días, con todos los días similares al anterior y al siguiente, y apenas distinción entre los días laborables y el fin de semana. Es como si el tiempo se hubiera vuelto amorfo e indiferenciado, sin todos los marcadores y divisiones normales. En un contexto fundamentalmente diferente pero dentro de un tipo de experiencia similar, los presos que enfrentan la forma de confinamiento más dura y radical lo confirman. “Los días se arrastran y luego te despiertas y ha pasado un mes y piensas, '¿Dónde diablos se ha ido eso?'” Víctor Serge, un revolucionario ruso que fue encarcelado repetidamente, dijo lo mismo: “Hay horas rápidas y muy largos segundos ". [159] ¿Podrían estas observaciones obligar a algunos de nosotros a reconsiderar nuestra relación con el tiempo, a reconocer mejor lo precioso que es y no dejarlo pasar desapercibido? Vivimos en una era de extrema velocidad, donde todo va mucho más rápido que nunca porque la tecnología ha creado una cultura de inmediatez. En esta sociedad de “tiempo real” donde todo es necesario y deseado de inmediato, constantemente nos sentimos presionados por el tiempo y tenemos la molesta sensación de que el ritmo de la vida aumenta constantemente. ¿Podría la experiencia de los encierros alterar esto? ¿Podríamos experimentar a nuestro propio nivel individual el equivalente de lo que harán las cadenas de suministro "justo a tiempo" en la era posterior a la pandemia: una supresión de la aceleración del tiempo en beneficio de una mayor resiliencia y tranquilidad? ¿Podría la necesidad de ser más resilientes psicológicamente obligarnos a reducir la velocidad y ser más conscientes del paso del tiempo? Tal vez. Esta podría ser una de las ventajas inesperadas de COVID-19 y los bloqueos. Nos hizo más conscientes y sensibles sobre los grandes marcadores del tiempo: los preciosos momentos que pasamos con amigos y nuestra familia, las estaciones y la naturaleza, la miríada de pequeñas cosas que requieren un poco de tiempo (como hablar con un extraño, escuchar a un pájaro o admirar una obra de arte) pero que contribuyen al bienestar. El reinicio: en la era posterior a la pandemia, es posible que tengamos una apreciación diferente del tiempo, buscándolo para una mayor felicidad. [160]

3.3.3. Consumo

Desde que se apoderó de la pandemia, se han dedicado muchas columnas y mucho análisis al impacto que tendrá COVID-19 en nuestros patrones de consumo. Un número

considerable de ellos afirma que en la era de la pospandémica seremos más conscientes de las consecuencias de nuestras elecciones y hábitos y decidiremos reprimir algunas formas de consumo. En el otro extremo del espectro, algunos analistas pronostican un “consumo de venganza”, que tomará la forma de un aumento del gasto después de que terminen los cierres, pronosticando una fuerte reactivación de nuestro espíritu animal y un retorno a la situación que prevalecía antes de la pandemia. El consumo de venganza aún no ha ocurrido. Tal vez no suceda en absoluto si primero se activa un sentimiento de autocontrol.

El argumento subyacente que respalda esta hipótesis es el que mencionamos en el capítulo sobre el restablecimiento ambiental: la pandemia ha actuado como una revelación dramática para el público en general sobre la gravedad de los riesgos relacionados con la degradación ambiental y el cambio climático. Una mayor conciencia y una preocupación aguda por la desigualdad, combinada con la comprensión de que la amenaza de malestar social es real, inmediata y está en nuestra puerta, podría tener el mismo efecto. Cuando se alcanza un punto de inflexión, la desigualdad extrema comienza a erosionar el contrato social y cada vez resulta más en un comportamiento antisocial (incluso delictivo), a menudo dirigido a la propiedad. En respuesta, se debe considerar que los patrones de consumo están cambiando. ¿Cómo podría resultar esto? El consumo conspicuo podría caer en desgracia. Tener el modelo más reciente y actualizado de lo que sea ya no será un signo de estatus, sino que se considerará, en el mejor de los casos, fuera de contacto y, en el peor, francamente obsceno. La señalización posicional se invertirá. Proyectar un mensaje sobre uno mismo a través de una compra y hacer alarde de "cosas" caras puede simplemente volverse pasado de moda. Dicho en términos simples, en un mundo pospandémico acosado por el desempleo, las desigualdades insoportables y la angustia por el medio ambiente, la ostentación de riqueza ya no será aceptable.

El camino a seguir puede inspirarse en el ejemplo de Japón junto con algunos otros países. Los economistas se preocupan constantemente por la posible japonificación del mundo (a la que nos referimos en la sección macro), pero hay una historia de japonificación mucho más positiva que nos da una idea de hacia dónde queremos ir con respecto al consumo. Japón posee dos características distintivas que están entrelazadas: tiene uno de los niveles más bajos de desigualdad entre los países de ingresos altos y, desde el estallido de la burbuja especulativa a fines de la década de 1980, ha tenido un nivel más bajo de consumo conspicuo que lo distingue. Hoy en día, el valor positivo del minimalismo (hecho viral por la serie *Marie Kondo*), la búsqueda de por vida de encontrar

significado y propósito en la vida (ikigai) y la importancia de la naturaleza y la práctica de los baños en el bosque (shirin-yoku) están siendo emulados en en muchas partes del mundo, a pesar de que todos adoptan un estilo de vida japonés relativamente más "frugal" en comparación con las sociedades más consumistas. Un fenómeno similar se puede observar en los países nórdicos, donde el consumo conspicuo está mal visto y reprimido. Pero nada de esto los hace menos felices, todo lo contrario. [161] Como nos siguen recordando los psicólogos y los economistas del comportamiento, el consumo excesivo no equivale a la felicidad. Este podría ser otro reinicio personal: la comprensión de que el consumo conspicuo o el consumo excesivo de cualquier tipo no es bueno para nosotros ni para nuestro planeta, y la posterior comprensión de que un sentido de realización y satisfacción personal no tiene por qué depender del consumo implacable, tal vez del todo lo contrario.

3.3.4. Naturaleza y bienestar

La pandemia ha demostrado ser un ejercicio en tiempo real sobre cómo manejar nuestra ansiedad y miedos durante un período de extraordinaria confusión e incertidumbre. De ahí ha surgido un mensaje claro: la naturaleza es un antídoto formidable para muchos de los males de hoy. Investigaciones recientes y abundantes explican de manera indiscutible por qué es así. Neurocientíficos, psicólogos, médicos, biólogos y microbiólogos, especialistas en rendimiento físico, economistas, científicos sociales: todos en sus respectivos campos ahora pueden explicar por qué la naturaleza nos hace sentir bien, cómo alivia el dolor físico y psicológico y por qué se asocia con tanto muchos beneficios en términos de bienestar físico y mental. A la inversa, también pueden mostrar por qué estar separados de la naturaleza en toda su riqueza y variedad (vida silvestre, árboles, animales y plantas) afecta negativamente nuestras mentes, nuestros cuerpos, nuestras vidas emocionales y nuestra salud mental. [162] El COVID-19 y los constantes recordatorios de las autoridades de salud de caminar o hacer ejercicio todos los días para mantenerse en forma colocan estas consideraciones al frente y al centro. También lo hicieron las miríadas de testimonios individuales durante los encierros, que muestran cuánta gente en las ciudades anhelaba la vegetación: un bosque, un parque, un jardín o simplemente un árbol. Incluso en los países con los regímenes de bloqueo más estrictos como Francia, las autoridades sanitarias insistieron en la necesidad de pasar algún tiempo al aire libre todos los días. En la era posterior a la pandemia, muchas menos personas ignorarán la centralidad y el papel esencial de la naturaleza en sus vidas. La pandemia hizo posible esta toma de conciencia a gran escala (ya que ahora casi todo el mundo lo sabe). Esto creará

conexiones más profundas y personales a nivel individual con los macro puntos que hicimos anteriormente sobre la preservación de nuestros ecosistemas y la necesidad de producir y consumir de manera respetuosa con el medio ambiente. Ahora sabemos que sin acceso a la naturaleza y todo lo que tiene que ofrecer en términos de biodiversidad, nuestro potencial para el bienestar físico y mental se ve gravemente afectado.

A lo largo de la pandemia, se nos recordó que las reglas de distanciamiento social, lavado de manos y uso de mascarillas (más el autoaislamiento para las personas más vulnerables) son las herramientas estándar para protegernos del COVID-19. Sin embargo, otros dos factores esenciales que dependen en gran medida de nuestra exposición a la naturaleza también juegan un papel vital en nuestra resistencia física al virus: la inmunidad y la inflamación. Ambos contribuyen a protegernos, pero la inmunidad disminuye con la edad, mientras que la inflamación aumenta. Para mejorar nuestras posibilidades de resistir el virus, se debe reforzar la inmunidad y suprimir la inflamación. ¿Qué papel juega la naturaleza en este escenario? Ella es la protagonista, ¡la ciencia ahora nos dice! El bajo nivel de inflamación constante que experimentan nuestros cuerpos conduce a todo tipo de enfermedades y trastornos, que van desde afecciones cardiovasculares hasta depresión y capacidades inmunitarias reducidas. Esta inflamación residual es más frecuente entre las personas que viven en ciudades, entornos urbanos y áreas industrializadas. Ahora se ha establecido que la falta de conexión con la naturaleza es un factor que contribuye a una mayor inflamación, y los estudios muestran que pasar solo dos horas en un bosque puede aliviar la inflamación al reducir los niveles de citocinas (un marcador de inflamación). [163] Todo esto se reduce a elecciones de estilo de vida: no solo el tiempo que pasamos en la naturaleza, sino también lo que comemos, cómo dormimos, cuánto ejercicio hacemos. Estas son opciones que apuntan a una observación alentadora: la edad no tiene por qué ser una fatalidad. Una amplia investigación muestra que, junto con la naturaleza, la dieta y el ejercicio físico pueden ralentizar, incluso a veces revertir, nuestro declive biológico. ¡No tiene nada de fatalista! Ejercicio, naturaleza, comida sin procesar... Todos tienen el doble beneficio de mejorar la inmunidad y suprimir la inflamación. [164] Esto encaja con el punto que acabamos de señalar sobre los hábitos de consumo. Sería sorprendente que toda esta evidencia recién encontrada no condujera a una mayor conciencia sobre el consumo responsable. Como mínimo, la dirección de la tendencia (menos depredación, más sostenibilidad) parece clara.

El reinicio para las personas: la pandemia ha llamado nuestra atención sobre la importancia de la naturaleza. En el futuro, prestar más atención a nuestros activos naturales se volverá progresivamente primordial.

CONCLUSIÓN 

En junio de 2020, apenas seis meses desde que comenzó la pandemia, el mundo está en un lugar diferente. En este corto período de tiempo, COVID-19 ha desencadenado cambios trascendentales y ha magnificado las líneas de falla que ya acosan nuestras economías y sociedades. Aumento de las desigualdades, un sentido generalizado de injusticia, profundización de las divisiones geopolíticas, polarización política, aumento del déficit público y altos niveles de deuda, gobernanza global ineficaz o inexistente, financiarización excesiva, degradación ambiental: estos son algunos de los principales desafíos que existían antes de la pandemia. La crisis de la corona los ha agravado a todos. ¿Podría la debacle de COVID-19 ser el rayo antes del trueno? ¿Podría tener la fuerza para desencadenar una serie de cambios profundos? No podemos saber cómo será el mundo dentro de 10 meses, mucho menos cómo será dentro de 10 años, pero lo que sí sabemos es que a menos que hagamos algo para restablecer el mundo de hoy, el de mañana estará profundamente afectado. En *Crónica de una muerte anunciada* de Gabriel García Márquez, un pueblo entero prevé una catástrofe inminente y, sin embargo, ninguno de los aldeanos parece capaz o dispuesto a actuar para prevenirla, hasta que es demasiado tarde. No queremos ser ese pueblo. Para evitar ese destino, sin demora  debemos poner en marcha el Gran Reinicio. Esto no es algo "bueno de tener" sino una necesidad absoluta. No abordar y solucionar los males profundamente arraigados de nuestras sociedades y economías podría aumentar el riesgo de que, como a lo largo de la historia, en última instancia, un reinicio sea impuesto por conmociones violentas como conflictos e incluso revoluciones. Nos corresponde a nosotros tomar el toro por los cuernos. La pandemia nos brinda esta oportunidad: “representa una ventana de oportunidad rara pero estrecha para reflexionar, reimaginar y reiniciar nuestro mundo”. [165]

La profunda crisis provocada por la pandemia nos ha brindado muchas oportunidades para reflexionar sobre cómo funcionan nuestras economías y sociedades y las formas en las que no. El veredicto parece claro: tenemos que cambiar; deberíamos cambiar. ¿Pero podemos? ¿Aprenderemos mejor de los errores que cometimos en el pasado? ¿Abrirá la pandemia la puerta a un futuro mejor? ¿Conseguiremos poner en orden nuestra casa global? En pocas palabras, ¿pondremos en marcha el Gran Reinicio? Restablecer es una tarea ambiciosa, quizás demasiado ambiciosa, pero no tenemos más remedio que hacer todo lo posible para lograrlo. Se trata de hacer que el mundo sea menos divisivo, menos contaminante, menos destructivo, más inclusivo, más equitativo y más justo de lo que lo dejamos en la era prepandémica. No hacer nada, o muy poco, es caminar sonámbulo

hacia una desigualdad social, desequilibrios económicos, injusticia y degradación ambiental cada vez mayores. No actuar equivaldría a dejar que nuestro mundo se vuelva más mezquino, más dividido, más peligroso, más egoísta y simplemente insoportable para grandes segmentos de la población mundial. No hacer nada no es una opción viable.

Dicho esto, el Gran Reinicio está lejos de ser un hecho. Algunos pueden resistir la necesidad de participar en ella, temerosos de la magnitud de la tarea y con la esperanza de que el sentido de urgencia disminuya y la situación vuelva pronto a la "normalidad". El argumento a favor de la pasividad es el siguiente: hemos pasado por choques similares (pandemias, duras recesiones, divisiones geopolíticas y tensiones sociales) antes y los superaremos nuevamente. Como siempre, las sociedades se reconstruirán y nuestras economías también. ¡La vida continua! La justificación para no restablecer también se basa en la convicción de que el estado del mundo no es tan malo y que solo necesitamos arreglar algunas cosas para mejorarlo. Es cierto que el estado del mundo actual es en promedio considerablemente mejor que en el pasado. Debemos reconocer que, como seres humanos, nunca lo hemos tenido tan bien. Casi todos los indicadores clave que miden nuestro bienestar colectivo (como el número de personas que viven en la pobreza o mueren en conflictos, el PIB per cápita, la esperanza de vida o las tasas de alfabetización, e incluso el número de muertes causadas por pandemias) han mejorado continuamente durante pasados siglos, de manera impresionante en las últimas décadas. Pero han ido mejorando "en promedio", una realidad estadística que no tiene sentido para quienes se sienten (y tan a menudo están) excluidos. Por lo tanto, la convicción de que el mundo de hoy es mejor que nunca, si bien es correcto, no puede servir como excusa para consolarse con el status quo y no solucionar los muchos males que continúan afligiéndolo. La trágica muerte de George Floyd (un afroamericano asesinado por un oficial de policía en mayo de 2020) ilustra vívidamente este punto. Fue el primer dominó o la gota que colmó el vaso que marcó un punto de inflexión trascendental en el que un sentimiento de injusticia acumulado y profundo sentido por la comunidad afroamericana de Estados Unidos finalmente estalló en protestas masivas. ¿Señalarles que en "promedio" su suerte es mejor hoy que en el pasado habría apaciguado su enojo? ¡Por supuesto no! Lo que les importa a los afroamericanos es su situación actual, no cuánto ha "mejorado" su condición en comparación con hace 150 años cuando muchos de sus antepasados vivían en la esclavitud (fue abolida en los Estados Unidos en 1865), o incluso hace 50 años cuando casarse con un estadounidense blanco era ilegal (el matrimonio interracial solo se legalizó en todos los estados en 1967). Dos puntos son pertinentes para el Gran Reinicio en esto: 1) nuestras acciones y reacciones humanas no están arraigadas en datos estadísticos,

sino que están determinadas por emociones y sentimientos: las narrativas impulsan nuestro comportamiento; y 2) a medida que mejora nuestra condición humana, aumenta nuestro nivel de vida y también nuestras expectativas de una vida mejor y más justa. En ese sentido, las protestas sociales generalizadas que tuvieron lugar en junio de 2020 reflejan la urgente necesidad de emprender el Gran Reset. Al conectar un riesgo epidemiológico (COVID-19) con un riesgo social (protestas), dejaron claro que, en el mundo de hoy, es la conectividad sistémica entre riesgos, problemas, desafíos y también oportunidades lo que importa y determina el futuro. En los primeros meses de la pandemia, la atención pública se ha centrado comprensiblemente en los efectos epidemiológicos y de salud del COVID-19. Pero, en el futuro, los problemas más importantes radicarán en la concatenación de los riesgos económicos, geopolíticos, sociales, ambientales y tecnológicos que se derivarán de la pandemia y su impacto continuo en las empresas y las personas.

No se puede negar que el virus COVID-19 ha sido en la mayoría de los casos una catástrofe personal para los millones de personas infectadas, y para sus familias y comunidades. Sin embargo, a nivel mundial, si se considera en términos del porcentaje de la población mundial afectada, la crisis de la corona es (hasta ahora) una de las pandemias menos mortales que el mundo ha experimentado durante los últimos 2000 años. Con toda probabilidad, a menos que la pandemia evolucione de forma imprevista, las consecuencias del COVID-19 en términos de salud y mortalidad serán leves en comparación con pandemias anteriores. A fines de junio de 2020 (en un momento en el que el brote todavía se está produciendo en América Latina, el sur de Asia y gran parte de los EE. UU.), COVID-19 ha matado a menos del 0,006% de la población mundial. Para contextualizar esta baja cifra en términos de letalidad, la gripe española mató al 2,7% de la población mundial y el VIH / SIDA al 0,6% (desde 1981 hasta la actualidad). La peste de Justiniano desde su inicio en 541 hasta que finalmente desapareció en 750 mató a casi un tercio de la población de Bizancio según diversas estimaciones, y se considera que la Peste Negra (1347-1351) mató entre el 30% y el 40% de la población mundial en ese momento. La pandemia de corona es diferente. No constituye una amenaza existencial, ni una conmoción que dejará su huella en la población mundial durante décadas. Sin embargo, entraña perspectivas preocupantes por todas las razones ya mencionadas; en el mundo interdependiente de hoy, los riesgos se confunden entre sí, amplificando sus efectos recíprocos y magnificando sus consecuencias. Se desconoce gran parte de lo que se avecina, pero podemos estar seguros de lo siguiente: en el mundo pospandémico, las cuestiones de equidad pasarán a primer plano, que van desde el estancamiento de los

ingresos reales de una gran mayoría hasta la redefinición de nuestros contratos sociales. De manera similar, las preocupaciones profundas sobre el medio ambiente o las preguntas sobre cómo se puede implementar y gobernar la tecnología en beneficio de la sociedad se abrirán paso en la agenda política. Todos estos problemas son anteriores a la pandemia, però la COVID-19 los ha dejado al descubierto para que todos los vean y los ha amplificado. La dirección de las tendencias no ha cambiado pero, a raíz de la COVID-19, se hizo mucho más rápido.

El requisito previo absoluto para un restablecimiento adecuado es una mayor colaboración y cooperación dentro y entre los países. La cooperación, una “habilidad cognitiva supremamente humana” que puso a nuestra especie en su trayectoria única y extraordinaria, puede resumirse como una “intencionalidad compartida” para actuar juntos hacia un objetivo común. [166] Simplemente no podemos progresar sin él. ¿La era pospandémica se caracterizará por una mayor o menor cooperación? Existe un riesgo muy real de que mañana el mundo esté aún más dividido, nacionalista y propenso a los conflictos que hoy. Muchas de las tendencias revisadas en la sección macro sugieren que, avanzando hacia el futuro, nuestro mundo será menos abierto y menos cooperativo que antes de la pandemia. Pero es posible un escenario alternativo, en el que la acción colectiva dentro de las comunidades y una mayor colaboración entre las naciones permitan una salida más rápida y pacífica de la crisis de la corona. A medida que las economías se reinician, existe la oportunidad de incorporar una mayor igualdad social y sostenibilidad en la recuperación, acelerando en lugar de retrasar el progreso hacia los Objetivos de Desarrollo Sostenible 2030 y desatando una nueva era de prosperidad. [167] ¿Qué podría hacer esto posible y aumentar las probabilidades a favor de tal resultado?

Ver las fallas y las fallas a la cruel luz del día que arroja la crisis del corona puede obligarnos a actuar más rápido reemplazando ideas, instituciones, procesos y reglas fallidos por otros nuevos que se adapten mejor a las necesidades actuales y futuras. Esta es la esencia del Gran Reinicio. ¿Podría la experiencia de la pandemia compartida a nivel mundial ayudar a aliviar algunos de los problemas que enfrentamos cuando comenzó la crisis? ¿Puede emerger una sociedad mejor de los bloqueos? Amartya Sen, premio Nobel de Economía, cree que sí, creyendo que: “La necesidad de actuar juntos puede ciertamente generar una apreciación del papel constructivo de la acción pública” [168], citando como prueban algunos ejemplos como el de la Segunda Guerra Mundial que hizo que la gente se diera cuenta de la importancia de la cooperación internacional y convenciera a países como el Reino Unido del beneficio de una alimentación y una atención médica mejor compartidas (y la eventual creación del estado de bienestar). Jared

Diamond, el autor de *Upheaval: How Nations Cope with Crisis and Change*, tiene una opinión similar, esperando que la crisis del corona nos obligue a abordar cuatro riesgos existenciales que enfrentamos colectivamente: 1) amenazas nucleares; 2) cambio climático; 3) el uso insostenible de recursos esenciales como bosques, mariscos, tierra vegetal y agua dulce; y 4) las consecuencias de las enormes diferencias en los niveles de vida entre los pueblos del mundo: "Por extraño que parezca, la resolución exitosa de la crisis pandémica puede motivarnos a abordar los problemas más importantes que hasta ahora nos hemos resistido a enfrentar. Si la pandemia finalmente nos prepara para lidiar con esas amenazas existenciales, puede haber un rayo de luz en la nube negra del virus. Entre las consecuencias del virus, podría llegar a ser la más grande, la más duradera y nuestra gran causa de esperanza ". [169]

Estas expresiones de esperanza individual están respaldadas por una multitud de encuestas que concluyen que colectivamente deseamos el cambio. Van desde una encuesta en el Reino Unido que muestra que la mayoría de la gente quiere alterar fundamentalmente la economía a medida que se recupera, en contraste con una cuarta parte que desea que vuelva a ser como era, [170] a encuestas internacionales que encuentran que una gran mayoría de los ciudadanos de todo el mundo quieren que la recuperación económica de la crisis de la corona dé prioridad al cambio climático [171] y apoye una recuperación ecológica. [172] En todo el mundo, están proliferando los movimientos que exigen un "futuro mejor" y que piden un cambio hacia un sistema económico que priorice nuestro bienestar colectivo sobre el mero crecimiento del PIB.

*****

Ahora nos encontramos en una encrucijada. Un camino nos llevará a un mundo mejor: más inclusivo, más equitativo y más respetuoso con la madre naturaleza. El otro nos llevará a un mundo que se parece al que acabamos de dejar atrás, pero peor y constantemente acosado por sorpresas desagradables. Por tanto, debemos hacerlo bien. Los desafíos que se avecinan podrían tener más consecuencias de lo que hemos decidido imaginar hasta ahora, pero nuestra capacidad para reiniciar también podría ser mayor de lo que nos habíamos atrevido a esperar anteriormente.

AGRADECIMIENTOS

Los autores quisieran agradecer a Mary Anne Malleret por su invaluable contribución al manuscrito y por mejorar enormemente su estilo general, gracias a su "pluma", y a Hilde Schwab, por actuar como lectora crítica. También les gustaría agradecer a Camille Martin en Monthly Barometer por brindar asistencia en la investigación, y a Fabienne Stassen, quien editó el libro diligentemente y con ojo para los detalles, a pesar de las obvias limitaciones de tiempo.



También agradecemos a los numerosos colegas del Foro Económico Mundial que asesoraron, leyeron, revisaron, formatearon, diseñaron, publicaron y promovieron este libro. Entre ellos se encuentran colegas de las oficinas de San Francisco, Nueva York, Ginebra, Beijing y Tokio, y especialistas en economía, sociedad, tecnología, salud pública y políticas públicas. Un agradecimiento especial para Kelly Ommundsen y Peter Vanham en la Oficina del Presidente. Finalmente, la retroalimentación de los integrantes del Foro de todo el mundo y de personas con antecedentes muy diferentes ayudó a hacer de este libro lo que se espera que sea: un libro oportuno, bien equilibrado e informativo sobre el desafío de salud pública más importante en un siglo que el mundo sigue afrontando, y formas de abordarlo y aliviar su impacto en el futuro.

Klaus Schwab y Thierry Malleret

Ginebra, julio de 2020

ENDNOTES

[1] Snowden, Frank, Epidemics and Society: From the Black Death to the Present, Yale University Press, 2019.

[2] Tuchman, Barbara, A Distant Mirror – The Calamitous 14th Century, Random House Trade Paperbacks; Reissue edition, 1987.

[3] Solana, Javier, “Our Finest Hour”, Project Syndicate, 28 March 2020, https://www.project-syndicate.org/commentary/global-socioeconomic-landscape-after-covid19-pandemic-by-javier-solana-2020-03.

[4] Camus, Albert, The Plague, Stuart Gilbert translation, Alfred A. Knopf, Inc., 1948, p. 80.

[5] Mahbubani, Kishore, The Great Convergence: Asia, the West, and the Logic of One World, PublicAffairs, Perseus Books Group, 2013.

[6] World Economic Forum, The Global Risks Report 2020, Insight Report, 15th Edition, http://www3.weforum.org/docs/WEF_Global_Risk_Report_2020.pdf.

[7] Wharton University of Pennsylvania, Risk Management and Decision Processes Center, “The Ostrich Paradox: Why We Underprepare for Disasters”, Issue Brief, May 2018, https://riskcenter.wharton.upenn.edu/wp-content/uploads/2019/03/Ostrich-Paradox-issue-brief.pdf.

[8] Wagenaar, William A. and Sabato D. Sagaria, “Misperception of exponential growth”, Perception & Psychophysics, vol. 18, 1975, pp. 416–422, https://link.springer.com/article/10.3758/BF03204114.

[9] CDC, “2019-2020 U.S. Flu Season: Preliminary Burden Estimates”, https://www.cdc.gov/flu/about/burden/preliminary-in-season-estimates.htm

[10] Johns Hopkins University & Medicine, Coronavirus Resource Center, “COVID-19 Dashboard by the Center for 192Systems Science and Engineering (CSSE) at Johns Hopkins University (JHU)”, 24 June 2020.

[11] Simon, Herbert, “The Architecture of Complexity”, Proceedings of the American Philosophical Society, vol. 106, no. 6, 1962, pp. 467-482.

[12] Malleret, Thierry, Disequilibrium: A World Out of Kilter, BookBaby, 2012.

[13] Contrary to white-swan events, which are certain, black-swan events are very rare, hard to predict (non-probabilistic) and have outsized consequences. They are called “black swans” in reference to the fact that such swans were presumed not to exist until Dutch explorers discovered them in Western Australia at the end of the 17th century.

[14] Webb, Richard, “Quantum physics”, New Scientist, n.d., https://www.newscientist.com/term/quantum-physics/#.

[15] Project Gutenberg, “A Journal of the Plague Year by Daniel Defoe”, http://www.gutenberg.org/ebooks/376.

[16] Jordison, Sam, “Defoe’s Plague Year was written in 1722 but speaks clearly to our time”, The Guardian, 5 May 2020, https://www.theguardian.com/books/booksblog/2020/may/05/defoe-a-journal-of-the-plague-year-1722-our-time.

[17] Schama, Simon, “Plague time: Simon Schama on what history tells us”, Financial Times, 10 April 2020, https://www.ft.com/content/279dee4a-740b-11ea-95fe-fcd274e920ca.

[18] Jordà, Òscar, Sanjay R. Singh and Alan M. Taylor, “Longer-Run Economic Consequences of Pandemics”, Federal Reserve Bank of San Francisco, Working Paper 2020-09, 2020, https://www.frbsf.org/economic-research/files/wp2020-09.pdf.

[19] Bloomberg, “Coronavirus Is Likely to Become a Seasonal Infection Like the Flu, Top Chinese Scientists Warn”, Time, 28 April 2020, https://time.com/5828325/coronavirus-covid19-seasonal-asymptomatic-carriers.

[20] Kristof, Nicholas, “Let’s Remember That the Coronavirus Is Still a Mystery”, The New York Times, 20 May 2020, https://www.nytimes.com/2020/05/20/opinion/us-coronavirus-reopening.html.

[21] Draulans, Dirk, “‘Finally, a virus got me.’ Scientist who fought Ebola and HIV reflects on facing death from COVID-19”, Science, 8 May 2020, https://www.sciencemag.org/news/2020/05/finally-virus-got-me-scientist-who-fought-ebola-and-hiv-reflects-facing-death-covid-19#.

[22] Moore, Kristine, et al., COVID-19: The CIDRAP Viewpoint, Center for Infectious Disease Research and Policy (CIDRAP), 2020, https://www.cidrap.umn.edu/sites/default/files/public/downloads/cidrap-covid19-viewpoint-part1_0.pdf.

[23] Cherukupalli, Rajeev and Tom Frieden, “Only Saving Lives Will Save Livelihoods”, Foreign Affairs, 13 May 2020, https://www.foreignaffairs.com/articles/united-states/2020-05-13/only-saving-lives-will-save-livelihoods.

[24] Badger, Emily and Alicia Parlapiano, “Government Orders

Alone Didn’t Close the Economy. They Probably Can’t Reopen It”, The New York Times, 9 May 2020 update, https://www.nytimes.com/2020/05/07/upshot/pandemic-economy-government-orders.html.
[25] Wighton, Kate, “Lockdown and school closures in Europe may have prevented 3.1m deaths”, Imperial College London, 8 June 2020, https://www.imperial.ac.uk/news/198074/lockdown-school-closures-europe-have-prevented.
[26] Hsiang, Solomon, et al., “The effect of large-scale anti-contagion policies on the COVID-19 pandemic”, Nature, 8 June 2020, https://www.nature.com/articles/s41586-020-2404-8.
[27] Goodman, Peter S., “ Why the Global Recession Could Last a Long Time”, The New York Times, 1 April 2020, https://www.nytimes.com/2020/04/01/business/economy/coronavirus-recession.html.
[28] Organisation for Economic Co-operation and Development (OECD), “Evaluating the initial impact ofCOVID-19 containment measures on economic activity”, 10 June 2020, https://read.oecd-ilibrary.org/view/?ref=126_126496-evgsi2gmqj&title=Evaluating_the_initial_impact_of_COVID-19_containment_measures_on_economic_activity.
[29] CPB Netherlands Bureau for Economic Policy Analysis, “Scenarios economic consequences corona crisis”, CPB Scenarios, March 2020, https://www.cpb.nl/sites/default/files/omnidownload/CPB-Scenarios-March-2020-Scenarios-economic-consequences-corona-crisis.pdf.
[30] International Monetary Fund, “World Economic Outlook Update”, June 2020, https://www.imf.org/en/Publications/WEO/Issues/2020/06/24/WEO UpdateJune2020.
[31] Politi, James, “What to know about America’s newly unemployed”, Financial Times, 21 May 2020, https://www.ft.com/content/5924441b-1cb6-4fbd-891b-0afb07e163d7.
[32] Frey, Carl Benedikt, “Covid-19 will only increase automation anxiety”, Financial Times, 21 April 2020, https://www.ft.com/content/817228a2-82e1-11ea-b6e9-a94cffd1d9bf.
[33] Jaimovich, Nir and Henry E. Siu, “Job Polarization and Jobless Recoveries”, National Bureau of Economic Research (NBER), Working Paper 18334, November 2018 revision, https://www.nber.org/papers/w18334.pdf.
[34] Coyle, Diane and Benjamin Mitra-Khan, “Making the Future Count”, mimeo, 2017.
[35] Boffey, Daniel, “Amsterdam to embrace 'doughnut' model to mend post-coronavirus economy”, The Guardian, 8 April 2020, https://www.theguardian.com/world/2020/apr/08/amsterdam-doughnut-model-mend-post-coronavirus-economy.
[36] Banerjee, Abhijit V. and Esther Duflo, Good Economics for Hard Times, PublicAffairs, 2019.
[37] Ibid.
[38] Commission on Growth and Development, The Growth Report: Strategies for Sustained Growth and Inclusive Development, World Bank, 2008; Hallward-Driemeier, Mary and Gaurav Nayyar, Trouble in the Making? The Future of Manufacturing-Led Development, World Bank Group, 2018.
[39] Ellen MacArthur Foundation, “What is a circular economy?”,
2017,
195https://www.ellenmacarthurfoundation.org/circular-economy/concept.
[40] As proven by the Platform for Accelerating the Circular Economy (PACE), see https://pacecircular.org.
[41] International Trade Union Confederation (ITCU), “Investing in the Care Economy: A Pathway to Growth”, 8 March 2016, https://www.ituc-csi.org/investing-in-the-care-economy-a.
[42] Cassidy, John, “Can We Have Prosperity Without Growth?”, The New Yorker, 3 February 2020, https://www.newyorker.com/magazine/2020/02/10/can-we-have-prosperity-without-growth.
[43] Degrowth, “Degrowth: New Roots for the Economy”, 2020, https://www.degrowth.info/en/open-letter.
[44] McAfee, Andrew, More from Less, Simon & Schuster, Inc., 2019.
[45] Blanchard, Olivier, “Designing the fiscal response to the COVID-19 pandemic”, Peterson Institute for International Economics (PIIE), Briefing 20-1, 8 April 2020.
[46] Reinhart, Carmen M. and Kenneth Rogoff, “The Coronavirus Debt Threat”, The Wall Street Journal, 26 March 2020, https://www.wsj.com/articles/the-coronavirus-debt-threat-11585262515.
[47] Reinhart, Carmen M., “This Time Truly Is Different”, Project Syndicate, 23 March 2020, https://www.project-syndicate.org/commentary/covid19-crisis-has-no-economic-precedent-by-carmen-reinhart-2020-03.
[48] Saez, Emmanuel and Gabriel Zucman, “Keeping Business Alive: The Government Will Pay”, 16 March 2020 revision, http://gabriel-zucman.eu/files/coronavirus2.pdf.
[49] Effective deep negative interest rates would have to be

supported with measures to prevent financial firms from hoarding cash, see Rogoff, Kenneth, “The Case for Deeply Negative Interest Rates”, Project Syndicate, 4 May 2020, https://www.project-syndicate.org/commentary/advanced-economies-need-deeply-negative-interest-rates-by-kenneth-rogoff-2020-05.

[50] Blanchard, Olivier, “Is there deflation or inflation in our future?”, VOX, 24 April 2020, https://voxeu.org/article/there-196deflation-or-inflation-our-future.

[51] Sharma, Ruchir, “Elizabeth Warren and Donald Trump Are Wrong About the Same Thing”, The New York Times, 24 June 2019, https://www.nytimes.com/2019/06/24/opinion/elizabeth-warren-donald-trump-dollar-devalue.html.

[52] Kumar, Aditi and Eric Rosenbach, “Could China’s Digital Currency Unseat the Dollar?”, Foreign Affairs, 20 May 2020, https://www.foreignaffairs.com/articles/china/2020-05-20/could-chinas-digital-currency-unseat-dollar.

[53] Paulson Jr., Henry M., “The Future of the Dollar”, Foreign Affairs, 19 May 2020, https://www.foreignaffairs.com/articles/2020-05-19/future-dollar.

[54] Eichengreen, Barry, Arnaud Mehl and Livia Chiţu, “Mars or Mercury? The geopolitics of international currency choice”, VOX, 2 January 2018, https://voxeu.org/article/geopolitics-international-currency-choice.

[55] Kissinger, Henry A., “The Coronavirus Pandemic Will Forever Alter the World Order”, The Wall Street Journal, 3 April 2020, https://www.wsj.com/articles/the-coronavirus-pandemic-will-forever-alter-the-world-order-11585953005.

[56] The expression has been used, and also debunked, repeatedly. For a specific example, see Jones, Owen, “Coronavirus is not some great leveller: it is exacerbating inequality right now”, The Guardian, 9 April 2020, https://www.theguardian.com/commentisfree/2020/apr/09/coronavirus-inequality-managers-zoom-cleaners-offices.

[57] El-Erian, Mohamed A. and Michael Spence, “The Great Unequalizer”, Foreign Affairs, 1 June 2020, https://www.foreignaffairs.com/articles/united-states/2020-06-01/great-unequalizer.

[58] Dingel, Jonathan I. and Brent Neiman, “How Many Jobs Can be Done at Home?”, Becker Friedman institute, White Paper, June 2020, https://bfi.uchicago.edu/wp-content/uploads/BFI_White-Paper_Dingel_Neiman_3.2020.pdf.

[59] Deaton, Angus, “We may not all be equal in the eyes of coronavirus”, Financial Times, 5 April 2020, https://www.ft.com/content/0c8bbe82-6dff-11ea-89df-41bea055720b.

[60] Milanovic, Branko, “The Real Pandemic Danger Is Social Collapse”, Foreign Affairs, 19 March 2020, https://www.foreignaffairs.com/articles/2020-03-19/real-pandemic-danger-social-collapse.

[61] According to the Global Protest Tracker of the Carnegie Endowment for International Peace, https://carnegieendowment.org/publications/interactive/protest-tracker.

[62] Milne, Richard, “Coronavirus ‘medicine’ could trigger social breakdown”, Financial Times, 26 March 2020, https://www.ft.com/content/3b8ec9fe-6eb8-11ea-89df-41bea055720b.

[63] Long, Heather and Andrew Van Dam, “The black-white economic divide is as wide as it was in 1968”, The Washington Post, 4 June 2020, https://www.washingtonpost.com/business/2020/06/04/economic-divide-black-households.

[64] McAdam, Doug, “Recruitment to High-Risk Activism: The Case of Freedom Summer”, American Journal of Sociology, vol. 92, no. 1, July 1986, pp. 64-90, https://www.jstor.org/stable/2779717?seq=1.

[65] Micklethwait, John and Adrian Wooldridge, “The Virus Should Wake Up the West”, Bloomberg, 13 April 2020, https://www.bloomberg.com/opinion/articles/2020-04-13/coronavirus-pandemic-is-wake-up-call-to-reinvent-the-state.

[66] Knoeller, Herman, “The Power to Tax”, Marquette Law Review, vol. 22, no. 3, April 1938.

[67] Murphy, Richard, “Tax and coronavirus: a tax justice perspective”, Tax Research UK, 24 March 2020, https://www.taxresearch.org.uk/Blog/2020/03/24/tax-and-coronavirus-a-tax-justice-perspective.

[68] Mazzucato, Mariana, “The Covid-19 crisis is a chance to do capitalism differently”, The Guardian, 18 March 2020, https://www.theguardian.com/commentisfree/2020/mar/18/the-covid-19-crisis-is-a-chance-to-do-capitalism-differently.

[69] Stiglitz, Joseph E., “A Lasting Remedy for the Covid-19 Pandemic’s Economic Crisis”, The New York Review of Books, 8 198April 2020, https://www.nybooks.com/daily/2020/04/08/a-lasting-remedy-for-the-covid-19-pandemics-economic-crisis.

[70] This is shown in particular in the annual Edelman Trust Barometer, https://www.edelman.com/trustbarometer.

[71] Two prominent examples emanate from the International

Panel on Social Progress, Rethinking Society for the 21st Century, 2018, https://www.cambridge.org/gb/academic/subjects/politics-international-relations/political-economy/rethinking-society-21st-century-report-international-panel-social-progress, and the World Bank, Toward a New Social Contract, 2019, https://openknowledge.worldbank.org/bitstream/handle/10986/30393/9781464813535.pdf.

[72] Kissinger, Henry A., "The Coronavirus Pandemic Will Forever Alter the World Order", The Wall Street Journal, 3 April 2020 https://www.wsj.com/articles/the-coronavirus-pandemic-will-forever-alter-the-world-order-11585953005.

[73] Hu, Katherine, "'I Just Don't Think We Have the Luxury to Have Dreams Anymore'", The New York Times, 24 March 2020, https://www.nytimes.com/2020/03/24/opinion/coronavirus-recession-gen-z.html.

[74] McNulty, Jennifer, "Youth activism is on the rise around the globe, and adults should pay attention, says author", UC Santa Cruz, 17 September 2019, https://news.ucsc.edu/2019/09/taft-youth.html.

[75] As an example, in September 2019, more than 4 million young people demonstrated simultaneously in 150 countries to demand urgent action on climate change; see Sengupta, Somini, "Protesting Climate Change, Young People Take to Streets in a Global Strike", The New York Times, 20 September 2019, https://www.nytimes.com/2019/09/20/climate/global-climate-strike.html.

[76] For a discussion of current forms of nationalism, see Wimmer, Andreas, "Why Nationalism Works", Foreign Affairs, March/April 2019, https://www.foreignaffairs.com/articles/world/2019-02-12/why-nationalism-works.

[77] Rudd, Kevin, "The Coming Post-COVID Anarchy", Foreign Affairs, 6 May 2020, https://www.foreignaffairs.com/articles/united-states/2020-05-06/coming-post-covid-anarchy.

[78] Rodrik, Dani, The Globalization Paradox, Oxford University Press, 2012.

[79] Pastor, Lubos and Pietro Veronesi, "A rational backlash against globalisation", VOX, 28 September 2018, https://voxeu.org/article/rational-backlash-against-globalisation.

[80] Huang, Yanzhong, "U.S. Dependence on Pharmaceutical Products From China", Council on Foreign Relations, Blog post, 14 August 2019, https://www.cfr.org/blog/us-dependence-pharmaceutical-products-china.

[81] Khanna, Parag, "Post-pandemic: welcome to the multi-speed world of regional disparities", Global Geneva, 26 April 2020, https://www.global-geneva.com/post-pandemic-welcome-to-the-multi-speed-world-of-regional-disparities.

[82] Global Business Alliance, "Inbound Investment Survey", May 2020, https://globalbusiness.org/dmfile/GlobalBusinessAlliance_InboundInvestmentSurveyFindings_May2020.pdf.

[83] Paulson, Henry, "Save globalisation to secure the future", Financial Times, 17 April 2020, https://www.ft.com/content/da1f38dc-7fbc-11ea-b0fb-13524ae1056b.

[84] United Nations, Department of Economic and Social Affairs (DESA), Committee for Development Policy, "Global governance and global rules for development in the post-2015 era", Policy Note, 2014, https://www.un.org/en/development/desa/policy/cdp/cdp_publications/2014cdppolicynote.pdf.

[85] Subramanian, Arvind, "The Threat of Enfeebled Great Powers", Project Syndicate, 6 May 2020, https://www.project-syndicate.org/commentary/covid19-will-weaken-united-states-china-and-europe-by-arvind-subramanian-2020-05.

[86] Fukuyama, Francis, Political Order and Political Decay: From the Industrial Revolution to the Globalization of Democracy, Farrar, Straus and Giroux, 2014.

[87] Shivshankar Menon, a former Indian national security adviser, quoted in Crabtree, James, "How coronavirus exposed the collapse of global leadership", Nikkei Asian Review, 15 April 2020, https://asia.nikkei.com/Spotlight/Cover-Story/How-coronavirus-exposed-the-collapse-of-global-leadership.

[88] Cabestan, Jean-Pierre, "China's Battle with Coronavirus: Possible Geopolitical Gains and Real Challenges", Aljazeera Centre for Studies, 19 April 2020, https://studies.aljazeera.net/en/reports/china%E2%80%99s-battle-coronavirus-possible-geopolitical-gains-and-real-challenges.

[89] Anderlini, Jamil, "Why China is losing the coronavirus narrative", Financial Times, 19 April 2020, https://www.ft.com/content/8d7842fa-8082-11ea-82f6-150830b3b99a.

[90] Kynge, James, Katrina Manson and James Politi, "US and China: edging towards a new type of cold war?", Financial Times, 8 May 2020, https://www.ft.com/content/fe59abf8-cbb8-4931-b224-56030586fb9a.

[91] Lee Hsien Loong, "The Endangered Asian Century", Foreign Affairs, July/August 2020,

https://www.foreignaffairs.com/articles/asia/2020-06-04/lee-hsien-loong-endangered-asian-century.

[92] Fedrizzi, Alessandro and Massimiliano Proietti, “Quantum physics: our study suggests objective reality doesn’t exist”, The Conversation, 14 November 2019, https://theconversation.com/quantum-physics-our-study-suggests-objective-reality-doesnt-exist-126805.

[93] Jiaming, Li, “Every move to stigmatize China evokes our historical memory”, Global Times, 19 April 2020, https://www.globaltimes.cn/content/1186037.shtml.

[94] Bill of Rights Institute, “Founding Principles and Virtues”, n.d., https://billofrightsinstitute.org/founding-documents/founding-principles.

[95] Nye Jr, Joseph S., “No, the Coronavirus Will Not Change the Global Order”, Foreign Policy,16 April 2020, https://foreignpolicy.com/2020/04/16/coronavirus-pandemic-china-united-states-power-competition

[96] Mahbubani’s latest book, Has China Won? The Chinese Challenge to American Primacy, PublicAffairs, came out in March 2020, in the midst of the health crisis.

[97] Mahbubani, Kishore, “How China could win over the post-coronavirus world and leave the U.S. behind”, MarketWatch, 18 April 14, 2020, https://www.marketwatch.com/story/how-china-could-win-over-the-post-coronavirus-world-and-leave-the-us-behind-2020-04-14.

[98] Sharma, Ruchir, “The Comeback Nation”, Foreign Affairs, May/June 2020, https://www.foreignaffairs.com/articles/united-states/2020-03-31/comeback-nation.

[99] This is the subtitle of the article by Kevin Rudd already quoted: “The Coming Post-COVID Anarchy: The Pandemic Bodes Ill for Both American and Chinese Power – and for the Global Order”, https://www.foreignaffairs.com/articles/united-states/2020-05-06/coming-post-covid-anarchy. All quotes in the paragraph are from this article.

[100] Miyamoto, Takenori, “Interview: US is a mess but China isn't the solution: Niall Ferguson”, Nikkei Asian Review, 21 May 2020, https://asia.nikkei.com/Editor-s-Picks/Interview/US-is-a-mess-but-China-isn-t-the-solution-Niall-Ferguson.

[101] Signé, Landry, “A new approach is needed to defeat COVID-19 and fix fragile states”, Brookings, 21 April 2020, https://www.brookings.edu/blog/future-development/2020/04/21/a-new-approach-is-needed-to-defeat-covid-19-and-fix-fragile-states.

[102] As reported in Monthly Barometer, June 2020.

[103] Miller, Adam, “Call unanswered: A review of responses to the UN appeal for a global ceasefire”, Armed Conflict Location & Event Data Project (ACLED), 13 May 2020, https://acleddata.com/2020/05/13/call-unanswered-un-appeal.

[104] Quammen, David, “We Made the Coronavirus Epidemic”, The New York Times, 28 January 2020, https://www.nytimes.com/2020/01/28/opinion/coronavirus-china.html.

[105] “Coronavirus and Wildlife Letter: Stimulus Package”, 24 March 2020, https://www.documentcloud.org/documents/6819003-CoronavirusWildlifeLetterStimulusPackage.html.

[106] World Economic Forum, “COVID-19 –Food/Nature/Climate”, Internal document, May 2020.

[107] Cui, Yan, et al., “Air pollution and case fatality of SARS in the People's Republic of China: an ecologic study”, Environmental Health, vol. 2, no. 15, 2003, https://ehjournal.biomedcentral.com/articles/10.1186/1476-069X-2-15.

[108] Friedman, Lisa, “New Research Links Air Pollution to Higher Coronavirus Death Rates”, The New York Times, 7 April 2020, https://www.nytimes.com/2020/04/07/climate/air-pollution-coronavirus-covid.html. The scientific article published by researchers from Harvard University is by Wu, Xiao, et al., “Exposure to air pollution and COVID-19 mortality in the United States: A nationwide cross-sectional study”, Harvard T.H. Chan School of Public Health, 24 April 2020 update, https://projects.iq.harvard.edu/covid-pm.

[109] International Energy Agency (IEA), Global Energy Review 2020, April 2020, https://www.iea.org/reports/global-energy-review-2020.

[110] United Nations Environment Programme (UNEP), Emissions Gap Report 2019, https://www.unenvironment.org/interactive/emissions-gap-report/2019.

[111] S&P Global and RobecoSAM, The Sustainability Yearbook 2020, 2020, https://www.robeco.com/docm/docu-robecosam-sustainability-yearbook-2020.pdf.

[112] International Energy Agency (IEA), “How clean energy transitions can help kick-start economies”, 23 April 2020, https://www.iea.org/commentaries/how-clean-energy-transitions-can-help-kick-start-economies.

[113] Hook, Leslie and Aleksandra Wisniewska, “How coronavirus stalled climate change momentum”, Financial Times, 14 April 2020, https://www.ft.com/content/052923d2-78c2-11ea-af44-daa3def9ae03.

[114] Chenoweth, Erica, et al., "The global pandemic has spawned new forms of activism – and they're flourishing", The Guardian, 20 April 2020,
https://www.theguardian.com/commentisfree/2020/apr/20/the-203global-pandemic-has-spawned-new-forms-of-activism-and-theyre-flourishing.
[115] KSTP, "BP takes $17.5B hit as pandemic accelerates emissions cuts", 15 June 2020, https://kstp.com/business/bp-takes-over-17-billion-dollar-hit-as-coronavirus-pandemic-accelerates-emissions-cuts/5760005/; Hurst, Laura, "Supermajors find obstacles, and opportunities, as pandemic drags on", World Oil, 16 June 2020,
https://www.worldoil.com/news/2020/6/16/supermajors-find-obstacles-and-opportunities-as-pandemic-drags-on.
[116] European Commission, "A European Green Deal",
https://ec.europa.eu/info/strategy/priorities-2019-2024/european-green-deal_en.
[117] Gray, Emily and Chris Jackson, "Two thirds of citizens around the world agree climate change is as serious a crisis as Coronavirus", Ipsos, 22 April 2020, https://www.ipsos.com/en/two-thirds-citizens-around-world-agree-climate-change-serious-crisis-coronavirus.
[118] World Economic Forum, COVID-19 Risks Outlook: A Preliminary Mapping and Its Implications, Insight Report, May 2020,
http://www3.weforum.org/docs/WEF_COVID_19_Risks_Outlook_Special_Edition_Pages.pdf.
[119] Se-jeong, Kim, "Seoul City to implement 'Green New Deal' to mitigate pandemic fallout", The Korea Times, 4 June 2020 update,
https://www.koreatimes.co.kr/www/nation/2020/06/281_290628.html.
[120] Systemiq and World Economic Forum, "Building a Nature-Positive Future – Recommendations for Policy-makers to Reset the Economy through the Power of Natural Capital", July 2020.
[121] Klaus Schwab, The Fourth Industrial Revolution, World Economic Forum, 2016, p. 9.
[122] Both quoted in Waters, Richard, "Lockdown has brought the digital future forward – but will we slip back?", Financial Times,
1 May 2020, https://www.ft.com/content/f1bf5ba5-1029-4252-9150-b4440478a2e7.
[123] Frey, Carl Benedikt and Michael A. Osborne, "The future of employment: How susceptible are jobs to computerisation?", Technological Forecasting and Social Change, vol. 114, January 2017, pp. 254-280,
https://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S0040162516302244.
[124] Heric, Michael, et al., "Intelligent Automation: Getting Employees to Embrace the Bots", Bain & Company, 8 April 2020, https://www.bain.com/insights/intelligent-automation-getting-employees-embrace-bots.
[125] Chotiner, Isaac, "The Coronavirus and the Future of Big Tech", The New Yorker, 29 April 2020,
https://www.newyorker.com/news/q-and-a/the-coronavirus-and-the-future-of-big-tech.
[126] Holmes, Oliver, et al., "Coronavirus mass surveillance could be here to stay, experts say", The Guardian, 18 June 2020, https://www.theguardian.com/world/2020/jun/18/coronavirus-mass-surveillance-could-be-here-to-stay-tracking.
[127] Harari, Yuval Noah, "The world after coronavirus", Financial Times, 20 March 2020,
https://www.ft.com/content/19d90308-6858-11ea-a3c9-1fe6fedcca75.
[128] Ibid.
[129] Morozov, Evgeny, "The tech 'solutions' for coronavirus take the surveillance state to the next level", The Guardian, 25 April 2020,
https://www.theguardian.com/commentisfree/2020/apr/15/tech-coronavirus-surveilance-state-digital-disrupt.
[130] Thornhill, John, "How Covid-19 is accelerating the shift from transport to teleport", Financial Times, 30 March 2020, https://www.ft.com/content/050ea832-7268-11ea-95fe-fcd274e920ca.
[131] Sneader, Kevin and Shubham Singhal, "From thinking about the next normal to making it work: What to stop, start, and accelerate", McKinsey & Company, 15 May 2020,
https://www.mckinsey.com/featured-insights/leadership/from-thinking-about-the-next-normal-to-making-it-work-what-to-stop-start-and-accelerate#.
[132] This anecdote appears in the article by Kulish, Nicholas, et al., "The U.S. Tried to Build a New Fleet of Ventilators. The Mission Failed", The New York Times, 20 April 2020 update, https://www.nytimes.com/2020/03/29/business/coronavirus-us-ventilator-shortage.html.
[133] BlackRock, Sustainable investing: resilience amid uncertainty, 2020,
https://www.blackrock.com/corporate/literature/investor-education/sustainable-investing-resilience.pdf.
[134] Tett, Gillian, "Business faces stern test on ESG amid calls to 'build back better'", Financial Times, 18 May 2020,

https://www.ft.com/content/e97803b6-8eb4-11ea-af59-5283fc4c0cb0.
[135] Strine, Leo and Dorothy Lund, “How to restore strength and fairness to our economy” reproduced in “How Business Should Change After the Coronavirus Crisis”, The New York Times, 10 April 2020, https://www.nytimes.com/2020/04/10/business/dealbook/coronavirus-corporate-governance.html.
[136] Schwab, Klaus, “Covid-19 is a litmus test for stakeholder capitalism”, Financial Times, 25 March 2020, https://www.ft.com/content/234d8fd6-6e29-11ea-89df-41bea055720b.
[137] Merchant, Brian, “Google Says It Will Not Build Custom A.I. for Oil and Gas Extraction”, OneZero, 19 May 2020, https://onezero.medium.com/google-says-it-will-not-build-custom-a-i-for-oil-and-gas-extraction-72d1f71f42c8.
[138] Baird-Remba, Rebecca, “How the Pandemic Is Driving Labor Activism Among Essential Workers”, Commercial Observer, 11 May 2020, https://commercialobserver.com/2020/05/how-the-pandemic-is-driving-labor-activism-among-essential-workers.
[139] Hamilton, Gabrielle, “My Restaurant Was My Life for 20 Years. Does the World Need It Anymore?”, The New York Times Magazine, 26 April 2020 update, https://www.nytimes.com/2020/04/23/magazine/closing-prune-restaurant-covid.html.
[140] Taparia, Hans, “The Future of College Is Online, and It’s Cheaper”, The New York Times, 25 May 2020, 206https://www.nytimes.com/2020/05/25/opinion/online-college-coronavirus.html.
[141] Hess, Amanda, “Celebrity Culture Is Burning”, The New York Times, 30 March 2020, https://www.nytimes.com/2020/03/30/arts/virus-celebrities.html.
[142] Barry, John, The Great Influenza: The Story of the Deadliest Pandemic in History, Penguin Books, 2005.
[143] Kruglanski, Arie, “3 ways the coronavirus pandemic is changing who we are”, The Conversation, 20 March 2020, https://theconversation.com/3-ways-the-coronavirus-pandemic-is-changing-who-we-are-133876.
[144] Pamuk, Orhan, “What the Great Pandemic Novels Teach Us”, The New York Times, 23 April 2020, https://www.nytimes.com/2020/04/23/opinion/sunday/coronavirus-orhan-pamuk.html.
[145] Case, Anne and Angus Deaton, Deaths of Despair and the Future of Capitalism, Princeton University Press, 2020, https://press.princeton.edu/books/hardcover/9780691190785/deaths-of-despair-and-the-future-of-capitalism.
[146] Friedman, Thomas L., “Finding the ‘Common Good’ in a Pandemic”, The New York Times, 24 March 2020, https://www.nytimes.com/2020/03/24/opinion/covid-ethics-politics.html.
[147] Facebook, “Knowledge Capsules: Lockdown or no lockdown”, 26 April 2020, https://m.facebook.com/KnowledgeCapsules1/posts/2374859852804537.
[148] Bazelon, Emily, “Restarting America Means People Will Die. So When Do We Do It?”, The New York Times Magazine, 10 April 2020, https://www.nytimes.com/2020/04/10/magazine/coronavirus-economy-debate.html.
[149] Twenge, Jean, “New study shows staggering effect of coronavirus pandemic on America’s mental health”, The Conversation, 7 May 2020, https://theconversation.com/new-study-shows-staggering-effect-of-coronavirus-pandemic-on-americas-mental-health-137944.
[150] Tucci, Veronica and Nidal Moukaddam, “We are the hollow men: The worldwide epidemic of mental illness, psychiatric and behavioral emergencies, and its impact on patients and providers”, Journal of Emergencies, Trauma, and Shock, vol. 10, no. 1, 2017, pp. 4-6, https://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC5316796.
[151] Health and Safety Executive (HSE), “Work related stress depression or anxiety statistics in Great Britain, 2018”, Annual Statistics, 31 October 2018, http://greeningconsultants.co.uk/wp-content/uploads/2019/03/HSE-Stats-2018.pdf.
[152] Bechtel, Robert B. and Amy Berning, “The Third-Quarter Phenomenon: Do People Experience Discomfort After Stress Has Passed?”, in A.A. Harrison, Y.A. Clearwater and C.P. McKay (eds), From Antarctica to Outer Space, Springer, 1991, https://link.springer.com/chapter/10.1007/978-1-4612-3012-0_24.
[153] Brooks, Samantha K., et al., “The psychological impact of quarantine and how to reduce it: rapid review of the evidence”, The Lancet, vol. 395, no. 10227, 14-20 March 2020, pp. 912-920, https://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S0140673620304608.
[154] Campbell, Denis, “UK lockdown causing ‘serious mental illness in first-time patients’”, The Guardian, 15 May 2020, https://amp-theguardian-com.cdn.ampproject.org/c/s/amp.theguardian.com/society/2020/may/16/uk-lockdown-causing-serious-mental-illness-in-first-time-patients.
[155] United Nations Population Fund (UNFPA), “Impact of the COVID-19 Pandemic on Family Planning and Ending Gender-based Violence, Female Genital Mutilation and Child Marriage”,

Interim Technical Note, 27 April 2020, https://www.unfpa.org/sites/default/files/resource-pdf/COVID-19_impact_brief_for_UNFPA_24_April_2020_1.pdf.
[156] Layard, Richard, “A New Priority for Mental Health”, Paper EA035, Centre for Economic Performance, London School of Economics and Political Science, May 2015, http://cep.lse.ac.uk/pubs/download/ea035.pdf.
[157] Falk, Dan, “Must We All Become More Creative because of the Pandemic?”, Scientific American, 29 March 2020, 208https://blogs.scientificamerican.com/observations/must-we-all-become-more-creative-because-of-the-pandemic.
[158] Pollack-Pelzner, Daniel, “Shakespeare Wrote His Best Works During a Plague”, The Atlantic, 14 March 2020, https://www.theatlantic.com/culture/archive/2020/03/broadway-shutdown-could-be-good-theater-coronavirus/607993.
[159] Freedland, Jonathan, “Adjust your clocks: lockdown is bending time completely out of shape”, The Guardian, 24 April 2020, https://www.theguardian.com/commentisfree/2020/apr/24/lockdown-time-coronavirus-prisoners.
[160] Whillans, Ashley, “Time for Happiness”, Harvard Business Review, January 2019, https://hbr.org/cover-story/2019/01/time-for-happiness.
[161] Helliwell, John F., Richard Layard, Jeffrey Sachs and Jan-Emmanuel De Neve (eds), World Happiness Report 2020, Sustainable Development Solutions Network, 2020, https://happiness-report.s3.amazonaws.com/2020/WHR20.pdf.
[162] This research is summed up in Jones, Lucy, Losing Eden: Why Our Minds Need the Wild, Allen Lane, 2020.
[163] Im, Su Geun, et al., “Comparison of Effect of Two-Hour Exposure to Forest and Urban Environments on Cytokine, Anti-Oxidant, and Stress Levels in Young Adults”, International Journal of Environmental Research and Public Health, vol. 13, no. 7, 2016, https://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC4962166.
[164] Nieman, David C. and Laurel M. Wentz, “The compelling link between physical activity and the body's defense system”, Journal of Sport and Health Science, vol. 8, No. 3, 2019, pp. 201-217, https://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S2095254618301005.
[165] Klaus Schwab on 3 March 2020; see also World Economic Forum, “The Great Reset”, 3 June 2020, https://www.facebook.com/worldeconomicforum/videos/189569908956561.
[166] McGowan, Kat, “Cooperation Is What Makes Us Human”, Nautilus, 29 April 2013, http://nautil.us/issue/1/what-makes-you-so-special/cooperation-is-what-makes-us-human.
[167] Cleary, Seán, “Rebuild after the crisis on three pillars: Equity, security and sustainability”, G20 Insights, Policy Brief, 29 May 2020, https://www.g20-insights.org/policy_briefs/rebuild-after-the-crisis-on-three-pillars-equity-security-and-sustainability.
[168] Sen, Amartya, “A better society can emerge from the lockdowns”, Financial Times, 15 April 2020, https://www.ft.com/content/5b41ffc2-7e5e-11ea-b0fb-13524ae1056b.
[169] Diamond, Jared, “Lessons from a pandemic”, Financial Times, 27 May 2020, https://www.ft.com/content/71ed9f88-9f5b-11ea-b65d-489c67b0d85d.
[170] Harvey, Fiona, “Britons want quality of life indicators to take priority over economy”, The Guardian, 10 May 2020, https://www.theguardian.com/society/2020/may/10/britons-want-quality-of-life-indicators-priority-over-economy-coronavirus.
[171] Gray, Emily and Chris Jackson, “Two thirds of citizens around the world agree climate change is as serious a crisis as Coronavirus”, Ipsos, 22 April 2020, https://www.ipsos.com/en/two-thirds-citizens-around-world-agree-climate-change-serious-crisis-coronavirus.
[172] World Economic Forum, COVID-19 Risks Outlook: A Preliminary Mapping and Its Implications, Insight Report, May 2020, http://www3.weforum.org/docs/WEF_COVID_19_Risks_Outlook_Special_Edition_Pages.pdf.